



FIRSTS

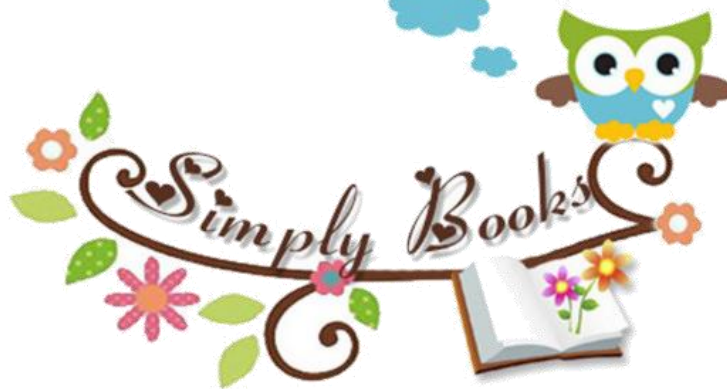
LAURIE ELIZABETH FLYNN





FIRSTS

Este libro llega a ti
gracias a



¡Descubre tu próxima aventura!



LAURIE ELIZABETH FLYNN

FIRSTS

Créditos

MODERADORAS

nElshIA y Cecilia

TRADUCTORAS

nElshIA
Mona
Axcia
magdys83
Olivera
GigiDreamer
Kath
Steffanie
Belen
CamilaPosada
Melusanti
DianyrisAngeliz
Crys
blonchick

CORRECTORAS

Sttefanye
Srta. Ocst
Annabrch
Xiamara
Dennars



REVISIÓN FINAL

Dennars

DISEÑO

Aria

LAURIE ELIZABETH FLYNN

Índice

Sinopsis	Capítulo 22
Capítulo 1	Capítulo 23
Capítulo 2	Capítulo 24
Capítulo 3	Capítulo 25
Capítulo 4	Capítulo 26
Capítulo 5	Capítulo 27
Capítulo 6	Capítulo 28
Capítulo 7	Capítulo 29
Capítulo 8	Capítulo 30
Capítulo 9	Capítulo 31
Capítulo 10	Capítulo 32
Capítulo 11	Capítulo 33
Capítulo 12	Capítulo 34
Capítulo 13	Capítulo 35
Capítulo 14	Capítulo 36
Capítulo 15	Capítulo 37
Capítulo 16	Capítulo 38
Capítulo 17	Capítulo 39
Capítulo 18	Capítulo 40
Capítulo 19	Capítulo 41
Capítulo 20	Capítulo 42
Capítulo 21	Sobre la autora



FIRSTS

Para Steve, mi último, mi único, mi todo.



LAURIE ELIZABETH FLYNN

Sinopsis

Mercedes Ayres de diecisiete años, tiene una política de puertas abiertas cuando se refiere a su dormitorio, pero solo si el tipo cumple un criterio específico: tiene que ser virgen.

Mercedes deja que los chicos obtengan sus torpes e incómodas primeras veces con honores y lo único que pide a cambio es que den a sus novias la perfecta primera vez que Mercedes nunca tuvo.

Mantener en secreto lo que sucede en su dormitorio ha sido fácil hasta ahora. Su madre ausente no está en casa lo suficiente para conocer las actividades extra curriculares de Mercedes, y su mejor amiga súper religiosa, Angela, ni siquiera dirá la palabra "sexo" hasta que se case.

Pero Mercedes no cuenta con que el novio de Angela averigüe acerca de sus servicios y deseé un turno, o que a Zach le guste por lo que es, y no por lo que puede hacer en la cama.

Cuando el sistema perfecto de Mercedes se cae a pedazos, tiene que encontrar una manera de salvar su reputación y, en el proceso, averiguar realmente a quién pertenece su corazón.



1

Esta noche, le estoy haciendo un favor a la novia de Evan Brown. Un extraño, sudoroso y torpe favor. Melanie, o como sea que se llame, me debe mucho.

Excepto que ella nunca lo sabrá.

—Espera ahí —le digo a Evan antes de meterme en mi ropero.

Le echo un vistazo a su encorvada figura en el borde de mi cama, sus delgados hombros echados hacia adelante y las manos sobre las rodillas. Parece que está preparado para jugar un videojuego. Contengo la risa.

Este es un nivel del que no saldrá victorioso en su primer intento.

Cuando estoy cuidadosamente acomodada en mi vestidor, me pongo un pantaloncito de satén color rosa y una camisola a juego. Sé por el miedo en su rostro y el olor de sudor nervioso emanando de sus axilas, que Evan no podrá manejar el negligé de encaje negro y especialmente no la combinación de color rojo, la que tiene la hendidura que se abre toda hacia arriba.

Abro el cajón que contiene mis ligueros y la colección de medias de red, pero lo vuelvo a cerrar. Evan no sabría qué hacer con un liguero o unas medias de red, y no es mi intención avergonzarlo más de lo que ya está.

Me aplico labial color rosa y dejo mi cabello suelto sobre los hombros. Es ondulado, todavía húmedo por la ducha. Generalmente lo plancharía, pero esta vez lo dejaré caer al natural. Me froto el labial, pero el juicio permanece en mis ojos.

Evan va a obtener lo que definitivamente no soy: la chica buena.

—Dios, Mercy —dice cuando salgo. Su voz se quiebra y se ruboriza, queda más rojo que su cabello, lo que hace resaltar los granitos esparcidos en sus mejillas. La pubertad no es amable con Evan Brown.

—No digas eso —le ordeno subiendo en su regazo. Sus piernas están temblando.

—¿Que no diga qué? —Su voz también está temblando.

—Mercy. Ese no es mi nombre.

—Pero así es como te dice Angela.



—Angela es mi amiga. Tú no. Eres alguien a quien le estoy haciendo un favor. No tienes que llamarme de ninguna forma. Pero si quieres hacerlo, mi verdadero nombre servirá.

—Mercedes —dice tartamudeando las sílabas adicionales—. Mi mamá siempre quiso uno de esos. —Golpea su frente—. Mierda, no quise sacar a colación a mi mamá. No estoy pensando en ella ni en nada. —Se quita las gafas y se frota los ojos—. Es solo que no pensé que estaría tan nervioso.

Solía gustarme mi nombre. Mercedes. Es decir, hasta que descubrí que fui nombrada por un auto. El brillante auto rojo que mi papá quería más que nada, en el que se despidió mientras se alejaba. Recuerdo también encariñarme con ese auto. Mi papá acostumbraba sentarme en el asiento delantero y yo fingir conducir.

—Pones el pie en el acelerador y lo empujas —me decía por encima de mis *runn*, *runn* infantiles—. Alguien tendrá que enseñarte cómo desacelerar.

Pero no se quedó el tiempo suficiente para que esa persona fuera él.

En la boca de Evan, mi nombre no suena elegante o rápido. Suena complicado, como si estuviera tratando de hablar en un idioma extranjero. Supongo que para Evan, *soy* un idioma extranjero.

Sonríó y paso mis dedos por su cabello. O por lo menos lo intento, pero se puso tanto condenado gel que mi mano se queda atascada.

—No te preocupes por eso —digo, limpiando mis dedos pegajosos en la parte de atrás de su camisa—. Todos se ponen nerviosos. —Beso su cuello, donde puedo sentir su pulso golpear contra la piel. Muevo las manos a la orilla de su camisa y se la saco por la cabeza.

—Traje estos —dice apurado, y mete la mano en los bolsillos de su jean para sacar un rollo de condones. Tienen que haber diez de ellos. Intenta una sonrisa, pero parece más una mueca.

—Siempre es bueno estar preparado —digo—. Pero guarda esos para Melanie. Yo también estoy preparada.

Me inclino y abro el cajón de mi mesita de noche, donde las cajas están apiladas cuidadosamente como pequeños soldados. Ultra delgado, con textura para su placer, segunda piel, magnum. Saco los ultras delgados. No importa lo que ellos piensen, la mayoría de los chicos son ultras delgados. Solo lo suficiente para protección, sin adornos adicionales. Este hecho me estaba taladrando al principio. Mi mamá empezó a enseñarme acerca del control de natalidad cuando las otras mamás todavía estaban con los tampones.

Además, Evan no parece la clase de chico Magnum.

—¿Qué tan lejos has llegado con Melanie? —digo.



—Melody —dice—. Melody, ése es su nombre. No Melanie. Melody, como una canción. —Baja la mirada a donde mi escote se apoya enfrente de su cara—. Me dejó meterle mano. Y una vez, cuando sus padres estaban fuera de la ciudad, casi lo hicimos. Hicimos otras cosas.

Pongo las manos en las caderas.

—Tienes que ser más específico. Otras cosas como ¿se han visto desnudos el uno al otro? ¿Le comiste el coño?

Él asiente y se sonroja un tono más oscuro.

—Pero ella no quería ir hasta el final. Quiere que sea la mejor noche de su vida. Así que tengo toda esta cosa planeada, una cena y esas cosas.

—Muy romántico —digo sonriendo de oreja a oreja. *Este* es el motivo por el cual hago lo que hago—. Suena que te gusta. Y que a ella le gustas.

Me encanta cuando los chicos se toman el tiempo para hacer un plan. Y a pesar de que Evan murmuró “una cena y esas cosas” sin hacer contacto visual, sé que quiere decir mucho más. Se tomó el tiempo para conocer a Melody, lo que le gusta, y lo que le hará feliz.

—Ése es el problema —dice—. Dice que me ama. Dice que porque me ama, sabe que simplemente voy a sacudir su mundo.

Asiento. Entiendo esa parte. Melody suena como cualquier otra chica, la del tipo que espera fuegos artificiales la primera vez. Lo sé mejor. Los fuegos artificiales no suceden de pronto. Tienen que ser cuidadosamente organizados y después encendidos lentamente.

Lo cual es exactamente lo que estoy haciendo para Evan.

—Pero tú no crees que vas a sacudir su mundo —digo lentamente—. Es por eso que estás aquí.

—Bueno, sí —dice—. Ella es mucho más sexy que yo. Y mi amigo, Gus, él todavía está con su novia debido a ti.

Sé exactamente de quién está hablando, excepto que lo recuerdo más por su apodo, el que le di en secreto. El Llorón. Gus fue el número seis, el que actuó todo duro y prácticamente intentó instruirme, hasta que se quebró y lloró en mi almohada.

Refuerzo mis manos sobre los hombros de Evan.

—Bueno, estás mucho más lejos que otra gente. Ustedes ya se han visto desnudos. Ya sacaron eso del camino. Para algunas personas, esa es la parte más incómoda. —Deslizo los tirantes de mi camisola por los hombros—. Como ahora. ¿Qué harías si fuera Melody?

—Te diría que eres hermosa —dice—. Te preguntaría si podría tocarlas.



—Bien y mal —digo—. Siempre tienes razón en decirle a una chica que es hermosa. Pero nunca le preguntes si puedes hacer algo. Sé atrevido, porque la confianza en ti mismo es lo único que puedes fingir por completo hasta que en verdad la sientas.

Evan sigue mirando fijamente mis pechos. Está respirando pesadamente, y puedo sentir su erección a través de sus jeans. Tal vez Evan va a necesitar un Magnum después de todo.

—Así que sigue adelante —digo—. Este es el lugar para cometer errores.

Y lo hace; comete bastantes errores. Palmea mis pechos como si fueran pelotas de béisbol, me babea el cuello, mete la lengua hasta mi garganta. Son errores de novato, del tipo que la mayoría de la gente no hace bien la primera vez. Pero por eso estoy aquí. Le digo que cierre los labios, que siga las curvas de mi cuerpo con sus manos, que use sus dedos para trazar una línea que siga a su lengua. Le enseño cómo abrir el paquete de condones, cómo pellizcar la punta antes de rodarlo para asegurarse que salga todo el aire. Atenúo las luces para el acto final, lo ayudo a guiarse dentro de mí, sin reprenderlo durante los primeros quince segundos de hacerlo torpemente en la oscuridad, sino que le doy el crédito por su técnica perfeccionada en los últimos quince.

Pero cuando pide una segunda ronda, niego firmemente. Nunca he permitido una segunda ronda.

—Guárdala para Melody —digo.

Se estira bajo las sábanas y voltea su cabeza en la almohada. Su respiración todavía está viniendo en jadeos irregulares.

—¿Debería quedarme a dormir? —dice—. Podríamos hacerlo de nuevo en la mañana. Apuesto a que duraré más tiempo.

Me cubro los pechos con las manos y me levanto, buscando algo para cubrirme pero solo encuentro una bata transparente. Maldigo mi falta de pijamas reales. Esta es la parte que no me gusta. En la oscuridad, cuando soy la que tiene el control, incluso con todo en exhibición, me siento menos desnuda que ahora. Entonces las luces se encienden y quieren hablar. Hacer preguntas. Preguntas que no me puedo responder a mí misma, y mucho menos a ellos.

—No te vas a quedar a dormir —digo, cerrando la bata alrededor de mi cintura—. Ya llegará el momento. A las chicas les preocupa menos de lo que piensas. Especialmente al principio. Pueden preparar juntos el terreno.

Él sonríe. Se ve diferente, de alguna manera más guapo. A la tenue luz, sus granitos no son tan evidentes y su mandíbula parece más pronunciada. Un día Evan Brown podría incluso ser un rompecorazones.

Pero ese día no es hoy.

Echo un vistazo al reloj de mi mesita de noche. Las once de la noche de un martes.

—Es noche de escuela, Evan. Es tiempo de que te vayas. Tu madre se preguntará dónde estás.

O asumo que lo haría. La mayoría de las madres lo hacen. No la mía, por supuesto.

Su sonrisa se convierte en un ceño fruncido.

—Yo, ya sabes, ¿te debo algo? No sé cómo funciona esto... —Su voz se apaga.

—No me debes nada. Solo sé bueno con ella, ¿de acuerdo? Recuerda todo lo que hablamos.

Sé que lo hará. Incluso tomó notas.

Abrir la puerta del auto para ella. Llevarle flores, no algo genérico como rosas sino sus flores favoritas. Tener reservaciones para la cena con anticipación, no necesariamente a algún lugar elegante sino a algún lugar significativo como el lugar donde se dieron su primer beso o donde te diste cuenta que la amabas. Besarla, no solo en los labios sino en lugares inesperados. En la nuca. En la frente. O en la muñeca. Meter el cabello detrás de sus orejas con suavidad. Tomarle una foto. Ella querrá recordar la noche.

Trago saliva contra el bulto que se ha levantado de repente en mi garganta. No es que Evan sea diferente; es un chico agradable, un chico que ama a su novia y quiere complacerla. Tal vez yo soy la diferente. Tal vez este discurso está empezando a sentirse muy familiar. Me dije: cinco favores para cinco vírgenes merecedores. Cinco fue la línea que dibujé en la arena y la pisoteé como si nunca hubiera existido. Evan es el décimo, y diez es una línea que no puedo simplemente pisotear.

Pero estoy segura de que no voy a entrar en esto con Evan, así que sonrío con falsedad. Hago señas alrededor de la habitación a la tumbona y al vestidor y el estante para zapatos del techo al suelo.

—Además, realmente no necesito tu dinero. Gástalo en Melody.

Se pone de nuevo los bóxers y los pantalones. Sus movimientos son más calculados, no los movimientos torpes y aterrados del Evan Brown que entró en mi dormitorio hace una hora. Incluso su voz parece más profunda, como si hubiera venido un niño y hubiera salido un hombre. Supongo que eso no está muy lejos de la verdad. Me permito una pequeña sonrisa, una verdadera esta vez. Es fácil conseguir retroalimentación de lo que hago. Lo que pasó con Evan en mi dormitorio lo cambiará, lo hará un amante más considerado, incluso un mejor novio. Momentos como este son los que hicieron que esa línea en la arena fuera tan fácil de borrar.

En momentos como estos, podría haber un onceavo, a pesar que me prometí que eso no iba a pasar. Estoy empezando la segunda parte del último año escolar con todo un buen karma en mi haber.

—No sé de dónde vienes, pero salvaste mi vida, Mercy. Quiero decir, Mercedes. No sé qué habría hecho sin ti.

—Habrías roto cinco condones por accidente, y probablemente habrías ahogado a la chica en saliva. Pero ahora, vas a dar en el clavo. Literalmente.

Se mete la camisa por encima de la cabeza.

—Cuando Gus me dijo de qué manera lo habías ayudado, no lo creí. Pero tenía razón, eres un ángel. —Hace una pausa—. Pero puedo preguntarte...

Lo corto a mitad de la frase.

—No, no puedes. No lo arruines.

—Pero ni siquiera me dejaste terminar —protesta.

—Oh, te dejaré terminar —digo—. Lo único que puedes hacer por mí es no hacerme ninguna pregunta.

Asiente.

—Me parece justo.

—Buenas noches, Evan —digo.

—Buenas noches, Mercy. Uh, Mercedes. —Llega a la puerta de mi dormitorio y se detiene con la mano en el pomo.

—Esto no va a ser incómodo mañana en la escuela, ¿verdad? —dice, mirándose de nuevo.

—Por supuesto que no —digo, cruzando los brazos sobre mi pecho—. No va a ser incómodo en absoluto, porque lo que pasó en esta habitación se convierte solo en el producto de tu imaginación en el momento en que sales por esa puerta.

Me sonrío con los labios tensos y cierra la puerta detrás de él. Puedo ver sus zapatos por debajo, puedo decir que está persistiendo allí, preguntándose si dijo demasiado o no lo suficiente, sin estar completamente convencido de que su secreto esté a salvo conmigo.

Pero no tiene nada de qué preocuparse. Su secreto, al igual que el de esos nueve chicos de último año, está a salvo conmigo.

En Milton High, soy mi propia estadística. La gente no puede ver al gran equalizador. Eso es lo único que los frikis de las bandas, los empollones del drama, los atletas y los pijos tienen todos en común.

Yo... Mercedes Ayres.

La chica que les tomó su virginidad.

2

El auto de mi mamá todavía está en la entrada cuando me marchó por la mañana, lo que significa que tengo que maniobrar mi Jeep para evitar golpear el espejo lateral. A pesar del tiempo que lleva, me siento aliviada. El asqueroso Corvette convertible de color amarillo en la entrada significa que mi mamá tomó una decisión inteligente anoche y no condujo su auto a la hora feliz del bar de Martinis. Conducir bajo la influencia del alcohol, el verano pasado, le costó a Kim tres meses de suspensión de la licencia y habría implicado un par de días en la cárcel si no fuera por su excelente abogado. Kim nunca lo admitiría, pero sé que está secretamente orgullosa por su control bajo la influencia de alcohol. Ahora comparte una actividad extra curricular con las celebridades de la lista negra por doquier.

No hace falta decir que Kim encaja a la perfección con las amas de casa de Rancho Palos Verdes, cotilleando despiadadamente y gastando el dinero de su acuerdo de divorcio en champaña cara y en la clase de cirugía plástica que todo el mundo se hace pero que nadie admite. Se adapta.

Pero no puedo esperar para irme. Esta mañana en particular marca el inicio de mis últimos seis meses aquí. Sé exactamente a dónde voy y cómo llegar. El Instituto Tecnológico de Massachusetts. MIT. La meca, el santo grial de la ingeniería química. Será un nuevo comienzo, tan lejos del Sur de California como es posible, en un estado donde la gente se viste de negro en lugar de colores pastel y las estaciones realmente cambian. Mis calificaciones me ayudarán a entrar, y una vez que esté allí, trabajaré duro para quedarme allí. Sin chicos. Sin distracciones. Nadie allí sabrá quién soy o lo que he hecho o con cuántas personas me he acostado.

Cuando despejo sin peligro la entrada, acelero mi Jeep por la calle suburbana con la esperanza de recuperar algo de tiempo. Angela odia cuando alguien llega tarde para el grupo de oración, y no me gusta molestar a mi amiga.

Lo genial de llegar a la escuela tan temprano es que hay excelentes lugares en el estacionamiento, por lo que deslizo fácilmente el Jeep. Después de correr sin aliento por el pasillo, tiro mis libros de texto irrelevantes en mi casillero. Es entonces cuando veo en el espejo de mi casillero un pequeño chupetón en la base de mi clavícula, sin duda obra de Evan Brown, definitivamente accidental. Maldigo por lo bajo y me escabullo al baño para cubrirlo con una gota de maquillaje, sabiendo que a pesar de mis mejores intenciones,

voy a estar retrasada de todas formas. Pero por cubrir esto vale la pena la reprimenda de Angela.

Me apresuro a la biblioteca justo cuando Angela está a punto de empezar la lectura. Me sonrío sobre su Biblia y mueve la cabeza con una pequeña negación, casi como si esperara a que llegara tarde. Tomo asiento al lado del novio de Angela, Charlie, la única otra persona que atiende el grupo de oración de manera regular. Los ojos de Charlie parpadean sobre mi rostro y juro que se detienen en el chupetón, aunque debo estar paranoica.

Conocí a Angela en el grupo de oración en noveno grado, solo empecé a ir porque Kim estaba presionándome para conseguir un novio, y naturalmente, le dije que prefería irme a un convento. Angela es la razón por la que mantuve esta farsa. Y este año, el extra ha sido que hace una excelente coartada para mi plan de devuelve-el-favor.

Incluso si hubiera uno o dos rumores, ¿quién sospecharía de la chica que casi es una monja?

Pero nunca le diría esto a Angela. Angela piensa que el sexo es un regalo sagrado que solo le das a tu marido en tu noche de bodas. Ella ha estado saliendo con Charlie durante casi dos años, y lo más lejos que han llegado es “acariciarse sobre la ropa”, y eso solo fue la noche en que él le dio un anillo.

En el grupo de oración de hoy, Angela tiene una revelación. Literalmente. Como en, Apocalipsis 1 de la Biblia.

—“Soy el Alfa y el Omega” dice el Señor Dios, “El que Es, El que Era y El que Será, El Todopoderoso”.

Pregunta qué significa esto para nosotros. Angela es buena para hacer interactivo al grupo de oración.

Charlie parlotea algo sobre el sufrimiento de Cristo, de lo cual me desconecto. *El que es, El que era y El que será.* Angela se horrorizaría por mi respuesta, porque para mí, es una frase cargada de implicaciones. El que es: hoy es Zack. El que era: me tendría que referir al cuaderno que guardo en mi mesita de noche debajo de las cajas de condones. El cuaderno tiene una cubierta blanca nacarada; fue un regalo de Angela por mi último cumpleaños. Angela se horrorizaría al ver que las páginas están llenas de detalles de mi vida sexual, aunque pienso en ella no como un registro de mis conquistas, sino como un recuerdo de mis buenas acciones.

Angela y yo caminamos a química juntas después del grupo de oración. Es una de nuestras primeras clases del día, y la única que disfruto realmente.

—Deberías ser mi tutora —dice Angela.

Niego rotundamente. Esto ha estado sucediendo cada semestre durante los últimos dos años: Angela me pide que sea su compañera de laboratorio, y yo la rechazo.

—Me vas a distraer —digo—. Vamos a pasar mucho tiempo hablando sobre los Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan y no el suficiente tiempo hablando sobre el compuesto de ácido cuadrático.

Me detengo a mitad del pasillo, de repente con ganas de vomitar. Lo dije como una broma, pero el tercer nombre también podría haber levantado el brazo y golpearme en el rostro, como siempre lo hace cuando aparece durante el grupo de oración. *Lucas*.

—¿El qué? —Angela arruga el ceño y sigue caminando, sin notar mi momentáneo pánico.

—Exactamente —digo, reajustando mi paquete de libros y pegando una amplia sonrisa.

No me gusta mezclar la amistad con nada más. Si pienso en términos químicos, la amistad es una solución sin diluir, se debilitará si agrego algo más. A diferencia de Kim, soy una firme creyente de que los diferentes compartimentos de tu vida deben mantenerse por separado, no puedo cambiar de escuela como ella cambia de gimnasios cuando la puñalada por la espalda se vuelve muy intensa para soportarla. Es por eso que en vez de Angela, me siento con Zach Sutton en química, y por eso cada miércoles en el almuerzo, Zach y yo nos escurrimos de regreso a mi dormitorio para hacer que la química suceda allí. Y si el sexo con otros chicos es una ciencia que les enseñó, el sexo con Zach es más como el arte.

Zach no es mi amigo, ni mi novio, aunque me ha pedido en diferentes momentos que sea ambos. No es que no he jugado con la idea de convertirnos en pareja, pero realmente no tenemos una base sobre la que una relación podría ser construida. Hemos tenido sexo más veces de lo que hemos tenido conversaciones. No sé el segundo nombre de Zach o siquiera en dónde vive, pero sé que usa calzoncillos con ridículos personajes de dibujos animados y que le gusto cuando uso tanguas.

—Entonces ¿qué soy? —me pregunta siempre.

—Mi compañero de química —le digo siempre.

Después de nuestras clases de la mañana, Angela y yo caminamos por el pasillo y nos detenemos enfrente de su casillero.

—¿Entonces hoy vas a hacer lo del almuerzo con tu mamá? —dice ella, girando la cerradura de combinación y balanceando la puerta abierta.

Asiento. Desde que Zach y yo empezamos a dormir juntos, le he dejado creer a Angela que tengo una cita de almuerzo de larga duración con mi mamá los miércoles. Cree que es lindo. Creo que es lo suficiente disparatado para que en verdad funcione.

—Hasta luego —dice Angela, sacando una bolsa marrón de almuerzo de su casillero—. Que tengas algo sofisticado de almuerzo que no puedo pronunciar. —Sus

labios se curvan en una sonrisa. La saludo con la mano y me dirijo hacia el estacionamiento, tratando de sacudir mi irritante culpa.

Antes de Zach, y antes de los vírgenes, Angela y yo pasábamos juntas más tiempo. Noches pasadas tumbadas en su cama, tomando té, y leyendo las revistas de chismes de las celebridades que a su mamá le encanta comprar. Las tardes en mi cocina, tratando de hacer galletas de chispas de chocolate pero en su mayoría solo comiendo la masa. Las fiestas de pijama donde discutíamos sobre qué película ver; siempre comedias románticas para Angela y de acción para mí, y hablábamos de todo.

Casi todo.

Sin embargo no últimamente. Ahora apenas puedo abrir mi boca sin que se me escape una nueva mentira. Y Angela nunca duda de mí, porque no le he dado un motivo para hacerlo.

Pero la excusa de Kim es conveniente. Me da el tiempo suficiente para encontrarme con Zach en el estacionamiento, meterlo en la parte trasera de mi Jeep, y conducir a mi casa. La clase de química es todo el juego previo que necesitamos. Zach se considera el maestro de las insinuaciones sexuales.

—Estás poniendo mi vaso de precipitado todo mojado. —Es su línea favorita, a pesar que no tiene ningún sentido para alguien que realmente pone atención en la clase y sabe que un vaso de precipitado es de hecho un contenedor.

Pero tan malo como es su sentido del humor y su capacidad de concentración, Zach sabe exactamente dónde y cómo tocarme sin que le diga nada. Su primera vez definitivamente no fue conmigo. De acuerdo con Zach, perdió su virginidad en octavo grado con la mejor amiga de su hermana mayor. No tengo forma de saber si es verdad, pero no hago preguntas, y tampoco él las hace, lo que es una de sus mejores cualidades. Zach sabe cuándo callarse. Teniendo en cuenta todas las instrucciones vocales que les doy a los otros chicos con los que me acuesto, es bueno ser completamente no verbal con Zach.

—Te veías tan sexy hoy —dice mientras deja caer su mochila en la puerta principal y se quita los zapatos. Los zapatos en la puerta no son un problema en mi casa, ya que Kim nunca viene a casa en el almuerzo. El almuerzo siempre está reservado para manicuras y chismes con sus amigas igualmente divorciadas e igualmente llenas de Botox. Y probablemente también para tirarse a su entrenador de Pilates, aunque no soy nadie para juzgar.

—¿No quieres decir que todavía me veo sexy? —digo, lanzando mi abrigo en el suelo—. Veías implica el tiempo pasado.

—Tu nivel de belleza es omnipresente —dice, viniendo detrás de mí y mordiendo mi cuello.

—Veo que has aprendido una nueva palabra. —Me doy la vuelta y encuentro su boca con la mía.

—No creo que pueda hacerlo en el piso de arriba —dice mientras me quita la blusa sobre la cabeza y desabrocha con destreza mi sostén. Las solas yemas de sus dedos envían sacudidas de electricidad a través de mi piel, y él las traza por mi espalda, empezando ligeros como una pluma y poniéndose más duros cuando se acerca a mi coxis. Agarro la mano de Zach y lo llevo por el pasillo hasta la cocina. Detrás de mí, puedo escucharlo desabrochar su cinturón y bajar la cremallera de su bragueta.

—¿La cocina? —dice cuando lo presiono contra el refrigerador de acero inoxidable—. Nunca antes lo hice en una cocina. —Me agarra por la cintura y me levanta sobre la encimera de granito, donde sube la mano por mi falda y arranca mis bragas. La encimera pasa a ser de la altura perfecta para el sexo, un hecho que nunca me di cuenta hasta ayer por la mañana, cuando me incliné para pintar mis uñas y me metí premeditadamente con el ritual diario de Kim de pulir el granito. Esto ha estado en mi mente desde entonces, tentándome en el grupo de oración y distrayéndome a lo largo de química. Este es un hecho regular, utilizar a Zach para llevar a cabo mis pequeñas fantasías. De alguna manera no creo que a él le importe ser un conejillo de indias.

—Estas son mis favoritas —dice, agarrando mis bragas de encaje color rosa en su mano. Todas mis bragas son de encaje, satén o transparente, no blancas raídas o monstruosidades de talle alto. No quiero saber lo que le harían a mi reputación. Por suerte, Kim tiró todas mis infantiles bragas floreadas en la primaria el día en que tuve mi periodo y decidió que necesitaba algo más adulto.

Zach deja caer su pantalón en el piso y cierra abruptamente la brecha entre nosotros. Se para justo entre mis piernas, listo para entrar, hasta que levanto la mano.

—Condón, Zach —digo, chasqueando los dedos—. No quieres hacerlo en el piso de arriba, así que deberías estar listo.

—Vamos —dice, inclinándose para morderme los labios—. Estoy limpio, tú estás limpia. Me hice las pruebas hace seis meses. Y no estamos durmiendo con otras personas. Se sentirá tan bien sin él.

Levanto la mano como si estuviera a punto de golpearlo.

—Sin condón, no hay amor, Zach —digo—. Esas son las reglas.

Él exagera un ceño fruncido, pero hay una sonrisa detrás de ello.

—Pégame —dice. Pongo los ojos en blanco. Olvidé que a Zach le gusta cuando me pongo ruda con él.

—Por suerte para ti, vine preparado. —Él se inclina y hurga en el bolsillo trasero de sus jeans descartados. Cuando se levanta, está sosteniendo un condón en un paquete de

color púrpura. Lo reconozco como un Trojan Éxtasis. Tengo una caja arriba con uno ausente de la semana pasada de la pérdida de virginidad de Bobby Lewis.

—Tú eres el que tiene suerte —digo, abriendo el paquete—. Ven preparado o no vengas en absoluto.

Él no pierde un minuto. Apoyo mi cabeza hacia atrás y pongo los brazos en el mostrador para sujetarme. Un gemido bajo escapa de mis labios. Evan Brown definitivamente podría aprender una o dos cosas de Zach sobre cómo manejar los pechos de una chica.

Hoy en día, ninguno de los dos dura mucho. Zach tiene la distinción de ser el único chico que me hace correrme, aunque nunca le diría esto. No quiero saber lo que le haría a su ego.

—Dios, Mercy —dice, colapsando su torso en mí—. Eres increíble. Somos increíbles.

—Mercedes —digo, retirándolo y arreglando mi falda—. Mi nombre es Mercedes. Él frunce el ceño.

—¿Incluso después de cuatro meses de esto?

Lo beso en la mejilla e imito un jadeo.

—¿Han pasado cuatro meses? ¿Es el día de hoy, como, nuestro aniversario?

Él aprieta la mandíbula, un indicador que Zach está a punto de ponerse serio. Me aparto y sondeo las huellas de sus manos y marcas de trasero que podrían pasar como huellas de manos en el mostrador, medio esperando que Kim se dé cuenta y se preocupe lo suficiente como para preguntarme lo que le pasó a su inmaculada cocina.

—En serio. Podría ser nuestro aniversario de cuatro meses. Te he tratado bien. —Agarra mi brazo y me gira alrededor—. Creo que estoy enamorado de ti.

Subo el cierre de su bragueta y abrocho su cinturón. Todo a la inversa. Odio esta parte, la parte donde el acto físico ha terminado y empieza el acto sentimental. Esta es la parte en la que uno de mis secretos probablemente escape y probablemente deje de ser la chica de los sueños de Zach y empieza a ser alguien más.

—Es tu orgasmo hablando —digo—. En realidad no estás enamorado de mí.

—No puedes decirme cómo me siento —dice. Su voz se vuelve tranquila, apagándose al final—. Podría ser tu novio.

Zach no me ha dicho antes que me quiere, pero lo sentí construirse. Temí escuchar las palabras, sabiendo que serían el final de nuestras citas de almuerzo de los miércoles. No puedo tener una cita de miércoles con alguien que me ama. No cuando no puedo corresponder a ese amor.

Miro a Zach directamente a los ojos. Hace cara de cachorro triste, lo que me hace sentir incluso peor. Los riesgos de nuestra relación, permanecer como compañeros de química y nada más, depende de la forma en que diga mi siguiente línea.

—Puedes quererme como un amigo —digo finalmente. Casi me gustaría poder ceder y darle lo que realmente quiere. El estatus de relación. Cuando empecé con los vírgenes, eran mi excusa para mantener a Zach a raya. No había manera de que pudiera tener novio. Pero ahora el devuelve-el-favor está hecho, terminado por completo. No hay un motivo real además de la sensación irritante de saber que voy a decepcionarlo, y dejar que sea mi novio solo terminaría mal para los dos.

—¿Pensé que no éramos amigos? —dice, su boca elevándose en las comisuras.

Suspiro.

—Somos compañeros de química. Pero supongo que no hay motivo para que los compañeros de química no puedan ser amigos.

—Entonces voy a llamarte Mercy —dice. Me aprieta en un fuerte abrazo. Puedo decir que está oliendo mi cabello, pero no lo detengo—. También me quieres.

Levanto su camiseta arrugada del piso y se la lanzo al estómago.

—No. Ahora vamos a salir de aquí antes que lleguemos tarde a la escuela.

—De ninguna forma —dice, sujetando mis bragas en el aire—. No puedes regresar sin estas.

Me dirijo a la puerta y agarro mi mochila.

—Claro que puedo —digo—. Pero apuesto a que no puedes pasar el día sabiendo que no tengo nada debajo de mi falda.

Se coloca la camisa por la cabeza y niega.

—Eres malvada —dice—. ¿Qué dices acerca de una secuela de esto, después de la escuela?

Cierro la puerta detrás de nosotros y le doy una palmada militar en la espalda.

—Las secuelas nunca son tan buenas como la original. —Se tambalea y finge tropezarse—. Además, estoy ocupada después de la escuela.

—¿Ocupada haciendo qué? —dice.

—Un gran encargo. Proyecto de grupo. No en química —agrego rápidamente.

—¿Puedo llegar? —pregunta.

—No, Zach —digo—. Pero creo que ya lo hiciste.

Se ríe y pone su brazo alrededor de mi hombro.

—Entonces el próximo miércoles —dice.

—Hasta la próxima semana —digo, tratando de mantener el alivio fuera de mi voz. El próximo miércoles es parte de nuestra rutina, otra oportunidad para pasar la hora del almuerzo haciéndolo en algún otro lugar en la inmaculada casa de Kim. Tal vez en el sofá de cuero blanco la próxima vez, el que ama tanto que no deja que me siente en él. El que Zach quiera verme el próximo miércoles es casi como Zach pidiéndome una cita, como si fuera una chica normal que quiere una relación normal.

Pero no soy una chica normal. No quiero ir de las manos en el pasillo de la escuela y bailar lento en el baile de graduación y ver una película con Zach. No quiero ser la chica con la que él sale en el último año y pierde el interés cuando se va a la universidad. Quiero ser lo bastante rápida para que Zach tenga que correr y ponerse al día, porque si llevo la delantera, nunca voy a tener que ver su espalda en retirada.



3

No estaba mintiéndole a Zach. En realidad si tengo una asignación después de la escuela. Me voy a reunir con otras dos personas de mi clase de francés, personas con las que tengo que trabajar, no por elección, sino por mi nombre en el alfabeto. Adams, Ames, Ayres.

“Adams” y “Ames” son amigas fuera de la clase, lo que me hace sentir aún más una marginada. Adams, cuyo primer nombre es Laura, fue a mi escuela primaria, y en realidad solíamos ser amigas antes que la vida se volviera complicada por los chicos, bubis y la jerarquía de popularidad de la escuela secundaria. Jugué con la idea de invitar a Laura y a la otra chica a mi casa para hacer la tarea, pero me acobardé. Cualquier cosa podría salir mal en mi casa. Podrían tropezarse con mi colección de negligé o mi reserva oculta de condones. Así que sugerí la librería en su lugar, lo que grita (en realidad susurra, ya que los gritos están prohibidos) profesionalismo.

O se supone que así sería hasta que Laura aparece con lágrimas, interrumpiendo el silencio en nuestra mesa.

—Nena ¿Qué pasa? —Ames, Britney, “se deletrea como la cantante” se levanta y envuelve un brazo alrededor de su amiga sollozando.

—Creo que Trevor va a deshacerse de mí. —Laura se limpia las lágrimas con la manga—. Teníamos el plan perfecto. Para este fin de semana. Ya sabes. —Baja la voz, como si ahora me notara y se diera cuenta de que no me ha hablado en años. Bajo la mirada y pretendo estar completamente interesada en la lista de verbos en francés que se supone estamos conjugando.

—Puedes hablar frente a Mercedes —dice Britney mientras Laura se hunde en la silla frente a mí. Abre la boca para decir algo pero la cierra de pronto. Se lo que está a punto de decir. *¿Puedo confiar en Mercedes, la nerd del grupo de oración?* Arqueo una ceja ante su rostro serio pero trato de suavizar mi expresión.

Laura me mira a través de las lágrimas, como si decidiera si soy una aliada o una enemiga. Sonríó débilmente, sin estar segura.

—Así que, ¿qué pasó con el gran plan? ¿Tus padres decidieron no salir? ¿O Trevor se acobardó? —Britney mastica la parte de arriba de su bolígrafo.

Laura deja caer la cabeza sobre la mesa. Su cabello se derrama en mi lapicera.

—Todo lo que le dije es que estaba nerviosa. Tenía miedo de que fuera a doler. Y él no es delicado para nada. —Mira alrededor, a pesar que las mesas junto a nosotras están vacías y no hay nadie a la vista aparte de la señorita Woods, la anciana bibliotecaria—. El sigue hablando de todas esas posiciones que quiere tratar. Supongo que estaba viendo porno y sacó esas ideas, y yo enloquecí. —Frunce el ceño y me mira directamente. Por un terrible segundo, pienso que sabe todo.

—Lo siento. No estoy segura que quieras oír todo esto. —Medio se ríe, medio solloza.

Niego y me encojo de hombros mientras al mismo tiempo intento parecer tanto despreocupada como considerada. Laura enloquecería y más probable violaría el voto de silencio si supiera que me especializo en escuchar historias como la suya.

Britney acaricia su brazo con simpatía.

—Recuerdo mi primera vez. Sí duele. Pero Orlando fue, como, tan dulce. Continuaba diciéndome lo hermosa que era. —Revolotea las pestañas.

Descanso mi cabeza contra mi palma y pretendo tomar notas de estudio, pero mi mandíbula se tensa. Yo le enseñé eso, le dije que dijera hermosa cuando el realmente quería decir sexy. Solo existe un Orlando en Milton High. Lo recuerdo como El Observador, debido a la forma en que me miraba fijamente antes, durante y después que tomé su virginidad. Excepto que no estaba con Britney en ese entonces. Estaba con una chica llamada Clara, una chica que me dijo que amaba. Le ayudé a planificar una noche especial para ella, incluso le dije de un hotel romántico fuera de la vista para que la llevara. Me dijo que planeaba estar con Clara para siempre. Supongo que para siempre no duró incluso ni la mitad del último año. No sé si estoy enojada o decepcionada de oír que Orlando y Clara terminaron, o si tengo el derecho a sentir cualquiera de los dos.

Orlando fue el número cinco. Se suponía que él iba a ser el último.

Hasta que el seis pasó.

—De cualquier forma, no sé si puedo estar con un chico que no se preocupa por mis necesidades. —Laura se limpia la cara dejando embarradas manchas de máscara de pestaña detrás.

Ambas, Laura y Britney, parecen haber olvidado que estoy aquí, que es en parte de donde me viene bien el grupo de oración. Todo el mundo asume que aún soy virgen, así que ellos nunca van a preguntar para oír la historia de mi primera vez. Lo que probablemente es lo mejor. Porque nunca podría decirles, y nunca me creerían de todas maneras.

—Solo dale otra oportunidad —dice Britney, frotando la espalda de Laura—. Probablemente también está nervioso.

De alguna manera Laura se calma lo suficiente para lidiar con nuestra lista de verbos en francés. Para el final de la hora, Laura y Britney están riendo, incluso comparando historias sobre los penes de sus novios.

—Me alegra que al menos vi a Trevor primero —dice Laura —No sé si es grande o pequeño ya que no tengo con qué compararlo.

—Estoy bastante segura que Orlando es enorme —dice Britney con una risita—. Me dijo que era de veintitrés centímetros.

Toso en mi mano. ¿*Veintitrés centímetros*? Orlando definitivamente no es el chico que era cuando dormí con él, cuando era agradable y considerado y ansioso por aprender. Y definitivamente no tenía veintitrés centímetros de nada. Desearía que hubiera una forma en que pudiera sacar al Observador de mi lista, pero esa es la cosa con el sexo. Una vez que pasa, no puede des-pasar.

Estoy aliviada cuando el proyecto está terminado. Laura y Britney están más que felices de dejarme hacer el trabajo manual de teclearlo todo y poner nuestros nombres en él y yo estoy tan encantada de deshacerme de ellas que ni siquiera me importa. Mi corazón está pulsando y no estoy ni un poco cerca de saber qué demonios acaba de pasar. Me siento en la biblioteca hasta que soy la única ahí, y la señorita Woods se acerca a decirme que está a punto de cerrar. La mirada que me da detrás de sus lentes de botella, una mezcla de lastima y molestia, me hace querer llorar, sin embargo no sé por qué.

Las luces son tenues en los corredores mientras me dirijo a mi casillero, así que no noto a un chico alto y desgarbado hasta que él casi está enfrente de mí.

—Lo siento —digo en voz baja, sosteniendo mis libros protectoramente contra mi pecho, pero él no se mueve fuera de mi camino o me deja pasar.

—Eres Mercedes, ¿correcto? —dice. Alzo la mirada deseando que mi rostro no estuviera tan cerca a su axila. Está usando ropa deportiva, y la pelota de basquetbol debajo de su brazo significa que probablemente está en el equipo, aunque no reconozco su rostro. Sin embargo es una cara atractiva, con una mandíbula fuerte, algunas pecas esparcidas por su nariz y ojos muy oscuros, del tipo que no puedes decir qué color son hasta que estás a pocos centímetros.

—Sí —digo, dejándolo seguirme hasta mi casillero. Abro la puerta y me mantengo ocupada metiendo mis libros. Puedo decir desde el espejo de mi casillero que está mirando mi pecho.

—Oí que puedes hacer cosas. Ya sabes. Ayudar a chicos como yo. —Él se agacha a mi altura, como si tuviera miedo que alguien lo viera, aunque somos las únicas dos personas en el pasillo.

—¿Chicos como tú? —digo inocentemente, sin encontrar su mirada. Sé exactamente de lo que está hablando, pero no estoy dejando ver nada. Aún.

—Soy virgen —dice casi inaudible—. Y podría necesitar algo de ayuda.

Cierro la puerta de mi casillero con más fuerza de la que tengo que hacerlo. No sé exactamente cómo decirle que mis piernas están cerradas para los negocios. Diez chicos fue absolutamente mi límite. Está en los dos dígitos.

—Lo siento —digo, deslizando mi mochila sobre mi hombro—. No puedo ayudarte. Baja la mirada a sus maltratados zapatos.

—No preguntaría si no estuviera desesperado —dice en una pequeña voz—. Es solo que Laura espera que sea un semental. Cubrí completamente lo aterrado que estoy de decepcionarla. Creo que fui un imbécil.

Me volteo para irme, sin querer verlo a la cara. No puedo sentirme afectada por su historia, pero estoy anclada en el lugar ante la mención de su nombre. Laura. Mi antigua amiga, la que aún quería jugar con su casa de ensueño de Barbie mucho después que yo dejé los juguetes de lado.

—¿Cuál es tu nombre? —Las palabras salen tropezando de mi boca antes que pueda detenerlas.

—Trevor —dice—. Trevor Johnston.

Sé que debí seguir caminando por el pasillo y dejar a Trevor Johnston averiguar las cosas por él mismo. Cometió un error de novato al pretender saber lo que estaba haciendo y pudo haber arruinado las cosas. No es mi problema. Pero cuando pienso en la voz llorosa de Laura y la máscara de pestañas embarrada en su mejilla, me convenzo. Laura puede ser un poco excéntrica y es terrible conjugando verbos, pero merece una perfecta primera vez. Tal vez si ayudo a Trevor, él y Laura tendrán el futuro que Orlando y Clara aparentemente no tendrán. Será una buena acción con dos vertientes: puedo borrar mi aversión al Observador y hacerle a Laura un favor al mismo tiempo.

Además, Trevor es lindo. Esto no será una completa penalidad.

Aclaro mi garganta.

—Trevor Johnston —digo. Él parece esperanzado—. Quinientos veinticuatro de la calle Silverberry Run. Llega mañana a las nueve de la noche.

Destella una enorme sonrisa y extiende sus brazos como si quisiera abrazarme, pero sigo caminando, y cuando estoy lo suficientemente lejos, sonrío también. No es que de diez a once *sea* tanta diferencia. La línea aún estará básicamente intacta.

Simplemente la desdibujaré un poco.

4

Me sorprendo al ver que el auto de Kim todavía está en la entrada cuando llego a casa, estacionado de cualquier manera, las ruedas de la derecha en medio del jardín de flores, lo que no significaría nada excepto que las luces del comedor están encendidas también. Llegar a casa y que esté a oscuras es parte de mi rutina, pero eso no cambia la ráfaga de esperanza en la boca de mi estómago cuando las luces están encendidas. A lo mejor Kim finalmente se ha dado cuenta que me iré de casa al finalizar el semestre, y si no se molesta en conocerme ahora, puede que ya no tenga otra oportunidad.

O a lo mejor solo quiere comerme la cabeza con la cita caliente que va a tener esta noche.

—Honestamente, nunca pensé que él estaría interesado —dice, tirando su abrigo encima de una silla de respaldo alto tapizada en piel mientras entro en el vestíbulo—. Es decir, mentí sobre mi edad, pero realmente no aparento treinta y ocho, ¿o sí?

Dejo caer mi mochila en el suelo con frustración. No puedo creer que fuera lo suficientemente estúpida para creer que las luces encendidas significaban que Kim estaría cenando aquí o queriendo pasar un rato conmigo.

—No tienes treinta y ocho —digo, viendo cómo sus labios se curvan en algo parecido a una sonrisa, o por lo menos el máximo intento de sonrisa que su reciente inyección de Botox le permite, y se desinfla cuando oye el final de mi frase—. Tienes cuarenta y cinco, Kim. De hecho, cuarenta y seis en un mes.

—Está bien. La edad es sobre todo cómo te sientes, ¿no? Y no me siento ni un día más vieja de veinte. —Arquea una ceja y raspa con una larga uña pintada de rojo la barra de granito, quitando una mancha invisible. Ahogo una sonrisa, preguntándome cuánto más podría alzar las cejas si supiera lo que ha pasado este mediodía.

—Y déjame adivinar. ¿Tu cita tiene de verdad veinte? ¿Es el instructor de Pilates?

Ladea la cadera y entrecierra los ojos mirándome. Va a poner una de sus sarcásticas expresiones, pero la cantidad de Botox en su frente le impide formarlas del todo. Pero el aspecto más descorazonador de su postura es lo mucho que me puedo ver en ella. Tenemos los mismos ojos verdes, los mismos pómulos, aunque los ojos de Kim están cubiertos de pesado maquillaje negro y los huecos en sus mejillas son más pronunciados. La gente

siempre me dice cuánto me parezco a mi madre, pero realmente pienso que eso es al revés. Ella se parece a mí, gracias a una eterna competición por verse más y más joven.

—Dios no, querida. Él ya está en el pasado. A mi cita de esta noche lo conocí en un bar.

—Eso suena prometedor —digo, abriendo la nevera que está completamente vacía. Me quedo ahí de pie de todas maneras sintiendo el frío aire en mis mejillas acaloradas.

—No seas tan cínica —dice Kim—. Él es un gran bailarín. Y ya sabes lo que digo de los que bailan bien.

Cierro la nevera y me quedo frente a ella con los brazos cruzados.

—No lo sé, Kim. ¿Qué es lo que dices de los que bailan bien?

Su cara se hunde solo un poco más. Odia cuando la llamo Kim, pero es el nombre con el que nació. *Mamá* es uno que todavía se tiene que ganar.

—Buenos bailarines son mejores amantes —dice, apretando sus labios juntos—. Así que probablemente no volveré a casa esta noche.

—Eso está bien —digo—. A lo mejor yo tampoco. —Esto es una mentira. No tengo intención en absoluto de salir de casa esta noche, pero no necesita saber esto. No le haría daño a Kim preocuparse por mí de vez en cuando.

Pero en vez de eso, sacude su melena y mete sus pies en un par de Manolos negros. *Mis* Manolos negros, probablemente robados de mi zapatero mientras yo estaba en el colegio. Tomo nota mental de echar el cerrojo a mi habitación durante el día.

—Honestamente, querida, ahora es el momento de vivir un poco. Nunca vas a volver a ser tan joven y tan bonita como lo eres ahora mismo. No sé por qué no traes a chicos más a menudo. —Estira el borde de su vestido, lo cual no mejora nada. Sigue apretándole demasiado las caderas, y cuando se siente, estoy segura que su cita podrá ver todo lo que hay debajo. El pensamiento es suficiente para hacerme atragantar.

—Sí que invito a chicos —digo, apoyándome sobre la encimera de granito, la escena del crimen de hoy—. Lo que pasa es que tú nunca estás en casa.

Se supone que es una puya, pero no lo entiende así. Solo se ríe, una rasposa risa de alguien que fuma pero que pretende no hacerlo, y besa el aire al lado de mi mejilla, porque de hecho besarme podría estropear su pintalabios. Y cuando el claxon de un auto suena impacientemente afuera, al parecer su cita tiene demasiado miedo como para llamar a la puerta, se va, dejando una ráfaga de laca y empalagoso perfume.

Subo hacia mi habitación lentamente, mis ojos escuecen por las lágrimas. Odio que todavía me importe, que mis tácticas de sorpresa se pierdan completamente con Kim. Probablemente si le dijera lo que Zach y yo hicimos en la encimera, me chocaría los cinco.

Debería estar haciendo los deberes, escribiendo el ensayo de la ambigüedad moral de *Hamlet* que tiene que estar listo la semana que viene, o pasando a máquina lo asignado esta semana en clase de química, lo cual acabaré haciendo sola y añadiré el nombre de Zach al trabajo. Pero en vez de eso, saco el libro blanco de mi mesita de noche y ausentemente voy pasando páginas. Lo leo de atrás hacia adelante, empezando con Evan Brown, al cual decidí llamar el Jugador, y termino con la página uno. El único sin un apodo.

Su nombre es Tommy Hudson. Él no vino a mí, yo lo encontré. Fue solo hace unos pocos meses, aunque parece mucho más. Me lo he cruzado en los pasillos casi cada día desde entonces, pero él nunca hace contacto visual. Probablemente porque siempre va de la mano de ella. Jillian Landry, esbelta, largas piernas. Probablemente Jillian no sepa ni mi nombre. Pero la conozco.

Jillian nunca sabrá esto, pero es la razón por la que empecé a hacer lo que hago. O hice. Después de Trevor será lo que *hice*. De verdad. Jillian plantó la semilla en el primer día de instituto, cuando entró como una estampida en el baño de las chicas con su amiga a remolque. Annalise era la compañera de Jillian, la amiga regordeta que era una sombra de Jillian hasta que cometió un gran error.

—Estoy tan jodida —gimoteó Annalise. Podía ver sus gruesos tobillos desde mi lugar aventajado en el baño, llevaba esas estúpidas sandalias juveniles de goma que siempre insistía en ponerse. En ese momento solo la conocía como la amiga de Jillian. Levanté mis pies con Converse del suelo sin hacer ningún ruido y los enganché al asiento del baño.

—De verdad, Annie, todo va a estar bien. Estoy segura que es una falsa alarma. Todo va a salir bien —dudó por un momento—. ¿Estás segura de querer hacer esto aquí?

—No es que pueda hacerlo en casa. Mi madre siempre está vigilando.

Ni siquiera controlaron si había alguien más en el baño, o a lo mejor no les importó. Sabía exactamente lo que estaban haciendo. Si el roce del papel o el sonido de pipí saliendo en chorros torpes no me habían dado una pista, los pequeños y aterrorizados gemidos de Annalise eran suficientes. Debería haberme levantado, tirar de la cadena e irme, pero en ese momento no quería delatar que estaba allí, y además estaba muy intrigada como para irme.

—Tú miras —le dijo Annalise a Jillian cuando salieron del cubículo—. Yo no puedo.

Un largo silencio. Creo que hasta yo aguanté la respiración.

Jillian no dijo nada. A través de la rendija de la puerta del cubículo, pude ver por el espejo que negaba. Annalise estalló en lágrimas, gigantes sollozos que sacudían todo el baño.

—¿Y ahora qué? —dijo—. Mi madre no me dejará acabar el instituto aquí. Me hará ir a algún colegio especial de preñadas que la han jodido. ¡Me va a matar!

—¿Puedes abortar? —dijo Jillian en voz baja.

—De ninguna manera. —La cara roja de Annalise estaba temblando, pero alzó la cabeza con desafío—. La debo de haber jodido, pero nunca haría eso.

En el cubículo, empecé a notar el calor subiendo progresivamente por mi cuello. Apoyé una mano en el dispensador de papel para tranquilizarme y me recordé que tenía que respirar.

—No me lo puedo creer —dijo Annalise, sonándose la nariz con un montón de pañuelos de papel—. Matt nunca quería ponerse un condón, pero decía que todo estaba bien. ¡Y no lo está!

—¿No le hiciste ponerse un condón? —dijo Jillian, su voz subiendo al final. Me pude imaginar entonces, no por la pregunta en sí sino por el tono de la pregunta en su voz, que Jillian y Tommy todavía no lo habían hecho.

—Él dijo que quitaba sensibilidad a su pene. ¡Dios, soy tan idiota!

Jillian frotó la espalda de su amiga, pero pude verla mirando fijamente su propio reflejo en el espejo.

—Voy a hacer que Tommy se ponga uno el próximo fin de semana —dijo ella.

—Espera. ¿Vas a hacerlo el próximo fin de semana? No lo hagas, Jill. Espera hasta estar casada o algo así.

—No sé siquiera si algún día me casaré. Pero Tommy y yo hemos estado juntos desde hace un montón de tiempo. Confío en él. Estaré segura, Annie.

Oí la duda en su voz, pero no estoy segura de si Annalise lo hizo porque rompió a llorar de nuevo.

Me quedé en el cubículo un buen rato después de que se fueran del baño, tanto que mis dos pies se durmieron y olvidé mi cita con Angela para comer. No pude dejar de pensar en Jillian el resto del día. Tenía la persistente sensación que jugaría algún papel en su historia. No conocía a Jillian, pero sabía que no quería que acabara como Annalise.

La semana siguiente, Annalise fue sacada de la escuela. Imagino que tenía razón cuando dijo que su madre la metería en algún colegio especial para chicas embarazadas que la han jodido. Pasó de ser anónima a ser el cotilleo más jugoso de los estudiantes en una sola noche. Y mientras todo el mundo estaba ocupado hablando de Annalise, descubrí qué es lo que quería hacer. O a quien quería.

Tommy Hudson.

Era fácil. Esperé hasta después de clase y lo seguí hasta al cuarto oscuro de fotografía, sola. Pretendí estar interesada en las fotografías que estaba revelando, las cuales eran todas

de Jillian. Le pregunté por ella, leí su tensión facial y noté la forma en que su mano tembló solo un poco cuando el tópico del sexo entró en la ecuación.

—No sé por qué te estoy diciendo esto —dijo él—. Imagino que es porque no puedo hablar de ello con los chicos. Me llamarán cobarde y solo me dirán que me la tire y acabe con ello. Y no puedo hablar con mis padres. Se saldrían de sus casillas e intentarían meterme en el sistema *Homeschool*¹. —Bajó la cabeza y se mordió el labio.

—¿Qué pasaría si te doy una idea para deshacerte de la ansiedad? —dije.

—Te debería un grande favor —dijo.

Entonces le di mi dirección y le dije que me encontrara allí la noche siguiente. No le dije lo que planeaba hacer ni le di ninguna información de más. No sé si se imaginaba algo o siquiera se aparecería. Pasé mucho rato arreglando mi cabello y mi maquillaje, intentando convertirme en la chica de los sueños de Tommy, aunque me faltaban las largas piernas de Jillian y su diminuta cintura. Por primera vez, estaba contenta de que Kim me hubiera comprado un juego de lencería cada año por mi cumpleaños desde que cumplí los trece. Y cuando Tommy llamó al timbre, lo llevé a mi habitación sin decir una palabra. Estaba nerviosa, pero no quería que él lo supiera. Llevaba el cabello suelto por una razón. Las ondas sueltas cubrían mis hombros temblorosos y daba la impresión de una cabeza levantada.

—Sé el guía —dije mientras me estiraba debajo de él—. Este es tu momento para tomar el control. No hagas que ella lo tome. —Lo apreté contra mí, mirando sus ojos agrandarse y sus labios temblar ligeramente.

Tommy siguió mis instrucciones perfectamente. Cuando le dije que usara sus manos para rodear mi cara, él lo hizo y añadió un beso en mi frente. Cuando le hice saber que mordía mi cuello demasiado fuerte, dejó suaves besos sobre el mordisco. Él escuchaba todo lo que le decía y ponía su propio sello. Mientras su confianza crecía, también lo hacía la mía. Le dije que hiciera contacto visual y sonriera, no maniaco sino dulcemente. Él respondió aguantando mi mirada y recordando pestañear.

Debieron de ser los dos minutos más largos y más vocales de mi vida.

Más tarde, pude ver prácticamente que la tensión había desaparecido de él, la manera en que parecía ser más alto cuando se puso la camisa. Lo ayudé a planear una cita de ensueño con Jillian, una noche que nunca olvidaría, empezando con sus flores favoritas —claveles— y terminando con una cena rodeados de velas y la perfecta primera vez.

—No sé qué habría hecho sin ti —dijo Tommy antes de irse, abrazándome en la puerta de entrada solo un poco demasiado fuerte.

—Solo hazlo especial para ella —dije con una sonrisa.

¹ Homeschool: Es un sistema educativo que se lleva a cabo en casa en lugar de la escuela.

Él se dio la vuelta otra vez cuando estaba a mitad de camino de la entrada.

—¿Por qué yo? —dijo, alzando los hombros—. ¿Por qué Jillian?

No supe cómo contestar a eso, porque honestamente no lo sabía. Tommy y Jillian no eran más familiares que cualquier otro estudiante que me cruzara en los pasillos cada día. No tenía una respuesta, y sigo sin tenerla, así que le dije a Tommy lo siguiente.

—Solo vi la oportunidad de poder ser de ayuda.

Lo que no podía decirle es que quería, por alguna desesperada razón, que la primera vez de Jillian no fuera nunca como lo fue la mía. Jillian era todo lo que yo no era; pura, inocente, y desconocía cuánto dolor podía infligir el sexo opuesto, psicológica y emocionalmente. Quería que siguiera sin saberlo. Los observé durante los siguientes días, miraba cómo interactuaba uno con el otro. Tommy era muy respetuoso, llevando sus libros y abriendo las puertas para ella. Jillian ponía su mano en el bolsillo trasero de sus jeans y alborotaba su cabello juguetonamente. Estaba mirando, esperando ver alguna señal de que ya lo habían hecho. Y un día lo pude saber por la pequeña sonrisa que compartieron, una nueva sonrisa que hablaba de un secreto y demostraba un tipo de amor más profundo.

Pensé que estaría más feliz de lo que estaba. Después de todo, el objetivo final era asegurar que Jillian tuviera una perfecta primera vez. Pero estaba triste porque nunca tuve a un chico como Tommy al que darle mi virginidad, y triste porque nunca sería una chica como Jillian para que alguien me desflorase. Mayormente me sentía vacía, como que el subidón se había evaporado dejando un mal sabor de boca en su lugar.

Y entonces fue cuando otro chico en el club de fotografía se me acercó queriendo el momento especial. Pude haberme hecho la tonta y decir que no, pero no lo hice.

Me dije que cinco sería absolutamente el máximo. Cinco buenas acciones, cinco pagos por adelantado. Los chicos eran instruidos específicamente para no decírselo a nadie, a no ser que conocieran a otro virgen que necesitara el servicio. Pero les preocupaba más el secretismo de la operación que a mí. Ellos tenían más que perder; novias y reputaciones. Ningún chico quiere admitir que todavía es virgen sin perder su orgullo, especialmente cuando sus amigos saben que ha estado saliendo con una chica un montón de tiempo y asumen que lo dio todo en la primera ocasión que tuvo. Me sabe mal por los chicos. Tienen la parte más difícil, física y emocionalmente. La virginidad se supone que es algo que una chica solo entrega cuando está lista y se siente cómoda, algo que una chica discute largamente con sus amigas y recrea más de un millón de veces en su cabeza antes de realmente hacerlo. De un chico, se espera que nazca con ello.

Pero de lo que me di cuenta después de Tommy es que no lo están. Tienen tanto miedo como sus novias, quizás incluso más porque la carga está en ellos para ser gentiles, hacer que dure, hacerlo memorable. Y la gran mayoría no tiene idea. Pero gracias a mí, cinco de ellos la tenían.

Cuando los cinco se convirtieron en diez, pensaba en ello únicamente como un experimento de ciencia. Hay lógica detrás de todo, y el secreto de mi fórmula para triunfar era un entrenamiento en dos partes, una parte pasión, y una parte planificación. Operaba bajo el inamovible conocimiento de que ellos me necesitaban más de lo que yo los necesitaba a ellos.

Excepto cuando estoy pasando las páginas y me fijo en cada nombre y sus apodos, es más que una ciencia. Es un sistema completo. Mi sistema, el que inventé, se completa con una puntuación que inventé. Cada chico tiene una página, aunque cada página tiene solo una línea. Los números siempre han tenido más sentido para mí que las personas, así que reduciendo a cada chico hasta un decimal, una clasificación, lo hacía más lógico.

Tommy Hudson: *A lo mejor debería sentirme culpable, pero creo que realmente ayudé.*

El Mordedor: 6. *Punto menos por dejar una marca.*

El Risita Nerviosa: 5. *No pudo deshacerse de esa horripilante risita.*

El Gritón: 4.5. *El medio punto es solo por el tamaño.*

El Mirón: 8. *Muy observador.*

El Llorón: 7. *Punto menos por las lágrimas.*

El Predicador: 6. *Punto menos por hablar de Dios, lo que cargó el ambiente.*

El Malhablado: 8. *Punto extra por su impresionante vocabulario.*

El Acróbata: 7.5. *Medio punto extra por su gran flexibilidad.*

Y el último, el Jugador. Posicioné mi bolígrafo junto a su apodo y di golpecitos contra la página. Debería darle una puntuación mediocre, quizá redactar una explicación por su técnica poco sólida. Pero en vez de eso no lo evalué en absoluto.

Empecé a tomar apuntes ordenándolos en puntos lo mismo que hacía en clase de química. *Este chico es de hecho dulce. Él será guapo algún día. Ama a su novia. Me pregunto si seguirán juntos dentro de diez años. O de cincuenta.* Mi propia urgencia de ponerlo en el papel me sorprende. No sé por qué el Jugador se escapó del sistema de puntuación y recibió comentarios cursis, como salidos del diario de una jovencita adolescente muy diferente a mí. Miro las líneas que acabo de escribir y las tacho. Luego agarro mi bolígrafo y tacho la puntuación del Mirón con fuertes líneas negras. Él no lo merece. Escribo algo más por encima. *Idiota.* Luego aflojo mi agarre de muerte sobre el bolígrafo y lo lanzo contra la pared, donde deja una marca en la pintura. Parece como si necesitara dejar una marca más grande.

Me giro sobre mi espalda y aprieto el libro contra mi pecho; luego lo tiro al suelo de moqueta. Es demasiado pesado para descansar contra mí, tiene demasiada historia. No toda es mala. Algunos de los recuerdos me hacen sonreír. Algunos me enfadan. Pero lo

más peligroso, algunos me hacen preguntarme cómo sería mi vida como novia, cómo sería tener una relación normal, con sus subidas y bajadas y sus momentos incómodos.

Apago la lámpara y me quedo mirando al techo en la oscuridad, tomando una serie de respiraciones temblorosas. Sé que es mejor de esta manera, siendo la que tiene el control. La que tiene el control toma las decisiones, y la que tiene el control marca el ritmo.

Y lo más importante de todo, la que tiene el control no sale dañada.

5

Siempre me gusta hacer algunas investigaciones de la persona con la que estoy a punto de dormir. Es más para mi beneficio que el de ellos, para poder ver qué tipo de persona es cada individuo. Quién son sus amigos, quién es su novia. Así que me tomo el tiempo antes de llegar a Trevor Johnston para leer acerca de él, comenzando con el anuario y culminando con su página de Facebook. Aparece en las fotos del equipo de baloncesto y hockey sobre hierba, lo que me preocupa un poco. El novio de Angela, Charlie, está en el equipo de fútbol, y sé que los deportistas hablan. Pero también sé que Charlie no es como la mayoría de los chicos. No tiene muchos amigos y en su mayoría solo se junta con Angela. A pesar de ello, hago una nota mental para inculcar a Trevor lo importante que es en realidad el secreto de esta operación.

Si el anuario cuenta la historia de la vida de Trevor en el deporte, su página de Facebook me dice que le gusta la fiesta. En la mayoría de sus fotos tiene una cerveza en la mano y una sonrisa en su rostro descuidado. Algunos chicos son difíciles de leer, pero Trevor no es uno de ellos.

Tengo el mismo ritual antes de ver a cualquier chico. Años de frustración acumulada es mucha presión, y quiero jugar bien mi parte. Siempre ducharse, afeitarse, y humectarse; vainilla para los chicos que creo que están buscando una buena chica y el perfume de plumeria más exótico para los que quieran algo excéntrico. Después de un semestre de hacer esto, soy bastante buena en averiguar lo que un chico está buscando. Deportistas como esa chica sexy de al lado, a veces del tipo animadora flexible con un top y trenzas. Los pijos son incluso más fáciles de complacer. Dales calcetines hasta la rodilla y no mucho más y están bien para ir. Los genios son los comodines. A veces estallo el cuero para ellos, y a veces voy por la ruta más simple; nada en absoluto.

Normalmente, antes que un hombre vaya a venir, doy los toques finales en mi dormitorio. Me aseguro que las sábanas estén limpias y ligeramente perfumadas con lavanda, la luz es tenue, y hay al menos dos velas encendidas. Esto es importante, como le digo a los chicos, ya que establece el estado de ánimo. “Ninguna chica va a querer acostarse en la parte superior de tus pantalones de gimnasia malolientes, ni por debajo de los carteles de Playboy pegados en el techo”. Recuerdo que se lo dije al Acróbata cuando comentó la decoración.

Y mi posición actualmente es extendida a lo largo de mi cama sobre las esquinas metidas de mi edredón.



Kim abre la puerta de mi habitación con el inconfundible olor a perfume y cigarrillos aferrándose a ella, Eau de Kim. La situación sería menos difícil si estuviera usando algo que no fuera una camisa de hombre con bragas de encaje y calcetines hasta la rodilla, pero Kim ni siquiera parpadea.

—No sabía que estabas en casa —le digo, alisando el edredón y sentándome. Kim lamentablemente se deja caer en él.

—Pensé que podríamos tener noche de chicas —dice, diciendo “noche de chicas” con comillas en el aire. Las comillas de Kim se parecen más a garras, cortesía de su esmalte de uñas carmesí y uñas de acrílico ridículamente largas.

Aprieto la mandíbula y hago una bola de edredón con ambas manos. Kim nunca inicia el tiempo de madre e hija. Creo que hasta se olvida que incluso compartimos una casa.

—No puedo —digo—. Voy a tener compañía.

—Oh. Por supuesto —dice Kim—. Me encanta lo que has hecho con el lugar. Muy romántico. —No puedo decir si está siendo sincera o sarcástica—. ¿Es un nuevo novio?

—Es el novio de alguien, pero no el mío —le digo alegremente. Lamento decirlo casi de inmediato, pero el terrible momento de Kim y el intento de congraciarse en mi vida me molesta. Tal vez si descubre que soy promiscua, comenzará a preocuparse por mí.

Kim entrecierra los ojos y alisa mi cabello. El gesto casi me hace llorar. Es el único gesto maternal que recuerdo de cuando era un niña pequeña, cuando Kim solía cepillar mi cabello y trenzarlo. Eso fue antes de que me dijera que las trenzas francesas eran infantiles y que debería empezar a verme más como una mujer. Creo que tenía diez años de edad.

—Creo que deberías cambiar tu pintalabios —dice lentamente—. El rojo no te está haciendo ningún favor. Aquí, toma este. —Rebusca en su bolso y me entrega un lápiz labial. Acaricia mi muslo desnudo antes de salir de la habitación.

—Gracias —digo aturdida, pero no está cerca para oírlo. Ruedo el pintalabios alrededor en mi mano y miro al techo y contando hacia atrás desde diez. Ésta táctica, centrándome en los números, siempre me hace sentir menos ganas de llorar.

Cambio mi pintalabios cuando escucho a Trevor tocar el timbre. No me gusta que me importe la opinión de Kim, pero raramente da alguna que tome, de todos modos. Y tiene razón, el lápiz de labios de Kim es de color rosa suave y a Trevor verdaderamente parece gustarle.

—Dios, eres sexy —dice cuando cierro la puerta de mi dormitorio detrás de nosotros y desabrocho mi camisa. Por su condición de deportista, tomé a Trevor por el tipo con fantasías de una colegiala traviesa y poco en el camino de la imaginación.

—No le digas sexy —le digo, por lo que sé, se siente como la millonésima vez, mientras bajo su jeans—. A las chicas no les gusta escuchar eso. Eso las hace sentir como objetos. Dile que es hermosa.

—Eres hermosa —dice—. Tienes el cabello bonito. Y la piel suave. —Como para probar su punto, empieza a andar a tientas en mi estómago y mi pecho como si estuviera perdido en la oscuridad, tratando de sentir la salida palpando la pared de un estacionamiento.

—Incluso mejor es que no digas nada —le digo. Enciendo mi iPod, donde tengo la pista del habitual sonido del sexo. Excepto que hoy, subo el volumen mucho más de lo necesario, solo para molestar a Kim.

—Eso está alto —dice Trevor—. ¿No podemos hablar también?

—No durante las relaciones sexuales —digo antes de morder su oreja—. Nunca tengas la habitación completamente en silencio. No quieres forzar a Laura a escuchar sus extraños gruñidos, ¿verdad?

Trevor casi parece a punto de llorar. Por lo general, me gustaría ser comprensiva y tratar de reforzar su confianza, lo único que le falta a cada virgen. Pero esta noche estoy llena de agresión y corta en paciencia. Así que después que le muestro a Trevor cómo poner un condón correctamente, me subo en su regazo y doy lo mejor de mí para gemir aún más fuerte que la música. Trevor se une con un coro de “oh, nena” y “¡esto es increíble!”. Le haré durar lo bastante para correrme, el tiempo suficiente para ofrecer algún tipo de liberación. Pero no consigo una.

—Lo siento —dice cuando hemos terminado. No estoy escuchándole. Estoy escuchando un indicador golpe en la puerta, algo que me haga saber que Kim está al menos un poco preocupada, que un chico que nunca ha visto antes esté por tener relaciones sexuales con su hija.

Trevor va a poner una mano en mi pecho, pero se conforma con mi hombro.

—Siento como si te hubiera hecho enojar —dice—. Lo que sea que he dicho, no era mi intención. Te dije que no tenía idea de lo que estaba haciendo.

Sé que debería ponerme mi camisa de nuevo y ayudarle con la mecánica de la parte no sexual, la puesta en escena perfecta. En el pasado he ayudado con todo, desde la ubicación de la marca de colonia, al estilo de la ropa interior (nunca calzoncillos, especialmente no los blancos). Criticar restaurantes seleccionados e incluso vetar opciones alimentarias, al igual que la vez que tuve que explicar al Llorón por qué la comida mexicana era una terrible selección de platos para cualquiera que deseaba echar un polvo. Pero esta noche no estoy de humor para nada de eso. Laura es casi lo más alejado de mi mente.

—La práctica hace al maestro —le digo, besando el cuello de Trevor con cuidado suficiente para no dejar una marca, pero lo suficientemente duro para conseguir excitarlo.

Hago algo que nunca he hecho antes y dejo que Trevor tenga una segunda vuelta. Me digo que es puramente educativo, pero cuando me aferro a su cuello y envuelvo mis piernas con fuerza alrededor de su espalda, sé que en el fondo no lo es. Es tanto para mí como lo es para él.

Cuando hemos terminado, rodea mi línea de la mandíbula con su pulgar y el índice, llegando a un punto en mi barbilla. Sucede demasiado rápido para que me dé cuenta de lo que está haciendo, y antes que mi mente pueda formular una reacción, mi cuerpo lo hace por mí. Ese toque, exactamente como Lucas solía hacerlo, derecho hacia abajo hasta presionar la yema de su pulgar en la ranura de mi barbilla. Inclino el rostro en sus manos y cierro los ojos. Empuja el flequillo de mi frente.

—Eres bonita —susurra. Su cara está cerca de la mía, tan cerca que su cabello cae en mi mejilla. Abro los ojos rápidamente. Es muy familiar, la forma en que me está tocando y la forma en que su cabello está en mi rostro. Puedo sentir su corazón golpeando contra mi pecho, su ritmo pesado fuera de sincronía contra los míos, ligeros revoloteos erráticos. Y él es demasiado pesado y podía sofocar todo mi cuerpo en cualquier momento.

—No —le digo, alejándome—. Para. No puedo hacer esto.

Aleja sus manos de mi rostro. Puedo decir que todavía está mirándome fijamente la nuca.

—Creo que ya lo hemos hecho —dice en voz baja.

En el momento en que nos ponemos la ropa de nuevo y le muestro a Trevor la puerta, me doy cuenta que Kim no está incluso en el hogar. No debo haber notado la apertura de puertas de garaje por la música ensordecedora. Tomó su bolso y su auto, pero dejó una nota en la amada encimera de granito.

Sobras en la nevera. Solo no coman demasiado, los chicos son bastante difíciles de complacer. Con amor, MAMÁ.

MAMÁ en letras mayúsculas, con una línea ondulada debajo.

Trituro la nota en un millón de pedazos y paso el resto mecanografiando las notas de química. Solo descanso para secarme las lágrimas que insisten en filtrarse de las esquinas de mis ojos. Debe ser las hormonas, o cualquier endorfina que se supone que se siente después del sexo. No tiene nada que ver en absoluto con mi madre y su falta de preocupación por la cantidad de chicos con los que duermo.

Antes de divagar acerca de Trevor y yo tenido relaciones sexuales, hago otra entrada en mi cuaderno blanco nacarado. Trevor Johnston, número once. Le doy un nueve en letras disparatadas, entonces añado el comentario. *Guapo. Fuerte. Apuesto a que es un buen novio, del tipo que es divertido y puede ser serio cuando el momento lo requiere.*

Cuanto más escribo de Trevor, peor me siento, pero parece que no puedo parar. Tengo miedo de lo que va a pasar cuando pare. *La forma en que me ha tocado. Me tocó como sola una persona me ha tocado antes. ¿Cómo puede tocarme así cuando apenas me conoce?*

Le doy un apodo, a pesar que casi no quiero. Es parte del sistema, rito de paso. Cada hombre necesita un apodo, por lo que Trevor se immortaliza para siempre como la Segunda Ronda.

6

A la mañana siguiente, pretendo estar sorprendida de ver a Kim en casa, aunque la oí llegar a casa dando tumbos pasada la media noche. Mientras va haciendo ruido por la cocina, cambio a algo que sé que la hará alzar las cejas tan alto como pueda. Uno de mis tops de lencería, uno negro con ajustes de encaje, metido por dentro de una ajustada minifalda de jeans. En vez de mis habituales Converse, me subo a unos tacones. Me agarro a la barandilla mientras bajo insegura las escaleras.

—Buenos días —digo, forzando una descarada voz. Alcanzo uno de los armarios sacando una taza para el café. Normalmente me tengo que poner de puntillas para llegar, pero los tacones me dan una alzada extra.

Kim alza las manos.

—Estamos sin café. Estamos sin café y no puedo encontrar nada en esta maldita cocina.

—A lo mejor podrías probar ir de compras a la tienda —le digo, palmeando mi taza para sacarla fuera del camino—. El café está aquí detrás. Con los desayunos. Donde corresponde. —Yo lo debo saber. Soy la que organiza los armarios en primer lugar. Un rasgo que comparto con Kim es que ninguna de las dos puede vivir en el caos. Todo tiene que tener no solo su sitio sino también el lugar correcto. Un lugar que tenga sentido.

—Te ves bien hoy —dice Kim, apoyándose en el mostrador—. Muy bonita.

Me volteo y lleno el filtro con café molido y trato de ignorar la oleada de orgullo que me atraviesa. Sé que no estoy bien hoy. No me veo bonita. Ni siquiera me veo como siempre. Nunca antes había dejado a la persona que soy atravesar mi habitación y salir al mundo real y hoy no lo he hecho por ningún chico. Mi reflejo se ve distorsionado en el acero inoxidable; pintalabios rosa y ojos oscurecidos con máscara. Me veo más como Kim de lo que nunca hubiera pensado.

—Bueno, pareces como si necesitaras dormir un poco —digo, girándome para encararla. No añado que también huele como que necesita una ducha y un enjuague bucal.

—A lo mejor hoy podemos ir de compras —dice Kim, ladeando la cabeza—. Podrías ayudarme a elegir algo de ropa nueva.

Aprieto los dientes. Esto es lo que quería anoche. Quería que Kim actuara como una madre. Pero está mal la manera en que lo hace. Nunca puede entenderlo. Una buena

madre llevaría a su hija de compras el fin de semana, no a las siete de la mañana un día de colegio. Una buena madre recordaría que su hija tiene colegio. Una buena madre no dejaría a su hija salir de casa vestida de la manera que estoy en estos momentos, ni en un millón de años.

—No puedo —digo, dejando la taza en la barra con más fuerza de la que pensaba—. Tengo esa cosa. Colegio. Ya sabes... Ese lugar al que voy a clases y saco todo sobresaliente.

—Oh. Claro —dice Kim, dándose un golpe en la frente con la mano—. Bueno, puedes saltártelo por un día, ¿no? Un día no hará daño.

Me preno de la encimera. Quiero gritar, pero cuando mi voz sale, es plana y sin emoción. Kim no puede entender el tema de ser madre correctamente, y yo nunca puedo demostrar emoción cuando la siento. Qué jodida unidad familiar somos. Me pregunto a quién le echará la culpa, si yo se la echo a ella.

—No puedo saltármela. En caso que lo hayas olvidado, me voy a MIT el próximo año. De hecho necesito ir a clase para sacar los grados, y no voy a tirar eso por la borda para que tú puedas comprar más ropa que no necesitas y que no deberías llevar de todas formas. —Agarro mi bolso de la mesa y salgo en estampida por la puerta con manos temblorosas.

—Está bien. ¡Qué tengas un buen día, cariño! —grita Kim detrás de mí. Cierro la puerta del Jeep tan fuerte como puedo, pero solo hace un flojo sonido. No miro hacia atrás y no le devuelvo el saludo que sé que me está dando, sus garras rojas extendiéndose hacia el techo. ¿Por qué nunca se enfada? ¿Por qué no puede tomar nada personalmente? ¿Por qué todo lo que le digo le resbala, como si su piel de plástico fuera algún tipo de jodido teflón?

Ya estoy en el estacionamiento del colegio cuando me doy cuenta que he llegado realmente muy temprano. La clase no empieza hasta dentro de una hora, y el grupo de oración no tiene reunión hoy. Los minutos van pasando en el reloj de la radio. No puedo quedarme aquí sentada ni un segundo más. Estoy llena de energía y no sé qué hacer con ella, así que decido canalizarla con algo productivo y me voy al laboratorio de ciencias. Puedo sentarme en mi pupitre y empezar a leer nuestro próximo tema. Zach estará entusiasmado de tener menos trabajo del que ya tiene.

Me encuentro con una cálida brisa cuando me bajo del Jeep, y alcanzo la orilla de mi falda para estirla, deseando que tapara más piel. Por lo menos tuve el sentido común de agarrar un jersey. De hecho no estaba planeando salir de casa así. Iba a esperar a que Kim se fuera y cambiarme a mi ropa normal. Podría volver ahora, pero eso significaría volvérmela a encontrar, y me preguntaría por qué me estaba cambiando y luego sabría que me había puesto esta ropa por ella. Y esa no es una satisfacción que le voy a dar.

Los pasillos están oscuros y silenciosos. El único sonido es el de mis tacones resonando en el piso. Recuerdo estar en noveno curso con Angela, cuando odiábamos



sentarnos en la cafetería pero a ella le preocupaba que la descubrieran comiendo en el pasillo. Al primer sonido de tacones, escondía la comida en su mochila, y siempre me reía porque se veía tan culpable. Normalmente ni siquiera era un profesor, solo una de las chicas mayores que nos miraba con cara extraña.

La puerta del laboratorio de ciencias está entreabierta, pero la habitación está mayormente a oscuras. Dejo caer mi bolso y enciendo las luces. Por alguna razón me paseo por detrás del escritorio que el señor Sellers ocupa al frente de la clase en vez de dirigirme a mi propio pupitre. Agarro el marcador que usa y me pongo delante de la pizarra. Aclaro mi garganta y empiezo a hablar a nadie.

—Hoy, vamos a hablar de la electronegatividad. Es más interesante de lo que suena. Es todo acerca de la atracción. Cuanta más alta es la electronegatividad en un átomo, más alta es la atracción para enlazar los electrones.

Hago una pausa y me preparo para dibujar un diagrama en la pizarra, hasta que un ligero toque en la puerta me hace tirar el rotulador. Mi corazón está golpeando por mi pobre excusa preparada cuando me doy cuenta quien está parada en la puerta.

Jillian Landry, con su perfecto cabello y su perfectamente apropiado pantalón caqui. Está abrazando un libro de texto contra su pecho y sonriendo.

Instintivamente aprieto mi jersey más a mi alrededor y me agacho para recoger el rotulador con mi culo contra la pizarra. ¿Por qué está aquí? Ni siquiera sabía que Jillian veía química. Nunca he estado en una clase con ella. Pero supongo que realmente no sé todo, aparte que me acosté con Tommy. No sé nada más acerca de ella excepto cuánto la ama él.

—Eres buena en eso —dice cuando me vuelvo a poner de pie—. Nunca lo entiendo cuando el señor Sellers intenta explicarlo. Siempre me pongo a pensar en otra cosa a los cinco segundos de oírlo hablar.

Doy vueltas al rotulador con mis dedos. Imagino que debería estar avergonzada que Jillian me haya descubierto hablando sola, pero hay otro millón de cosas pasando por mi cabeza en vez de eso. Me pregunto si Tommy la ama más ahora que antes que durmieran juntos. Me pregunto si él le dice que es preciosa, si él recuerda fechas especiales o si le abre las puertas. Me pregunto si lo ayudé y por ende la ayudé a ella. Luego borro ese pensamiento de mi cabeza. ¿Estaría haciendo esto si no estuviera ayudando a gente?

—Es su voz —digo finalmente—. Es como un zumbido. Obviamente él recita lo mismo año tras año. Y año tras año, nadie le dice lo aburrido que es.

Jillian se ríe y se sienta en mi pupitre. Mi pupitre.

—Sí. Bueno, no puedo echarle la culpa del todo. Tengo terribles lapsos de atención. Lo cual explica las C que recibo en esta asignatura.

Me siento en el escritorio del señor Sellers, agradecida que este gran bulto de madera esconda mis desnudos muslos. Jillian está mirando su cuaderno de notas ahora. Quizás debería dejarla sola e irme ahora antes que las cosas se pongan raras.

—Soy Jillian —dice—. Y apesto en química.

—Soy Mercedes —digo.

—Lo sé —dice, alzando una ceja. Por un momento toda la sangre se me sube a la cabeza. *Lo sé*. Dos palabras que nunca quise oír viniendo de Jillian Landry—. Lo sé —continúa—. Él te nombra. Tú eres su pequeña súper estrella.

De repente noto como si fuera a vomitar. Mi estómago se aprieta en un violento nudo.

—¿Quién? —gruño con voz forzada.

Ella sonríe.

—El señor Sellers, por supuesto. Creo que tú eres su barra de medir para evaluarnos al resto de nosotros. Y estás poniendo esa barra bastante alta.

Respiro profundo mientras mi corazón vuelve a su ritmo normal. No lo sabe. No es Tommy el que me nombra. ¿Por qué lo haría?

—Estoy haciendo esta cosa —continúa, ignorando gracias a Dios mi pánico interno—. Este programa de Estudiantes Ayudan a Estudiantes. Lo empecé el año pasado para ayudar a mi amiga a la cual le estaba yendo fatal en clase de francés. Básicamente emparejamos a estudiantes que van bien en una materia con otros que no. Beneficia a los dos. La persona con problemas probablemente mejorará sus notas. La persona que le va bien puede añadir experiencia en tutoría para su currículo universitario.

Me apoyo en el respaldo de la silla del señor Sellers. Recuerdo ver a Jillian durante la semana de actividades, sentada detrás de uno de los puestos en el pasillo. Recuerdo a Angela hablando acerca del programa pero demasiado nerviosa para apuntarse. Recuerdo que lo taché porque no soy de grupos.

—¿Dónde está el que te ayuda? —pregunto.

Jillian pone los ojos en blanco.

—Buena pregunta. Se supone que es Bobby Lewis, pero él obviamente no está aquí. Otra vez.

Casi me ahogo con la saliva que se acumula bajo mi lengua, pero intento no reaccionar. No puedo ni imaginar a Bobby Lewis, alias el Acróbata, como un legitimado tutor de química. Pensaba que no tenía ninguna especialidad para enseñar aparte de gimnasia, por lo menos de acuerdo con lo que pasó en mi habitación.

—Realmente pensaba que este programa ayudaría a las personas —dice Jillian, negando—. Creo que nunca consideré que sería una de las fastidiadas por él.

Me la quedo mirando, con las puntas de su cabello sobre la cubierta de su libro de texto. Jillian es una buena persona, del tipo de las que intentan ayudar a otra gente. El violento nudo en mi estómago regresa. Mis tripas se sienten como si estuvieran siendo retorcidas como una toalla mojada.

—Lo haré —digo antes de poder retirarlo—. Lo haré. Quiero decir, si tú quieres que lo haga, te ayudaré.

Jillian sonríe ampliamente. Tiene una gran sonrisa, amplia, abierta y honesta. La sonrisa de alguien que no ha sido dañada con anterioridad, o por lo menos no tan duramente como para dejar evidencias.

—Se verá bien en tu solicitud para la universidad —dice, aunque las dos sabemos que las solicitudes ya fueron enviadas y que MIT nunca sabrá si hago o no tutorías con Jillian Landry—. Espero no ser muy pesada para ti.

Así que antes que las clases empiecen oficialmente ese día, soy un nuevo miembro de Estudiantes Ayudan a Estudiantes. Trabajaré con Jillian una vez a la semana y también con un junior llamado Toby, el cual dice Jillian que está desesperado. No tenía idea que tanta gente necesitara ayuda, y me refiero a las clases.

—No puedo agradeceréte lo suficiente —dice Jillian cuando cierra su libro después de una clase sobre la electronegatividad—. Hubiera estado tan fastidiada de otra manera.

Falseo una sonrisa, aunque el interior de mi boca está seco como el algodón. Todo este rato he estado intentado no pensar en Tommy, mantener mi mente entre átomos y elementos y energías ionizadas. Pero él sigue colándose, invadiendo todo lo que tiene sentido y arrastrando con él algo que se siente mucho como culpa. No puedo enfrentarme a eso ahora mismo, así que lo expulso de mi cabeza y le digo a Jillian que estoy feliz de ayudar. Y es la verdad, en más de una manera.

7

Soy vagamente consciente de que no soy tan anónima en la clase de Economía cuando entro más tarde, y no debido a mi casi inexistente vestuario. Me cambié a esta clase en el último minuto debido a que ya había llenado mis créditos de matemáticas en el primer semestre, y porque Angela me dijo que sería divertido. Y puedo decir que *divertido* no es la palabra que usaría para describirlo.

—Mercedes —dice Trevor Johnson, volviéndose a donde me senté junto a Angela. Me guiña el ojo y mira fijamente por mucho tiempo mis piernas cruzadas, un gesto que probablemente piensa que es sutil pero definitivamente no lo es.

Miro mi libreta advirtiéndole que no haga contacto visual. Entonces me doy cuenta de quién está sentado al lado: Chase Redgrave, mejor conocido como el Malhablado. Chase al menos tiene la decencia de pretender que no tiene idea de quién soy.

—¿De dónde conoces a ese tipo? —susurra Angela en mi oído. Me encojo de hombros, consciente del sonrojo subiendo por mi rostro y me dispongo a inventar una excusa cuando nuestra profesora amonesta a alguien en voz alta por llegar tarde, alguien con el afortunadamente no he dormido. Doy un ligero vistazo al salón de clase para asegurarme que no he dormido con nadie más entre los asistentes, pero afortunadamente Trevor y Chase son los únicos dos. En mi interior me da pánico cuando veo a Trevor susurrarle algo a Chase. ¿Cómo se conocen? ¿Y cuánto saben el uno sobre el otro?

Ruedo la mirada a la parte de atrás del salón, donde hay dos escritorios vacantes uno al lado de otro. Tal vez Angela y yo podemos sentarnos atrás, muy lejos de Trevor y Chase. Tal vez no es demasiado tarde para moverse.

—¿Podemos cambiarnos para atrás? La colonia de ese chico me está dando dolor de cabeza —susurro.

—No puedo ver el pizarrón desde allá atrás —dice Angela.

—Tal vez si usaras tus lentes podrías —siseo.

Angela frunce el ceño y se gira.

—¿Espera, no es ese tu compañero de laboratorio?

Agarro el escritorio con los dedos y echo un vistazo sobre el hombro. Mierda. Zach se está deslizando de puntillas dentro del salón para cubrir el hecho de que está entrando después de sonar la campana.

—Señor Sutton —dice la maestra—. Qué agradable que nos honre con su presencia.

Observo la cara de Zach volverse roja mientras se deja caer en uno de los escritorios vacíos. Cuando se encuentra con mis ojos, guiña y me da un pequeño saludo ondeando la mano. Ruedo los ojos y me giro para encarar el pizarrón. Genial. Ahora estoy atrapada entre tres personas con las que he dormido. Es la peor especie de claustrofobia. ¿Por qué Zach quiere tomar Economía? Esperaba que odiara estas cosas.

La señora Hill está divagando sobre nuestro primer proyecto, detalles que luego puedo averiguar con Angela. Odio su voz alta y aguda y la manera en que insiste en golpear el pizarrón como un metro a cada rato, probablemente para asegurarse que estamos prestando atención. Tengo cosas más importantes a las que prestarles atención. ¿Mi secreto va a ser expuesto o no para el final de día? No sé lo que sería peor, que toda la escuela se entere, o que Zach se entere de la razón real por la que no quiero ser su novia.

Trevor y Chase. Chase y Trevor. Trevor es un deportista. Chase es un creído con una mente seriamente enferma debajo de todo ese patrón geométrico. Nunca pensé que sus caminos se cruzarían. Sé que los chicos estaban obligados a hablar dentro de sus propios grupos, pero no pensé que habría alguna contaminación cruzada entre otros grupos. Hasta ahora he sido capaz de evitar cualquier intercambio incómodo y miradas juiciosas y esas charlas que se detienen en el momento en que entras en una habitación.

Recuerdo lo que le digo a cada tipo antes de que consiga entrar en mi dormitorio: *No me guíes, no me saludes, no hables conmigo. Ni siquiera me mires. Si lo haces, no tengo que decirte lo mucho que sé de ti.* La mayoría de ellos me miran con los ojos abiertos y asienten en señal de acuerdo. Los que no lo hacen en un primer momento, lo hacen cuando amenazo con mostrarles la puerta.

Trato de no temblar visiblemente cuando Trevor y Chase intercambian uno de esos patéticos golpes de puño. En serio, espero que no sea el código universal para "También yo dormí con Mercedes."

—Mercy. Buu.

Angela me está clavando su pluma en las costillas. Miro hacia arriba para ver a toda la clase mirándome, además de la señora Hill, que incluso está dando golpes secos con ese maldito metro de madera.

—Lo siento. Me perdí la pregunta.

—Eso no es sorprendente —dice la señora Hill descansando el metro al lado de su escritorio—. Eso es lo que pasa cuando no prestas atención.

—Lo siento, señora Hill. —Le doy mi más dulce sonrisa, que se siente más como una mueca.

—Como castigo, voy a hacer de ti mi primera víctima. El tema de hoy —dice golpeando el pizarrón con el metro de madera con una cantidad impía de fuerza—, es

educación sexual. Nadie quiere hablar de ello, pero tenemos que hacerlo una prioridad. —Quiero acurrucarme debajo de mi escritorio y desaparecer. Definitivamente esto no puede estar pasando. Como si Trevor, Chase y Zach en la misma habitación no fuera suficientemente malo, ahora la señora Hill parece ser parte de la broma. De repente tengo que luchar contra una imagen mental desagradable de la señora Hill empuñando ese metro como un látigo. La señora Hill, la dominatrix en un traje que le queda mal ajustado—. Ahora bien, no lo llamo educación sexual. Lo llamo sexo seguro. Nosotros no estamos diciendo que no lo hagan. Solo cómo hacerlo más seguro.

Se ríe con un sonido poco natural. Sus manos están temblando ligeramente mientras abre el cajón de su escritorio. Saca un maldito montón de plátanos.

—Esto no va a terminar bien —murmuro en voz baja. Por la mirada de Angela, puedo decir que no tiene idea de lo que la señora Hill va a hacer con esos plátanos.

Afortunada.

—¿Alguien ha visto uno de estos? —dice moviendo un paquete de condón en el aire. Lo reconozco como un ultra fino acanalado. Me pregunto si viene de una colección propia, otra imagen mental que no quiero tener.

Los chicos de la clase se ríen. Chase, se ríe más fuerte que todos. Finjo no darme cuenta. Trevor al menos tiene el buen gusto de callarse y mirar al pizarrón, aunque puedo ver la parte posterior de las orejas volverse rojo. Ni siquiera me atrevo a echarle un vistazo a Zach, pero puedo sentir sus ojos en mí perforando agujeros. Es inquietante. ¿Por qué tiene que mirarme de esa manera?

Todos vemos a la señora Hill rasgar a toda prisa el condón y tratar de envainar el plátano. Algunas personas se ríen. Otros, como Angela, se cubren los ojos con las manos. Alguien lo graba en un teléfono celular, a espaldas de la señora Hill y su metro nada tecnológico. Aunque la señora tiene un anillo de bodas, me da la sensación de que nunca le ha puesto un condón a un chico en su vida. Frunce el ceño bajo su cabello rizado. *Acaba de rasgarlo con su uña, idiota, quiero decirle, ese condón se va a romper. Señora Hill, acaba de quedar embarazada.*

—Voy a decirle a Charlie que se lo ponga —dice Angela a través de sus manos—. Cuando estemos casados, por supuesto.

Sí, claro, quiero decirle. Porque los hombres siempre saben lo que están haciendo.

—Voilà —canturrea la maestra.

El condón cae flojo alrededor del plátano que está agitando en el aire.

Espero que él se lo ponga, le quiero decir.

—Mercedes, ¿quieres hacer un intento? —dice la señora Hill, empujando un plátano desnudo en mi dirección con una risa nerviosa—. Dije que serías mi primera víctima.

Me quedo mirando a Angela cuyos ojos están llenos de terror. Chase se ríe tapándose con la mano y lo disimula con una tos. La parte posterior del cuello de Trevor se vuelve una desafortunada sombra carmesí. Estoy contenta de que mi rostro no esté volviéndose del mismo color, y a punto de ponerme de pie con las piernas temblorosas, ya sea para dar una mejor demostración o para planear una ruta de escape.

Entonces alguien me ahorra el problema.

—Ese es realmente un ejemplo terrible —dice una voz femenina desde la puerta—. Se supone que debe detener el esperma, no proporcionarle una piscina.

Todo el mundo se gira a la vez. La chica de la puerta le da a los chicos de la primera fila una mirada fría. Veo sus reacciones antes de verla. Estoy esperando a alguien duro, con pantalones verdes tal vez del ejército y con un mal corte de pelo. No estoy esperando belleza.

—Usted lo llama educación sexual —dice ella—. Yo lo llamo un muy patético viernes por la noche.

Una risa rompe el silencio. La mía.

—¿Quién es esa? —sisea Angela en mi oído.

La chica empujó el cabello color miel detrás de sus hombros con una expresión divertida. Podría cometer asesinato y esconderlo detrás de ese rostro.

Cometo el error de ver a Zach ahora, de entre todos los momentos. Ya no ve hacia mí. Está mirando fijamente a la nueva chica y no me gusta la expresión de su rostro. Es como acostumbra a mirarme, incluso antes de que durmiéramos juntos. Es la cara que hace cuando está concentrado, cuando las ruedas de su cabeza están girando, cuando está pensando en algo que quiere.

No sabía que podía ver a otra chica de esa forma.

Observo a la nueva chica sentarse en el asiento libre al lado de Zach. Sus ojos viajan desde su rostro se desvían a sus piernas y acaban en sus pechos, que están apuntalados dentro de un pequeño top.

Asqueroso, Zach. Qué manera de ser tan completamente obvio.

—No tengo ni idea. —Le digo a Angela y debe ser lo que el tercio de los otros estudiantes en la clase están pensando también.

8

Su nombre es Faye. No sé su apellido ni de dónde viene, o porqué se transfirió a nuestra escuela justo cuando el segundo semestre está comenzando, cuando la libertad de la escuela está a escasos seis meses. Solo sé que su nombre es Faye y que es terrible en química. Sé la segunda parte porque desde la mañana del miércoles, ha suplantado a Zach como mi nueva compañera de química. A elección del señor Seller, no de Zach o mía.

—Supongo que tendremos que elaborar un nuevo título —dice Zach mientras reúne sus cosas con un pesado suspiro—. Tal vez algo como “Miércoles de amigos”

Faye lo observa marcharse arrastrando los pies con una ceja elevada.

—Él es lindo —dice—. Me senté a su lado ayer en Economía. Incluso se ofreció a compartir sus notas.

Hago un esfuerzo para no rodar los ojos. Estoy segura de que eso no es todo lo que se ofreció a compartir.

—No confiaría en las notas de Zach —me escucho decir—. Probablemente son más como garabatos en los márgenes.

Faye reprime una risa y me doy cuenta de lo infame que sonó, y el filo en mi voz. No sé siquiera porque lo dije. Solo porque Zach apesta en química no significa que apeste en todas sus otras clases también. Además, se supone que somos amigos. Pero antes de que pueda abrir la boca para arreglarlo, Faye interrumpe.

—Bueno, probablemente está enojado de que le esté robando su compañera de laboratorio. Espero que no le arruine la materia.

Sacudo la cabeza, pero hago un voto silencioso de compensarlo hoy en el almuerzo.

—Zach es resistente. Estará bien.

—Así que, ¿cuál es tu asunto? ¿Eres como una superestrella de la química? Tuve suerte, entonces. —Me ve por debajo de las pestañas que deben ser falsas. Ningún tubo de pestañas de Maybelline² da tanto volumen. Debería saberlo, he probado suficientes para llevar a la bancarrota a cualquier farmacia en mi eterna búsqueda de los perfectos ojos para el dormitorio.

² Maybelline: Marca de cosméticos.

Me encojo de hombros.

—Solo la entiendo. Me gusta como todo puede ser resumido a una fórmula. Hace casi imposible fallar.

Se ríe, un desastroso sonido agudo como si lo hiciera alguna clase de animal en lugar de una adolescente.

—Supongo que nunca entendí la fórmula, entonces.

Hoy, estamos haciendo un volcán de ácido clorhídrico y bicarbonato de sodio. El resultado final supuestamente debe ser una explosión. Es un experimento juvenil, uno que se hizo hasta la saciedad el año pasado, pero el señor Sellers tiene la intención de que se reencarne de nuevo este año. Es eso, o se está volviendo senil, lo que puede ser probable, teniendo en cuenta que debe estar llegando a los ochenta años.

—Me gusta ver las cosas explotar —dice Faye mientras vierte la solución en un vaso de precipitado, el tipo incorrecto de solución, demasiada solución e insuficiente bicarbonato de sodio.

—Solo vigila tu mezcla —le digo—, necesitas esperar para añadir el diluido de ácido clorhídrico a la solución púrpura. De lo contrario no va a explotar. Simplemente será...

—¿Flácido? —Su risa se eleva sobre el bullicio general del salón. Zach, dos filas frente a nosotras, voltea la cabeza y hace un puchero. Tiene su propio volcán. Noto que está mezclado en la proporción correcta. Siento una oleada de orgullo. Cuando atrapa mi mirada, guiña. Yo guiño de regreso.

Entonces me doy cuenta de que no sé a quién le está guiñando, porque Faye está viendo hacia él, también.

—Iba a decir estancado —digo en voz alta—, pero flácido está mejor.

Tiro el contenido del vaso de precipitado de Faye en el fregadero.

—Así que hacer todo este trabajo de preparación aburrido es como un juego previo —dice Faye, girando su cabello sobre su hombro—. Lo siento, me temo que tengo una mente de una sola vía.

Abro la boca para decir algo, pero Faye interrumpe. No sé qué podría decir de todas maneras. No pensé que mi nueva compañera de laboratorio sería como mi viejo compañero, llena de insinuaciones sexuales y con una total indiferencia por el plan de estudios.

—Así que, ¿qué hacen ustedes por aquí para divertirse? —pregunta Faye.

—Depende de lo que te interese.

—Bueno ¿qué vas a hacer este fin de semana? Puedo hacerlo contigo. —Se muerde el labio inferior.

Me encojo, sintiendo un rubor subir por mi cuello y deseo que deje de verme de esa manera. *¿Está coqueteando conmigo o con Zach?* Reconozco en ella todo los movimientos de Kim. La mordida del labio, el giro del cabello, el aleteo de pestañas. Excepto que Faye lo hace mucho mejor, con curiosidad en vez de desesperación. Si ella está coqueteando, está haciendo un mejor trabajo del que yo alguna vez pude hacer. Es todas líneas suaves y finas donde yo tengo bordes afilados e instrucciones. Es sutil donde yo soy brusca.

Y no me gusta.

—Voy a estudiar con mi amiga —digo rápidamente—. Necesita tutoría. —Señalo hacia Angela, que está alejándose de las exclamaciones con aspavientos de su compañero de laboratorio.

—Necesito algo de tutoría también —dice—, ¿a qué hora debería venir?

Ajusto mis lentes de laboratorio y pretendo estudiar la fórmula en mi libreta, Esto es por lo que me gusta la química, todo es claro, todo viene con direcciones. El resultado final, solo se convierte en el resultado final debido a los pasos del uno al cinco y no pasará si alguno de los pasos falta o se hace fuera de orden. La mayoría de las personas siguen algún tipo de fórmula, también, o tienen algún grado de sentido común. No puedes ser un capitán de fútbol americano sin esforzarte por ello, asistiendo a las prácticas, comiendo sanamente, durmiendo lo suficiente, levantando pesas.

No puedes ser un mago de las matemáticas sin estudiar el material e invertir el tiempo. Yo estereotipo a los chicos con los que duermo por una razón, porque también las personalidades desarrollan una rutina.

Faye parece no seguir una fórmula. Y eso es extremadamente agotador.

—Ven al medio día —digo—. Trae tus libros. Y prepárate para trabajar. No pierdo el tiempo. —Mi voz suena dura, pero Faye no parece darse cuenta. Casi quiero sacudirla para aclarar mi punto. No necesito otra amiga. Angela era mi única, hasta que Zach insistió en convertirse en uno también. Mientras más amigos tienes, más alta la oportunidad de que te claven un puñal en la espalda.

De reojo, veo a Faye sonreír. Sus dientes son perfectos, ya sea por genética o años de frenos. Consciente, paso la lengua sobre mis dientes. Siempre he odiado los dos al lado de los de enfrente, los que lucen como pequeños colmillos. Incluso Zach lo comentó durante el sexo. Sus palabras exactas fueron: “Deberías disfrazarte de vampiresa. Eso sería sexy.”

Me pregunto qué piensa Zach de la sonrisa de Faye. Otra cosa en que la que me aventaja.

Nuestro proyecto de ciencia hace erupción frente a nosotras y burbujea.

—Parece que el nuestro acaba de correrse —dice Faye.

9

Al día siguiente, estoy casi agradecida con Angela por arrastrarme al partido de fútbol de Charlie después de la escuela, por la distracción más que por cualquier otra cosa. Pero teniendo en cuenta que Angela está generalmente en contra de todas las actividades escolares organizadas (con la excepción del grupo de oración, el cual ella concibió en primer lugar), estoy un poco sorprendida de que haya decidido convertirse en animadora de Charlie desde la grada, después de dos años de no ir a un solo juego.

—Va a ser divertido —dice, pero su tono insinúa que está recibiendo una endodancia.

Tomamos un asiento en la primera fila. Quiero sentarme en la parte trasera igual que en las clases, pero Angela no me lo permite.

—Charlie quiere asegurarse de que me puede ver —dice, tirando de su camisa deshilachada y entrecerrando los ojos por el sol—. Excepto que casi no puedo ver cuál es. ¿Por qué están todos usando la misma ropa?

Sonrío y pongo mi brazo alrededor de su hombro.

—Debido a que son del mismo equipo, Ange. Son uniformes, no trajes. Y si no puedes ver cuál es Charlie, probablemente necesitas tus gafas.

Ya que tampoco he visto un partido de fútbol de la escuela, no sé cómo se supone que deberían verse los jugadores. Pero si tuviera que recurrir a la idea preconcebida, todos se verían exactamente como Charlie. Altos y vigorosos, con músculos magros y con un leve toque de bronceado por jugar al aire libre. Las porristas están calentando en las gradas, pero están susurrando en grupo y apuntándole. Angela dice que no se da cuenta de que las chicas buscan a su novio, pero no sé cómo puede estar tan ciega. Realmente debería empezar a usar sus gafas.

Incluso si Angela no puede ver nada, Charlie nos ve. Mantiene miradas derretidas en nuestra dirección junto con guiños destinados solo para Ángela. Cuando marca un gol, mira hacia arriba para asegurarse de que ella lo ve, su rostro es una máscara de concentración y orgullo. Siento una punzada de envidia a pesar de mí misma. Charlie y Angela tienen el tipo de conexión que se puede sentir casi físicamente. El tipo de conexión que solo sentí con una persona que nunca la sintió conmigo.



—¿Este asiento está ocupado?

Uso mi mano como visera y miro hacia donde viene la voz, pero Faye ya se ha dejado caer a mi lado y dejó caer su morral casi directamente en mi pie.

—Eres Ángela, ¿verdad? Soy Faye —dice con un gesto de la mano a Ángela—. La nueva compañera de laboratorio de Mercedes.

Angela sonríe con timidez.

—Lo sé —dice—. Tienes suerte. Mercy es la mejor compañera de laboratorio.

Faye deja caer su mirada a mi rostro. En la luz brillante, sus ojos son de un azul acuoso.

—Mercy —dice. Miro hacia abajo, a mis pies. Nunca he oído mi nombre dicho así, casi como un suspiro en lugar de un nombre. Señala el campo—. Siempre pensé que el fútbol era un deporte subestimado en la escuela secundaria. Los jugadores siempre tienen buenas piernas. ¡Y tienen todos los dientes! —Golpea ligeramente sus dedos contra sus muslos revestidos con tela vaquera.

Ninguna de nosotras dice algo mientras observamos la acción en el campo. Faye empieza a mover sus manos y brazos sutilmente cuando las porristas hacen su danza. Ella está imitando sus movimientos con exactitud.

—Parece que te has perdido las pruebas —digo.

Pero Faye solo sonríe brillantemente.

—Era una porrista en mi antigua escuela —dice—. Todos pensamos que tenemos una rutina original, pero en realidad es todo una perpetuación del mismo cliché.

Quiero preguntarle por qué dejó su antigua escuela. Pero la cuestión parece tan contundente y seguramente parecerá como una acusación saliendo de mi boca. Solo hay dos razones por las que alguien podría hacer eso. Una de ellas implica a un padre consiguiendo un trabajo en una nueva ciudad y la otra consiste en problemas. El tipo de problema que no se pueden esconder.

—El número quince es muy sexy —dice Faye—. Y está mirándote.

Eché una mirada a Angela que se está mirando sus uñas. La mayoría de las chicas estarían saltando ante la posibilidad de reclamar la estrella del equipo, pero Angela no dice nada.

—Ese es Charlie —digo—. El novio de Ángela. Está mirándola a ella.

Faye asiente con admiración.

—Buen trabajo, Angela —dice ella—. Tu novio tiene un gran juego de pies.

Cuando el juego ha terminado, Charlie gesticula para nosotras, para hacernos llegar hasta el campo. Envuelve a Angela en un abrazo sudoroso, lo cual hace que se vea disgustada más que otra cosa.

—Ay —digo, señalando una mancha sangrienta en el músculo de la pantorrilla de Charlie—. Eso parece que duele.

Charlie se encoge de hombros.

—Ese tipo Ridgewood es un idiota. Me aseguraré de que consiga lo que ha buscado.

El sol brilla en sus ojos. Sonríe, pero no puedo decir si está bromeando o no.

Ajusto mi suéter de punto alrededor de mis hombros, consciente de un enfriamiento construyéndose en la base de mi columna vertebral. Faye cubre con el brazo mi cuello como si fuéramos amigas de años, no de un día.

—Así que, ¿cuál es tu novio? —dice—. Por favor, dime que es ese joven Antonio Banderas de por allí que sigue mirándote.

Sigo su mirada hacia el borde del campo, donde un tipo con el pelo rizado negro está, en efecto, mirando en nuestra dirección. Cuando me encuentro con sus ojos, no mira hacia otro lado, así que yo lo hago. No me gusta cuando los chicos miran así. No sucede a menudo, pero cuando lo hacen, me pregunto exactamente cuánto saben.

—No tengo novio —le digo.

—¿Ni siquiera el chico de Química?

—No.

—Vamos. Ningún compañero de laboratorio se molesta por mover los escritorios. Algo debe estar pasando.

Aprieto los dientes.

—Dije que no. No es más que un tipo que pasó a sentarse a mi lado.

Ella no se dio por aludida.

—Oh, vamos. ¿Así que no es un ex? ¿Una aventura? ¿Ni siquiera un error borracho? Niego.

—Ninguna de las anteriores. Solo un compañero de química, y yo hago el trabajo, de todos modos.

En otras palabras, fin de la historia.

Se muerde el labio.

—Bueno, ¿quieres tomar un bocado para comer? Estoy hambrienta. —Extiende sus brazos sobre la cabeza, dejando al descubierto una extensión de su curtido estómago plano. Su ombligo esta perforado. Trato de no darme cuenta, al igual que intento no notar

el comienzo, o final, de un tatuaje que serpentea fuera de su cintura cuando se da la vuelta. Pero supongo que no hago un muy buen trabajo disimulando—. Tomé algunas malas decisiones el verano antes de noveno grado —dice con una sonrisa—. Mi mamá me quería matar.

Fuerzo una sonrisa, pero el esfuerzo deja mi rostro tenso. Me agarro mi propio estómago por instinto. Faye no es la única que ha tomado malas decisiones el verano antes de noveno grado. Excepto que las malas decisiones que hizo son las que Kim habría hecho. Recuerdo mi primer día de décimo grado, Kim quiso conmemorarlo con anillos de ceja de madre e hija. Ese fue el mes que salió con el baterista de una banda y quería parecer más a tono. Afortunadamente, nunca pasó de ahí.

De alguna manera no creo que Kim estuviera de acuerdo con mis malas decisiones y nunca le voy a dar la oportunidad de saber de ellas.

Le digo a Faye que no me siento muy bien y enfilo al estacionamiento. No sé por qué ha decidido ser mi amiga, de todas las personas en Milton. Encajaba perfectamente con las porristas burbujeantes-alegres-copa-C-plus, o los pijos, o incluso los frikis de teatro. Cualquiera persona menos yo.

Elige a alguien más, quiero gritar. Soy artículo dañado.

Todo lo que necesito es ir a casa y estar sola. Excepto que cuando llego a mi jeep, alguien está esperando por mí. El chico de pelo rizado del partido de fútbol, el que estaba mirándome.

—Deberías conducir un auto más rápido —dice, empujando el pie contra la llanta de mi jeep—. ¿Qué tal un paseo?

—Debes tomar el autobús a casa —le digo, cruzando los brazos—. No soy un servicio de auto. Especialmente para las personas que no conozco.

Se inclina. Meto la mano en mi bolso por mis llaves, sin saber si voy a utilizarlas para abrir la puerta o apuñalarlo en el globo ocular.

—No me refiero a ese tipo de paseo —dice, su acento salpicado con una risita nerviosa—. Lo siento. Perdona mi broma de mal gusto.

—¿Qué es lo que quieres? —le digo, pensando que ya lo sé—. Vas a tener que ser más específico.

—Quiero darte mi virginidad —dice—. Si la tomas.

Casi me parto de risa. Lo dice tan a la ligera, como si estuviera ofreciéndome algún tipo de regalo. Excepto que no me río, porque para algunas personas el sexo es un regalo. Para algunas personas, es especial. Incluso sagrado. Dejé de pensar de la misma manera hace mucho tiempo. Para mí, es solo ciencia, elementos de fórmulas combinadas juntas para un resultado final.

—¿Qué te hace pensar que estaría interesada? —le digo. Quiero sonar tranquila y serena, pero mi voz va en aumento. Este individuo está en el equipo de fútbol. Charlie está en el equipo de fútbol. Si Charlie llegara a enterarse de lo que hago, le diría a Ángela. Y si Angela lo descubriera, la amistad que hemos tenido a través de la escuela habría terminado.

—Mi amigo Trevor me habló de ti.

Entrecierro los ojos, resolviendo dar una segunda ronda de charla a Trevor si estamos solos otra vez. Al parecer, tiene un concepto diferente de la discreción que yo.

Se muerde el labio inferior, haciendo que se vuelva de un tono rojo cereza. A pesar de mis objeciones, este tipo es atractivo y me pregunto cómo sería besar esos labios.

—Dime en una palabra porqué debería ayudarte —le digo.

—Una palabra. Isabella. —Resuena cada sílaba, haciendo que el nombre suene increíblemente exótico. Is-a-bell-a—. La amo. Pero no le dije que es mi primer beso. Y mi primera novia. Cuando Trevor me dijo lo que hiciste por él, tenía que buscarte. —Baja la voz—. La amo.

Lo miro a los ojos. Él ama a esta Isabella. Él sería el número doce. Doce. Ya no puedo pretender que no he cruzado la línea de diez. Pero no puedo alejarme de este tipo. Trevor en realidad no debería contar. La segunda ronda fue un error, un error cometido cuando me sentía especialmente vulnerable. Dejé que mi propia agenda se metiera por el medio. Puedo compensarlo con el chico de pie delante de mí mordiéndose el labio.

—Ve a casa, dúchate y luego ven a verme. —Le doy mi dirección antes de entrar en el jeep, antes de poder acobardarme. Mientras conduzco a casa, me tiemblan las manos y mi corazón late con fuerza. Estoy exhibiendo todos los signos de estar excitada por algo. Cuando empecé a hacer esto, me sentí cautelosa antes de cada encuentro, casi asustada. Mis manos temblaban cuando desabotonaba la bragueta de un chico y mis piernas temblaban cuando me subía al regazo. Pero en algún lugar entre el cinco y el diez, esto comenzó a suceder. El sentido de que no se trata solo de ellos nunca más. El conocimiento de que me gusta, también. El temor de que quiero más de lo que todos ellos juntos me puede dar.

Y si todos ellos juntos no pueden darme lo que quiero, tengo miedo de averiguar qué lo hará.

10

—Me di una ducha —dice cuando abro la puerta y lo veo en ropa formal: una camisa de vestir, pantalones de vestir y una corbata, casi como si esto fuera una cita—. Y te he traído estas. —Saca un ramo de rosas rojas detrás de su espalda.

Huele a demasiada colonia, pero eso es mejor que la ropa interior de un hombre justo después de la práctica. Lo sé por experiencia, por desgracia. Risitas Nerviosas se olvidó de decirme que "no tenía tiempo" para ducharse, lo que me llevó a informarle gentilmente que yo "no tenía tiempo" para decirle todas las razones por las que se quedaría virgen para siempre si hacía eso de nuevo.

—Eres encantador —digo, tomando las flores—, y encantador funciona con tu novia, pero no conmigo.

Mi voz es sarcástica, pero estoy un poco emocionada. Nunca he recibido flores de un chico antes. En realidad, nunca he recibido flores de nadie antes. Quiero ponerlas en agua e inhalar su aroma, pero esto me debilitaría, así que las arrojo a los pies de las escaleras en su lugar mientras lo llevo a mi habitación.

Su nombre es Juan Marco Antonio, lo que me hace preocuparme un poco. Sus tres primeros nombres y la falta de un verdadero apellido me pone nerviosa.

Desafortunadamente, después de mi experiencia con William Malcolm, también conocido como el Mordedor, que tenía dos primeros nombres y ninguna idea de que no se considera adecuado morder a menos que se haya hablado previamente. No tengo exactamente muchas esperanzas. Trato de no poner ningún sesgo en un chico debido a un encuentro negativo con otro, pero a veces es difícil sacudir el equipaje.

Lo que pasa es que Juan Marco Antonio es mi primer estudiante de intercambio. Lo vi en Facebook antes de que viniera, en donde también me enteré de que su ciudad natal es Madrid y le encanta tomarse fotos a sí mismo. No está en ninguna de mis clases, pero tengo la sensación de que es objeto de mucha atención femenina, probablemente debido a su novedad y su atractivo acento español. Hasta el momento, su estado civil muestra que está comprometido con esta Isabella, a pesar de que la reconozco de mi clase de Historia de Estados Unidos del año pasado y estoy bastante segura de que su nombre real es simplemente Isabelle.

—Isabella es como el sol que brilla sobre mí. Quiero complacerla. Muéstrame cómo.
—Me mira desde donde ya está tumbado en mi cama.

Esta es la otra cosa que es inquietante en Juan Marco Antonio. Me resulta muy difícil de creer que es virgen y que no ha tratado de conseguir llevar a la cama a Isabella ya. Me pregunto por qué un tipo que se parece a Juan Marco Antonio necesitaría mi ayuda en absoluto. Él es hermoso, con los ojos de chocolate fundido con flecos por espesas pestañas negras. Y aunque no sabe de lo que está hablando, su acento por sí solo debería ser suficiente para conseguir una chica. Pero no quiere conquistar a una mujer. Quiere quedarse con ella.

—Quiero llevar a Isabella a que conozca mi familia —dice.

—Un paso a la vez —digo, deslizándome en mi vestidor.

Creo que lo más preocupante de Juan Marco Antonio es que no sé cómo lograr entenderlo. Si no sé cómo vestirme para un chico en un primer momento, casi siempre lo sé después de oír un par de frases, meterse en mi casa y en mi cama. Pero no Juan Marco Antonio. Mi traje negro de la confianza no va a hacerlo y no quiero llegar por a la ruta de la animadora cachonda por temor a ofender a su preciosa Isabella. Juan Marco Antonio parece demasiado sofisticado para una camisa de hombre de gran tamaño y demasiado extranjero para apreciar shorts y una camiseta a juego.

Para Juan Marco Antonio podría tener que usar el cuero. Es mi conjunto más difícil de usar, pero el que tiene la mejor oportunidad de hacérselo difícil a Juan Marco Antonio. A pesar de que no es realmente un problema para cualquier virgen.

Pero cuando salgo del armario, no me está mirando. Él está hurgando en mi mesita de noche.

—¿Qué es exactamente lo que buscas? —grito en mitad del cuarto. Nadie revisa mis cosas. Nadie.

—Solo estoy buscando, ya sabes, un condón —dice volviéndose a mirarme—. Guau. Eres tan hermosa.

Pongo una pierna sobre el borde de la cama y me acuesto sobre ella, dándole una vista de mis pechos que se están bombeando hacia fuera de las correas de cuero. Puede que no sea capaz de entender a Juan Marco Antonio, pero apuesto a que va a responder al lenguaje universal del escote.

Y estoy en lo correcto. Sus manos están fuera del desorden en mi mesita de noche y en mis pechos en un segundo. Justo cuando pienso que esto podría no ser tan malo después de todo, tiene una petición muy extraña.

—Quiero vendarte los ojos —dice—. Siempre he querido vendarle los ojos a alguien.

Alzo las cejas. Es bueno saber que todavía puedo ser sorprendida.

—No lo creo. Me gustaría mantener tus manos donde pueda verlas.

—Pero es mi primera vez —dice, curvando los labios en un puchero exagerado—. Quiero que sea memorable para mí.

Examino su rostro, la forma en que se peina el pelo rizado de la frente. No me gusta la forma en que huele, como si se bañara en Armani Code y no me gusta su extraña petición. Pero tiene un punto. Es su primera vez, no la mía.

—Bien —digo—. Pero un movimiento extraño y voy a atarte y no te va a gustar. ¿Comprendes³?

A ciertas chicas pueden gustarles los ojos vendados o ser amarradas, pero no soy una de ellas. Estar restringida o aislada de cualquiera de mis sentidos me asusta. Él usa su corbata para cubrir mis ojos, lo que odio aún más, ya que huele a su colonia. Trato de contener el pánico. ¿Llevaba la corbata con esta idea en mente? ¿Cuánto ha pensado este chico en mí, teniendo en cuenta que apenas lo conozco?

—Una muchacha tan bonita —dice, arrastrando los dedos por mis brazos—. Hermosa.

Puedo sentir sus dedos en mi piel, pero nada más. No se mueve por un beso, o hace cualquier movimiento para sacarme las prendas de cuero.

—No hay nada malo en ir lento —digo, odiando el tono estridente que mi voz ha adquirido—. Pero demasiada lentitud y una chica puede pensar que te has quedado dormido en ella. —De repente me gustaría haber ido con Faye después del partido y no encontrarme en esta situación. Mi respiración empieza a ser poco profunda. Con un poco de suerte, va a pensar que estoy excitada, no aterrada.

—Desde luego que no me he dormido en ti —dice y de repente siento el peso de él en la parte superior mi cuerpo, que me empuja hacia la cama.

Inmediatamente lo aparto y sin querer, le doy un puñetazo en la barbilla.

—Whoa, Don Juan. Un consejo: no le hagas eso a una chica. —Me arranco la venda y paso las manos por mi cabello, consciente de que estoy temblando.

—Por favor, perdóname —dice—. No fue mi intención faltarte el respeto.

En este punto, no quiero acostarme con él en absoluto, así que hago algo que nunca he hecho antes. Rechazarlo.

—Deberías irte —digo—. No me siento bien con esto. Lo siento. —Le extiendo la corbata de vuelta, esperando que baje de mi cama y se vaya corriendo. Pero solo me mira fijamente, sin parpadear.

—Por favor —dice, haciendo un puchero como una niña. Qué petición.

—Lo siento —vuelvo a decir entre dientes, preguntándome por qué estoy pidiendo perdón y por qué mi voz no suena autoritaria como yo quiero. Soy tan buena dándoles

³ Español en el original.

órdenes a los chicos en mi habitación ¿Por qué soy tan mala para pedirle a este chico que se vaya?

—Mira, Mercedes —dice, su voz parece un ronroneo—, no quiero parecer como dicen ustedes los americanos, un idiota. —Estira la corbata alrededor de su mano y me mira desde debajo de sus pestañas—. Pero Trevor me ha hablado mucho de ti. Dijo que harías cualquier cosa para ayudar a chicos como nosotros.

Con mi dedo juego con el edredón, deseando poder romperlo en pedazos y estrangular Juan Marco Antonio. Debajo de su acento sedoso, su voz tiene una dureza que reconozco.

—¿Me estás amenazando? —Lucho con el impulso de envolver mis brazos alrededor de mi cuerpo de manera protectora.

—Por supuesto que no —dice—. Simplemente no quiero que la persona equivocada lo averigüe. —Se estira para tomar mi mano. Sé que si dejo que la tome, estaré dando mi consentimiento. Él va a conseguir lo que vino a hacer aquí y voy a conseguir su silencio.

—No creo que tenga que decirte cuán crucial es la discreción —digo mientras entrelaza sus dedos con los míos y cubre de besos mi brazo. Le levanto la cabeza con mi mano disfrutando del poder que ha cambiado de nuevo a mí—. ¿Me entiendes? Nadie se enterará de nosotros. Ni tus amigos, ni tus amigos del equipo de fútbol. ¿Comprende?

Él asiente y sonrío. No estoy segura, me gusta esa sonrisa, pero tal vez es solo porque el ambiente en mi habitación se ha hecho tan raro.

Y lo que es aún más raro. No quiere hacerlo en la cama, por lo que empezamos a hacerlo en la alfombra junto a la cama y luego terminamos en la pared. A medida que su aliento caliente corre por mi oído, comienzo a preguntarme quién es exactamente el que tiene el control y quien está siendo dominado. Sigo deseando que acabe de una vez como cualquier otro tipo, pero sigue y sigue, como una especie de conejo de Energizer. Aparto el temor que empieza a crecer, mientras considero la posibilidad de que he cometido un gran error. Este tipo no es como cualquier virgen con el que he estado. Ha visto ya sea mucha pornografía o ha sido bendecido con un infierno de gran cantidad de energía.

Eso, o esta no es su primera vez. Pero si ese es el caso, ¿por qué me elije sobre su supuestamente preciosa Isabella?

Después de todo, quiere tumbarse en el suelo conmigo, pero lo hago que se ponga de pie, que se coloque sus pantalones y salga antes de que pueda mencionar una segunda ronda. Supongo Trevor mantuvo la boca cerrada acerca de eso, un hecho por lo cual estoy muy agradecida. A medida que se dirige hacia la puerta, me tira un beso.

—Buena suerte —dice.

—Creo que quieres decir adiós —digo. Él se encoge de hombros.

Cuando por fin ha desaparecido, lavo las sábanas inmediatamente y rocío perfume alrededor de la habitación para deshacerme de su olor. Pero a pesar de que su colonia se va con él, la sensación inquietante de la habitación no se va. Solo se pone peor cuando me siento en mi silla de escritorio pretendiendo trabajar en la tarea de química de ayer. Trato de perderme en los hechos, una estrategia que funciona normalmente. Pero esta noche no lo hace y en su lugar quiero la distracción más improbable de todas.

Quiero a mi mamá. Quiero que me diga que todo va a estar bien, que estoy siendo paranoica por nada. Quiero que me abrace como nunca lo hizo cuando era una niña porque siempre estaba en otro lugar. En este momento me conformaría incluso con su ser irresponsable. Cualquier cosa que me haga sentir menos sola. Pero estoy sola en la casa, víctima de otra nota apresuradamente garabateada. *¡¡¡Fuera esta noche!!! Con amor, mamá.*

La recuerdo llorando sobre un Martini una noche, su maquillaje de ojos era un hollín negro corriendo en líneas finas por su rostro. “Las personas que amas y necesitas más que nada, también te necesitan” había dicho llorando, derramando el contenido de su copa sobre toda mi pijama de conejo. Estaba hablando de algún tipo, pero tal vez fue el consejo más sincero que mi ser de diez años podía escuchar.

Miro mi lámpara y cuento hacia atrás para detener las lágrimas en mis ojos antes de que se convierta en un llanto real. No sé por qué hoy es diferente de cualquier otro día, por qué el número doce me ha hecho cuestionar todo. No sé lo que quería de él que no me dio.

Así que hago lo único que sé para poner a Juan Marco Antonio firmemente en el pasado. Abro la libreta y anoto un cero gigante al lado de su nombre. Número doce. Defiendo el pánico momentáneo mientras hojeo las páginas anteriores. Doce suena muy alto. Lo bueno es que he terminado, o esta libreta se quedaría sin páginas en su totalidad. Trazo un patrón con mi lapicera, algo que empieza a tranquilizarme y se vuelve cada vez más fuerte. No quiero escribir otra cosa, pero escribo todo lo demás de todos modos. Todo lo que nunca diría en voz alta. No a cualquiera.

Imbécil. Idiota total. ¿Por qué me acosté con este tipo? Ni siquiera quería.

Fijo la mirada en las palabras hasta que me duelen los ojos. Ni siquiera quería. Mi letra apenas se parece a la mía, no las pequeñas letras limpias y ordenadas que adornan mis informes de laboratorio. Estas letras son grandes y descabelladas, fuera de control. ¿Qué pasa conmigo?

Él necesita un apodo, de forma que pueda ponerlo en el pasado. Entonces puedo pasar la página, cerrar el libro y olvidarme de él, al igual que con todos los demás. Así que le doy uno que se adapte, que ponga el control de nuevo a donde pertenece: conmigo.

Don Aspirante.



11

La mañana después de Don Aspirante, estoy sintiéndome especialmente al límite. No me pongo nada de maquillaje y recogí mi cabello en un moño desordenado. No quiero que nadie me note hoy. Solo quiero mezclarme con el fondo, ser parte del escenario. Ayuda que tenga algo más en que pensar además del número doce. Hoy me voy a encontrar con otra persona a la que voy a enseñar para Estudiantes ayudando a Estudiantes. Estoy tan nerviosa como emocionada, y sorprendida de estarlo. No sé si soy buena enseñándoles a las personas sobre química, algo que se me da fácil, pero no a la mayoría de las personas. Nunca entendí como los maestros como el señor Sellers pasan toda su vida intentando explicarlo, una y otra y otra vez, como un hámster en una rueda. Es demasiado tarde para retractarse ahora.

Cuando abro la puerta, no espero ver a Zach de pie en el porche. Salto con un pie en el aire cuando veo su rostro sonriente, sosteniendo dos tazas de café para llevar, casi como si supiera que iba a abrir la puerta en ese momento exacto.

—Hola, amiga de los miércoles —dice—. Sé que es viernes y estoy rompiendo las reglas, pero pensé que podrías necesitar algo para animar el día. —Me entrega un vaso de plástico.

—Gracias —digo, preguntándome cómo puede estar así de feliz en la mañana. Además, ¿de dónde salió? no hay evidencias de ningún auto estacionado cerca. Me doy cuenta de que no sé dónde vive Zach, y tampoco tengo idea de cómo llega a la escuela todos los días.

—¿A dónde vas? —dice mientras cierro la puerta—. Pensé que podríamos desayunar.

Subo la manga y miro mi reloj. Voy temprano para mi sesión de tutoría. Probablemente podría tener una rápida sesión con Zach arriba. Eso ciertamente ensombrecería a Don Aspirante y me sentiría mucho más como yo misma después.

—¿Quieres ir arriba? —digo—. Voy a hacer una tutoría en la escuela en un momento, pero tengo tiempo para un polvo si eres rápido. —Comienzo a buscar en mi bolso por las llaves de mi casa con mi mano libre, pero Zach me detiene. Cuando alzo la mirada, estoy sorprendida por el ceño entre sus cejas, como si estuviera pensando demasiado en algo.



—O simplemente podríamos salir —dice—. Tal vez caminar juntos a la escuela. — Se encoge de hombros.

Me trago la risa que sube por mi garganta.

—¿Caminar a la escuela? Esta, como a, tres kilómetros —digo—. Pero vamos... podríamos ir en el auto.

Zach ha estado en el jeep antes, pero solo en la parte trasera. Se ve extraño sentado al frente, con sus rodillas presionadas al tablero. De repente me doy cuenta de lo poco infrecuente que llevo pasajeros en el jeep. No sé qué dice eso sobre mí.

—¿Por lo general caminas a la escuela? —pregunto después de que me abrocho el cinturón. Tan pronto como las palabras salen de mi boca, quiero retractarlas. No es mi problema y no quiero hacer míos los asuntos de Zach.

Pero él ya está asintiendo y sonriendo como un muñeco de trapo.

—Sí. Quiero decir, mi mamá me lleva cuando puede y algunas veces tomo su auto prestado, pero odio hacerla salir. Además, toda esa caminata hace maravillas en mis glúteos.

Sonrío sin querer. Nunca pensé que escucharía a Zach decir la palabra glúteos. Ahora parece como si quisiera seguir hablando. Esto sucede todo el tiempo con él. Digo una sola cosa que se salga de nuestro territorio normal del dormitorio y él salta sobre esto. Debería saberlo mejor.

Conozco una forma de callarlo.

Me estiro contra mi cinturón hasta que nuestros rostros están a centímetros y presiono mis labios contra los suyos. Succiono con suavidad su labio superior, luego el inferior, hasta que se remueve incómodamente.

—El café —dice débilmente—. Está, eh, derramándose en mi regazo.

—Lo siento —digo, apartándome y encendiendo el auto, pretendiendo que nada extraño está sucediendo. El Zach que conozco no dejaría pasar un beso por nada, con café derramado y todo.

El Zach que conozco no se aparece en mi casa sin avisar, tampoco. Él se atiene a la hora y las citas. O eso pensé.

—Entonces, ¿tutorías, eh? —dice Zach, dándole un sorbo a su café—. Está bien. Pero nunca podría conseguir que fueras mi tutora.

Salgo de la entrada y golpeo parte de la acera en el proceso. Zach maldice en voz baja.

—Mierda —dice—. Acabo de quemarme la boca. ¿Alguien te ha dicho que eres una conductora loca?

—No —digo, agarrando el volante con fuerza—. Solo que soy un cabalgadora salvaje. —Me río y espero que Zach se ría conmigo. Tal vez cambiará de opinión y querría que estacionase en algún lado para sentarse en el asiento de atrás después de todo.

Pero no presta atención a mi comentario sexual.

—¿Entonces por qué no eres mi tutora? —dice—. No sabía que eras tutora de otras personas. Es como si me estuvieras engañando.

Suspiro exageradamente fuerte.

—Me atrapaste —digo—. Estoy engañándote.

—En serio —dice—. ¿Soy una causa perdida o algo así?

Sus palabras cuelgan en el aire, junto con el olor del café derramado. Sé que está hablando sobre química, ¿pero eso es todo de lo que habla?

—Por supuesto que no —digo—. Pero creo que te va bastante bien. Sacas buenas calificaciones en la clase y yo no tengo nada que hacer. No creí que te importara.

—Tal vez no lo pensaste —dice en voz baja.

Pongo los ojos en blanco.

—No me das pena solo porque quedaste con un compañero de laboratorio nuevo. Sabes que todavía te voy a ayudar. Somos amigos, ¿recuerdas? Los amigos ayudan a los amigos.

No tengo que mirarlo para saber que está sonriendo y así de fácil la vibra entre nosotros ha regresado a lo normal, así como Zach ha retrocedido de cualquier borde que le estuviera molestando.

—¿Puedo venirme? —dice. Estoy a punto de poner los ojos en blanco de nuevo y suspiro, mi reacción típica a sus chistes sucios, pero termina la frase—. ¿Puedo venir a la cosa de tutoría contigo?

—Oh —digo—. No creo que funcione así. Es algo más de uno a uno. Pero puedo darte algo de tiempo uno a uno más tarde, si es lo que quieres.

—Lo acepto —dice animadamente—. Vamos por un batido o algo.

Conducimos el resto del camino en silencio, interrumpidos solo por los ruidos de sorber de Zach y mis frenos chirriantes. Estoy tratando de descubrir si “conseguir un batido” es un código para algo más, pero la verdad no lo creo. ¿Zach no quiere dormir más conmigo? Pienso de nuevo en la semana pasada en la cocina, cuando me dijo que me amaba. Tal vez no debí haberlo rechazado. No quiero dejar de acostarme con Zach. Es confiable, la única persona que me da una liberación garantizada de todo lo demás en mi vida. No me gusta esta sensación, como si estuviera justo enfrente de mí, pero desvaneciéndose lentamente. Supongo que si quiero que las cosas se queden de la forma

en que están, debo de comprometerme. Si quiere conseguir un batido conmigo, puedo darle eso.

Mi nuevo estudiante de química es un joven con cara de niño llamado Toby Easton. Toby quiere ser veterinario y con gran determinación me dice que necesita al menos una B+ en química para entrar en un buen programa de licenciatura.

—Este es mi punto débil —dice, frotándose la frente con las manos—. Paso más tiempo con este libro de texto que con mi novia y no he conseguido nada de eso.

Mientras trato de explicarle los monómeros y polímeros en términos que pueda entender, mi mente vaga a la relación de Toby. Me pregunto a qué se refiere con “no conseguir nada de eso”. ¿Habla sobre sus notas de mierda o una relación de mierda? ¿Tal vez las dos? Si esto hubiera sido cuatro meses atrás, podría haberle ofrecido a Toby una ayuda diferente. Pero no es así, así que la ayuda de clases es todo lo que doy.

Cuando la campana suena indicando el inicio de clases, estoy aliviada. Esto es incluso más difícil de lo que pensé, tratar que alguien consiga darle sentido a algo tan sencillo. No entiendo por qué el cerebro de Toby no está procesando lo que estoy diciendo. Casi puedo sentir sus ojos vidriosos sobre mí y él tan solo se ve perdido. ¿Cómo puede estar tan perdido cuando hay siempre una fórmula, lo que significa que siempre hay una respuesta correcta o incorrecta?

Esto me molesta el resto del día, durante mis clases y la hora del almuerzo, y mi cita con Zach, la cual resulta ser solo un batido después de todo, en un pequeño lugar cerca de la playa. Zach me pregunta que pasa cuando nota que he mordido mi paja.

—Solo no me siento bien —le digo, tratando de succionar el resto de mi batido a través de la paja mordida. No debería siquiera estar pensando en Toby todavía. Cuando ayudo a alguien en el dormitorio, soy capaz de evitar obsesionarme con ello. Puedo removerme de esa parte de mi cerebro y no dejar que goteé dentro de la vida real. Puedo literal y mentalmente cerrar la página de cada chico. Pero el único chico con quién no voy a acostarme sigue pululando alrededor. Estoy molesta de que no puedo superarlo de la misma forma que supero a los chicos en mi cama. Y estoy molesta porque siquiera me importe.

—¿Quieres caminar por la playa? —dice Zach—. Podemos hablar de eso. O no hablar.

Le sonrío incluso aunque no es mi intención. La verdad es que prefiero estar con Zach que sola.

Caminamos más que nada en silencio. Zach no intenta agarrar mi mano o poner su brazo alrededor de mí, sino que me da espacio. Por lo general cuando Zach y yo no estamos hablando, es porque estamos teniendo sexo. Esta es una clase diferente de silencio. Debería sentirse extraño, pero no es así. Se siente casi como si fuéramos amigos de verdad. No solo amigos de miércoles.

—¿Qué vas hacer este fin de semana? —pregunta, arrojando una roca al agua tranquila.

—Más tutorías —digo, recordando que Angela va a venir con Faye a estudiar. Pensar en Faye en mi casa hace que mi estómago se sienta inquieto. Espero que no mencione a Zach. Espero que nos supere a los dos y encuentre otra chica para ser su amiga y otro chico del cual enamorarse.

—¿Puedo ir? —pregunta y sacudo mi cabeza de nuevo, pero esta vez empiezo a reírme.

—No puedo deshacerme de ti —le digo.

Él sonrío.

—Ese es el punto.

12

Además de un grupo de oración y servicio dominical regular, Angela y Charlie son parte de un grupo de chicos que se reúnen en la iglesia cada semana. Sé esto porque ella usualmente me pregunta si quisiera asistir. Algunas veces voy, solo para mantener las apariencias. Es demasiado tarde para decirle que soy atea, así que tengo que mantener la farsa de alguna manera. Pero hoy no puedo sentarme en un círculo con algunos chicos dando un sermón o algo por el estilo sobre cosas que no creo, rodeadas de personas que conocen esos pequeños himnarios de adelante hacia atrás. Definitivamente no puedo decirle a Angela que la iglesia se siente más como un culto para mí. Hoy tengo la excusa que tengo que prepararme para la sesión de estudio de esta tarde, cosa que es parcialmente la verdad. Me gusta estar a la altura de mi reputación como súper estrella de química, y pasar la otra noche con Juan Marco Antonio y ayer después de la escuela con Zach no ayuda.

Pero no puedo concentrarme en mi habitación. Mis ojos siguen desviándose hacia mi cama y mi mente sigue mostrándome las cosas que he hecho en ella. Usualmente lo hago todo en mi cama. Además de dormir y tener sexo, también estudio ahí, miro películas, leo libros. Tengo un escritorio pero apenas y lo uso. Kim solía regañarme por lo atada que estaba a mi cama. "No te vuelvas una de esas gordas que se pasan todo el día en la cama y terminan con moretones", dijo una vez cuando estaba escondida en mi habitación, estudiando mis anotaciones para los finales. Ahora, cuando ella anda por aquí y ve a un chico entrar o salir, sus ojos centellan con algo parecido al orgullo. Mejor una puta que una gorda con moretones.

Así que me llevo mis libros al patio trasero y me recuesto en un sillón cerca de nuestra olvidada piscina.

Estaba completamente llena de excitación cuando era una niña y nos mudamos aquí y me di cuenta de que había una piscina en el patio trasero, pero Kim y mi padre la veían más como una molestia que otra cosa. Como resultado, está llena de algas y hojas. De vez en cuando me siento aquí en traje de baño y cierro los ojos imaginándome que estoy en otro lugar como lo estoy haciendo ahora, solo que me encuentro en sujetador y bragas. Abro la bata para dejar que el sol caliente mi piel, Kim sin duda me diría lo terrible que es el sol porque causa arrugas prematuras. Pero no se encuentra aquí. Estoy completamente sola, hasta que una voz familiar pero inesperada rompe el silencio.

—Mercy.

Mis ojos se abren de golpe y envuelvo la bata alrededor de mi cuerpo tan rápido como puedo, casi tirándome del sillón en el proceso. Charlie se encuentra de pie al lado de la entrada, llevando unos sucios jeans y una expresión divertida.

—Charlie, ¿qué estás haciendo aquí? ¿No se supone que estés en la iglesia? —*No escurriéndote para asustarme en mi casa*, debí añadir.

—Podría decir lo mismo de ti —dice mientras se acerca. Está arrastrando una pala detrás de él y lleva puestos guantes manchados por césped.

—No vas asesinarme y enterrarme con esa cosa, ¿cierto? —Me rio, pero el sonido es chillón y no relajado como pretendía.

—No a menos que hagas crecer las rosas —dice, bajando al suelo la pala y acucillándose a mi lado—. ¿No te dijo tu madre que me contrató para arreglarle el jardín?

Meneo la cabeza. Kim definitivamente dejó ese detalle fuera. Un vistazo a nuestro patio trasero dejaría saber a cualquiera con ojos, lo poco que a Kim le importan cosas como las plantas y las flores. No le ha dado una mano en años.

Repentinamente me siento como si fuera a vomitar. Han pasado casi cuatro años desde que Luke fue nuestro jardinero. Después de ese verano Kim perdió el interés de que alguien cuidara nuestro patio trasero, tal vez porque Luke simplemente dejó de venir. La recuerdo jodiendo por la informalidad de los empleados... y a mí diciéndole que ella era la que los asustaba. Nuestra colección de sirvientas lo prueba. Pero Kim no fue la razón por la que se marchó Luke. Fui yo.

—¿Estás bien, Mercy? Estás algo verde. —Charlie toma asiento al final del sillón. Su peso hace que se hunda ligeramente.

—Tú eres el que está verde —digo, tratando de hacer un chiste de jardineros. Pero mi voz suena aguda y débil, como si la chica de hace cuatro años hubiera saltado de vuelta dentro de mi cuerpo y estuviera intentado ponerse cómoda.

—Nah. Solo quería el dinero extra. Estoy ahorrado para una gran compra. — Me da una sonrisa y baja la mirada hacia sus manos

—¿Te importaría explicarte mejor? —digo.

Hay algo raro sobre toda esta situación. Charlie viene de una familia que es igual de rica que la mía, probablemente más rica ya que sus padres aún están juntos y su mamá de verdad trabaja, a diferencia de Kim, quien solo compra con el cheque mensual de mi padre. Charlie no está desesperado por dinero y sus padres probablemente podrían comprarle lo que quisiera.

—Nop —dice, quitándose los guantes y estirando los dedos—. A todos se nos permite tener un pequeño secreto. —Coloca su mano en mi hombro y aprieta.



Quiero reírme como si no fuera nada, pero mi pecho se siente constreñido como si alguien estuviera sentado en él y no me dejara respirar. *A todos se nos permite tener un pequeño secreto.* ¿Está intentando decirme que conoce el mío?

—Bien. Me atrapaste. —Quita su mano de mi hombro y se para frente a mí—. Estoy ahorrando para comprarle algo a Ángela. No te puedo decir el que, pero te puedo decir que probablemente necesitaré tu ayuda, cuando llegue el momento.

Me permito tomar un poco de aire. Siento como me comienzan a temblar las manos, así que las presiono juntas. Me estoy volviendo loca. Estoy comenzando a pensar que todo se trata de mí. Cuando comencé mis sesiones con los vírgenes, me dije que no me volvería paranoica. La paranoia me comería desde adentro y me volvería loca. Pero ha estado creciendo dentro de mí todo el tiempo.

—Claro —digo—. Cualquier cosa en la que pueda ayudar. —Mi voz suena mucho más moderado de lo que me siento.

—Gracias, Mercy —dice, tomando la pala del suelo—. Solo pretende que no estoy aquí. Haré esto con el menor ruido posible.

Me obligo a permanecer en el patio, aun cuando todo lo que quiero es estar sola. Pero eso parecería sospechoso, así que comienzo a escribir notas de química desde mi silla, dándole vistazos ocasionales a Charlie. Me pregunto dónde aprendió que las estacas de las rosas tienen que ser plantadas en un lugar donde reciban al menos seis horas de luz solar, y como sabe que tienen que estar separadas de árboles y arbustos. Kim ciertamente no le dijo eso. La parte más rara de todo es que planta cerca de donde las rosas murieron la última vez que fueron plantadas, el verano en el que Luke me enseñó sobre jardinería. Ahí fue donde comencé a interesarme en química. Me encantó como las plantas también tiene que seguir una fórmula.

Para cuando Charlie termina su trabajo, el aire se siente como diez grados más caliente. Él se limpia la frente sudada con la camiseta.

—¿Quieres entrar por algo de tomar? —Las palabras salen de mi boca antes de que siquiera tenga tiempo de pensarlo bien. Realmente no quiero que Charlie entre por algo de beber. Quiero que se vaya para no tener que pensar sobre jardinería o sobre Luke. Con Charlie abriendo hoyos en el jardín, es casi imposible concentrarse en cosas como ecuaciones y formulas y valoraciones volumétricas. Espero que políticamente lo rechace, se invente algún tipo de excusa para marcharse. Pero en lugar de eso sonrío ampliamente y me sigue dentro de la casa.

Casi se me había olvidado el hecho de que llevo puesta solo una bata con un sujetador y bragas debajo. Pero en la cocina, con los pies descalzos sobre el piso, es difícil ignorarlo.

—Tenemos agua y algún tipo de brebaje raro —digo, viendo dentro del refrigerador. Kim debe estar en una de sus semanas de desintoxicación con jugos.

—Solo agua por favor. Gracias.

Abro el gabinete para tomar un vaso. Cuando me doy la vuelta, Charlie se está quitando la camisa

—¿Qué estás haciendo? —digo, agarrando con fuerza el vaso en mi mano. Él hace una bola la camiseta en una de sus manos. No puedo evitar notar sus pectorales, las venas que bajan por sus bíceps. Charlie no solía verse así. ¿Cuándo se puso en tan buena forma?

—Lo siento. Tengo calor. Y esta camiseta no huele tan bien.

Vierto agua de una jarra en el vaso, dejando caer un poco en el mostrador al hacerlo. No sé por qué estar sola en la cocina con Charlie me está poniendo tan nerviosa. No es como si no hubiera estado con él antes. Pero nuestro común denominador siempre ha sido Ángela. Ángela es lo que tenemos en común. Solo conozco a Charlie por ella y esa es la única razón por la que me conoce.

—Ángela vendrá a estudiar otro rato —digo, agarrando con fuerza el mostrador con los dedos.

Charlie se bebe el agua e inclina la cabeza —Hazme un favor —dice—. No le digas que estuve aquí. ¿Sabes de ese pequeño secreto que te mencioné? Tal vez pueda ser nuestro.

Me muerdo el labio inferior, intentando mantener la sorpresa fuera de mi rostro. Ya le guardo secretos a Ángela. Eso de ser atea esta al tope de la lista, seguido de cerca por lo de los vírgenes. Ángela no sabe sobre Luke y lo que pasó luego de que se marchara. Hay tantas cosas que he mantenido escondidas de mi mejor amiga. No es que no quiera compartirlas con ella. Algunas veces cuando tomamos juntas el té luego de la escuela o damos una larga caminata, me imagino lo que diría si yo fuera a descargarle todo eso encima. Nunca lo haría, porque sé exactamente lo que ella pensaría.

Pero esto es distinto. Esto es esconderle algo que ni siquiera debería de ser tan importante. Charlie es nuestro nuevo jardinero. No sé por qué lo quiere mantener en secreto. Tal vez está avergonzado. Tal vez quiere evadir al grupo de jóvenes del sábado. Tal vez realmente está ahorrando dinero.

—Trato —digo. Charlie extiende su mano y envuelve la mía en un apretón sudoroso. Mi mano se siente pequeña, como si sus gigantes dedos pudieran reducir mis huesos a polvo

Lo saludo con la mano a través de la ventana cuando se va, pavoneándose hasta su camioneta aún sin ponerse la camiseta.

Ahora ya no solo guardo mis secretos.

13

—No entiendo —dice Ángela, hundiéndose sobre mi cuidadosamente construido diagrama—. Estoy destinada a fallar en esta clase, supongo.

Ella en verdad no lo entiende. Cada vez que empiezo a explicar algo, deja de prestar atención. Puedo decir que pretende estar prestando atención, pero su mente vagabundea, justo como sus ojos lo hacen alrededor de mi habitación. Angela nunca ha sido la persona más fácil de ayudar, pero hoy se ve más distraída de lo usual, desde el segundo en que caminó por la puerta y comentó que algo “huele diferente.” Inmediatamente pensé que ella sabía sobre Charlie, que nuestro apretón de manos creó algún tipo de esencia de una revelación involuntaria, pero después aspiró mi brazo y dijo que era mi perfume.

—Creo que es obvio —dice Faye. Esta recostada en el suelo de mi dormitorio con su computador abierto sobre su estómago.

—Tú podrás pensar que es obvio, pero Angela no. —Le lanzo una mirada irritada. Generalmente la franqueza de Faye es una característica que admiro, pero la última cosa que quiero es que Angela se sienta incluso menos confiada en química de lo que ya hace.

—No, no es eso. Te mantienes tratando de explicárselo. Y eres una buena profesora. Pero ella está pensando otra cosa.

Miro de Faye a Ángela, quien trata de evitar mis ojos.

—Apuesto a que sé sobre lo que está pensando —dice Faye, su boca crispándose en una sonrisa—. Es un chico.

Chasqueo los dedos en frente del rostro de Ángela. —Tierra a Angela —digo—. ¿Está en lo correcto?

Angela cubre su rostro con sus manos.

—No me puedo concentrar en nada últimamente. Estoy teniendo una de esas crisis de los cuarenta.

—¿A los diecisiete? No lo creo. —Suavizo mi voz.

—Solo estoy, tú sabes, en conflicto.



—¿Sobre qué? —digo gentilmente. Angela suena como si pudiese estar al borde de las lágrimas. Solo he visto llorar a Angela una vez durante el transcurso de nuestra amistad y eso fue porque un profesor la masticó por leer apuntes durante una presentación oral.

—Sobre Charlie.

Faye saca el computador de su estómago y se da la vuelta.

—¡Lo sabía! Siempre es por un chico. Los chicos son el origen de todo el dolor y todo el placer. Especialmente los buenos. —Su voz baja a algo que es apenas más fuerte que un susurro. Mis ojos parpadearon involuntariamente a ella y me dio una pequeña sonrisa, casi como si hubiese aprobado mi atención.

Alejo mis ojos de ella y miro a Ángela, quien mira sus manos.

—¿Qué pasa con Charlie?

Angela gira el anillo de compromiso que Charlie le dio en su aniversario alrededor de su dedo, algo que hace cuando está nerviosa. O asustada.

—Amo a Charlie. Charlie me ama. Últimamente he estado teniendo estos sentimientos —suspira—. Tú sabes.

—No lo sé, Ange.

—Yo sé —dice Faye—. Quieres expandir el amor alrededor. Estar con otros chicos. Estás aburrida de este chico Charlie. ¿Cierto?

Angela arruga sus cejas.

—No —dice—. Solo quiero estar con Charlie. Pero ese es el problema. Creo que Charlie quiere estar conmigo, si saben a lo que me refiero.

Extiendo mi mano y tomo la de Ángela.

—¿Quiere dormir contigo?

Faye interviene.

—Espera, ¿aún no duermes con él? ¿Cuándo tiempo han estado juntos?

—Dos años —dice Ángela—. Pero vamos a esperar hasta que nos casemos. Aún somos. No lo sé. —Cubre su rostro con sus manos.

La risa de Faye suena como un ladrido. Una foca, ese es el animal al que suena. Una de esas focas que ladran en el zoo y nunca se calla.

—Él debe ser el último hombre de una raza extinta. Hoy en día si no lo haces a la tercera cita, te encontrarás soltera.

Mira directamente a mí cuando lo dice y por un segundo estoy asustada de que sepa todo, sin embargo eso sería imposible. Pero su mirada es completamente encantadora. Llena de confianza, llena de certeza. Dice, *quiero lo que quiero cuando digo que lo quiero*.



Apuesto a que la mayoría de los chicos no pueden sostener esa mirada. Solo puedo imaginar a Zach cayendo bajo esta.

Pero lo que sea que esté pasando con Faye tiene que esperar. Puedo contar las veces en que Angela entró en detalles de su relación con Charlie con los dedos de una mano, incluyendo que esta vez tiene a una tercera persona alrededor, lo hace lo hace más extraño. Especialmente una tercera persona como Faye, que me está distrayendo.

—Así que, ¿qué te hizo cambiar de opinión? —digo, apretando suavemente la mano de Ángela—. Sobre esperar hasta el matrimonio. ¿Charlie te está empujando para que duermas con él?

Angela se encoge de hombros y juega con la manga de su camisa, las cuales son demasiado largas para sus brazos. Angela nunca ha sido como la mayoría de las chicas en nuestra clase, quienes visten faldas cortas y camisetas sin mangas. Nunca se compra prendas que le ajusten.

Estoy a punto de abrir la boca para defender la lealtad de Charlie, pero lo pienso dos veces cuando tropiezo con flashes de esta mañana por mi mente. ¿Conoces ese pequeño secreto que mencioné? Tal vez puede ser nuestro.

—¿Aún tienes la tuya, Mercy? —dice silenciosamente Angela. No se encuentra con mis ojos mientras lo dice. Angela nunca me ha preguntado esto antes, pero he pensado en qué decir si lo hiciese. Me pregunto cuánto tiempo ha esperado para preguntar esta misma pregunta, por cuánto tiempo esas palabras se han ensartado en su cerebro, esperando por salir.

No estoy lista para responder, pero tengo que hacerlo. Miro a mi carpeta y espero que nadie note el pánico que se dispara a través de mi estómago y sube por mi garganta como una bola de fuego. Me concentro en la ecuación escrita ahí para no perder el equilibrio. $1 \text{ CH}_4 + 02 \rightarrow \text{CO}_2 + 2\text{H}_2\text{O}$. Lógica y números y balanceo, exactamente como no es naturalmente la vida, exactamente como la vida no es a menos que lo hagas así. Pero no hay manera de que le diga a Angela la realidad. Así que reinvento la verdad.

—Fue el verano pasado. Un chico de la clase de arte.

—¿Tomaste clases de arte el verano pasado? —Angela se veía tan sorprendida como si hubiese dicho que maté a alguien el verano pasado. Mentalmente quiero golpearla por decir algo tan estúpido. No solo tengo cero habilidades artísticas, sino que pasé la mayor parte del verano pasando el rato con Angela y obviamente nunca mencioné mis clases de arte.

—Mi mamá me hizo ir dos veces a la semana —digo tranquilamente—. Estaba en su fase de “intentar cosas nuevas.”

Angela asiente y siento una punzada de culpa. No solo soy una mentirosa, soy una buena mentirosa. Y eso lo hace incluso peor.

—De todos modos, allí estaba este chico. Luke. Salimos un par de veces y una cosa llevó a la otra, y nosotros, tú sabes, lo hicimos. —Casi me atraganto con su nombre. No lo he dicho en voz alta por tanto tiempo que se siente como un fajo de veneno que tengo que escupir.

—¿Por qué nunca le mencionaste antes?

—No sé, solo nunca salió. Y él se mudó de vuelta a Nevada.

—Así que, déjame ponerlo en orden. —Faye se apoya a sí misma en sus codos—. ¿Un chico cruzó una línea de estado por alguna clase de arte?

Le lazo una mirada de soslayo, esperando que no haga ningún hoyo más en mi historia.

—Pasaba el verano en California con su padre —digo.

Asiente, haciendo que su cabello reúna sobre sus hombros. —Puedo ver su punto. Nevada por el verano se puede poner bastante aburrido. Incluso Las Vegas se hace viejo. ¿De qué parte es?

—Nevada —digo lentamente. De todos los estados, ¿por qué tuve que escoger el único del que Faye viene? Probablemente porque es verdad. El Luke real es de Nevada, sin embargo no tengo ni idea de dónde está ahora.

—Soy de Sparks. Nacida y criada —dice con una rodada de ojos—. ¿Tu chico? Tal vez lo conozco.

—No, de la ciudad de Carson —digo, sintiendo una brizna de alivio. Tal vez puedo hacerlo después de todo—. Venía de una familia rica. Me dijo que se querían librarse de él este verano.

—¿Aún le hablas? —dice Angela. Sus ojos amplios con curiosidad.

—No —digo, un poco demasiado rápido—. Bueno, no regularmente. Nos mandamos correos de vez en cuando. No sé si algo saldrá de eso, difícilmente.

—Un romance de verano —dice Faye, sus ojos subiendo al techo—. Una vez tuve uno de esos. —Me da una mirada sin expresión—. Tenía trece. Me compró un helado y nos arreglamos tras el cobertizo de mis padres.

—Bueno, no puedo creer que no lo hayas mencionado antes —dice Angela, y puedo decir que está dolida—. Tú serías la primera persona a la que le contaría. Probablemente la única persona. —Mira a Faye y su rostro se ruboriza ligeramente.

—Quería contarte —digo, mi voz pequeña—. Solo esperaba por un buen momento. —Quiero sonreír para probarlo, pero las esquinas de mi boca no quieren elevarse, dejando a mi boca en una línea temblorosa. No conocía a Angela cuando en verdad perdí mi virginidad y nunca le podría contar la verdad. Pero si cierro mis ojos e

imagino que las cosas fueron diferentes, casi puedo visualizarme teniendo una primera vez normal y contándole a mi mejor amiga sobre eso. Casi.

—¿Cómo fue? —Angela aparta los ojos—. Tú sabes, la parte del sexo. ¿Dolió?

Bajo la vista al papel rayado otra vez, la ecuación escrita allí. Puedo entrenar a mi mente para ser una fórmula, también.

—Un poco, supongo. No lo sé. Fue bueno. Él lo hizo especial. —Mi garganta duele con el esfuerzo de ahogar las palabras.

—Recuerdo mi primera vez —dice Faye—. Fue con el mismo tipo que me compró el helado. Dos veranos después.

—¿Tenías quince? —dice Angela, su boca colgando abierta.

Faye se encoge de hombros.

—Y eso fue solo porque él quería esperar.

Angela sacude su cabeza.

—Estoy incluso más detrás de la curva de lo que pensé. —Presiona su mejilla contra la palma de su mano—. No sé qué hacer. La virginidad es una cosa importante. No quiero perder la mía y arrepentirme de eso.

Me meneo más cerca de ella, lo suficientemente cerca para frotar su espalda simpáticamente, lo cual era usual para mí y Angela. No tenemos una amistad sensiblera como un montón de chicas de la escuela, quienes se abrazan, besan y caminan por los pasillos con sus brazos envolviendo los hombros de la otra. Pero ahora mismo solo quiero enterrar mi cara en su cabello y decirle todo. Quiero decirle que la virginidad no es algo que pierdes, como una llave de reserva o asignación de tareas. Es algo que regalas. O algo que te es arrebatado.

—¿Amabas a Luke? —dice Angela, apoyándose en mi hombro.

La pregunta me atrapa fuera de guardia. No le puedo hacer saber lo que esta pregunta significa para mí, cuán seguido pienso en eso, incluso después de todo.

—No lo sé —digo. Esto, al menos, es honesto—. Tal vez no sé lo que es el amor.

—Quince —susurra, mirando a Faye—. Aún besaba mis posters de Justin Bieber cuando tenía quince.

Deseo poder contarle tantas cosas. Deseo poder contarle que realmente hay un Luke, y que en verdad era de Nevada. Pero no había clases de arte y no fue el verano pasado.

Y si Angela piensa que quince es malo, me pregunto qué pensaría de trece.

14

No tengo la intención de acostarme con Jeremy Roth. Él no es parte de mi plan, y Don Aspirante realmente se supone que sería el último. Pero cuando Angela y Faye se marchan, necesito algo para alejar el nerviosismo que siento. No quiero estar sola. Jeremy ni siquiera me encontró de la manera antigua, en persona. Me dije cuando esto empezó que nunca iba a acostarme con un tipo que me solicitara a través del Facebook o vía mensaje de texto, pero eso es exactamente lo que estoy a punto de hacer.

Hola hermosa. Tengo un problema con el que necesitaré alguna ayuda. ¿Podemos encontrarnos en algún lugar?

El mensaje está en mi bandeja de entrada por días, pero no le he prestado atención hasta ahora. No hago clic en él, pero tampoco lo he suprimido. Casi no quería que Angela y Faye se fueran, porque sabía que iba a abrir el mensaje y responder favorablemente cuando lo hicieran.

—Chicas podrían quedarse —les dije antes de que Faye pasara a Angela fuera de la puerta—. Podríamos pedir una pizza o algo así.

Angela me mira melancólicamente, como si quisiera aceptar, pero tiene planes con Charlie, como una persona normal en una relación tendría un sábado por la noche. Y Faye tiene sus propios planes.

—Tengo una cita —dijo—. Y no puedo salir con este aspecto. Miró hacia abajo a su cuerpo perfecto en sus jeans ajustados, lo que impulsa a Angela a poner sus ojos en blanco.

Cuando cerré la puerta detrás de ellas, estaba en partes iguales triste y confundida. Triste porque soy la única que no tiene planes un sábado por la noche, la única con una noche de mal Reality de TV y palomitas para microondas delante de mí. Confundida porque toda la tarde Faye parecía estar coqueteando conmigo, cuando al otro día estaba coqueteando con Zach. Si esta es su idea de jugar conmigo, puedo jugar ese juego también.

Así que hago la única cosa que sé que me hará sentir mejor. Envío un mensaje de vuelta a Jeremy con mi dirección y le digo que venga en una hora. Sé que va a llegar tarde, porque está en mi clase de inglés y siempre se cuela tarde y se dirige a un escritorio en la última fila. Que resulta ser donde me siento, no porque llego tarde, sino porque me revienta ser llamada en la clase de inglés, donde no hay una respuesta correcta, no hay respuesta incorrecta. Odio el turbio intermedio y cuando el señor Bell nos lleva a algún



nebuloso tema como "Las motivaciones de Yago como el antihéroe" y espera que alguien suelte alguna respuesta brillante. "Ilumínenme," es su lema. Me gustaría que alguien simplemente lo golpeará en la cabeza con el "ilumínenme" y ayudarlo a ver las cosas en blanco y negro, como debe ser.

—Hola —dice Jeremy, de pie en mi puerta con una botella de vino una hora más tarde—. Pensé que esto podría ser agradable. Lo robé del escondite de mi padre. La etiqueta dice que es un Merlot. —dice como Mar... lot. No me sorprende de un chico que piensa que Hamlet es un tipo de embutido.

—No bebo —digo, conduciéndolo arriba. Lo cual es solo parcialmente verdad. Yo bebo de vez en cuando, pero no con chicos como Jeremy y nunca antes del sexo. Solo tuve que cometer ese error una vez para aprender de ello.

—Eso apesta —dice—. Hará que te sueltes un poco. No importa si lo hago, sin embargo.

Él no espera para ver si me importa antes de desenroscar la tapa y derribar un cuarto de la botella. Algunas gotitas se escapan bajo su barbilla y en mi alfombra de color crema, donde proceden a florecer como pequeños pétalos de flores. Jeremy no se da cuenta.

—Observaré cuánto de eso bebes —le digo—. El alcohol y las pollas blandas tienen una relación muy estrecha y personal.

Se ríe, una lenta excesivamente confiada risa, una risa en la que cada sílaba staccato —"ha, ha, ha"— casi puede verse como escucharse.

—Espera aquí —le digo mientras me deslizo en mi armario. Ya he decidido que no usaré para Jeremy. Nada de colores claros. Él ha demostrado que es el tipo de chico que deja manchas donde no debería.

Pero el cajón que contiene mi negligé de encaje negro está sospechosamente vacío. Mentalmente catalogo dónde podría haberla dejado. No está en mi canasta de ropa sucia, que es el único lugar en el que debería estar si no está en el cajón adecuado. Momentáneamente me entretengo en el pensamiento horroroso de que Kim lo encontró —o peor aún, lo tomó prestado— pero eso es imposible. Mantengo mi armario cerrado a menos que esté en mi habitación. Y la única vez que estuve en mi habitación fue hoy...

Toda la tarde, con Angela y Faye. Angela nunca robaría algo de mí, lo que solo deja a Faye. ¿Pero por qué ella robaría un negligé? Mencionó que iría a una cita, pero yo asumía que tenía su propia ropa interior elegante. Me encojo de hombros y decido culpar a Kim después de todo. De las tres, ella es la menos confiable.

—¿Todo bien ahí dentro? —dice Jeremy. Le lanzo el dedo medio, casi deseando que pudiera ver desde su lado de la pared. Si tiene esa poca paciencia ahora, lo siento por su novia.

Saco mi segunda opción, un transparente camisón carmesí y me contoneo en él. El color va a juego con el vino.

Jeremy deja escapar un bajo silbido cuando me ve, un ruido que siempre pensé que era muy cursi.

—Trae ese culo caliente aquí —dice. Su camisa ya está fuera, dejando al descubierto un pecho con suficientes músculos. Jeremy puede que no sea mi tipo, pero su cuerpo lo es. Tal vez esto no sea tan malo después de todo. Incluso podría ser divertido.

Jeremy desabotona sus vaqueros y los lanza. Tiene su polla en la mano y ya está dura. Está agarrando mi mano, tratando de hacerme tocarlo. Luego hace algo completamente imperdonable.

Trata de empujar mi cabeza hacia abajo.

—Creo que no —le digo, saltando fuera de su agarre con las manos temblorosas—. Tú no lo necesitas.

Pone mala cara, pero solo por un minuto, antes de empujarme sobre mi espalda contra las almohadas. Usualmente, soy la que tiene el control, pero esto se siente diferente. Esto se siente como que todo se está moviendo demasiado rápido.

—Despacio, semental —digo en un tono que espero sea juguetón—. Vamos a conseguir un condón primero.

Dejo que abra el paquete y lo desenrolla. Él hace todo bien. Y una vez que está encima de mí, hace todo bien allí, también. Por un momento me olvido que incluso se supone debería mostrarle cómo hacerlo. Por un momento me empiezo a sentir como si yo fuera su novia y él es mi novio y simplemente estamos tomando un descanso de estudio.

Me sorprende que todavía esté fuerte cuando lo volteo sobre su espalda. Usualmente, aquí es donde ellos están felices para dejarme tomar el control para mostrarles lo que hay que hacer. Pero él todavía está al mando de alguna manera, cerrando sus manos en mis caderas y moliéndose profundamente más en mí. Cuando termina, muy audiblemente, miro el reloj.

Jeremy duró ocho minutos. En mi habitación, ese es un nuevo record. Está jadeando un poco, pero ni siquiera parece faltarle el aire. Supongo que algunas personas solo están destinadas para el sexo.

Eso, o Jeremy ya lo ha hecho antes.

Se aleja de mí y miro fijamente su espalda, a la pequeña abolladura roja que mis dedos dejaron. Definitivamente no iré a preguntarle. ¿Qué le diría? ¿Estás seguro de que eres virgen? De alguna manera no creo que le guste mucho y probablemente dañaría mi reputación más que la suya. Y si realmente era virgen hasta hace ocho minutos, estaría dándole un impulso de ego seriamente innecesario.

—No vas a tener ningún problema —digo en su lugar, dándole un golpecito en la espalda—. Tu novia va a estar muy satisfecha. Tal vez deberías ir un poco más suave con ella.

Da la vuelta y me da una extraña pequeña sonrisa.

—¿Podemos hacerlo otra vez? Esto fue genial. Pero me sentiría mucho más preparado si pudiéramos hacerlo una vez más.

Me muerdo el labio. Realmente no debería. No tengo ninguna razón para acostarme con él de nuevo y lo debería echar. Pero, al mismo tiempo, se sentía tan bien. Tal vez si lo hacemos de nuevo, me correría, también.

—Sé cómo convencerte —dice y serpentea hasta el final de la cama. Antes de que yo lo sepa, está entre mis piernas, trabajando algo que simplemente puedo describir como magia con su lengua. Esto definitivamente no es el trabajo de un principiante. Ahora sé que debe estar mintiendo, pero prefiero no admitir eso en este punto. El acto ya ha sido hecho, entonces ¿qué hay de malo en hacerlo otra vez?

Me lleva justo al borde, hasta el punto en que ambos sabemos por segunda vez que es inevitable. Y una tercera. Una tercera vez que nunca ha sucedido en mi cama hasta ahora.

Tampoco tener a un tipo durmiendo.

Pero estoy aprendiendo que hay una primera vez para todo.



15

Me he despertado por dos razones: la erección mañanera de Jeremy presionando en mi espalda y por el fuerte golpe a mi puerta.

—¡Mercedes, cariño, despierta ya! Tenemos yoga en media hora y te hice un té desintoxicante; que te está esperando en la cocina.

Una pesadilla. Es lo primero que pensé. Pero los golpes no se detenían. Y cuando los golpes se detuvieron, la manija de la puerta comenzó a girar. Y fue hasta entonces que me siento recta.

—¡Kim! Bajo en un minuto.

—Bien, cariño, pero tu té se está enfriando. —La voz al otro lado de la puerta inusualmente alegre. Gimo y aprieto mis almohadas. ¿Desde cuándo Kim y yo hacemos yoga juntas? No ha estado en casa todo el fin de semana. ¿Dijo que iba a pasarlo con Fred el del bar, o era Ted el banquero de inversiones? Tal vez ellos son la misma persona. Si esta es una de sus ideas para un ritual de unión, no pudo ser en un momento más inoportuno.

—Buenos días, hermosa —Jeremy susurra en mi oreja. Él tiene un desafortunado caso de aliento mañanero, así que me doy la vuelta al otro lado. Me siento con resaca, a pesar que no bebí nada anoche.

—Tienes que irte —digo, amortiguando el sonido con mi almohada. Él podría fácilmente escabullirse hacia la puerta principal. Es más probable que Kim esté en la cocina, leyendo la sección de entretenimiento y bebiendo un detestable té desintoxicante, así que no lo escucharía bajando por las escaleras. Pero es arriesgado. No puedo evitar preguntar qué dijo él a sus padres. La mayoría de los padres estarían preocupados si su hijo adolescente no regresa a casa en la noche. Tal vez Jeremy y yo tenemos más en común de lo que pensamos.

—Ven —dice, extendiendo los brazos—. Tengamos una última ronda, algo así como un adiós.

—Absolutamente no —digo, balanceándome fuera de la cama y recogiendo sus ropas del piso y lanzándoselas en el pecho sin mirarlo—. Este es el plan —continuo—. Voy a salir con mi mamá. Cuando volvamos tú no estarás aquí. Solo vete por la puerta trasera y jala la tela metálica para cerrarla.



Me siento del lado de mi cama y me pongo mi ropa interior. Sería fácil hacer alarde de Jeremy delante de Kim. Ella sabría que estoy manteniéndome ocupada, que estoy tomando ventaja de ser joven y delgada, los dos atributos que ella considera del mejor valor. Pero eso sería darle lo que más desea. Así que en vez de ello me deslizo por la puerta y pretendo ser una adolescente normal que va al yoga regularmente con su madre normal en un domingo normal por la mañana, aunque solo sea una hora.

—¿No tendré ninguna retroalimentación? —dice Jeremy. No está haciendo ningún intento por moverse. Siento mi rostro ponerse caliente, y nunca me sonrojo. Camino hacia el baño y salpico con agua helada mi rostro. Jeremy silba cuando me alejo.

Cuando estoy en la seguridad del baño con la puerta cerrada, me siento en el inodoro. Mi cuerpo tiembla y mi garganta se hincha. Lo peor de todo, siento las lágrimas calientes picándome en mis párpados. Nunca dejo que los chicos se queden a dormir. Nunca dejo que los chicos tengan una tercera vez. Ni siquiera una segunda vez. Eso no es parte del plan. Mi sistema solo funciona porque es un sistema, con un orden de rutina incluido. Soy responsable, o por lo menos solía serlo. Mi sistema tiene reglas y yo rompí una y grande.

Me levanto y me limpio los ojos con el dorso de mi mano. Jeremy no le dirá a nadie. No puede. Ese es el sistema. Él no va a mencionarlo a sus amigos en la escuela, porque así es como comienzan los rumores. Si el rumor es sobre mí, también se trataría de él. Y si se trata de él, su novia se enterará. Por no mencionar nuestra fiesta de pijamas, así que lo manejaré pretendiendo que nada está fuera de lo normal. Hago a un lado mi flequillo de mi rostro y me sueno la nariz. Tengo que poner toda mi mierda junta, ir a la jodida clase de yoga y conseguir que Jeremy se vaya de la casa.

Cuando salgo del baño, está ya vestido. Me parece que una camiseta y unos pantalones cortos serán suficientes para ir a yoga y voy a mi cómoda. Para el momento que me doy la vuelta para enfrentar a Jeremy, mi cabello está fijo en una cola de caballo y tengo una sonrisa puesta en mi rostro.

—Diez sobre diez. Puntos extra por tu confianza, porque por lo general eso es lo que necesita mayor trabajo. Técnicamente impecable. Esa es tu libreta de calificaciones.

Jeremy sonríe.

—Podría acostumbrarme a esto —dice.

—Lo harás —digo—. Con tu novia.

Encuentro sus zapatos en el piso y se los tiendo, de repente consiente que ni siquiera conozco el nombre de su novia. El descubrimiento me golpea como un puñetazo en el estómago. Él nunca la mencionó y no pregunté. Se suponía que dormir con Jeremy era asegurarle de que recibiera una perfecta primera vez y no tengo ni idea de si realmente existe, oh si solo me envió ese mensaje porque quería meterse en mis pantalones. Si ese es el caso, no estoy segura con quién estoy más horrorizada, si con Jeremy o conmigo misma.



Me aclaro la garganta. Ahora sería un buen momento para traer a colación a la novia misteriosa, pero no lo hago. Prefiero no saber la verdad.

—Nos vemos el lunes en la escuela. No te olvides que tenemos ese dúo de poesía.

Se da un golpe en la frente.

—Eres increíble —dice—. Sin duda el mejor sexo y me salvarás de reprobar inglés.

—Adiós, Jeremy —digo antes de cerrar la puerta detrás de mí. Voy corriendo para encontrarme con Kim en la planta baja, con la esperanza de obligarme a seguir el proceso de despejar mi mente de todos los pensamientos confusos en el interior. En el momento que estamos en la posición del perro en una clase llena de mujeres, Jeremy esta lo más alejado posible de mis pensamientos. Casi.

—¿Cómo eres tan flexible? —susurra Kim—. Esta posición es imposible. —Encojo los hombros—. El yoga se te da natural.

Pero cuando nuestro instructor deja de hablar y nos dice que debemos estar tumbadas en la posición de cadáver y despejar nuestra mente. El mejor sexo. Eso es lo que Jeremy dijo antes de que le cerrara la puerta en la cara. Normalmente, el mejor implica tener algo con que compararlo. Y si Jeremy me mintió sobre ser virgen, ¿cuántos otros chicos me han mentido también? El punto de hacer esto era para proporcionarles una primera vez perfecta y enseñarle a los chicos como dar a sus novias esa perfecta primera vez a cambio. ¿Cuándo dejó de ser por eso?

¿Cuándo comenzó a convertirse en algo sobre mí?

Cuando Kim y yo volvemos a casa, Jeremy se ha ido, justo como le dije que hiciera. Hizo mi cama y ahuecó mis almohadas. Tal vez hay esperanza de que después de todo sea un buen novio. Tal vez.

Cuando recupero mi libreta debajo de las cajas de condones y hago una entrada para Jeremy. Su apodo es fácil. Trece de mala suerte. El resto es más difícil de escribir, pero igual escribo de todos modos. Tal vez es bueno para mí. Poner mis pensamientos en palabras. Si los números y los hechos son mi sangre tal vez las palabras pueden ser mi terapia.

Tuvimos una gran química. Pero me está molestando algo y es muy grave. No debería haber sido tan grave. Tengo dudas sobre que este chico era virgen. Pero si no lo es, ¿por qué no solo va a dormir con alguien más? Quisiera preguntar. Quería preguntarle acerca de su novia, pero no lo hice. Tal vez no me importa ella tanto como yo pensaba, ya que ni siquiera sé su nombre.

Fijo la mirada en las palabras de la página y luego en la mano que la escribió. Ni siquiera estaba pensando en ello, pero lo hago. Lo que no quiero ver. Sueno como un monstruo, como alguien que no se preocupa de nadie más que de sí mismo. Tal vez lo soy.

Coloco la libreta de nuevo en su lugar, agradecida por el cajón secreto de mi mesita de noche, agradecida con la madera oscura que oculta muchos de mis secretos. Entro en mi baño y me inclino sobre el lavamanos, tomando una serie de respiraciones profundas. Entonces camino hacia el pasillo hasta la habitación de Kim.

Me gustaría tener un poco de esperanza de que Kim quiera hacer algo un día. Después de todo, esta es la primera vez que me despertó para asistir a una clase de yoga. Tal vez ella quiere pasar tiempo conmigo, ir almorzar o dar un paseo por el parque. Cosas que madres e hijas hacen. Pero puse mis expectativas demasiado altas, como de costumbre.

—Tengo mucho trabajo que hacer —me dice mientras se pone delante de su gigante espejo de baño, aplicando demasiado delineador de ojos—. Mucho trabajo.

—¿Cuál trabajo? —digo—. Tú no tienes un trabajo.

Mi voz suena hiriente, pero Kim no se da cuenta. Ella solo parpadea y se aplica capa tras capa de rímel en movimientos rápidos. —No tengo un trabajo remunerado pero tengo un trabajo. Estoy en el consejo para esa gran gala benéfica. Recuerdas, ¿la que fuiste?, llevabas ese hermoso vestido.

Volteo la mirada hacia su espalda. El evento del que está hablando fue hace tres años. Quería llevar un vestido que encontré mientras estaba de compras con Angela, pero Kim me compró uno que hacía juego con el de ella, una talla más pequeña que la mía. Ella se negó a cambiarlo así que tuve que aguantar hambre para entrar en él.

—Bien —le digo, dándome la vuelta para dejar su habitación—. Voy a gastar mucho de tu dinero duramente ganado.

—Diviértete —dice distraídamente detrás de mí. Golpeo la puerta de su habitación, pero ella probablemente ni lo notó.

Siempre hago mis propias compras de ropa interior y nunca voy a los lugares obvios como la plaza cerca de nuestra escuela o el centro comercial más grande de la ciudad. Voy a un centro comercial de afuera con una sección de trajes de baño y ropa interior. Es un poco más caro que Victoria Secret, pero no me importa, ya que Kim está pagando la factura. Además, esto luce mejor. Nada de neón, o mierda con demasiado relleno. No creo en el relleno, no porque esté bien dotada, sino porque los chicos van a saber lo que hay debajo cuando el sujetador se desprenda después de todo y, ¿por qué decepcionarlos después? Nadie en realidad luce como los ángeles de Victoria Secret.

Ni siquiera sé porque estoy comprando ropa interior teniendo en cuenta que por ahora he terminado con los vírgenes. Me siento rara por haber terminado en el número trece, ¿No es de mala suerte?, pero mi experiencia con Jeremy me ha enseñado algo, que todo se ha desmoronado. Me encantaba ayudar a los chicos a planear una noche especial, ahora la idea es realmente agotadora. Mi paciencia solía ser mi marca comercial pero está perdida en acción. Supongo que estoy comprando ropa interior porque sé comprarla. Además, ahora necesito una colección nueva, ahora que terminé con mis buenas acciones.

Un nuevo comienzo. La nueva ropa interior que llevaré conmigo al MIT, en el que podría llegar a tener una relación normal. Nada que me recuerde alguien más.

Después de hacer las compras una vez al mes por los últimos cuatro meses, nunca me he topado con alguien que conozca. Así que hoy, cuando escucho una voz conocida mientras estoy sosteniendo un par de bragas blancas de encaje, tratando de ver si son demasiado cursi, casi hace que salte de mi piel.

—Mercy —dice ella. Es Faye que lleva un gafete con su nombre, las letras en sinuosas cursivas más como Fate. Está entrecerrando los ojos y ni siquiera soy consciente que estaba agarrando las bragas contra mi pecho hasta que me las arrebató de las manos.

—No te ofendas, pero esta realmente no eres tú —dice—. A menos que estés haciendo la compra para Angela. —Se inclina y baja la voz con complicidad—. Llamo a estas bragas de primera comunión —dice—. Son iguales a esos vestidos con lacitos que las chicas tienen que usar.

Dejo que devuelva las bragas.

—¿Qué haces aquí? —dice—. ¿Haciendo las compras para una cita ardiente?

Niego despacio.

—No, solo estoy buscando algunos pijamas nuevos. —Excepto que pijamas son lo único que esta tienda no vende.

Faye levanta una ceja.

—Buen Dios, eres una pésima mentirosa —dice—. Así que tienes una cita ardiente, no tienes que decirme con quién, solo deja que te ayude a encontrar algo más. Estoy pensando en algo verde, verde esmeralda. Algo que haga juego con esos grandes y hermosos ojos tuyos.

Miro al suelo. Nadie me había dicho que tenía grandes y hermosos ojos antes. Siento una oleada de afecto por Faye, afecto mezclado con frustración. ¿Usa ese tono de voz con todos? Porque por la manera como lo dijo no suena como un simple cumplido.

—¿Cómo estuvo tu cita? —Me escucho decir las palabras antes de que puede detenerlas.

Me sonrío. Bueno casi sonrío.

—No lo sé. Es simplemente difícil encontrar a alguien interesante en estos días. Todo mundo es la versión de alguien más.

Se inclina para abrir un cajón lleno de sujetadores. Su camisa se sube, exponiendo el arco de su espalda baja y el tatuaje está ahí, el único que noté después del partido de fútbol. Parece un insecto con alas, tal vez una mariposa...

—Libélula —dice sin apartar la mirada del cajón—. Tan común, ¿cierto? Una libélula en la espalda baja de una mujer. Pero realmente quería revelarme contra mi mamá y estaba en ese tiempo saliendo con un artista de tatuajes.

Asiento. Sé exactamente lo que quiere decir. Esto suena como el tipo de cosas que habría hecho hace años, si pensara que hacerme un tatuaje tendría algún impacto sobre Kim. Pero sabía que no lo tenía. Kim tiene uno grande en su hombro izquierdo y un corazón con el nombre de un sujeto en su cadera. Desearía no saber eso.

Faye rebusca varios negligé, moviendo los ganchos a un ritmo muy rápido.

—Nope, ni este otro, definitivamente no esté —no deja de hablar, sin darme tiempo a verlos siquiera. Se detiene en uno negro, luego continúa rebuscando—. Demasiado común —dice.

Una ola de afecto contra el frío.

Recuerdo el negligé perdido de mi closet, el de encaje negro, y me pregunto si Faye será el ladrón después de todo. Pero trabaja en una tienda donde probablemente le den el cincuenta por ciento de descuento y no estoy dispuesta admitir que lo noté entre tantas cosas que hay en mi armario.

—Este —dice en voz alta. Uno de tirantes que parece negro al principio, hasta que lo sostiene frente a la luz y me doy cuenta de que es verde oscuro—. Este eres tú.

Quiero decirle, *No me conoces lo suficientemente bien para saber si ese soy yo. No me conoces lo suficientemente para recomendarme algo para que me ponga en mi dormitorio. No me conoces lo suficiente para formarte una opinión.*

Pero no digo eso. No digo nada y la sigo al vestidor en silencio.

Ella eligió la talla correcta, le doy esa. Ahueca mis pechos, roza mis caderas sin ser demasiado ajustado. No me gusta la ropa interior demasiado apretada. Debido a que en unos jean crean llantas⁴.

Estoy a punto de quitármelo cuando oigo los pasos de Faye en el vestidor. Ella solo hace a un lado la cortina y se queda ahí mirándome.

—Podrías tocar primero —digo, cruzando los brazos sobre mi pecho.

—Es un poco difícil tocar en una cortina —dice—. Tenía razón. Sin embargo. Ese luce fabuloso en ti. Para quien lo compres será un chico con suerte.

—No lo voy a comprar para alguna persona —digo.

—Por supuesto que no lo harías. Nadie compra ropa interior que espera que alguien mire. Pero, ¿quién es? ¿El chico de química? Sabía que te estaba mirando demasiado.

⁴ Término que se utiliza cuando se te notan los rodetes de gordura o se te sale la carne.

Maldito Zach y sus ojos de cachorro. Pero ella tiene un punto, por lo que le salgo con una mentira.

—Es un chico universitario —digo—. Hemos salido un par de veces. Pensé que debería estar preparada por si acaso, sabes. —Me miro los pies.

—He tenido mi par de esos —dice, haciendo girar un mechón de cabello distraídamente alrededor de su dedo—. La mayoría de las veces no son la ilusión del súper genial chico universitario que tienes en tu cabeza. Solo para advertirte. Y puede que pienses que saben lo que están haciendo, pero son incluso peores que los chicos de la escuela. Sobre todo si duermen con chicas de escuela que no conocían nada mejor, por lo que se mantienen haciéndolo todo mal. Excepto el tiempo que pasan en la universidad, piensan que es lo correcto y es difícil hacer que cambien.

Asiento, esperando que no sea demasiado énfasis. Ella tiene razón y acaba de reafirmar porque hago lo que hago. Lo que hice. Tienen que aprender las cosas bien la primera vez, porque los hombres son imposibles de cambiar.

—Alguien debería decirles simplemente lo que tienen que hacer desde el inicio, ¿huh? —dice—. Es necesario que haya algún tipo de manual. Preferiblemente, uno interactivo —dice riendo.

Le doy una sonrisa con los labios apretados y empiezo a cerrar la cortina, pero pone su mano sobre la cortina para detenerme. Durante un minuto, no estoy segura de lo que va a hacer, si seguirá aquí conmigo. Nos quedamos calladas. Pero solo me sonríe, una sonrisa diferente a la que usa en público. Y así nada más, se va.

Me voy sin comprar el negligé a pesar que me gustó mucho. Pero no lo hago por Faye. Por alguna razón, no quiero que piense que voy a comprar ropa interior con alguien especial en mente. No quiero llevarlo a casa conmigo porque voy a pensar en Faye cuando lo mire.

—¿Qué vas hacer más tarde? —dice cuando iba a decir adiós—. Podríamos ver una película o algo así. O solo renegar de los chicos. Terminó de trabajar a las cinco —dice casualmente, pero la invitación no suena como un capricho.

Asiento mecánicamente, me pregunto por qué me siento tan extraña. Supongo que Angela es la única persona con la que tengo una base regular. Faye es muy diferente de Angela y me siento diferente alrededor de ella.

—Genial. Te mando un texto con mi dirección. ¿Nos vemos a las siete? —Me da un guiño y desaparece en el vestidor.

De regreso en casa. Paso una hora planchando mi cabello y eligiendo un conjunto que sea casual y lindo. No sé por qué estoy nerviosa por una tarde que implica mantener mi ropa, pero definitivamente estoy en el límite. Estoy tan acostumbrada a planear para los chicos, vestirme y desvestirme, tratar de transformarme en su chica de ensueño. Estoy

tan acostumbrada a hacer eso que realmente no sé cuándo termina esa chica y comienza mi verdadero yo. Supongo que todo se reduce a la confianza. Tengo confianza en esa chica, la que sale de mi vestidor cuando he terminado de alistarme. Pero en casa de Faye, no seré esa chica. Seré solo yo.

Quien quiera que sea.

16

A cabo llegando a casa de Faye diez minutos tarde porque está totalmente escondida de la vista y empequeñecida por casas más grandes a ambos lados. Quizá lo más sorprendente es que es pequeña, no como la mayoría de las casas en Rancho Palos Verdes. Es simple y modesta y no se adapta a Faye en absoluto.

Cuando estaciono en la entrada, respiro profundamente. Mi corazón palpita con fuerza y me quito de encima la sensación de nervios... nervios por entrar en la casa de Faye, porque eso significa algo. No es por la escuela o las tutorías de química o algún sentido de obligación. Faye me quiere aquí.

Cuando subo los escalones de la entrada y toco el timbre, oigo una risa que proviene del interior. La risa de Faye, esa de ladridos de foca. Y también otra risa que suena familiar.

No lo entiendo hasta que Zach abre la puerta.

—Mercy —dice, dando un paso adelante como si quisiera abrazarme pero deteniéndose en el último momento—. Lo hiciste.

—Bienvenida a mi humilde morada —dice Faye, apareciendo en el pasillo vistiendo un delantal con volantes rosas sobre sus vaqueros—. Perdón si fue difícil de encontrar. Ahora ves por qué tengo que tener un trabajo a tiempo parcial.

Zach ríe.

—Te entiendo. Es por eso que soy el chico haciendo tus sándwiches en el Submarine King.

Lo miro, pero sus ojos están fijos en el suelo.

—¿Haces sándwiches en el Submarine King? —pregunto.

Un rubor aparece en sus mejillas.

—Sí... deberías ver lo bueno que soy con los sándwiches —dice, metiendo las manos en sus bolsillos.

Faye ríe de nuevo.

—Es tan raro —dice—. Zach y yo trabajamos en el mismo centro comercial y no tenía ni idea hasta hoy. Fui a la zona de restaurantes después de que te fuiste y ahí estaba, vistiendo el más lindo atuendo. Este sombrero amarillo brillante...

El rostro de Zach se enrojece.



—Vamos, no es tan malo —murmura.

—No lo sabía —digo tontamente. Zach no se encuentra con mis ojos y no sé qué más decir. Sé que probablemente está pensando: *no preguntaste*.

—Bueno, déjame darte el gran recorrido —interviene Faye—. No hay mucho de eso. —Retrocede arrastrando los pies por el vestíbulo y me hace señas para que la siga—. El baño está en el segundo piso y esa es la puerta del garaje. El cual en realidad no se usa para estacionar ya que Lydia acumula todo tipo de mierda dentro. Nunca se deshace de nada. Piensa que todo tendrá valor algún día, aun cuando es basura.

—¿Quién es Lydia? —digo, quitándome los zapatos y siguiéndola.

—Oh. Mi mamá —dice Faye—. Solo que la llamo Lydia. Siempre ha parecido más una hermana para mí. Me tuvo cuando tenía catorce.

Mi corazón empieza a latir con fuerza y la distancia hasta la cocina se siente como caminar a través del agua, donde la respiración es imposible de encontrar y cada inhalación se siente demasiado dura de tomar. Afortunadamente, Faye se aleja y no nota mi silencio o el hecho de que me siento como si todo el color hubiese sido drenado de mí.

—Soy una gran cocinera —dice Faye—. Pero soy muy vaga. Creo que heredaré algunos de los hábitos de Lydia, después de todo.

No miente. La encimera de la cocina está atestada con cajas de cereales y papeles extraviados y ollas y cacerolas sucias que no caben en el fregadero. Kim se pondría histérica si estuviera en esta cocina por siquiera cinco minutos... una cocina que en realidad se ve acogedora. Aunque Faye y su madre no se mudaron aquí hasta hace una semana y puedo decir que mucho de la casa todavía no ha sido desempacado, aun así se las arreglaron para poner fotos en el refrigerador. Kim ama demasiado su acero inoxidable para permitirme arruinar el refrigerador con fotografías e imanes.

—¿Esta es Lydia? —digo, tocando una foto de Faye con su brazo colgando alrededor de los hombros de una mujer rubia, una mujer que es la copia a carbón de Faye.

—Sí, es linda, ¿cierto? Siempre he querido lucir justo como ella. —Faye llena una cacerola con agua y la pone en el fogón.

—Sí te pareces —digo.

Hay un silencio incómodo, en donde me doy cuenta de que Faye sabe que creo que es linda. No sé por qué me siento extraña por eso.

—Quiero parecerme a ella, pero no quiero que mi vida sea como la suya —dice Faye—. Nunca conocí a mi papá. Era un perdedor que la abandonó cuando se quedó embarazada de mí. Y la única experiencia de trabajo que tiene es de camarera. Ahí es donde está ella ahora. Si no fuera por el dinero que mi abuela nos dejó, definitivamente no viviríamos aquí. Este fue nuestro nuevo comienzo.

Faye habla tranquilamente, lo que nunca la he oído hacer. Siempre tiene lo que Angela llamaría una “voz ruidosa.” Pero puedo decir, por la manera en que está hablando ahora, que su voz es baja cuando se refiere a alguien que ama. Es obvio que ama y respeta a Lydia.

Faye quita una pila de periódicos de una silla y me hace un gesto para que me siente, luego pone un vaso de agua frente a mí. No puedo evitar notar que ya hay un espacio vacío para Zach... ¿cuánto tiempo ha estado aquí, de todos modos? ¿Cuánto ha visto de la casa de Faye? ¿Ha estado en su dormitorio? Su gran recorrido no se extendió al segundo piso y no sé si debería estar aliviada u ofendida.

Y no sé por qué debería sentir alguna de las dos.

Tomo un largo trago de agua y observo a Faye moverse fluidamente alrededor del desastre en su cocina, como si supiera de memoria dónde está cada montón de cajas.

—Cocino la mayoría del tiempo —dice, usando un abridor para abrir una lata de salsa de tomate—. Me gusta pensar que soy un genio para cocinar con un presupuesto.

—Debí haberme ofrecido para traer algo —digo—. Como una ensalada. O un postre. Zach reprime la risa.

—Tú no cocinas —dice.

Le disparo una mirada fulminante.

—¿Cómo lo sabes? —espeto.

Faye nos mira y eleva una ceja... y sabiamente cambia el tema.

—¿Qué hay sobre ti? ¿Cómo es tu mamá? ¿Tu papá está presente?

Miro mi vaso, esperando que lo correcto por decir se localice en algún lugar en el fondo. No esperaba que Faye volteara el asunto hacia mí. Normalmente soy buena evadiendo preguntas como estas, incluso con Angela, quien me deja ir con una vago “Kim está siendo Kim” por respuesta. Pero tengo el presentimiento de que esto no funcionará con Faye.

—Mi papá no está presente —digo firmemente. Puedo decir esto sin furia, lágrimas o cualquier emoción. Mi padre dejó de ser una persona y se volvió más un recuerdo la última vez que escuché de él, cuando me envió una carta de “Felices Dieciséis” en mi cumpleaños número catorce. Pero Kim es una historia diferente. Está físicamente presente, pero emocionalmente ausente, lo cual es mucho peor.

—Parece que los tres tenemos algo en común —dice Zach lentamente—. Madres solteras. Padres vagos.

No lo miro, pero puedo decir que me observa. Me pregunto qué está pensando... que por mucho tiempo que hayamos pasado en mi habitación, somos poco más que unos extraños. Me pregunto si está enojado de que pueda hablar con Faye, pero no con él.



—Y tu mamá —continúa Faye, revolviendo la salsa dentro de la olla ahora hirviendo y apoyándose contra el horno, ladeando su cadera hacia nosotros—. ¿Cómo es ella?

Faye definitivamente no me va a liberar fácilmente. Junto mis manos y pienso en la manera más sencilla de resumir a mi madre.

—No lo sé —empiezo lentamente, mirando a mis manos—. No está por aquí lo bastante como para dejarme entenderla.

No me permito mirar hacia arriba. No quiero ver lástima en el rostro de Faye o curiosidad en el de Zach. No pueden pensar que soy débil. Durante un largo momento, nadie habla y estoy asustada de que haya dicho demasiado.

—Los padres en verdad apestan a veces —comenta finalmente Faye. Dejo mis ojos parpadear hacia ella cuando escucho el tono de su voz. No hay lástima en sus ojos, ni curiosidad, ni malicia. Solo una observación muy astuta.

—Ahí está la verdad —dice Zach.

—En serio. Quiero decir, Lydia y yo somos muy cercanas y mierda, pero tomó las peores decisiones en la vida. Ha pasado por tantos novios idiotas que perdí la cuenta y sigue diciéndome que nunca se degradará así de nuevo. Pero lo sigue haciendo. —Faye niega.

—Sé lo que quieres decir. Si Kim consigue otro “procedimiento cosmético,” creo que podría intentar asistir a nuestra escuela. Ya está saliendo con tipos lo suficientemente jóvenes.

No planeé decir eso, pero las palabras salen envueltas en sarcasmo, mi mecanismo de defensa favorito. Zach se ríe entre dientes, pero Faye echa su cabeza hacia atrás y lo hace a carcajadas, ese sonido de ladrido de foca que pensé que se volvería molesto el primer día que la conocí. Me equivoqué.

—Vigila la pasta —grito, levantándome de un salto de mi silla—. Tu cabello está peligrosamente cerca de la hornilla.

Faye agarra un puñado de su cabello y estalla en otro ataque de carcajadas.

—Dios, ¿no habría apestado? La única cosa peor que cabello en tu comida es cabello quemado en tu comida.

Cuando nos sentamos a comer, hay un silencio incómodo, interrumpido por el sonido de tenedores golpeando los platos. Necesito llenar el silencio, como si fuera mi culpa que sea incómodo en primer lugar.

Consigo el coraje para hacer la pregunta que ha estado molestando en mi cabeza.

—Así que, debe haber sido duro cambiarse de escuela el semestre pasado —digo, empujando la pasta alrededor de mi plato.



Faye traga y limpia la esquina de su boca con una servilleta.

—No realmente —dice—. Las escuelas son escuelas. No hay mucha diferencia a donde sea que vayas. Milton High es solo un patio de recreo más grande.

—Pero, ¿por qué ahora? —Mi voz sale más brusca de lo que tenía intención. Los hombros de Faye se tensan y me doy cuenta de que sujeta su tenedor con fuerza.

—Habíamos terminado con Nevada. Lydia consiguió un mejor trabajo aquí, en un restaurante de verdad. No un antro cutre donde tiene que ser manoseada por viejos pervertidos todas las noches. —Hace girar la pasta tensamente alrededor de su tenedor y mira a su plato, gesto que tomo como el final de la discusión.

Faye se acaba su cena y Zach ha tenido segundos platos en la mitad del tiempo que me toma comer el cuarto del mío. Ella llenó nuestros platos con porciones de montones de pasta y salsa de tomate, porciones que harían a Kim meter el dedo en su garganta antes de incluso haber empezado. Aprendí a una edad temprana que los carbohidratos eran el diablo. *Los espaguetis harán que tu trasero se agrande como un balón*, me dijo Kim la última vez que salimos a comer juntas. Nunca puedo comer nada a su alrededor sin sentir como si me estuviera vigilando.

Faye nota mi falta de apetito.

—¿No te gusta? —dice. Una arruga aparece entre sus cejas. Lucho contra la urgencia de tocarla con mis dedos y decirle que amo la pasta, pero odio comer delante de otra gente. Otra forma más en la que mi mamá me arruinó.

—Me encanta —digo tranquilamente. Y para probarlo, hago algo que no he hecho por tanto tiempo como puedo recordar. Termino todo el plato. No quiero estar bajo el pulgar de Kim cuando no se encuentra ahí para criticarme. Puedo imaginarla agitando su dedo hacia mí, amonestándome por no seguir la regla de “un tercio” que me instruyó cuando llegué a la pubertad, donde sería elogiada por comer solo un tercio de lo que estaba en mi plato y dejar el resto. Pero, esta noche, no me importa.

Cuando intento ayudar a Faye a lavar los platos, me aleja con un gesto.

—Es lo menos que puedo hacer —dice, metiendo platos en el fregadero y pasándolos bajo el agua—. Tu tutoría probablemente me salvó de fallar en química.

Siento los ojos de Zach quemándome. Espero que haga su broma usual sobre ser una causa perdida, pero no lo hace. Cuando le echo un vistazo, está mirando a su mantel individual y no se ve enojado o deprimido, solo triste. Eso es mucho peor.

Después de cenar, Faye pregunta qué película queremos ver. Resulta que comparte mi odio por las películas de chicas y las comedias románticas. Cosa rara, es Zach quien preferiría ver alguna historia ñoña de amor que una película de acción. Otra cosa más que no sabía sobre él... otra cosa que no seré capaz de olvidar, eso hará mucho más difícil mantener nuestras citas de almuerzo de los miércoles en su pequeña caja sellada.



—Te superamos numéricamente —dice Faye, cayendo entre nosotros en el sofá y pulsando el botón de reproducir—. Dos contra uno. Por no mencionar, eres un gran cobarde.

Zach estira sus piernas y pone sus pies sobre la mesa de café, como si esta fuese su casa. Un pensamiento atraviesa mi mente. *Ha estado aquí antes*. La idea hace que mi estómago se sienta agitado.

—Me gustan los finales felices —dice—. No puedo evitar que me guste cuando terminan juntos.

Ahora no sé si está hablando de la película, o nosotros, o él con Faye. Pero Faye echa su cabeza hacia atrás hasta que casi está en mi regazo y se ríe.

—Tienes un montón que aprender—dice. Se apoya en mí, hasta que nuestros rostros están separadas por solo centímetros—. La mayoría del tiempo la vida no tiene finales felices, ¿no es así? —susurra con complicidad.

Asiento. Mi garganta está seca y, por alguna razón, sigo pensando en que si me inclinara dos centímetros podría besarla, averiguar de una vez por todas con quién coquetea realmente... conmigo o con Zach. Quizá se me pasa todo esto por la cabeza porque no tengo ningún amigo aparte de Angela, a quien realmente no le gusta que la gente la toque, así que no conozco cómo actúan normalmente las amigas. Tal vez debería besarla, justo en frente de Zach. En dos centímetros podría poner mis labios sobre los suyos. Dos centímetros me podrían dar la respuesta.

Pero entonces se aparta y golpea su frente.

—Mierda, olvidé las palomitas —dice, y brinca fuera del sofá, dejándonos a mí y Zach y un sofá acolchado que bien podría ser un témpano de hielo entre nosotros.

No se debería sentir así.

—Simplemente sucedió —digo—. Las tutorías. Se invitó cuando estaba ayudando a Angela.

Se encoge de hombros y mira a la televisión, donde están dando los créditos de entrada.

—Sí —dice—. Supongo que no está encasillada en un día de la semana.

Suelto el aliento. Tiene razón. Me gusta el modo en que Zach está en mi cabeza... simplificada y predecible, mi amigo de los miércoles. Encaja perfectamente ahí. O, al menos, solía hacerlo. Pero todos esos pedazos de información lo que hacen es añadir aspectos que me obligan a readaptarme para hacer espacio. De repente, Zach ocupa más espacio y no tengo más para dar.

El aroma de palomitas de microondas emana desde la cocina. Mi estómago se agita. No hay posibilidades de que me pueda sentar aquí a ver esta película, en el mismo sofá con Zach y Faye. Puede que comparta la habitación físicamente, pero no mentalmente.

Es por esto que no hago amigos.

—Acabo de recordar que tengo una asignación gigantesca de inglés que necesito terminar —digo, poniéndome de pie—. Para mañana.

Zach sabe que estoy mintiendo. Sabe que nunca pospongo mis tareas. Pero no dice nada, lo cual pensé que era lo que quería. Una salida rápida. Una salida sin dolor. Pero solo me siento vacía mientras me da una sonrisa de labios cerrados y un extraño gesto de despedida.

Faye está decepcionada. Ha vertido lo que parece todo el contenido de un salero con forma de gato dentro de un gran bol de palomitas y pone esa expresión otra vez, en la que la arruga aparece entre sus cejas.

—Desearía que te pudieras quedar —dice mientras me encamina al vestíbulo.

—También yo —digo, y parte de mí lo quiere decir.

Espero que se detenga en el vestíbulo cuando me pongo mis zapatos y abro la puerta principal, pero, en vez de eso, me sigue a mi Jeep, caminando lentamente por la calzada con sus pies desnudos.

—Deberíamos hacer esto alguna otra vez —dice, meciéndose sobre sus talones.

—Sí —conuerdo, y parte de mí quiere decirlo, también—. Gracias por la cena. Fue perfecta.

Y luego Faye hace algo inesperado. Se estira para darme un abrazo y me encuentro oliendo su cabello, del mismo modo en que Zach olía el mío. No esperaba que oliera del modo en que lo hace, terroso y vagamente floral. Cuando me alejo, roza sus labios contra mi mejilla y sonrío.

Le devuelvo la sonrisa, preguntándome qué significa ese roce de sus labios contra mi mejilla, si es que lo hace. Pensé que era buena leyendo a la gente, incluso estereotipando apropiadamente. Pero Faye es casi imposible de descifrar. No puedo decidir si me gusta eso de ella.

Hago un gesto de despedida mientras salgo de su entrada, mi corazón haciendo un ruido sordo en mi pecho. Conduzco a casa lentamente por una vez, tratando de entender el revoltijo de pensamientos en mi cabeza para formar algún tipo de orden lineal. No estoy segura de si estoy feliz o triste o desesperanzada o decepcionada o todas las anteriores.

Tal vez debería haberme quedado para la película. Me hubiese quedado si Zach no hubiese estado allí. Mi estómago se revuelve cuando pienso sobre lo que están haciendo en este momento. Casi detengo el Jeep más de una vez y doy la vuelta y regreso.

Pero no puedo controlarlo todo. No puedo controlar lo que sea que está pasando con Faye en este momento. Quizá está montando a horcajadas a Zach ahora mismo y tal vez las manos de él están sobre su perfecto culo cubierto por los vaqueros. Tal vez sus dedos están en su cabello y pasa su lengua por sus dientes perfectos.

No sé de qué estoy celosa... del pensamiento de que ella tenga ese efecto sobre Zach, el poder que pensé que solo yo poseía, o la idea de que ella lo prefiera en vez de a mí.

Cuando finalmente estoy en casa, en mi cuarto, saco mi diario. Necesito deshacerme del lío en mi cabeza, tenerlo sobre el papel. Cuando esté en papel, me sentiré mejor, justo como lo hago después de los vírgenes. Cuando se encuentra en mi diario, puedo seguir adelante.

Esta noche fue rara. Tal vez estoy interpretando demasiado sobre esto. Muy bien puede ser lo que los adolescentes normales hacen todos los días. Pero algo fue extraño. Me sentí deseada.

Miro a mi propia escritura y titubeo. Casi no quiero continuar, pero tengo que hacerlo. Al menos quiero recordar sentirme de esta manera.

No sé qué pensar sobre Faye. Simplemente hay algo sobre ella. No es como nadie que haya conocido. Y cuando estoy con ella, siento que no me conozco en absoluto.

O tal vez me conozco mejor que nunca.

17

Faye no menciona la cena cuando la veo durante química el lunes, pero la forma en que pone su mano en mi brazo e inclina su rostro tan cerca del mío que nuestras gafas protectoras se tocan me hace híper consiente de todo lo que ella hace. Angela no menciona su crisis de “mediana edad”, y Jeremy Roth ni siquiera me mira cuando cruzamos caminos en el estacionamiento. Kim no menciona el yoga, el té desintoxicante o los eventos de caridad cuando me encuentro con ella después de la escuela. Zach no trae a colación la tutoría o los batidos. Así que estoy básicamente de vuelta en los negocios como es usual.

Afortunadamente, tengo una amplia distracción, y no del tipo de chicos con inexperiencia sexual. Tan rara como me siento en el Desafortunado Trece, tal vez es para mejor. No soy supersticiosa, pero estoy eligiendo tomar el número como una señal. Es tiempo de que en verdad deje de hacerlo y me enfoque en otras cosas en su lugar. Como en este baile al que Angela me está haciendo ir.

—¿Por qué el repentino interés en los bailes de la escuela? —pregunto cuando limpiamos los vasos de laboratorio después de clases el miércoles—. Pensé que odiabas todas esas cosas organizadas. —Eso es verdad. Angela siempre demostró una indiferencia bordeando el desdén por los partidos de fútbol, fiestas, y los comités anuales, lo que hace que su asistencia al partido de fútbol de Charlie y el interés en este baile esté fuera de lugar.

—Charlie quiere ir a este. Dice que el DJ es realmente bueno.

—Bien —digo—. Pero, ¿por qué tengo que hacer de tercera rueda contigo?

—No serás la tercera rueda. Debes encontrar una cita, también.

—Perdón si no estoy saltando ante la oferta. —Me estiro y alcanzo mi mochila. Zach, mi “amigo de los miércoles” está llegando por una cita de almuerzo. Al menos, eso es lo que se supone. No le he hablado desde el extraño momento en la casa de Faye, y no estoy segura de qué decir. *¿Creo que nos podría gustar la misma chica, y podría estar celosa de que ella te guste más que yo?* No hay forma de que pueda sacar el tema sin sonar completamente demente.

—Vamos, Mercy. Debe haber toneladas de chicos que morirían por estar contigo.

Escaneo el aula de clases casi vacía, viendo a la gente saliendo. Zach sigue en su escritorio mascando la punta de su lápiz pensativamente. Podría tomar una cita. Ya no

necesito más estar disponible, como lo hice cuando empecé a ser solicitada por los vírgenes. No tengo ninguna razón para no encontrar a alguien para preguntarle. Zach podría ser la opción más obvia, pero no puedo ir con él. No después de que le dejé tan claro que no quería ser su novia. Me pregunto si Faye llevará una cita. Ella tendría que elegir de entre casi todo el mundo.

Hablando del diablo. Faye entra de nuevo en la habitación como un huracán y hace una línea recta hacia nuestro escritorio compartido.

—Olvidé mi bolso, otra vez. Gracias a Dios nadie lo robó —dice—. Creo que tengo pérdida de memoria a corto plazo. O tal vez es tu influencia en mí. —Me guiña un ojo y lanza un beso antes de correr fuera de la puerta.

Angela se encoge visiblemente. Odia cuando la gente dice cosa como “Gracias a Dios”, o el especialmente irritante “¡Jesucristo!” Esta vez, estoy agradecida de que note a Faye tomando el nombre del Señor en vano, porque no notó el guiño o el beso al aire o la sonrisa que Faye dejó en su estela, una que no dejará mis labios.

Zach sale de la habitación sin mirarme. Hace que el no mimarme sea mucho más obvio que las miradas que seguía echando sobre su hombro la semana pasada, tanto así, que deseé no haberle dicho nada sobre eso.

Mi teléfono suena. Espero que el mensaje sea de Zach, pero no lo es. Es de Charlie.

Necesito tu ayuda con algo. ¿Nos podemos encontrar hoy?

Mentalmente organizo mi itinerario por el resto del día. Segundo periodo Francés, tercer periodo almuerzo, también conocido como un rapidito con Zach. Le escribo un mensaje de vuelta.

Te puedo ver después de la escuela. En la cancha, ¿bien?

Responde casi instantáneamente.

¿Puedo ser en tu casa?

Seguro.

Me detengo antes de pulsar enviar. Me pregunto qué es tan importante que Charlie tiene que encontrarse conmigo a solas y si esto tiene algo que ver con su nuevo trabajo de medio tiempo como nuestro jardineo, o sobre el comportamiento de Angela en la semana. Lo que sea que esto sea, supongo que lo voy a descubrir pronto.

En el almuerzo, Zach deja claro que no está interesado en estudiar para el examen de química de la próxima semana. Cuando no intenta desvestirme al segundo en que entramos por la puerta, me entretengo con el horrible pensamiento de que ya no está interesado en mí tampoco. En su lugar se deja caer delante de la televisión, en el sofá de cuero que Kim ama tanto como para ni siquiera dejarme sentar en él.

—Limitémonos a pasar el rato —dice, empujándome a su lado—. Relajémonos. Ha sido una mañana frenética. Además, hay algo sobre lo que te quiero hablar. —Frota sus manos juntas.

Me zafo de él, muy consciente del malestar rondando mi estómago. Va a decir algo sobre la noche de películas en la casa de Faye. O quizá incluso me dejará entrar en algún otro hecho de su vida sobre el que no sé nada. Repentinamente no quiero que diga nada. No quiero que esto sea más complicado. Así que doy lo mejor de mí para limpiar su mente, también.

—Tengo una idea mejor —digo, montándome a horcajadas en su regazo y subiendo mi falda. Afortunadamente, funciona. Él sujeta mis caderas y uno mi boca con la suya, y nuestros cuerpos se frotan contra el precioso sofá de Kim antes de que me tome y me lleve al segundo piso. Es el más dulce de los silencios, del tipo donde nuestras respiraciones están en sincronía y me puedo olvidar de todo y *estar en el momento*, de la manera en que el instructor de yoga de Kim nos dijo que debía ser. Podemos volver a como estábamos.

Pero cuando se acaba, el hechizo está roto. Ni siquiera espera hasta que nos vistamos otra vez antes de pedirme ir al baile.

—No lo creo, Zach —digo, volteando mi cara lejos de la de él.

—No puedo ver por qué no irías conmigo —dice, dejándose caer pesadamente sobre mí en derrota—. Tenemos sexo todo el tiempo, pero no te dejas ver conmigo en público. Ni siquiera querías sentarte en el mismo lado de la mesa cuando fuimos por los batidos. Y te sentaste a diez pasos lejos de mí en la casa de Faye.

Levanto una ceja.

—Eso no es verdad —digo. Y no lo es. Me senté al otro lado de la mesa porque no sabía dónde se suponía que tenía que sentarme. Pero no le digo eso, porque luego tendré que admitirle que ir por los batidos con él fue la cosa más cercana que he tenido a una cita de verdad. Y no le puedo contar por qué me sentí tan incómoda donde Faye, tampoco. Porque luego tendría que admitir que podría estar certificadamente loca.

—Ni siquiera quiero ir al estúpido baile —digo—. Pero si lo hago, voy a ir sola.

—Soy un buen bailarín —dice, deslizando sus brazos por mi cintura y pasando sus labios sobre mi hombro—. Eso podría ser bueno en los juegos previos.

Beso su mejilla y me escurro para salir de debajo de él.

—No soy tu novia, Zach.

Frunce el ceño. Odio cuando hace esa cara.

—Bien. Tal vez le pregunte a otra chica.



—Deberías —digo, encontrando sus pantalones en la silla de mi escritorio y lanzándoselos.

—Lo digo en serio —dice, tirando de mi codo—. No puedo esperarte por siempre.

Miro al piso, porque tengo miedo de que si lo miro, veré exactamente cuánto quiere decirlo. Zach es atractivo y dulce y divertido, y huele bien. La mayoría de las chicas serían felices de estar con él. No soy así. Soy feliz *cuando* estoy con él, pero no quiero *estar* con él. Sería tan fácil de esa manera, tan simple. Tener un novio sería una buena manera de dejar a los vírgenes detrás. Monogamia, el último giro de la moda. Pero no puedo hacerle eso a Zach. Sé que únicamente terminaré hiriéndolo. Lo estropearía y se daría cuenta que no soy quien piensa que soy y desaparecería.

Pero tampoco quiero que esté con alguien más, tan egoísta como eso es.

—Sabes, cada miércoles rompes mi corazón —dice. Cuando elevo la mirada, está sonriendo otra vez, pero no es su sonrisa acostumbrada. Esta es más reservada, con las esquinas de su boca ligeramente apretadas. Paso por alto que no es su sonrisa usual, porque no quiero que sepa cuan desalentadora es para mí esta nueva sonrisa.

Y no quiero que sepa que puedo saber la diferencia.

—Lo siento —digo. Las sílabas suenan ahogadas. Ni siquiera sé de qué me estoy disculpando, el baile o la cita de los batidos o por lo de la casa de Faye o por todo lo demás.

—Si tú lo dices —dice, abrochándose el cinturón—. ¿Qué te parece si vienes esta noche? Mi mamá está tomando algún curso. Pensé que sería divertido para ti ver mi casa para variar.

Trato de no frustrarme externamente. Nunca voy a la casa de un chico. Nunca. Ni siquiera a la de Luke, cuatro años atrás. Y no planeo empezar ahora, ni siquiera con Zach. Zach puede lucir como el polo opuesto de Luke, pero aprendí de Luke que puedes pensar que conoces a un tipo, solo para descubrir demasiado tarde que es alguien totalmente diferente. Que había estado vistiendo una máscara. No puedo arriesgarme a que Zach pueda estar usando una, también.

Además, tengo una buena razón. Charlie visitándome me da una excusa que por una vez no implica estar desnuda con un chico diferente.

—No puedo esta noche —digo—. Tengo que ayudar a un amigo con algo.

—Bien —dice con un suspiro sin fin—. Pero esta semana, en verdad podría necesitar algunas de tus locas habilidades de tutoría. Mis experimentos apestan. —Hace una pausa—. Eso es, si puedes ponerme en forma en una semana. No sé si haces excepciones para causas perdidas.

Toma un aliento profundo. Zach es insistente. Pero es bueno sentirse deseada, no querida por un virgen que no sabe ninguna otra forma mejor, sino ser deseada por alguien

que lo hace. Aunque soy emocionalmente reservada con él, Zach sigue conociéndome mejor que casi nadie más, y de algún modo aún quiere pasar el tiempo conmigo.

—Esta semana —digo, lanzándole su camiseta—. Ven el domingo. Después de la cena. Mi mamá me está obligando a hacer una clase de yoga con ella en la tarde. —Froto mis sienes, deseando que no fuese verdad, pero después de la clase del domingo, la que Kim apodó “un gran suceso”, estuve automáticamente acorralada para ir otra vez.

—Me gusta la idea de que estés poniendo tu cuerpo todo flexible para mí —dice, y repentinamente es el Zach normal de nuevo y me inunda el alivio—. Ahora no soy solo tu amigo de los miércoles. Incluso si no me quieres como novio.

Me alejo de él mientras me pongo mi propia camiseta, no por modestia sino porque estoy asustada de que Zach me conozca demasiado bien para ver mi rostro cuando menciona esa palabra. *Novio*. Tengo más historia con esa palabra de lo que todos saben, aun cuando el único chico que consideré como novio nunca vino y lo dijo. Así que supongo que tengo diecisiete, con cero novios pero exactamente quince chicos bajo mi cinturón, literalmente. Luke, Zach y los trece vírgenes. He dormido con casi exactamente tanta gente como mi edad.

Y no sé si eso es algo por lo que estar orgullosa u horrorizada, o tal vez ambas. Pero ya que no quiero pensar en eso ahora mismo, hago lo que hago mejor. Me giro, agarro a Zach y presiono mi boca contra la suya, y me pierdo a mí misma en los contornos familiares de su cuerpo.



18

No contaba con que Kim estuviera en casa cuando Charlie pasara, y definitivamente no esperaba encontrar a Charlie sentado en la mesa de la cocina con ella, bebiendo lo que debía ser su appestoso té desintoxicante y sonriendo ampliamente, como si él siempre tomara té después de la escuela con las mamás de las personas. Me quedo de pie y los observo antes de entrar en la cocina, antes de que sepan que estoy en casa. Kim cruza las piernas, se sube la falda hasta los muslos, y se inclina para darle a Charlie una vista de su escote. Asqueroso. Nunca pensé que vería a mi madre coquetear con el novio de mi mejor amiga, pero supongo que con Kim todo es posible.

—Oh, cariño, no te escuchamos entrar. Charlie me estaba contando como eres de perspicaz en el grupo de oración. ¡No sabía que la religión era tan importante para ti! —a Charlie, le lanza un guiño exagerado—. Yo soy muy espiritual.

Lucho contra el impulso de arrojar mi mochila a la cabeza de Kim

—Si por espiritual te refieres a que compraste unas perlas de energía y leíste *Eat, Pray and Love*, seguro que lo eres —dije.

Charlie levanta las cejas y se ríe. Kim parece como si la acabara de abofetear.

—Si no te importa, voy a tomar prestado a Charlie —digo, haciéndole gestos a Charlie para que me siga arriba.

—Espero que este no salga a hurtadillas en medio de la noche —dice Kim entre dientes antes de beber un poco de su té. Le muestro el dedo medio desde las escaleras, a pesar de que no levanta la mirada.

—¿Y qué fue todo eso? —dice Charlie una vez que estamos seguros en mi habitación.

Tenía la esperanza de que no la escuchara, pero por supuesto Kim consiguió hacerme quedar mal en menos de dos minutos. Cerré la puerta de mi habitación y, por si acaso, la cerré con pestillo. Se siente raro tener a Charlie aquí cuando hago eso, pero Kim escuchando a escondidas con la puerta abierta sería peor.

—Nada —digo rápidamente—. Kim está acostumbrada a que sus chicos se escabullan en la noche. Creo que espera que lo mismo me suceda a mí.



Charlie junta las manos, casi como lo hace en el grupo de oración, excepto que está usando una expresión muy diferente

—¿Y qué es exactamente lo que tu mamá piensa que estamos haciendo aquí?

Llevo mis ojos al suelo. Calor está subiendo por mi cuello, pero no quiero dar la impresión de que estoy nerviosa. Mirando la alfombra se supone que es una manera de centrarme, pero en cambio estoy obligada a ver el mismo lugar donde dormí con Juan Marco Antonio. A pesar de que Charlie nunca podría saber eso, aunque la habitación está impecable, todavía siento como si todos los chicos que han estado aquí dejaron algún tipo de evidencia, cierta presencia que Charlie puede sentir.

—Solo tareas —digo—. Ya sabes, lo de siempre.

Charlie se ríe y mira fijamente sus manos. Por un minuto, hay un silencio largo e incómodo, uno que probablemente se siente más largo de lo que realmente es. Es incómodo a causa del fin de semana, a causa de que ahora compartimos un secreto, después de años de Charlie siendo solo el novio de Angela para mí. Ahora él es más que eso. Me ha hecho, para bien o para mal, cómplice en cualquier plan que esté preparando.

—Nuestro aniversario se aproxima. Dos años juntos. Así que tiene que ser un muy buen regalo.

Me siento en la cama, esperando que Charlie tome la silla del escritorio frente a mí, pero en cambio planta su trasero sobre el colchón junto a mí. Cerca. Me tranquilizo y me giro para enfrentarlo. Noto un par de bragas de encaje en el suelo y las empujo debajo de la cama con el dedo del pie, con la esperanza de que Charlie no las viera.

—Por supuesto que puedo ayudar —digo. Pero un simple mensaje de texto hubiera sido suficiente. Y eso habría evitado la interacción de Charlie con Kim, y tenerlo viendo el interior de mi habitación, un lugar en el nunca imaginé a Charlie poniendo un pie.

—¿Algunas observaciones iniciales? —Se estira sobre mi cama, demasiado atrevido para alguien que nunca ha estado en mi habitación antes.

Pero no digo nada. En cambio, me pongo de pie con el pretexto de rebuscar en mi escritorio un bolígrafo y un bloc de notas. Tomo asiento en la silla del escritorio, con el bolígrafo listo, como si estuviera preparada para escribir alguna brillante idea.

—Dos años es mucho tiempo —digo—. Algo muy personal. Como, ¿tal vez algo con sus nombres grabados en él? Angela adora cosas como esas. —Pienso en el anillo de compromiso, lo que representa. Con qué frecuencia la veo girarlo últimamente.

En ese mismo momento, Charlie levanta su mano, gira el anillo de compromiso de plata en su dedo—. Quiero conseguir algo para sacarla de su caparazón. Ella es tan... inhibida, ¿sabes?

Recuerdo a la Angela avergonzada que evitó mirarme durante el fin de semana, la que no puede hablar de sexo. Esa Angela que odia hablar sobre algo personal, esa Angela que probablemente entabló amistad conmigo porque compartimos esto en común.

—¿Qué hay de entradas para algo como un parque de aventuras?

Él ríe. La risa de Charlie es lenta y deliberada, como si cada sílaba tuviera que ser justificada. Me di cuenta qué tan diferente es la risa de Faye, ese maldito ladrillo de foca que no tienes que justificar en absoluto.

—Esto es un poco incómodo, Mercy. Es por eso que quería hablar de eso aquí en privado. —Instintivamente llevo mis brazos en frente de mi pecho, asustada con lo que va a decir a continuación. Aunque la postura defensiva no hace nada, me hace sentir más segura de alguna manera. Siempre lo ha hecho. Pero Charlie no hace ningún movimiento hacia mí. Se queda mirando sus manos—. Quiero comprarle algo un poco más personal que eso, pero no tengo idea de que le gustaría. Es algo que puede que sepas mejor, siendo una chica y todo eso.

—¿Joyería? —pregunto, relajando mi postura levemente.

—Ropa interior —dice. Casi me río, hasta que levanta la mirada y me doy cuenta de que está completamente serio.

—Creo que ahora sé por qué no querías hablar de ello en la cancha —digo con una risa nerviosa.

—Lo digo en serio, Mercy. ¿Me ayudarás? Soy un chico. No tengo idea.

Asiento lentamente, esperando que mi rostro no transmita mi confusión. Angela estaba en conflicto el fin de semana pero dijo que Charlie no la estaba presionando para dormir con él. Hasta donde yo sé, todavía quiere esperar hasta el matrimonio. Si hay una cosa que sé, es que la ropa interior y el sexo son prácticamente idénticos. Y si un chico te compra lencería, es sin duda con la intención de que vas a dormir con él. Pero no quiero decirle nada de esto a Charlie, porque eso sería traicionar la confianza de Angela. Supongo que estoy manteniendo secretos a ambos lados de la valla.

—Genial. Sabía que podía contar contigo. —El rostro de Charlie cambia a una enorme sonrisa y se pone de pie, envolviéndome a mí y al respaldo de la silla en un incómodo abrazo. No creo que Charlie me haya abrazado antes, y me toma completamente por sorpresa. Ni siquiera abraza mucho a Angela en público. Cuando presiona su pecho contra el mío, sofocando mi rostro, me recuerdo que este es Charlie, el Charlie de Angela, quien solo me está pidiendo que compre ropa interior con él porque soy la mejor amiga de ella, no porque tenga una amplia experiencia en el tema.

Vamos a Victoria's Secret. No llevo a Charlie a lo que, hasta Faye, solía ser mi lugar secreto. Faye haría toda la situación más vergonzosa de lo que ya es, con sus insinuaciones

sexuales, su cabello perfecto, sus dientes y la manera en que me mira a veces, como si supiera sobre mí más de lo que deja entrever.

—¿Puedo ayudarles? —pregunta una alegre vendedora usando un sujetador de realce muy acolchado bajo una identificación que dice “Tiffani”.

Trato de no mirar su escote antes de empezar

—Estamos comprando para...

—Mi novia —dice Charlie, poniendo su brazo alrededor de mi cintura—. Queremos algo especial.

Cuando la vendedora se gira para guiarnos hacia los camiones, le doy a Charlie una expresión desconcertada. Él solo se encoge de hombros.

—Parece menos extraño para mí —susurra—. Además, puedes probarte cosas. Tú y Angie son casi del mismo tamaño.

Arrastro a Charlie alrededor de la tienda, sintiéndome completamente perdida en un entorno donde por lo general me siento como en casa. Supongo que él tiene razón. Angela y yo tenemos casi la misma complexión, y él quiere comprar algo que le quede así ella no tiene que sufrir la vergüenza de devolverlo. Pero esto solo parece extraño. Tal vez lo que más me confundió es que la llamara “Angie”, un apodo que me dijo una vez que odiaba. Para ese entonces ella me había llamado “Mercy” tanto tiempo que no podía decirle que también odiaba ese apodo. Ahora lo odio de personas que no sean Angela.

Charlie toma un ligero negro y levanta la ceja. Sacudo la cabeza.

—Ese es demasiado intimidante —digo—. Es complicado. —Cuando levanta la otra ceja, lo aclaro—. Es decir, se ven complicados. —Y en silencio prometo no decir nada más.

Por suerte para nosotros, “Tiffani” habla mucho, charlando animadamente mientras saca cosas de los exhibidores tan rápido que ni siquiera sé que me está enseñando. Gira la cabeza y me examina con los ojos entrecerrados—. Treinta y dos B, ¿cierto?

Asiento y miro el suelo, deseando que Charlie no supiera mi talla de sujetador. De alguna manera Tiffani hace la situación aún más humillante.

—No te preocupes, son el tamaño perfecto con el cual trabajar —dice—. Puedes hacerlas lucir enormes con el sujetador adecuado. ¡Y sabes que nunca se caerán! —Baja la mirada a su abultado pecho y se ríe—. Desearía que las mías fueran de ese tamaño —dice en un tono de voz que insinúa que de ninguna manera desearía que las suyas fueran de ese tamaño.

Me deja en el vestidor con unas veinte opciones diferentes. La mayoría son de buen gusto, menos un corsé negro muy corto que parece algo sacado de una película sadomasoquista. Por supuesto ese es el que Charlie quiere que me pruebe.

—Creo que a Angela le asustaría esto —digo, agitando la percha en círculos, queriendo que desaparezca.

—La idea es que piense un poco más allá —dice antes de cerrar la puerta. Me pasa por la cabeza que Charlie es la segunda persona con la que he comprado lencería sin querer en menos de una semana. Al menos la primera no fue por elección.

De toda la lencería que tengo, un corsé es algo nuevo, incluso para mí. El ponérmelo a la fuerza deja mi cabello un completo desorden. No como el cabello de recién levantada. Más como si hubiera pasado un huracán. Apenas puedo respirar y mis senos están amenazando con desbordarse por la parte superior. Y no de una manera atractiva.

—Definitivamente no es una buena elección —le digo a Charlie.

—¿Al menos puedo verlo? —responde.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Lo digo en serio. Me tiene que gustar. —Baja la voz—. Es mi primera vez, también.

Mi rostro, que tenía una expresión de sorpresa, se suaviza. Él puede ser un poco ortodoxo, pero tiene razón.

—Muy bien —digo—. Pero no te rías. —Abro la puerta. Y enseguida deseo no haberlo hecho.

Charlie esta de espaldas y se gira con las manos ocultando parcialmente sus ojos. Está espiando al principio, pero deja caer sus manos, y la mandíbula cuando me ve. Pero no asustado de la misma forma como los más inseguros primerizos, como Evan Brown. Chicos como Evan Brown no dejan caer sus mandíbulas porque quieren. Es una expresión que no debe hacerse, como eyacular en diez segundos.

Y así no es como Charlie me mira. La mandíbula de Charlie cae deliberadamente, como si hubiera tenido completo control sobre eso, y hubiera decidido dejarlo caer. Y no dice nada, solo me mira hasta que siento que mi rostro se empieza a poner rojo, y yo nunca me sonrojo. Solo cuando empiezo a cerrar la cortina finalmente habla.

—Desearía que Angie usara eso.

Me río, pero suena como si no proviniera de mí. Cruzo las piernas, agradecida de que al menos mi mitad inferior esté cubierta por un par de pantalones cortos.

—Tal vez me pruebe ese púrpura.

Cierro la cortina y respiro profundamente, o tan profundamente como puedo con los pulmones en su mayor parte comprimidos por satén y encaje. Quitarme el corsé es aún más difícil que ponérmelo, y rasgo el corpiño un poco en el proceso. Espero que Tiffani no lo note y me haga comprarlo.

Me pruebo el purpura, el rosa, el celeste. No le muestro a Charlie ninguno de ellos, en su lugar grito detrás de la cortina si es un acierto o un fracaso. Mi ansiedad va en aumento, y el entusiasmo de Charlie parece estar menguando. Finalmente, se decide por una lencería blanca, a pesar de que le advertí sobre ella.

—La manera más segura para hacer que una chica se sienta más como una virgen es que se ponga ropa interior nupcial —digo mientras él paga en la caja—. Algo más neutral podría ser menos atemorizante para ella.

Él mueve su cuello y hombros, como si hubiera pasado todo el día en la oficina y que solo ahora se esté despertando.

—Eres una buena amiga —dice—. Eso significa mucho.

Me alejo de él, esperando que no vaya a poner su brazo alrededor de mí y me haga jugar a su novia de nuevo

—Espero que sí —digo, pero incluso puedo escuchar la desconfianza en mi voz. Si soy tan buena amiga. ¿Por qué siento como si estuviera traicionando a Angela?

—Angie va a amar esto —dice con una sonrisa satisfecha que no me atrevo a quitar. Porque a pesar de que Charlie piense que “Angie” será feliz, no creo que le guste nada de lo que sucedió esta tarde a sus espaldas.

19

Tengo una revelación la mañana siguiente en el lugar más improbable. El grupo de oración fue reprogramado de ayer porque los nerds del drama se apoderaron de la librería para su lectura-ton anual de Shakespeare.

Charlie está recitando algo a lo que no estoy prestando atención, no solo porque no lo entiendo o creo en ello sino porque el simple sonido de la voz de Charlie hoy me hace pensar en seda, como de lencería y en Angela usándola. No es una imagen mental que quiera.

Mientras estoy mirando fijamente la Biblia abierta en mis manos y tratando de pensar en algo más, mi revelación sucede.

Sé cómo ayudar a Toby Easton con los polímeros. La respuesta estuvo justo frente a mí todo el tiempo, pero no en las páginas de mis notas donde la estaba buscando.

—Ven a mi casa después de la escuela —le digo a Toby después de que sale de su clase de química—. Tengo que mostrarte algo.

Infla sus mejillas regordetas. Es casi como si estuviera sospechando. No podría posiblemente saber lo que sucede en mi habitación. ¿O sí?

—¿Eso es normal? —dice, jugando con los papeles en sus manos. El de encima muestra una marca nada familiar para mí. Una gran C—. Es decir, nunca fui a la casa de un tutor antes.

Entrecierro mis ojos.

—¿Y cómo te ha funcionado eso? —digo señalando la C—. Quinientos veinticuatro Calle Silverberry Run. Llega ahí a las seis.

Me detengo en el bebedero de agua en mi camino a clase. Mi cabello empieza a caer en el bebedero, hasta que una mano lo empuja hacia atrás por mí. Cierro los ojos. Por alguna razón espero ver a Zach cuando me levanto. Pero Charlie está ahí en su lugar, usando la misma mirada que tenía ayer cuando salí del vestidor.

—Tenía sed —digo, limpiándome la boca. Mi mejilla se siente caliente donde sus dedos estuvieron hace unos momentos. No quiero sus dedos ahí. No quiero a nadie empujando mi cabello detrás de las orejas por mí. Eso es lo que Luke solía hacer. Esto es lo que los novios hacen.

—¿Cita sexy esta noche? —dice Charlie, inclinando su cabeza y apuntando al otro lado del pasillo. Lo dijo hacia donde está mirando y veo a Toby en su casillero con una rubia rolliza colgando de su cuello. Esa debe ser la novia que va en segundo lugar de su libro de texto.

—No —digo con brusquedad, cruzando los brazos sobre el pecho—. Soy su tutora. ¿Cuánto tiempo ha estado Charlie observándome?

—No tenía idea que fueras una tutora —dice Charlie apoyando el pie contra la pared—. Pero ahora puedo verlo claramente.

Asiento.

—Bueno, quién sabe si soy buena en eso.

Charlie se inclina hacia adelante.

—Apuesto a que eres una maestra asombrosa —dice.

No tengo tiempo de reaccionar porque Zach aparece a un lado de mí y pone su mano en mi hombro.

—Hola, Mercy —dice—, necesito hablar contigo de algo.

Mira a Charlie y de nuevo a mí.

Charlie cruza los brazos. Abre la boca como con el deseo de decir algo más, pero la campana suena y se dirige al pasillo.

—¿De que estaban hablando? —dice Zach, mirando su espalda en retirada.

—Nada —digo rápidamente—, nada importante. —Y empiezo a caminar en dirección contraria—. Voy tarde a clase. ¿Podemos hablar más tarde?

Zach se encoje de hombros.

—Seguro. Supongo —dice, deteniéndose abruptamente—. Mira, esto puede sonar raro, pero no me gusta cómo te mira Charlie. Él es algo extraño, ¿no lo crees?

Elevo una ceja.

—¿De eso es de lo que querías hablarme? Puedo cuidarme, Zach. —Cambio la correa de mi mochila y miro fijamente mis pies—. Además ¿Qué pasa contigo? ¿Estás celoso o algo?

La cara de Zach se nubla e inmediatamente deseo poder retirar lo que acabo de decir. Sé que Zach solo está preocupándose por mí. Pero no necesito que me cuide. Puedo encargarme de mí misma.

—Sabes, no creo que haya algo de qué hablar después de todo —dice—. Nos vemos por ahí.

Permanezco en el corredor mientras él continua caminando. *Nos vemos por ahí.* Esa es la manera de hablar de Zach cuando te dice que eres un imbécil, aunque nunca diría eso. Ni siquiera si lo mereces.

Medio espero que Toby Easton no aparezca después de la escuela. Tal vez su novia no está conforme con que venga a la casa de su tutora. Tal vez no está conforme con eso. Estoy agradecida de que Kim no esté en casa, porque ella definitivamente lo asustaría.

Es raro tener un chico y no atravesar mi rutina regular primero. Estoy usando los mismos jeans y camiseta que usé para la escuela hoy, con la misma cola de caballo suelta y el maquillaje desgastado. Me alisto, pero en un modo diferente. Alineo todo lo que vamos a necesitar en el mostrador de la cocina. Entonces espero.

Aparece a la media hora, con la misma expresión incierta que tenía en el corredor de la escuela.

—Estoy desesperado —dice—. Esta clase está matándome.

—Estás en el lugar correcto —digo, guiándolo a la cocina.

—Santa... —dice cuando ve el mostrador desordenado, todas las botellas, tarros y bolsas Ziploc rellenas—. ¿Qué es todo esto?

—Esto —digo extendiendo mis brazos—, es tu lección interactiva de polímeros.

Me mira con suspicacia. No quiere dejar su libreta de lado. Se está aferrando a ella, a lo que sea que escribió en ella.

No es un experimento de laboratorio estándar lo que tengo en la cocina. Es algo más básico y con suerte un poco más divertido. Porque así es como he estado enseñando a las personas en mi dormitorio todo el tiempo: a regresar a lo básico, tomándolo paso a paso, haciéndolo menos intimidante. Supuse que valía la pena intentar aplicar ese método de enseñanza a Toby, pero en un sentido muy diferente.

—Durante la polimerización, los grupos químicos se pierden a partir de los monómeros, de modo que pueden unirse —explico de pie detrás del mostrador—, pero no necesitas recordar eso todavía. Solo tienes que recordar que los ejemplos de polímeros son los plásticos y siliconas. Y eso es lo que estamos haciendo. Plastilina.

Toby se ríe, hasta que se da cuenta de que hablo en serio. Y cuanto más seria me pongo, más se relaja. Libera su libreta y sigue mis instrucciones. Obediente, sacude la solución de pegamento, añade el colorante comestible y hace la solución de bórax sin dudar. En un momento terminamos con bolsas pequeñas de plástico llenas de mezcla pegajosa. Toby se ve realmente divertido. Lo observo estirar la plastilina y frotarla entre los dedos.

—En cierta forma, tiene sentido —dice—. Las propiedades químicas de la plastilina cambian debido a la cantidad de ingredientes que usamos. —Se encoje de hombros—. ¿Correcto?

—Correcto —digo esbozando una sonrisa. Funcionó.

—Gracias, Mercedes —dice—. En verdad salvaste mi vida.

Me congelo a la mitad de un movimiento, con mi mano aferrada alrededor de un fajo de plastilina. *En verdad salvaste mi vida.* Alguien más me dijo esas exactas palabras hace no mucho tiempo, después de ayudarlo. Evan Brown.

No quiero pensar en Evan en este preciso momento. Me ocupo limpiando el desastre del mostrador antes que Kim llegue a casa y piense que estoy en proceso de construir una bomba o algo. Toby parece genuinamente agradecido cuando se va, y hay algo familiar construyéndose en mi pecho. Orgullo. El mismo orgullo que solía sentir cuando alguien dejaba mi habitación. Pero es mejor. Este es, en términos químicos, una solución sin diluir. No un subidón temporal, sino algo mejor. No hay duda residual, sin los persistentes que tal sí.

No sé si estoy orgullosa de Toby o de mí, o de ambos. Y si estoy orgullosa de mí, podría ser la primera vez.

20

Después de que la cocina está limpia, sé que debería empezar a hacer mi tarea de economía, la única para la que no he elegido un tema todavía. Pero en vez de abrir mi libro de texto, abro un viejo álbum de fotos. Está lleno de fotos de Angela y de mí. Unas pocas de cuando les dijimos a nuestros padres que íbamos al baile de noveno grado, pero en realidad fuimos a por hamburguesas y batidos. Un puñado de hace dos veranos en la playa, cuando Angela estaba asustada de entrar al agua porque se hallaba convencida de que un tiburón iba a agarrar su pierna. Una de cuando fuimos de campamento e intentamos sin éxito armar una tienda porque Angela olvidó el manual de instrucciones en casa.

En todas las fotografías estamos sonriendo, riendo, sin preocupaciones. Y eso me hacer darme cuenta de que nada ha sido así últimamente. Ambas somos más serias, más introvertidas. Cada vez que miro a Angela, está distraída, como si estuviese a kilómetros de distancia. Y quizá ella diría lo mismo sobre mí.

Trato de justificar lo que Charlie me dijo. Que planea una sorpresa, que solo quiere que Angela salga de su cáscara. Pero esa es la cosa sobre Angela. Siempre tiene una cáscara. Es su armadura, la barrera protectora para resguardar su ternura. Es parte de ella. Y si yo sé eso, Charlie también debería.

Le prometí que guardaría sus planes en secreto, y lo dije en serio. Pero mi lealtad es hacia mi mejor amiga.

Así que alejo el álbum de fotos, tomo las llaves de Jeep y salgo de la entrada, haciendo una rápida parada para tocar el timbre de Angela.

Cuando abre la puerta, parece sorprendida de verme, lo que me hace sentir horrible. Solía dejarme caer sin previo aviso todo el tiempo. Pero ya no más.

—Mercy —dice, abriendo la puerta—. ¿Qué pasa?

Me encojo de hombros, cambiando el peso de un pie al otro, esperando que no pueda sentir mi nerviosismo.

—Estudiaba y me dio hambre —digo, izando una bolsa de plástico—. Y ha pasado un tiempo desde que hicimos esto, ¿no crees?

Esboza una sonrisa cuando mira dentro de la bolsa.

—Chispas de chocolate —comenta—. Sabes, también me vendría bien un descanso de estudiar.

La sigo a la cocina y subo a uno de los taburetes ante la encimera. La miro sacar una bandeja para hornear, una que no tiene los residuos quemados de nuestros intentos previos de hacer galletas como los de la cocina de Kim.

—Hagámoslo bien esta vez —dice, y eso me hace sentir incluso más culpable porque quiero hacer todo bien. Mi amistad con Angela. La distancia entre nosotras.

—Bueno, seguir la receta es un comienzo —sugiero—. No pongas el horno muy alto. Eso lo arruinó la última vez.

Me pregunto si está pensando lo mismo que yo, que esa última vez fue hace mucho tiempo.

—Tampoco olvidemos el azúcar moreno —dice—. Y conseguiste esencia de vainilla. Esto va a terminar totalmente bien.

Para cuando empezamos a medir los ingredientes y a mezclarlos en un bol gigante, casi he olvidado la verdadera razón para venir aquí. Se siente como en los viejos tiempos, hablando y riendo mientras comemos más chispas de chocolate que las que ponemos en la masa, Angela reprendiéndome por hacer las bolas de masa demasiado grandes.

Después de que el primer lote entra al horno, el mostrador de la cocina es un desastre de harina y gránulos de azúcar y el rostro de Angela está rosa y brillante cuando ajusta el tiempo a diez minutos. No quiero sacar el tema de Charlie. No quiero que nada arruine esto.

Pero sé que es ahora o nunca.

—Así que, ¿cómo están yendo las cosas con Charlie? —pregunto, lamiendo la masa del dorso de una cuchara.

Angela se quita los guantes y los deja en la encimera.

—Bien, supongo. —Ladea la cabeza socarronamente—. ¿Por qué?

Bajo la cuchara y me enderezo.

—No sé —digo, y el resto de las palabras se disuelven como azúcar en mi lengua. *Porque fuimos a comprar lencería para ti la noche anterior. Eligió esta cosa de encaje blanco que odiarías y tiene un gran plan y estoy realmente preocupada.*

Angela levanta una ceja.

—Sé lo que estás pensando —dice, y deseo que por una vez lo haga, porque eso haría esto mucho más fácil.

—¿Qué? —pregunto.

Mira sus manos, donde está rodando un poco de masa restante entre sus dedos.

—Estás pensando en lo que dije en tu habitación, sobre que estaba confundida. Pero ya no lo estoy.

Mi corazón palpita erráticamente.

—¿No lo estás?

Niega y mechones de cabello caen desde detrás de sus oídos.

—No, ya he tomado una decisión. No voy a dormir con Charlie hasta que nos casemos. No importa qué.

—¿Él lo sabe? —dejo escapar.

Eleva la mirada.

—Bueno, no he dicho nada, pero tendrá que entender. Siempre dije que esperaría y no voy a cambiar de idea.

Agarro el mostrador con la punta de mis dedos. Desearía solo sentirme aliviada, pero estoy asustada. Asustada de cómo reaccionará Charlie cuando Angela no se quiera poner esa lencería.

—Eso es bueno —digo—. Quiero decir, el sexo es algo grande. No puedes dar marcha atrás una vez que pasa. Así que tienes que estar totalmente segura.

—Como tú lo estabas con Luke —comenta, y asiento rápidamente sin encontrarme con sus ojos. Una mentira silenciosa, pero tal vez la más grande que nunca he dicho.

—Charlie planea algo —digo débilmente—. Por su aniversario. No sé qué exactamente, pero tiene una gran cosa romántica planeada. Me pidió ayuda. Simplemente no quería que te sorprendieras.

No sé cómo Angela reaccionará a eso y por ello es tan difícil decir la verdad. La gente no tiene una reacción estándar. La gente no es un experimento de química con el que puedes jugar hasta que las proporciones sean correctas.

Las personas son aterradoras de esa manera.

—Gracias —dice, tocando mi muñeca ligeramente—. Sabes cuánto odio las sorpresas. Al menos así sé lo que está por venir, puedo prepararme.

Cuando miro hacia arriba, está sonriendo y casi quiero reír porque es verdad. Angela odia las sorpresas. Odió la fiesta de cumpleaños sorpresa que sus padres hicieron para ella cuando cumplió dieciséis y odia los finales sorprendidos en las películas y odia los exámenes sorpresa incluso más que el resto de nosotros. Todos los que conocen a Angela saben eso.

Charlie debería saberlo.

Después de unos pocos minutos más, el temporizador empieza a pitar y Angela se da la vuelta y abre el horno.

—No te emociones mucho, pero ¡éstas se ven realmente prometedoras! —dice—. Rápido, pásame los guates antes de que se quemen.

Después de poner la bandeja en una rejilla de refrigeración, Angela saca una galleta y la parte por la mitad.

—Aquí vamos —dice, dándome una mitad.

Las mordemos exactamente al mismo tiempo y nos miramos la una a la otra, ambas esperando por una reacción.

—Están perfectas —dice Angela, asistiendo repetidamente—. Después de todo este tiempo, finalmente lo hicimos bien.

Me las arreglo para sonreír. Finalmente lo hicimos bien.

Tal vez finalmente también lo hice bien.

21

—¿Vas a llevar eso? ¿Para el baile? ¿Cómo esperas que un hombre te mire, mucho menos que quiera volver a verte? —Kim inclina la cadera y sonríe. La miro, en su blusa demasiado apretada y en sus pantalones vaqueros demasiado bajos, y desearía poder retorcer su cuello demasiado levantado.

—¿Qué tiene de malo? —digo, dejando caer los brazos a los lados. Había deseado que Kim estuviera en casa antes de que me fuera, pero ahora realmente estoy deseando que no estuviera.

—¿Qué tiene de malo? Pareces una machorra. Esos pantalones vaqueros son tan... anchos. —Dice anchos como si fuera la palabra más despreciable en todo el idioma. Para Kim, probablemente lo es. Pantalones anchos, ojos anchos, cualquier cosa ancha es el enemigo.

—Tal vez soy una machorra —digo, sacando un brillo labial del bolsillo de mis pantalones anchos y me lo aplico. Kim odia el brillo labial casi tanto como los pantalones anchos, porque el brillo labial no está a la moda.

—Tienes una muy buena figura, cielo. Esa dieta de no carbohidratos te sienta muy bien. —Se inclina y alisa mi cabello—. Deberías presumir de ello.

—Gracias por el consejo, Kim —digo, luchando contra el impulso de decirle sobre el enorme plato de pasta que comí en la casa de Faye. Para agregar una mirada de puro horror en su rostro, agarro una sudadera con capucha en lugar de mi habitual chaqueta de cuero y me deleito con el hecho de que sus cejas se mueven una fracción más de lo que pensaba que su Botox permitiría.

—No te emborraches mucho —grita detrás de mí—. Llámame si necesitas que te lleve.

—Pero es viernes por la noche —le grito de vuelta desde la entrada—. ¿No estarás borracha en una hora?

Angela no dice nada sobre mi atuendo cuando aparezco en la fiesta, justo como sabía que haría. Dulce y considerada Angela. Siento una oleada de afecto hacia ella.

—Te traje un vaso con ponche —grita por encima de la música—. No tiene alcohol. No te preocupes.

—Estoy más preocupada de que no tenga —digo, pero no me escucha. Se está moviendo entre la abundante multitud hacia alguien que viste todo de negro con uno de esos ridículos sombreros de fieltro que todo el mundo en Milton High ha empezado a ponerse últimamente.

Es Charlie, cuando veo que es él, me alegro de haberme puesto una sudadera con capucha y pantalones vaqueros viejos. ¿Es mi imaginación, o me está mirando como si supiera como me veo sin ropa? Supongo que prácticamente lo hace. Llevo la mano a mi mejilla, donde él la tocó ayer. De repente quiero decirle a Angela sobre eso. ¿Pero qué diría? ¿Que la mano de su novio pasó rozando mi cara? Tal vez me inventé todo en mi cabeza.

—Este DJ es genial —es todo lo que dice. Angela asiente con entusiasmo. No digo nada porque creo que el DJ es terrible. De todas maneras no estoy pensando en la música. Sé que Charlie y Angela tienen su gran aniversario próximamente, e imágenes mentales de Angela en ropa interior blanca siguen filtrándose en mi cabeza. Excepto que en mi imaginación ella está tratando de esconderse.

Angela quiere bailar. Ha dominado todo ese cliché de “bailar como si nadie te estuviera observando”, con movimientos demasiado enfáticos que no están del todo en sincronía con el ritmo. Me balanceo hacia atrás y hacia adelante, centrándome en mis pies, muy consiente de todas las personas que podrían estar en este gimnasio lleno de gente en este mismo momento, personas con las que no quiero hacer contacto visual. En particular los chicos que entraron en mi habitación para su primera vez. Cuando empecé con los vírgenes, una de mis reglas fue no presentarme en los eventos estudiantiles, especialmente aquellos en los que el alcohol pueda estar involucrado. Las personas se ponen bocazas cuando están borrachos y dicen cosas que lamentan la mañana siguiente. Pero aparentemente estoy rompiendo mis propias reglas en todos los lugares esta semana.

—Me alegra que tus movimientos horizontales sean mejores que estos —dice una voz baja directamente en mi oído. Zach. Mi estómago da una pequeña vuelta y me doy cuenta que estoy contenta de que este aquí y de que este solo. Me giro rápido para estar cara a cara.

—Cállate —digo—. Nunca dije que fuera una buena bailarina.

Se estira como si quisiera tocarme pero esconde sus manos detrás de la espalda.

—Mira, hay algo que debo decirte —empieza, pero cualquier cosa que este diciendo queda apagada por la palpitante música.

Me inclino para escuchar el resto, lo suficientemente cerca para sentir el sudor a través de su camisa, pero él me empuja hacia atrás. Ladeo la cabeza confusa.

—¿Qué está pasando, Zach? —grito.

Dice una palabra. Solamente una palabra. No la escucho, pero veo como su boca la forma.

Faye. Y cuando me doy la vuelta, ella está detrás de mí, bailando con los ojos cerrados, moviendo los brazos en el aire.

Ayer en la fuente de agua, Zack quiso decirme algo y no lo escuché. Me pregunto si hubiera dolido menos.

—Estoy tan contenta de que estés aquí —dice Faye cuando abre los ojos. Se contonea más cerca de mí, hasta que nuestros rostros casi se están tocando—. Espero que no te moleste. Iba a preguntar, pero no te vi ayer.

—¿Que me moleste... qué? —grito por encima de la música que parece estar sonando más duro, todo el gimnasio vibrando.

—Que Zach me pidió que viniera con él al baile.

Asiento repetidas veces, una especie de mezcla entre asentir y mover la cabeza al ritmo de la música. Miro rápidamente a Zach. Me está mirando con sus manos metidas profundamente en los bolsillos, la única persona que no está bailando. Recuerdo lo que dijo en nuestra última cita en el almuerzo. No puedo esperarte para siempre. Supongo que lo dijo en serio, pero el para siempre vino mucho antes de lo que pensé.

—¿Por qué debería molestarme? —grito, quitando mis ojos de Zach—. No me gusta Zach. A Zach no le gusto. Ni siquiera somos amigos.

De repente ella agarra mi muñeca, me saca del círculo de cuerpos, a través de otro círculo de cuerpos, hasta que estamos fuera del gimnasio, donde quita el cabello de su frente y abanica su rostro con la mano.

—Necesitaba un descanso —dice cuando salimos al pasillo—. Hace demasiado calor allí.

—Sigues gritando —digo.

—Lo siento —dice, bajando la voz—. Pero si, Zach me preguntó después de la escuela. Dije que sí porque nadie más me preguntó. —Se inclina sobre la fuente de agua, sosteniendo su cabello con una mano. Cierro los ojos con fuerza.

Me pregunto si Zach sabía que le iba a preguntar a Faye incluso antes de que yo lo rechazara. Es difícil pensar en Faye como premio de consolación de alguien. No sé si debería estar halagada o sorprendida, pero no siento ninguna de las dos. Solo quiero irme, ya que es demasiado tarde para retroceder el tiempo, para cambiar de opinión acerca de venir en primer lugar. O retroceder el tiempo y aceptar la oferta de Zach. El caso es que, no sé si estoy más molesta por Zach queriendo ir con Faye, o por Faye queriendo ir con Zach. Es demasiado confuso pensar sobre algo en un lugar tan lleno de gente.

—¿Estás segura de que está bien? —dice Faye. Su mano de repente está sobre mi muñeca, fría y fija—. Porque no tienes cara de que esté bien.

Me quedo mirando su mano, sus delgados dedos rodeados por gruesos anillos color turquesa. Me pregunto cómo sería sostener esa mano

—Está bien —digo, forzando a mi boca a sonreír—. Pero este baile es una mierda.

Se limpia la boca.

—¿Una mierda? Esto esta movido comparado con mi vieja escuela. El hecho de que ustedes de verdad tengan ponche en un baile es tan retro. Pensé que eso solo pasaba en las películas.

—Ese ponche definitivamente podría tener algo de alcohol —digo, aunque no bebería el ponche en cualquier caso, alcohólico o no, sabiendo cuantos estudiantes de primer año idiotas probablemente han escupido en él a estas alturas.

—Por suerte para nosotras, traje provisiones —dice Faye—. Aprendí una cosa o dos de mi vieja escuela. —Toma mi mano y me lleva por el pasillo al baño de chicas, el cual está lleno de estudiantes de primer año compitiendo por un espacio en el espejo para aplicarse lápiz labial y delineador de ojos. Pero Faye no quiere un espacio para el espejo. Me jala a un cubículo con ella, con lo cual probablemente nos ganamos algunas miradas extrañas—. Vodka detrás del inodoro —dice mientras saca una botella y se sienta con las piernas cruzadas en el piso—. Siempre funciona. Nadie revisa allí atrás.

—¿No deberías estar con tu cita? —digo nerviosamente, agachándome a su lado. Faye toma unos cuantos tragos calculados y me tiende la bebida. No he bebido licor fuerte desde mi primer año de la escuela secundaria, cuando era mi única distracción de todo lo que sucedía. Usé el alcohol para centrarme, porque era lo único que funcionaba en ese entonces. Supongo que ahora es un buen momento para descubrir si todavía funciona.

Tomo la bebida y la presiono contra mis labios, luego la inclino hacia mi garganta. Quema bajando y casi me hace vomitar. Se me olvidaba lo desagradable que es tomar tragos, sobre todo cuando el vodka es barato y no ha estado bien frío en el congelador. Al menos Kim me enseñó algunas lecciones importantes de la vida.

—No, necesitaba un descanso de él. Es dulce pero es demasiado cariñoso. No me gusta eso, ¿sabes? —Toma otro trago del vodka y frunce los labios.

Asiento. Lo sé. Le he dicho a Zach varias veces que necesita revisar sus “tendencias afectivas”. Perdí la cuenta de las veces que intentó envolverme en un abrazo detrás de la puerta de mi casillero o cuando “accidentalmente” rozaba mi mano durante química. Pero si alguien debe ser receptiva con ese tipo de contacto, es Faye, quien siempre parece tener su mano en mi muñeca o su brazo alrededor de mi hombro, y solo la he conocido durante dos semanas.

—Me gusta más esto —dice, recostándose contra la pared y extendiendo las piernas.

—¿Qué? ¿Pasar el rato en el baño conmigo?

Se encoge de hombros y su boca se retuerce en una pequeña sonrisa, que se convierte en una mueca cuando toma otro trago.

—Los bailes tienen una sensación de alegría forzada, como si todo el mundo tuviera que actuar de cierta manera. Cuando estás en el baño, es cuando la mierda se vuelve real.

Farfullo con mi próximo trago de vodka y casi lo escupo.

—La mierda se vuelve real. Literalmente. —Empiezo a reírme, más fuerte de lo que me he reído en un tiempo muy largo. Al principio, Faye me mira con una expresión desconcertada, luego empieza a reírse también, y todo el baño se llena con nuestra risa, mi risa normal, y su risa de foca.

—Te ríes como una hiena —dice, lo que me hace reír más fuerte, hasta que hay lágrimas en mis ojos—. Estás borracha —dice después de que recupero mi compostura lo suficiente para tener otro trago.

—De ninguna manera —digo limpiándome una lágrima de la mejilla—. Es solo que estoy feliz, ¿sabes?

Inclina la cabeza y me mira de cerca fijamente, como si me estuviera viendo por primera vez. Su sonrisa se transforma en un ceño fruncido incluído labios, pero incluso su ceño fruncido es bonito.

—Sin embargo, no lo estás —dice—. Feliz. Tal vez eres una borracha feliz, pero no es lo mismo.

—¿Por qué te transferiste a nuestra escuela realmente? —pregunto. Beber me hace ser directa, un dato que de repente recuerdo.

—¿Para quién estabas comprando ropa interior? —pregunta, igualmente de directa.

Cuando me levanto en el cubículo, tengo más que un poco de problemas para estar de pie, pero no sé si es solo la bebida o la inquietud arrastrándose por cada centímetro de mí.

—Este lugar es demasiado pequeño para mí —digo, tratando de girar mis brazos y golpeándolos contra la puerta de metal.

Faye también se pone de pie, y pone sus manos sobre mis hombros.

—Estamos en el cubículo de un baño —dice—. Por supuesto que es demasiado pequeño, tonta.

—No el cubículo —digo—. Todo este lugar. La escuela. La ciudad. California.

Ella hace un mohín.

—¿California es demasiado pequeña para ti? Eso es muy malo, porque me estaba empezando a gustar aquí.

—Me voy —digo—. Iré al MIT. Usaré una chaqueta en el invierno. Incluso podré hacer un ángel de nieve. Seré un número más. —Canto la última parte, esperando que suene mejor en voz alta de lo que es.

Faye cierra la distancia entre nosotras.

—Los ángeles de nieve están sumamente sobrevalorados —dice—. Y nunca podrías ser solo un número más. —Estoy lo suficientemente cerca para oler su brillo labial, algo afrutado y dulce. Mi corazón golpea contra mis costillas. Ella va a besarme, aquí mismo en el baño. Tenía razón. No me estaba inventando nada. Le gusto. Me quiere.

Me aparto, mi cabeza dando vueltas. Toda la escena es demasiado familiar, y de repente me doy cuenta de que este es el cubículo donde puse mis converse sobre el asiento del inodoro y escuché a escondidas a Jillian hablando con Annalise.

Busco a tientas el pestillo y salgo del cubículo, Y ahí es donde la noche empieza a volverse borrosa para mí. Di empujones a través de una multitud, a través de un bosque de manos y dedos sudorosos. Bailé, pero no sé con quién bailé. Alguien me preguntó mi nombre. Alguien más me pidió mi número. Alguien me recogió, agarrando mi cintura con fuerza. Manos, manos calientes debajo de mi camisa. Pero cuando me despierto en una cama que no es la mía bajo un edredón azul desconocido en una extraña habitación sin tener idea de que hora es, me doy cuenta de que no recuerdo nada en absoluto.

22

—Tú —dice Zach, pasándome un vaso con un líquido transparente que espero que no sea vodka—, eres la borracha más barata que he conocido.

Me esfuerzo por abrir los ojos. Los lentes de contacto que me he dejado están más o menos congelados en mis parpados. Zach, usando una expresión entre divertido y preocupado, está de pie frente a unas horribles cortinas de cuadros.

—¿Dónde estoy?

Tan pronto como abro mi boca, me arrepiento. Puedo probar el almizcle inconfundible del vómito, vómito mezclado con algo ácido que solo puede ser vodka.

—Estás en mi casa —dice, colocando dos Advil en mi mano—. Lamento el desorden. No estaba esperando tener una chica aquí. Mucho menos una reina del baile de Milton High.

El miedo me cubre, junto con una oleada de náuseas.

—¿Qué quieres decir con reina del baile? Ni siquiera bailo.

Se sienta en el borde de la cama. Me aparto para que el no huela mi horrible aliento.

—Bailaste anoche —dice—. No parabas. Ni siquiera cuando intenté que lo hicieras. Me dejo caer de nuevo en la almohada.

—Oh. Dios. Mío. Por favor dime que nadie vio. —Pongo mi mano contra mi boca cuando recuerdo la pregunta más importante de hacer—. ¿Con quién estaba bailando?

Levanta una ceja.

—No conmigo, si eso es lo que preguntas.

Froto mi boca en mi mano.

—¿Quién? —digo, pero sale amortiguado.

—Había un chico que seguía intentando darte vueltas. Pero no se quedó cerca mucho tiempo. Luego Charlie intentó levantarte. —Entrecierra los ojos.

—¿Qué quieres decir con que Charlie intento levantarme?

Zach presiona sus palmas juntas.

—Quiero decir levantarte. Como, levantarte en el aire. Fue un poco extraño. Ahí fue cuando le dije que podía encargarme desde ahí, y así es como terminaste aquí.

—Tal vez estaba intentando ayudarme —digo.

Zach se encoge de hombros, y puedo decir que no lo cree así.

—Bueno, creo que te puso enferma —dice—. Pero nadie te vio vomitar más que Faye y yo.

Me muerdo la mejilla para evitar una nueva oleada de náuseas.

—¿No arruiné tu cita?

Sacude su cabeza.

—No, ella entendió —dice—. Estaba preocupada por ti. Me ayudó a llevarte al auto de mi mamá. Se sintió bastante mal por emborracharte tanto.

Entrecierro mis ojos ya medio cerrados. Zach alisa el flequillo en mi frente y pone un trapo húmedo. Debería decirle que pare, que no necesito que cuiden de mí. Pero se siente tan bien que no quiero que se detenga.

—Llamé a tu mamá —dice Zach—. Encontré su número en tu teléfono celular. Le hice saber que te habías quedado aquí.

—¿Llamaste a Kim? —Coloco el trapo sobre mis ojos. Zach probablemente cree que hizo lo correcto, pero ahora Kim va a tomar esta pequeña metida de pata y va a imponerse sobre mí.

—No te preocupes. Le dije que estabas cuidando a un amigo. —Aparta el trapo de mi cara.

—¿Por qué harías eso? —pregunto.

—Porque harías lo mismo por mí. —Sacude la cabeza y se ríe—. De hecho, fue bastante graciosa. Dijo que disfrutaras tu cosa de una noche.

Finjo una sonrisa, pero el esfuerzo duele. ¿Podría ser Kim más embarazosa?

Zach se inclina sobre la almohada a mi lado y cierra sus ojos. Sé que se ha quedado dormido cuando lo escucho roncar ligeramente. Nunca supe que Zach roncaba. Todo el tiempo que ha pasado en mi cama, y siempre lo saqué antes de que pudiera quedarse dormido y ponerse cómodo.

Me siento lentamente, tratando de no pensar en mi cabeza que da vueltas y en mi estómago que también está dando vueltas, concentrándome en la habitación de Zach. La habitación de Zach. Nunca he estado en el cuarto de un chico, ni siquiera el de Luke. Luke nunca me invitó. Dijo que era porque odiaba a su papá, pero ahora no sé qué creer. Solía imaginarme como se veía, como me vería en ella.

Nunca imaginé la de Zach, pero si lo hubiera hecho probablemente no se vería así. Su cuarto es pequeño y desordenado, con ropas tiradas por todos lados y libros apilados sobre un desordenado escritorio. Nuestro gran libro de química está en la cima, encaramado peligrosamente sobre libros de la mitad de su tamaño. Una punzada de culpa se dispara a través de mí.

Balanceo una pierna sobre la cama, luego la otra, y me levanto tambaleante. Me arrastro hacia el escritorio, coloco una mano sobre este para estabilizarme.

Respira, Mercedes. No vas a vomitar de nuevo.

Mi número de teléfono está clavado en un tablero de corcho. Mercedes Ayres. Reconozco mi propia letra, mi pulcra y pequeña escritura. Recuerdo haberle dado ese pequeño pedazo de papel después de nuestra primera cita del miércoles, después de que no pude creer que me había acostado con alguien que apenas y conocía. Era tan impropio de mí. Hice que pasara. Controlé la situación. Lo controlé a él.

Mi estómago se revuelve y corro al pasillo con una mano cubriendo mi boca. Afortunadamente, el baño está al otro lado del cuarto del Zach y llego al inodoro a tiempo. No hay mucho para vomitar, pero lo que sí sale es ácido líquido de un color marrón, como café diluido. Arrodillándome en el piso de porcelana, lo veo caer en la taza del baño y flotar sobre la superficie del agua antes de que tire de la palanca. Cuando el agua vuelve a subir, está limpia de nuevo. Desearía que fuera así de fácil hacer que todos los desastres se fueran.

—¿Estás bien? —La voz de Zach viene de la puerta, acompañada de un suave golpe—. ¿Puedo conseguirte algo?

—Estoy bien —digo, tratando de sonar mejor de lo que me siento. Abro la llave del lavamanos, tratando de evitar las lágrimas que pinchan en mis ojos. No sé porque me siento con ganas de llorar. Tal vez porque estoy muy avergonzada, o tal vez porque esta situación nunca hubiera sucedido en mi casa. Siento como si hubieran pasado un millón de años desde que Kim cuidó de mí. Ella no lo intenta, y creo que no la dejaría si lo hiciera. Solo terminaría mal.

Así como esto terminaría mal, también. No puedo dejar que Zach se ocupe de mí, tampoco. No es mi novio, y no debería tener que limpiar el vómito de una chica ebria y limpiar los desastres que quedan a su paso.

Se merece algo mejor.

Antes de que salga del baño, hecho agua sobre mi cara y coloco pasta de dientes en mi dedo para frotar dentro de mi boca. Pegó una sonrisa a mi cara antes de abrir la puerta de la habitación de Zach. Por primera vez, noto que está usando pijamas de franela. Nunca he visto a Zach en pijama, y se siente íntimo de alguna forma, como si hubiera cruzado una línea.

—Debería irme —digo, ubicando mi bolso en la mesa de noche al lado de la cama de Zach—. Necesito irme a casa.

—Deberías quedarte para el desayuno —dice—. Mi mamá está haciendo tostadas francesas.

Trato de no negarme abiertamente.

—¿Tu mamá?

Zach se sonroja.

—Siempre nos hace tostadas francesas los domingos, antes de irse al trabajo.

Me froto las sientes.

—¿Sabe qué estoy aquí?

—Sí —dice—. Quiero decir, no podía meterte en nuestra casa sin que ella no supiera. Fuiste bastante ruidosa.

Me siento en la cama de Zach. Así debe ser como se siente tocar fondo. La última humillación. Desearía poder tomar un borrador gigante y borrar las últimas veinticuatro horas. Desearía poder regresar en el tiempo y quedarme en casa lejos del baile como debí haber hecho de cualquier forma.

—No puedo ver a tu mamá —digo, dejando caer mi cabeza entre mis manos—. Soy un desastre. Me veo como la mierda. Y probablemente huelo horrible.

Zach se sienta y envuelve un brazo alrededor de mis hombros.

—No podrías oler horrible ni aunque lo intentaras —dice—. Y te ves genial. Mi mamá está bien, confía en mí. Ha estado queriendo conocerte de todos modos.

Agarro los pantalones. La madre de Zach quiere conocerme. ¿Qué le ha contado sobre mí? No puedo imaginarme exactamente la conversación. Oye mamá, hay una chica con la que me acuesto los miércoles. De verdad es una maravilla. Del tipo que de verdad quiero llevar a casa para la cena del domingo. No, no es mi novia. Es una historia graciosa...

Zach se inclina, lo suficientemente cerca que su aliento me hace cosquillas en la oreja.

—En serio, Mercy. No es tan importante.

Está equivocado. Esto es muy importante. No he conocido a los padres de nadie. Ni siquiera a los de Luke. Pero no tengo mucha opción. Estoy atrapada en el cuarto de Zach, y es poco probable que escape por la ventana, la única forma de salir es con una tostada francesa y una corta e incómoda charla.

Así que tomo aire profundamente y sigo a Zach por el pasillo.

Lo primero que noté sobre la señora Sutton es que de hecho tiene canas. Kim declara que nunca ha encontrado una en su cabeza, lo cual sé que son mentiras, pero cualquier cana de verdad sería rápidamente aclarada hasta el olvido.

Lo segundo que noto sobre la señora Sutton es que su abrazo no duele. Es suave y regordeta y me envuelve en un abrazo que no involucra codos huesudos o clavículas salidas, o implantes de pechos duros como una roca. Y su sonrisa no es falsa. Es abierta y amorosa y sé que probablemente le sonrío así a todos, pero se siente como si esa sonrisa fuera solo para mí. Me siento menos fría al estar a su alrededor.

Ni siquiera menciona mi resaca. No pregunta si soy la novia de Zach o como nos conocimos. Me sirve un gigante plato de pan remojado en huevo, frito y cubierto de pegajoso sirope de maple el cual dice que es un “secreto de familia.” No puedo recordar siquiera la última vez que tuve algo para desayunar aparte de café negro. Probablemente la misma vez que tuve un verdadero desayuno familiar con Kim y mi papá, alrededor de los ocho años. Incluso entonces, Kim me animaba a limitar mis porciones y comer solo las claras de huevo en lugar de las yemas.

La mamá de Zach me anima a comer otra porción y echa azúcar tamizada sobre la rebanada de pan. Como con hambre, ansiosamente, usando el pan para quitar hasta la última gota de sirope de mi plato. Estoy completamente fuera de control.

—Eso estuvo delicioso, señora Sutton —digo cuando termino—. Muchas gracias.

—Por favor, llámame Julia —dice, con sus ojos arrugándose en las esquinas.

—Julia —repito. Zach quita nuestros platos y los lleva al lavabo.

Antes de que Julia se vaya al trabajo, me da otro abrazo maternal y me dice que soy bienvenida en cualquier momento. Casi no quiero dejarla ir. Tal vez esto es lo que siente tener una madre a quien le importe. Tal vez no es carbohidratos por lo que estoy hambrienta, sino afecto de verdad.

Cuando Julia se va, me doy cuenta de que debería irme también. No puedo esconderme en la casa de Zach todo el día. Necesito enfrentar la realidad, mi propia realidad, con mis problemas que no sé cómo arreglar y mi madre a la que no sé cómo amar. Corro de regreso al cuarto de Zach y agarro mi sudadera, y, en el último momento, reviso los bolsillos. El bolsillo derecho contiene un pedazo de papel rayado. Escrito sobre este hay un nombre —Rafe Lawrence— y un número de teléfono, junto con una nota.

En caso de que olvides nuestra conversación, te veo el domingo a las nueve, en tu casa.

Sí olvidé la conversación, pero está regresando a mí de nuevo, en destellos y brillantes colores. Rafe sacándose de una multitud de cuerpos bailando, gritando por sobre la música, pidiéndome un favor. Yo diciéndole que estaría feliz de ayudarlo.



Supongo que me olvidé que terminé con los vírgenes. Además, Zach va a venir el domingo para la tutoría. Tendré que encontrar una manera de decirle a Rafe que no sin enojarlo.

Un sonido vibrante me hace saltar, y me doy vuelta. Es el teléfono de Zach, vibrando como un loco en su vestidor. No sé por qué, pero camino hasta allá y lo recojo.

Hay tres mensajes de texto en la pantalla, todos de Faye.

¿Está bien? honestamente, estoy preocupada por ella.

¿Crees que hicimos lo correcto, al no llevarla a su propia casa?

Llárame después y veremos qué hacer.

Miro la pantalla. Mis mejillas están rojas de humillación. Me siento una pequeña niña que hizo algo malo, que lastimó a personas alrededor. Una estúpida niña que arruinó algo que la gente probablemente estaba esperando. Una patética niña indefensa que necesita que la cuiden.

Soy alguien que lastima a las personas. ¿Cuántas veces puedo lastimar a Zach y Faye antes de que me den la espalda y se den cuenta de que están mejor sin mí en su vida? Tal vez eso es lo que Faye quiso decir con *veremos qué hacer*. Van a ver cómo pueden deshacerse de mí.

Dejo el celular de Zach.

Se los haré fácil.

23

Nuestro instructor de yoga dice “aclaren sus mentes”. Dice esto varias veces, junto con “alejen los pensamientos negativos” y su eslogan preferido, “quédate en el momento”. Cuando miro a mi derecha, Kim tiene sus ojos cerrados y la expresión más estúpida en su cara. Creo que estaba intentando que fuera serena, pero decayó y terminó en algún lugar cercano a constipada.

Tengo tanto que aclarar en mi cabeza, que va a tomar más que una clase de yoga. La culpa, la tristeza, y la frustración. Odio la manera en la que dejé la casa de Zach, con un abrazo superficial y un raro gracias. Odio que dejara que me fuera.

Pero más que nada odio lo que hice anoche, cuando escribí un mensaje que no quería enviar.

Seguro, en mi casa a las nueve. Nos vemos luego.

Se lo envié a Rafe Lawrence.

A Zach, le envié un mensaje diciéndole que estaba demasiado enferma para hacer la tutoría. Esperé que me respondiera con groserías, diciendo que ya había terminado con esto. Pero no lo hizo. Solo me envió una cara triste y se ofreció a traer sopa. Me hizo sentir peor de lo que nunca creí posible. Quería retractarme, pero era demasiado tarde. Ya me había comprometido con Rafe. Tal vez fue la decisión equivocada, pero fue mi decisión.

Rafe sería el último.

Me posiciono en el perro bocabajo, respirando a través de la sangre que corre a mi cabeza. Sé quién es Rafe por sus actuaciones en el teatro de la escuela. No es alguien que creyera que fuera virgen, pero algunas veces son los que menos esperas quienes te sorprenden. Angela me arrastró para ver la producción de *Grease* de la preparatoria Milton el año pasado porque estaba completamente obsesionada con la película y después se quejó de que Rafe era demasiado “zalamero” para ser un Danny Zuko convincente. Yo asentí en acuerdo, pero en el fondo no lo estaba, era lo suficientemente zalamero.

—¿Cenamos esta noche? —dice Kim mientras envolvemos nuestras toallas después de clases. Entrecierro mis ojos hacia ella. Cuando regresé de la casa de Zach, ella ni siquiera estaba allí. Pensé que al menos mostraría algo de preocupación paternal porque no llegué a casa después del baile, pero me equivoqué. Ni siquiera dejó una nota, pero si escuché como se tambaleaba a altas horas de la madrugada, riendo y diciéndole a su compañía masculina que se callara. No quería cenar con Kim esta noche. ¿Por qué debería

importarme cuando a ella no le importa?

—Tengo una cita —le digo—. Llegaré a las nueve.

Observo su rostro en busca de alguna expresión de conmoción, sorpresa, rabia, lo que sea, pero está prestando atención a sus cutículas.

—Bien, la cena será a las cinco —dice Kim, mientras recoge su cabello en una cola de caballo—. Hay suficiente tiempo. Parte de mi nuevo plan de dieta incluye no comer nada después de las siete.

Ella parlotea sobre un nuevo restaurante vegano al que quiere ir, incluso aunque no sea vegana. El sabor del mes de Kim es pretender comer saludable, similar a la breve dieta del jugo y a la aún más breve abstinencia de alcohol. Y Kim no es de las que hace dieta en secreto, tampoco. Ella hace que todos, amigos e incluso los extraños, sepan que está “en la zona” o que “está renunciando a la carne”. Le agrada más la atención que la idea de renunciar a cualquier cosa.

—Bien —digo con un suspiro. No tengo la fuerza para pelear con Kim hoy.

—No te arrepentirás —dice Kim—. Este restaurante es un lugar para ver y ser visto.

Ruedo mis ojos. Esa es exactamente la clase de cosas que Kim diría.

De hecho, el restaurante es completamente bohemio, lo cual puedo decir que no es lo que Kim estaba esperando. En un mar de vestidos largos, cabello corto y sandalias, Kim está totalmente fuera de lugar con su top tipo tubo y zapatos altos de tacón. Mira alrededor nerviosamente.

—Uno pensaría que la gente que come sano querría mostrar los resultados —susurra cuando nuestra mesera, una pequeña chica en un talego gigante, se acerca a la mesa.

El menú parece más una lista de jardinería que algo que encontrarías en un restaurante. Dejo que Kim ordene por mí porque sé que se saldrá con la suya de una forma u otra, y no hay nada que podría ordenar que no hiciera que me disparara una mirada prejuiciosa. Me había prometido odiar este lugar en un principio, con su repugnante decoración verde y referencias a la naturaleza. Me hace pensar en Charlie, con sus guantes de jardinería, la pala y la gran sorpresa planeada para Angela, y cualquier apetito con el que hubiera entrado desapareció.

—¿Qué te parece? —pregunta Kim mientras me observaba intentar tragar un montón de césped.

—Creo que esta es la razón por la que el césped está en el suelo —digo limpiándome la boca—. No sirven para el consumo humano. —Y quiero añadir, “he tragado cosas peores”, solo para ver su reacción.

—Bueno, hay una razón por la que te pedí cenar —dice Kim, empujando la ensalada de col por todo el plato.

Oh no. La última vez que empezó una oración de esa forma, quería hacerme saber que había decidido que su novio de veinte años se iba a mudar a la casa. Afortunadamente, esa fase no duró tanto como la del jugo.

Tomo un mordisco de mi emparedado de pera a la parrilla, la única cosa que se veía remotamente apetecible en el menú.

Lo escupí. No lo es.

—Es tu padre —continúa Kim—. Quiere pasar tiempo contigo. Dice que quiere una “segunda oportunidad”... —Agrega comillas en el aire cuando dice *segunda oportunidad*.

Alejo el plato, aun con el sabor de la pera carbonizada en la boca.

—¿Segunda? Intenta décima. No voy a caer de nuevo. No dejes que te tire mierda, Kim.

—Mira Mercedes. Pienso que esta vez es diferente. De hecho me llamó, en vez de mandar un e-mail a horas sospechosas. Admitió que lo que pasó entre nosotros fue su culpa.

Entrecierro los ojos.

—¿A qué te refieres con su culpa? ¿De quién más sería la culpa de alejarse en su estúpido carro? —Sueno más molesta de lo que estoy. Hace tiempo que acepté que crecería sin padre, pero el único recuerdo que aún me lastima es el de mi padre despidiéndose desde su estúpido mercedes rojo mientras salía de nuestra calzada. Ese es probablemente el recuerdo más claro que tengo de mi niñez, punto. Odio como se pega en mi mente y el hecho de que no puedo hacer nada para que desaparezca o cambiarlo por un recuerdo feliz.

Kim junta sus manos y observa detenidamente los restos de su ensalada.

—Esto es muy vergonzoso —dice—. No quería que te enteraras de esto hasta que fueras adulta, pero ya tienes diecisiete. Supongo que este momento es tan bueno como cualquier otro. —Deja de hablar para mirarme. Kim es casi tan famosa por sus pausas dramáticas como por sus dietas de moda—. Tu padre no solo se fue y nos dejó. No fue así de simple. Teníamos nuestros problemas y ninguno dio el brazo a torcer.

Me encojo de hombros.

—¿Papá era un borracho? —Recuerdo los montones de botellas de licor adornando nuestra cocina cuando era pequeña, pero siempre asumí que era Kim haciendo algo más que beber.

Ella mira sus manos.

—No, querida. Él no era un borracho, Él era... —baja su voz a un suspiro por lo que tengo que inclinarme sobre la mesa para poder escucharla—, incapaz de mirar más allá de un pequeño error.

Ahora es mi turno para mirarla fijamente.

—¿A qué te refieres con pequeño error?

Kim cierra los ojos y masajes sus sienes, un movimiento extraño debido al largo excesivo de sus uñas.

—Ambos cometimos errores. Tu padre hizo su parte. Pasaba mucho tiempo en el trabajo, gastaba todo su dinero en esa estúpida colección de autos. No me prestaba atención.

Cuando abre los ojos, estoy sorprendida de que estén bordeados con rojo.

—¿Qué es lo que intentas decir, Kim? —Mi voz se eleva sin que me importe.

—Estoy diciendo que me equivoqué. Fue solo una vez, pero una vez fue suficiente para que me dejara. Ya no podía confiar más en mí de nuevo.

El césped que tragué antes, o algo más, se revuelve en mi estómago, intentando salir.

—Espera un momento. ¿Engañaste a papá?

Kim asiente de manera casi imperceptible. Mi cabeza comienza a dar vueltas. Ella nunca me dio una razón por la cual él se marchó, y ya que ella siempre estaba tan reacia a hablar de ello, nunca lo traje a colación tampoco. Se las ingenió para hablar mal de él en cada forma posible, desde ser propenso a derrochar dinero, hasta sus ausencias en las reuniones familiares. Siempre asumí que si alguien había engañado, era él.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —dije con brusquedad.

Kim comienza calladamente.

—Sabía que me culparías. Pero él tuvo más culpa. Me dijo que la única razón por la que se casó conmigo fue porque estaba embarazada, que no estaba listo para ser padre. Incluso dijo que lo engañé para mantenerlo cerca.

—¿Así qué me estás diciendo que fui un error? —Agarro la mesa, con la esperanza de que estabilizando mi cuerpo mi mente también logre calmar todos los feos pensamientos que empiezan a llenar mi cabeza. *Soy un error. No fui planeada.* Kim tenía veintiocho cuando me tuvo. Lo suficientemente mayor para saber las cosas, el doble de la edad que tenía Lydia cuando tuvo a Faye. Puedo imaginarla mintiéndole a mi padre, diciéndole que estaba tomando la píldora cuando en secreto había dejado de hacerlo. Solo me quería para mantener a un hombre alrededor, un hombre al que engañó. Que pedazo de mierda más grande.

—Claro que no, querida. Eres la mejor cosa que me ha pasado. —Kim estira sus mano a través de la mesa para alcanzar las mías, por lo que rápidamente las escondo en mi regazo.

—Así que engañaste a papá —digo lentamente, intentando comprender las palabras mientras salen de mi boca—. Lo engañaste y lo alejaste.

—Lo haces sonar tan simple —dice Kim, sus manos siguen extendidas—. Fue solo una vez. Me sentía sola, así que fui a un bar y conocí a alguien que me hizo sentir bien conmigo misma. Me hizo cumplidos. No me había dado cuenta de cuan deprimida estaba.

Aprieto los dientes.

—¿Así que algún tipo en un bar te dice una línea y te deshaces de tu matrimonio por ello? Gran decisión, Kim. Bien hecho.

—Así no fue como sucedió —dice Kim, elevando su voz. Las personas probablemente están mirando, emocionados con nuestro drama familiar, pero no dejo que mis ojos se desvíen del rostro de Kim—. Tu padre ya había terminado con el matrimonio de cierta forma antes de que eso pasara. Me dijo que no le atraía. Que quería dejarme.

—¿Y dónde encajo yo en todo esto? —digo con voz temblorosa—. ¿Acaso papá también quería divorciarse de mí?

Kim seca sus ojos con su servilleta

—No estaba listo para ser padre —dice ella lentamente—. Nunca lo estuvo. Y creo que cuando las cosas se pusieron feas, tú le recordaste mucho a mí. No podía estar a tu alrededor porque era demasiado doloroso para él.

Me levanto, mi silla raspando el suelo.

—Estaba equivocado —digo—. No soy nada parecida a ti.

—No te vayas, linda —dice Kim, haciendo señas para que me siente—. Por favor no te vayas. Yo nunca dejé de amar a tu padre, así como siempre te he amado.

—Pues tienes una extraña forma de demostrarlo —digo tomando mi bolso—. En pocos meses estaré fuera de tu camino por completo. Será como si tu error nunca hubiera sucedido.

Nunca he llorado en público, y no planeo empezar ahora. Me concentro en el suelo, y muerdo mis labios mientras zigzagueo a través de las mesas en mi camino hacia la puerta. Pero como no estoy mirando al frente, golpeo contra alguien.

—Lo siento —digo instintivamente. Cuando levanto la mirada y veo con quién me tropecé, siento como si hubiera sido golpeada en el estómago. Es Jillian Landry, agarrada de la mano de Tommy Hudson. El primero.

—Mercedes —dice Jillian dulcemente—. Fue mi culpa. Nunca miro por donde voy. —Se ríe, un sonido tan aireado como campanas de viento. Deja ir la mano de Tommy—. Bebé, esta es la brillante tutora de la que te estaba hablando. La que me está ayudando a pasar química.

Tommy abre su boca y la cierra de nuevo, como un pez desesperado por aire. Finalmente se las arregla para decir hola. Obviamente no sabía que la misma chica que lo ayudó está ayudando a su novia de una forma diferente. Veo el miedo parpadear en sus

ojos, el momento de pánico en que cree que diré todo y arruinaré su vida.

—Te veo el miércoles —dice Jillian. Pero sus palabras están silenciadas, como si alguien hubiera bajado el volumen. Muerdo mi mejilla y hago un gesto de despedida. Mi mano se siente como plomo.

Cuando estoy fuera del restaurante, comienzo a correr, aspirando grandes bocanadas de aire que se convierten en pesados sollozo. Mi bolso golpea contra mi cintura y mis pulmones se sienten como si estuvieran a punto de colapsar. Pero no dejo de correr hasta que llego a casa.

24

Me paseo por la habitación hasta que falta poco para que Rafe llegue. Pero no estoy segura si estoy esperando el sonido de las llaves de Kim o que suene el timbre. Cuando son las nueve y media sigó sin escuchar ninguno de los dos. Quizás Kim está ahogando sus penas en el bar, diciéndole todos sus problemas a algún idiota que no tiene nada que hacer. Probablemente esté es una esquina oscura, esperando que algún tipo borracho le diga algo bonito. Qué patética. Y tal vez Rafe olvidó nuestra cita o decidió que no estaba interesado en mí después que el vodka dejó de hacer efecto. Igual de patético.

Observo mi teléfono, esperando ver un mensaje de Zach o de Faye. No he escuchado de ninguno de los dos hoy. Tal vez se rindieron, y no los culpo por hacerlo. Si pudieran verme ahora, no dudarían en dar la vuelta y alejarse.

Estoy usando tacones de aguja negros, medias de red, y una bata del color de la medianoche. Me retoqué el maquillaje, haciéndome un ahumado en los ojos y pinté mis labios de un rojo que Kim decía que no me quedaba. No me veía como yo, ni siquiera como una versión mía que pudiera reconocer. Estoy nerviosa y consciente de que si Rafe no llega, no me voy a deshacer del nerviosismo y me va a consumir.

Timbre. Llave en la cerradura. Timbre. Llave en la cerradura. Agudizo mis oídos, insegura de cual quiero escuchar.

A las nueve y cuarenta y cinco, suena el timbre. Los ojos de Rafe se abren desmesuradamente cuando abro la puerta, y esa era exactamente la reacción que necesitaba de cualquiera esta noche. Fuerzo una sonrisa pero puedo sentir que no podría importarme menos mostrar algo de alegría.

—Pensé que quería esperar —dice cuando cierro la puerta de mi habitación y comienzo a desabrochar su camisa—. Pero en realidad, descubrí que no hay nada en la vida por lo que valga la pena esperar. Especialmente algo que te dará placer.

Agarro su rostro y lo acerco a mí. El movimiento lo agarra con la guardia baja. Quiero que reaccione, que se ponga salvaje, y me ponga sobre mi espalda. Pero solo se sienta ahí, dejándome retorcerme en su regazo hasta que le digo que se quite los pantalones.

—Wow —dice, su voz se eleva al menos una octava—. Todo está pasando tan rápido. Wow.

Resisto la urgencia de rodar mis ojos mientras me muevo debajo de él.

—Tienes que usar tus brazos para mantenerte elevado —le digo, luchando por aire cuando se posiciona sobre mí—. No puedes solo quedarte encima como un pez muerto.

—Nada de peces muertos. Lo tengo. —Puedo decir que intenta concentrarse por su ceño fruncido y la manera que muerde su labio. Cuando finalmente entra en mí, gime de placer y me cae encima como un pez muerto de nuevo. No siento absolutamente nada aparte de irritación.

¿Por qué alguien que tiene unos brazos fuertes y capaces no tiene la menor idea de cómo usarlos? Me quedo sin aire mientras espero a que termine. Rafe es exactamente la clase de personas que no atiende las indicaciones, porque él tiene su propia manera de hacer las cosas.

Mi irritación se convierte en culpa cuando pienso en Zach. En la manera en la que Zach hace las cosas. Zach es bueno en la cama y hace todo bien sin que nadie le diga nada.

Zach también es grandioso fuera de la cama. Es la clase de chico que cuida a una chica borracha que ni siquiera quería ser su amiga. La clase de chico que te trae sopa cuando estas enferma. De los que no sospechan de una falsa enfermedad cuando en realidad lo estás alejando para acostarte con alguien con quien ni siquiera querías dormir.

Me siento enferma. Esa es la razón por la que no dejaba que nadie se acercara. Es por eso que no quiero un novio. Es por esto no *tengo* un novio.

Entonces *¿Por qué me siento como si lo estuviera engañando?*

Cuando finalmente Rafe rueda sobre mí, pongo las sábanas sobre mi cuerpo, no significa mucho. Rafe ni siquiera me está mirando. Cuando se pone sus jean comienza a reír, comienza como una risita nerviosa y termina en un sonido parecido a un rugido.

—¿Qué es tan divertido? —digo.

—Realmente te debo una.

—No me debes nada Rafe. Espero que hayas aprendido algo. Hazlo bien para tu novia.

Esta es la parte en la que suelo iniciar una conversación acerca de cómo y dónde debe planear hacerlo con ella, cómo tiene que intentar hacerlo especial y memorable. Esta es la parte que más me gusta. Esta noche, ni siquiera puedo imaginarme diciendo esas cosas.

—No. Te lo debo. Me salvaste la vida. —Rafe gesticula salvajemente con sus manos.

—No iría tan lejos Rafe. Es solo sexo. —La irritación en mí crece. Solo quiero que Rafe me deje sola. Y que la gente deje de decirme que estoy salvando sus vidas.

—No es solo sexo. Ahora soy libre.

Coloco la sábana sobre mi cabeza, esperando un discurso acerca de cómo el sexo es

la última expresión de felicidad del cuerpo, o la forma de arte más alta del cuerpo humano. Otro de los chicos nerd de drama, Joaquín, alias el predicador, me dio un discurso similar hace unos meses. Incluso tenía lágrimas en los ojos, aunque por ser un chico nerd de drama nunca se sabe si sus lágrimas son reales o falsas.

—Me alegro que te sientas de esa manera. —Ruedo por la cama, esperando que lo tome como una despedida y se vaya. Pero no lo hace.

—No me entiendes. Y probablemente no debería decirte esto, pero me siento tan abierto ahora. Mi novia, Caroline, ella es una total psicótica. La he alejado, incluso he cambiar mi estatus de relación en Facebook.

Quito el flequillo de mi cara y aparto las sábanas.

—¿De qué estás hablando? —A pesar de que parezco calmada, el miedo reemplaza la irritación. No chequé a Rafe en Facebook antes de que viniera como normalmente hago, ya que lo tenía encasillado como Danny Zuko, la estrella del musical de la escuela Milton. Voy a estar molesta si mis propios estereotipos vienen a mordirme el trasero y acabo de dormir con un idiota sin ninguna razón.

—¡Estoy hablando de la vida! Solo tenemos una, y es demasiado corta para malgastarla con alguien a quien no quieres. Pero Caroline no lo entendía. Me dijo que la única forma en la que me dejaría era si la engañaba. Ahí es donde entras tú.

Me siento en seguida.

—Espera un segundo. ¿Me usaste cómo salida para que tu novia te dejara? Necesitas un par de pelotas Rafe. Eso es patético. Y ella nunca se enterará de todas formas.

Sacude su cabeza.

—No. Te equivocas. Ella se *enterará*. Las cosas siempre se saben, tarde o temprano.

—No, no lo hacen —digo apuntando mi dedo a él—. Nadie se ha quejado acerca de su novia enterándose. Jamás. Ustedes chicos no dicen nada, porque si lo haces estás jodiendo tanto a tus amigos como a ti mismo. Y las chicas no lo saben porque nadie dice nada al respecto. Por eso funciona.

Se pone su camiseta. Muerdo el interior de mi mejilla lo suficientemente fuerte como para sacar sangre. No puedo dejar que Rafe vea cuán inestable estoy.

—Piensas que tienes el sistema perfecto —dice cruzando los brazos—. Pero si lo fuera yo no estaría aquí. Estoy aquí para demostrarte que no lo es. Para mostrarte que algún día, espero que no tan lejano, los vírgenes de Milton no serán los únicos que sepan de ti.

—Eso no es nada amable para decir, Rafe. ¿Puedes imaginar cuántas relaciones se arruinarían?

Se encoge de hombros.

—No es mi problema. Soy un actor, no un maldito galanteador. Estoy buscando ser el mejor.

Apunto a la puerta.

—Eres bienvenido a irte ahora. Y creo que querías decir filántropo, no galanteador. Porque eres la definición exacta de un maldito galante. ¿Y el número uno? Ni siquiera llegas al décimo.

Me da una sonrisa dulce mientras sale, haciéndome desear estar más cerca para golpearlo en la cara.

—Mercedes, espero que no me guardes ningún rencor, porque yo estaré eternamente agradecido contigo. Probablemente te mencione en mi discurso de bodas, una vez que encuentre a la chica indicada. Y estoy seguro como el infierno que Caroline no será.

Cuando se va, salto de la cama y lavo mis sábanas inmediatamente, queriendo desinfectar cualquier cosa que haya estado en contacto con Rafe. Casi no puedo creer que su pene haya estado dentro de mí, y no puedo creer que haya desperdiciado el número catorce con un completo idiota. Y en este momento, los números no me podrían importar menos. Estoy cansada de pagar por adelantado. *Realmente* cansada. Es una lástima que Rafe haya tomado el último lugar, pero esto se está volviendo demasiado raro para mí. Se suponía que los vírgenes me harían sentir como si estuviera en control, pero ahora siento todo lo contrario, como si se hubiera ido deslizándose cada vez más lejos de mí. Tenía que haberme detenido con Evan Brown como lo había planeado, porque desde ese momento todo ha ido en picada.

Apago las luces e intento dormir. Kim no está en casa, y el hecho de que sean pasadas las diez y media significa que hay una buena probabilidad de que ella vaya a pasar toda la noche en algún lugar, con alguien. Las palabras de Rafe hacen eco en mi memoria. *Estas cosas siempre se saben, tarde o temprano.*

Saco mi teléfono. No hay nuevos mensajes. Debí haber pasado la noche ayudando a Zach con la tarea de química. Eso es lo que un verdadero amigo hubiera hecho. Me pregunto qué pensaría y supiera lo que verdaderamente estaba haciendo esta noche.

La presión se construye tras mis ojos, pero me niego a llorar por alguien tan estúpido como Rafe Lawrence. Así que saco mi cuaderno y presiono tan duro como puedo con mi lapicero, tan duro que hago un hueco hasta la siguiente página. No es que importe, desde que la entrada de Rafe va a ser la última que alguna vez escriba. Rafe Lawrence, número catorce. Ni siquiera me molesto en darle una calificación, ya que no se merece ni un cero. En vez de eso obtiene palabrotas

MALDITA MIERDA MENTIROSA. De todos ellos, desearía no haberlo hecho con este.

Mis ojos queman. Las lágrimas quieren salir, pero no las dejaré. Luego escribo lo peor de todo, algo que ni siquiera sabía que era verdad hasta que lo observé en el papel.

Me hizo sentir como si fuera nada. Como si fuera la persona más patética del universo. Tal vez lo soy.

Una lágrima solitaria cae en la página. Y la rayo con rabia, creando un gran círculo negro y pegajoso. Luego garabateo un nombre para Rafe en la parte inferior de la página.

El Mal Actor.

25

El miércoles, manejo a la escuela con la esperanza de que Zach aún quiera salir a almorzar. No hemos comido juntos los miércoles por bastante tiempo. Necesito este tiempo para almorzar. Zach es honesto y serio y no tiene motivos ocultos. Es todo lo que Rafe Lawrence no es, y odio que Rafe Lawrence es la última persona con quien tuve sexo.

Pero cuando entro en el laboratorio de química, me doy cuenta que eso no va a suceder. Zach llegó temprano a clases. Zach nunca llega temprano a clases. Siempre es el último en entrar, usualmente lo hace después que suena la campana. Hoy, está sentado en mi lugar, y no está haciendo la tarea. Le está susurrando en el oído de Faye, y avanza poco a poco hacia la raya de sus jeans. Conozco este movimiento en Zach. Este es el movimiento que Zach usa cuando realmente quiere tener sexo.

Me quedo en la puerta, sin saber si debería hacer notar mi presencia o dar la vuelta y volver más tarde. Zach está moviendo la mano hacia el cabello de Faye, empujándolo detrás de su nuca. Ese movimiento no es de los que Zach hace muy a menudo. Ese movimiento lo hace cuando realmente le gusta una chica. Recuerdo la primera vez que me lo hizo. Fue una de las primeras veces que tuvimos sexo. Evitaba el contacto visual e hice una broma, algo de mantener sus manos donde las pueda ver. Faye no hace eso. Ella sonríe, una sonrisa de megavatios que puede iluminar toda la habitación. Muy cerca de quedarse derretida ante el encanto de Zach.

—¡Mercy! —Angela viene detrás de mí y me hace dar un salto dentro. Zach quita su mano de la oreja de Faye y ambos me miran. Faye muerde su labio y mira hacia abajo. Zach evita el contacto visual y se quita de mi lugar.

—Oh —dice Angela mirándolos con los ojos muy abiertos—. Lo sentimos... no queríamos interrumpirlos chicos.

Comienza a hablar de la última tarea, de cómo no entiende que el yodo más amoníaco crea triyoduro de nitrógeno. En realidad no estoy escuchando.

Estoy agradecida de que la mayor parte de la clase se trate del señor Sellers hablando y hablando. Se supone que debemos estar tomando notas, pero parece que no puedo concentrarme en nada que no sea Zach y Faye. Faye y Zach. No amo a Zach. Tuve tantas oportunidades para ser su novia, pero nunca tomé ninguna. Tiene todo el derecho a susurrar en el oído de Faye, incluso meterle la lengua hasta la garganta. Solo tengo que

conformarme con nuestro acuerdo. Realmente nunca me puse a pensar mucho en si algo... o alguien... se metía en el camino. Y solo porque Faye me invitó a su casa y tal vez casi me dio un beso en un baño, eso no quiere decir que le gusto como algo más que una amiga. Ella está obviamente interesada en los chicos igual que yo.

No sé qué hacer cuando química termina. No quiero ir a mis otras clases, o sentarme a la cafetería en el almuerzo y posiblemente tener que ver a Faye y Zach allí juntos. No quiero tener una pequeña charla con Angela o evitar las extrañas burbujas que tengo en mi estómago cuando Charlie está cerca. No tengo hambre, y de repente estoy muy consciente de la sensación punzante en mi estómago.

Soledad.

Estoy a punto de escaparme por el resto del día, saltarme una clase por primera vez, a pesar de que la idea me llena de ansiedad pues no he recibido mi carta de aceptación de MIT, y aunque el decano de admisiones no sabrá que me escapé un día de clases, aun así no me sentiría bien haciéndolo. Camino por el pasillo lentamente, como si temiera ser atrapada.

Mi aliento queda atrapado en la garganta cuando veo a Faye parada en su casillero. Tengo la esperanza de que no me vea, y acelero el paso un poco, hasta que hacemos contacto visual por el pequeño espejo magnético que tiene en la puerta de su casillero. Incluso sin ver sus labios sé que está sonriendo.

—Mercy —dice haciéndome señas—. Quiero hablar contigo.

Me inclino junto a ella, dejando que mis ojos se desplacen por contenido de su casillero. Ni siquiera ha estado en Milton High por mucho tiempo, pero su casillero ya es un lío de papeles y libros junto a mil brillos labiales. Sujeta su espejo con una brillante y rosada nota de Post-it con un número de teléfono familiar y una dirección. El mío. Zach no está por ningún lado.

Faye presiona las palmas de las manos. Está incómoda.

—Mira, no pasó nada —dice—. Nosotros solo somos amigos. Zach me dijo que ustedes acostumbraban verse. No quiero interponerme entre ustedes.

Tengo la sensación de cierta vacilación en su voz, algo que no me está diciendo.

Cambio mi mochila de un hombro al otro. Faye utiliza tiempo pasado. *Ustedes acostumbraban verse*. Implica que lo hacíamos pero ya no más. Supongo que sería mucho pedir que Zach me lo dijera por sí mismo. Pero así es Zach. Nunca termina lo que comienza. El chico tiene un nuevo hobby cada semana y una serie de proyectos sin terminar en su estela.

Pero nada de esto es culpa de Faye.

—Está perfectamente bien —digo, plasmando una gran sonrisa—. No estoy interesada en Zach. No hay nada en lo que interponerse.

Faye cierra la puerta de su casillero.

—Esto no es mi asunto, pero no estoy segura de creerte. Además, no sé si saldría con él. No es mi tipo usual.

Sé lo que quiere decir. Cuando conocí a Zach antes de que comenzara con las primeras-veces, nunca pensé que era el tipo de chico con el que pudiera dormir. Solo había dormido con un chico cuando Zach fue asignado como mi compañero de laboratorio, y Zach no es igual a Luke. Pero en última instancia eso hizo a Zach atractivo para mí. No sabía que chicos como él existían. No era en nada parecido a Luke. Es tonto y torpe y pasivo, y decía lo siento todo el tiempo, incluso cuando las cosas no eran su culpa. No sabía que chicos como el existían.

Así que pensé que haría mi propio experimento fuera de clases. Le pregunté si quería almorzar conmigo y lo traje a mi casa y esperé a que me siguiera hasta mi habitación. Era tan tímido que pensé que había cometido un error, hasta que lo presioné contra la pared y le di un beso y me lo devolvió. Era tan buen besador que sabía que lo había hecho antes. Y ya que era tan bueno besando, no pude evitar preguntarme en qué más era bueno.

El no quiso llegar hasta el final ese día. Quería llevarme a una verdadera cita, conocerme primero. Pero no se lo permití. Empecé a quitarme la ropa y vi que sus ojos se agrandaban como platos y sabía que lo tenía. Siguió mi ejemplo, me hizo sentir querida, me hizo sentir bien. Nunca pidió más de lo que quería darle.

Nunca comimos el almuerzo ese día, pero consolidamos nuestras citas para almorzar de los miércoles.

Recuerdo que pensé que podría acostumbrarme. Y eso hice.

—Bueno, tal vez podrías darle una oportunidad. —Comienzo a caminar por el pasillo y ella me sigue. No sé por qué lo dije. No me gusta la idea de Faye y Zach juntos, y ella me dio la oportunidad de ser honesta. Pero tal vez es lo mejor. Faye es dulce, bonita, genial y considerada. Todo lo que yo no soy. Probablemente hará feliz a Zach. Ella será capaz de darle lo que yo no puedo.

Estoy sumergida en mis pensamientos llegamos a una esquina y tropiezo con Charlie, lo suficientemente fuerte para que mi boso se caiga de mi hombro al suelo. El impacto hace que se caiga su contenido. Bolígrafos, tampones, agenda, llaves. Y por supuesto, tres condones. Uno de relieves, uno ultra delgado y, un Magnum, los cuales Charlie recoge primero, aguantándose una sonrisa.

Faye y yo nos agachamos a recoger mis cosas. De todas las personas que no quería que viera el contenido de mi bolso, Charlie estaría compitiendo por el primer lugar. No quiero que Charlie sepa que tengo condones, a pesar que no creo que se lo diría a Angela. A todos se nos permite un pequeño secreto. Eso fue lo que dijo en el patio. Ha ido más veces desde entonces, pero me he mantenido lejos del patio trasero y lo veo desde

mi habitación. No quiero que hurgue en mi vida, porque podría encontrar algo que no quiero que sepa.

Charlie me entrega los condones.

—Alguien está preparado —dice, pero ya no está sonriendo.

Faye no es tan sutil.

—¿Qué estás planeando hacer hoy? —pregunta.

—Estos han estado aquí desde siempre —digo agarrando mi bolso detrás de ella. Asiento hacia Charlie y le doy una sonrisa con los labios apretados.

—Te mando mensaje —dice mientras Faye y yo seguimos caminando—. Ya sabes, es importante. —Sonríe de nuevo antes de seguir por otro camino.

Cuando estamos en clase de Economía, Faye me mira con el ceño fruncido.

—Mira, esto es algo raro que decir, pero el novio de Angela estaba mirando hacia tu camisa cuando te agachaste. Creo que tiene alguna cosa por ti. ¿Y te manda textos?

Entrecierro los ojos. Primero Zach y ahora Faye.

Justo después del baile intercambiamos mensajes. *Honestamente, estoy preocupado por ella.*

No debería estar haciendo esto.

—Charlie no estaba mirando mi camiseta —digo de golpe—, y me manda mensajes de texto sobre algo que ver con Angela. Algo que no es tu asunto.

Faye se quita la chaqueta y la cuelga en la parte de atrás de su silla. Su escote está completamente expuesto. Si Charlie estaba mirando sería a ella, y en realidad no podría culparlo.

—*Miau* —dice, pero no puedo asegurar que esté herida—. Alguien tiene serios problemas de síndrome premenstrual. Supongo que no me vas a prestar algunos de esos condones.

—Tómalos todos —digo sacando las envolturas de aluminio del bolso y tirándolas en su carpeta—. A pesar de que estoy segura que la señora Hills tiene muchos en su gaveta que felizmente te daría.

Faye se ríe. Una persona normal probablemente los escondería, pero ella simplemente los deja allí, lo que provoca algunas miradas raras de nuestros compañeros de clases.

—Oh, ¿y Faye? La pregunta correcta habría sido preguntarme si te puedo darte uno. Un préstamo que implicaría que me vas a dar uno de nuevo. Pero por favor no lo hagas.

Ella se echa a reír.

—Eres una perra. Pero me gusta eso en ti. —Pero el aire entre nosotras está repleto de cosas no dichas. No quiero pensar en Faye poniéndole uno de esos condones a Zach, pero no es algo que pueda decir sin sonar completamente loca.

Me remuevo en mi asiento junto Angela. Angela no aparece. Reviso mi teléfono para ver mensajes perdidos, pero solo veo uno nuevo de Charlie.

Quiero adelantar la cita. Planear algo especial para Angela para el próximo fin de semana. ¿Nos encontramos en tu casa después de la escuela?

Le devuelvo el mensaje antes de decir no, o decirle que mejor nos encontramos en algún lugar de la escuela. Probablemente quiere asegurarse de que Angela no nos descubra. Tal vez ella habló con él y sabe que el sexo está fuera de la agenda. Tal vez él tiene mi lencería.

Por supuesto. Te veo ahí.

Él me devuelve una cara sonriente con un guiño, que siempre he pensado que es una sonrisa coqueta. La reconozco por los mensajes de texto que Zach enviaba antes y después de acostarnos, que generalmente se van a territorios más gráficos.

Alguien se sienta a mi lado, pero no es Angela. Es Zach.

—¿No deberías estar sentado al lado de tu novia? —digo antes de poder detenerme.

—No tengo novia —susurra mientras la señora Hill divagaba con una lectura sobre el estrógeno y los ovarios—. Pero necesito un favor.

—¿Qué clase de favor? —susurro devuelta—. Supongo que no es uno sexual.

—Necesito que seas mi tutor hoy en la noche —dice—. En serio. Estoy hasta el cuello, y necesito ayuda. ¿Estás dentro o fuera

Una ola de alivio me cubre. Asiento con la cabeza, sintiéndome de repente diez kilos más ligera. Faye no va usar esos condones con Zach esta noche si está conmigo.

—Ven esta noche —digo—. Tú, yo y mis muy buenas notas.

Su rostro rompe en una sonrisa.

—Gracias, gracias, gracias —dice—. Tú...

—Por favor no digas que salvé tu vida —susurro.

—Eso está aún por determinarse —dice con un guiño.

Vuelvo mi rostro a la pizarra y de repente recuerdo que debo encontrarme con Jillian después de la escuela. Tiene mañana un examen y se supone que debo interrogarla con las tarjetas de memoria que hice ayer por la noche. Todas las preguntas que hice para probar sus conocimientos de estequiometría. Le mando un mensaje a Charlie.

Que sea una hora después de la escuela. Tengo tutorial primero.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo casi de inmediato.

Claro. Esto no va tomarnos toda la noche.

Escribo a un lado de mi carpeta, donde se supone que debo estar tomando notas sobre lo que la señora Hill está hablando. En vez de eso le escribo una nota Zach.

¿Puedes venir a las siete?

Su brazo se detiene en el papel un largo tiempo, pero cuando me empuja de nuevo la carpeta solo hay tres palabras. Tres palabras y una cara sonriente con un guiño.

A las siete es perfecto. ;)

Todavía estoy sonriendo cuando me encuentro con Jillian en el salón de química al sonar la última campana. Ella lo nota.

—Estás feliz por algo —dice después de arruinar su segundo intento de balancear las reacciones de redox.

Encojo los hombros. Estoy pensando en Zach. Que todavía quiere mi ayuda a pesar de que lo he rechazado tantas veces.

Me sigue perdonando.

Me pregunto que más me perdonaría.

Le doy una mirada al gigante reloj en la pared antes de hacer un diagrama en un trozo de papel cuadrado. Tengo que encontrarme con Charlie en media hora, pero no me voy hasta que Jillian entienda esto. Le debo mucho.

—Solo recuerda esto —digo, golpeando mi lápiz contra la página—, la ecuación tiene que ser separada primero en dos medias reacciones. Cada media reacción se equilibra por separado antes de añadir las ecuaciones para dar una reacción total equilibrada.

Extraigo una fórmula para cada media reacción. La parte de la reducción y la parte de la oxidación. Todo lo que Jillian tiene que hacer es seguir la formula. ¿Por qué es tan difícil para ella cuando para mí solo es blanco y negro?

—Supongo que es solo un acto de balance —dice frotándose las sienes—. Como todo en la vida, ¿verdad?

Me mira como si estuviera esperando una respuesta.

—Cierto —digo, a pesar de que mi estómago comienza a sentir náuseas cuando lo digo. Me siento un completo fraude. No sé nada acerca de un balance. Sé todo acerca de números, pero no puedo leer a la gente para salvar mi vida. Tal vez Zach está con Faye ahora. Tal vez llegue a mi casa oliendo a ella. Tal vez cuando termine la tutoría terminará también conmigo, al igual que Faye. Ellos serán felices juntos y yo voy a estar cerca, mirando desde ahí.

—¿Sabes?, eres una buena maestra —dice cuando hemos terminado, después de que aprueba el examen que hice para ella y empaca las tarjetas de memoria para poder estudiar

en su casa esta noche—. Mucho mejor que el señor Sellers. Podrías hacer su trabajo mejor que él.

Me río, pero suena vacío. Por alguna razón pienso en Tommy. *¿Por qué yo? ¿Por qué Jillian?*

—Voy a pasar este examen —dice agarrando sus libros de texto contra su pecho, como si toda la sabiduría que hay en ellos se transferiría a ella—. Necesito setenta en esta clase. Y lo voy a conseguir, gracias a ti.

Le doy una sonrisa con los dientes apretados. Me golpea cómo los números son importantes para todo el mundo. Jillian necesita un setenta. Perdí mi virginidad a los trece. He dormido con catorce chicos. Charlie quiere celebrar sus dos años con Angela. El mal actor que se merece un cero.

Pero el único número que es importante para mí en este momento es el siete.

Siete es perfecto.

26

Charlie llega a casa antes que yo. Está sentado en el porche, con la mochila en sus pies, fumando un cigarrillo. No me sorprende que llegara aquí primero, ya que voy quince minutos retrasada. Qué extraño lo del cigarrillo. Se supone que Charlie está en contra de fumar, al menos de acuerdo con Angela. Me pregunto cuántos otros secretos está guardándole.

—Tú no fumas —digo, mientras abro la puerta para entrar.

—Quería probarlo. —Se pone de pie y se cuelga la mochila del hombro.

—Bueno, no puedes meterlo en la casa —digo—. Kim tendría un ataque de histeria. Es estrictamente anti-nicotina esta semana. Deberías haberla visto en su fase de fumadora empedernida.

—Vaya mierda —dice Charlie, apagando su cigarrillo con su zapato.

Lo guio a la cocina, deseando poder cerrarle la puerta en su lugar. No lo quiero en mi casa. Pero no tengo ninguna razón para impedirle entrar.

—¿Dónde está tu mamá? —pregunta.

—Ni idea. Probablemente en Pilates. O tal vez en el bar. —Me rio con amargura y vierto agua en un vaso—. ¿Quieres algo de beber?

Mira su muñeca a pesar de que no lleva reloj.

—Bueno, deben ser las cinco en punto ahora. Y eso significa que el bar está abierto.

—¿Quieres una bebida real? ¿Ahora? —Cruzo mis brazos. Esto no es como es Charlie en absoluto.

Se encoge de hombros.

—¿Por qué no ahora?

Me apoyo en el mostrador sobre mis antebrazos.

—Pensé que querías que te ayudara con algo que estás preparando para Angela.

Se inclina más cerca.

—Lo hago. Pero esperaba estar inspirado antes de comenzar.

Miro su rostro. Parece lo suficientemente serio, con las comisuras de los labios curvados en una pequeña sonrisa. Cualquier cosa que sea que está planeando, está nervioso al respecto, y supongo que el alcohol lo lleva al límite.

Y a pesar de que ya no quiero ser parte de su plan, es demasiado tarde para volver atrás.

—No creo que sea buena idea —digo.

Pero Charlie viene detrás de mí, aparta mi rodilla con la suya y abre el armario donde Kim mantiene su alijo de licor.

—No estés tan tensa —comenta, tomando una botella de algo de color ámbar.

—¿Cómo supiste dónde encontrar eso? —inquiero, mientras abre el armario donde está guardada nuestra cristalería. Es enervante cómo Charlie conoce exactamente tan bien esta cocina.

—Tu mamá es bastante genial. Algunas madres te ofrecen limonada después de hacer el trabajo en el jardín. La tuya me ofrece un té helado Long Island.

Pongo los ojos en blanco.

—Bien —digo—. Pero vamos a ir arriba.

Por extraño que sea que Charlie ataque el gabinete de licor de Kim, sería mucho peor que Kim llegara a casa y Charlie estuviera en su cocina. Ella sin duda lo metería en una estúpida conversación y probablemente añadiría insinuaciones sexuales. Charlie tiene dieciocho, totalmente legal, así que estoy segura de que Kim ha ligado con él al menos una vez.

—Eres la jefa —dice, mientras subimos por las escaleras.

Camino más rápido de lo habitual. Sé que mi falda es corta y no quiero saber si Charlie puede ver algo.

Cuando estamos en mi habitación, me siento con las piernas cruzadas en mi silla del escritorio para evitar la incomodidad que se produjo cuando los dos nos sentamos en la cama la última vez.

—¿Por qué odias a tu mamá? —cuestiona Charlie, desenroscando la tapa y tomando un trago directamente de la botella.

—¿Disculpa? —digo, sorprendida por su brusquedad.

—Solo es que parece que realmente la odias —comenta, sentándose en el borde de mi edredón—. En realidad es bastante genial para una mamá.

—Sin ofender, pero prefiero no hablar sobre Kim —digo, sujetando los apoyabrazos de la silla—. Estamos aquí para hablar de ti y Angela. —Resisto la tentación de añadir: *y no sabes absolutamente nada acerca de nuestra jodida situación familiar, así que no pretendas que lo haces.*

—Ella solo quieres que seas feliz —habla, levantando la botella a sus labios—. Quiere que encuentres un novio.

Entrecierro los ojos.

—¿Kim te dijo eso? ¿Por qué hablaría de eso contigo?

Se encoge de hombros.

—Hablamos de muchas cosas. Dice que no has encontrado a nadie especial aún. Me dijo que tiene esperanza cada vez que alguien nuevo se acerca.

Fijo la mirada en mis dedos, sujetos en los apoyabrazos. Los estoy agarrando con tanta fuerza que los nudillos se vuelven blancos. Sabía que Kim era una madre terrible, pero no creí que se rebajaría tanto como para hablar de mi vida amorosa con el novio de mi mejor amiga. Supongo que estaba equivocada.

—Está llena de mierda —digo con los dientes apretados—. Si alguien nuevo se acerca, es uno de los suyos.

Charlie alza una mano en gesto de rendición.

—Vaya, relájate. No quise decir nada. No mates al mensajero.

Relajo mi agarre y me obligo a sonreír.

—Bueno, suficiente acerca de las fantasías estúpidas de Kim. Ahora, vamos a ver lo que estás planeando para Angela.

—Estamos llegando a ello —dice—. Es una especie de gran cosa.

—Estoy segura de que le encantará, sea lo que sea —le aseguro—. Simplemente no te presiones demasiado. Sin estrés. Estoy segura de que será algo que nunca olvidará. —Digo las palabras, pero en realidad no quiero hacerlo.

Charlie toma otro trago de ron y sacude su cabeza.

—¿Cómo haces eso?

—¿Hacer qué?

Pone la botella en el suelo y extiende los brazos sobre su cabeza. Su cuello hace un sonido crujiente.

—Nunca lo adivinarías, pero sé que es verdad.

Pongo mis rodillas contra mi pecho.

—Creo que ya has bebido suficiente, Charlie. Ni siquiera sé a qué te refieres. Entiendo que estás nervioso sobre... lo que sea que estés nervioso, pero no vas a encontrar ninguna respuesta en el fondo de la botella.

Asiente, como si acabara de decir algo increíblemente profundo. Luego se levanta y da una vuelta alrededor de mi cama.

—Tienes razón. Lo siento. No más ron para Charlie.

Echo un vistazo al reloj de la mesita de noche. Son casi las cinco. Zach viene a las siete. Desearía haberle dicho que viniera más temprano. De repente, quiero cualquier excusa para deshacerme de Charlie. Por no mencionar que la forma en que se está refiriendo a sí mismo en tercera persona, me está asustando.

—Por lo tanto, señorita Mercy, ¿dónde puedo encontrar las respuestas? —Mueve sus brazos en un gesto exagerado.

—Aquí —digo, medio con sarcasmo, señalando mi corazón. Espero que se ría, que me llame listilla. Algo excepto lo que en realidad hace.

Trata de besarme.

Está sobre mí tan rápidamente que no tengo tiempo de apartarme. Giro mi cabeza justo a tiempo para que sus labios contacten con mi mejilla en vez de mi boca. El olor del ron en su aliento hace que mi estómago se revuelva y uso mis manos para empujarlo hacia atrás. Excepto que mi silla giratoria queda atrapada en algo en la alfombra y se atasca, dándole otra oportunidad para lanzarse sobre mí. Esta vez, casi me tiro de la silla para evitarlo.

—Charlie, ¿qué mierda estás haciendo?

Su respiración es jadeante y comienza a reír, lo que me confunde y enoja aún más. Debería haber insistido en que nos encontráramos en la escuela. Esto nunca habría sucedido allí.

—No luches contra esto —dice, cada vez más cerca—. Hay esta cosa entre nosotros. Se está volviendo cada vez más fuerte.

—¿Qué cosa? No hay anda aquí además de un mutuo amor por Angela. —Me levanto de mi silla y apunto hacia la puerta—. Creo que deberías irte. Estás borracho.

—Angela. —Charlie se frota la barbilla con la mano, como si estuviera pensando profundamente—. Angela quiere tanto. Angela quiere esperar hasta que estemos casados. Y, al parecer, la mejor amiga de Angela, Mercy, piensa que es importante estar segura. —Me fulmina con la mirada y me doy cuenta de que sabe que hablé con Angela.

Lo sabe y está cabreado.

—No puedes cambiar su mente —digo, cruzando los brazos sobre mi pecho—. Y no deberías querer hacerlo. Es tu novia. Se supone que debes respetarla. Y si te vas ahora, no voy a decirle nada de esto. —Espero que no se dé cuenta de que esto es una completa mentira. Tengo totalmente la intención de decirle a Angela todo acerca de lo que acaba de pasar en el momento en que Charlie finalmente salga de mi dormitorio.

Imita un jadeo.

—¿Si me voy ahora? ¿Me estás amenazando?

Asiento.

—Si lo quieres tomar como una amenaza, adelante. Pero sal ahora. Antes de que te eche yo misma.

—No vas a hacer eso —dice—. Hay algo que necesitas hacer por mí, primero.

—¿Y eso qué podría ser?

Se sienta en la cama y acaricia el espacio vacío a su lado.

—Quiero que me des mi primera vez. Por lo que he escuchado, eres buena en eso.

27

De todas las cosas que pensaba que Charlie podía decir, que estaba borracho, que estaba nervioso, que lo lamentaba por asustarme, *esa* no era una de ellas. Mi garganta se oprime, como si mi corazón hubiera saltado en ella y bloqueara el suministro de aire al resto de mi cuerpo. Puedo escuchar los latidos de mi corazón, fuerte y con pánico, como una alarma de incendios saliendo de mí.

Pero no le doy a Charlie la satisfacción de mi pánico. En su lugar, sigo mi primer instinto... hacerme la tonta para averiguar cuánto sabe de verdad.

—No voy a dormir contigo, Charlie. No sé de dónde sacaste esa idea, pero quítatelo de la cabeza.

Estira sus piernas y acaricia el edredón.

—Así que aquí es donde sucede toda la magia. Tengo que decir que, cuando me enteré de lo que haces, no lo creí. Pero lo descubrí por mí mismo. —Sonríe, una sonrisa maníaca que me hace sentir como si estuviera a punto de vomitar.

—¿Qué quieres decir con que lo averiguaste por ti mismo? —Caigo en mi silla giratoria porque me temo que mis piernas cederán en cualquier momento.

—Bueno, no tomo las cosas al pie de la letra. Los rumores son rumores. Y lo que se dice en los vestuarios, se dice en los vestuarios. Pero oí a Connor Reid allí un día, diciéndole a un par de chicos como fue que él finalmente folló con su novia. Con tu ayuda.

Cruzo los brazos delante de mi pecho, luchando contra una nueva ola de pánico. Connor Reid, el número cuatro, alias el Gritón. Excepto que cuando me acosté con él, no jugaba al fútbol. Jugaba béisbol, así que pensé que estaba a salvo. ¿Exactamente hace cuánto tiempo que sabe Charlie sobre mí?

Lo miro fríamente.

—¿Y qué? Algún tipo tiene una fantasía sobre mí. Gran cosa.

Charlie niega. Sigue sonriendo con esa sonrisa de comemierda.

—Eso era lo que pensaba, también. Pero tenía algunas preguntas, así que te seguí. Resulta que tienes un gran número de seguidores y no solo en el círculo social. Me imaginé que *tantas* personas no podían ser todas mentirosas. Así que hice mi tarea.

—¿Y? —Mi voz suena mucho más temblorosa de lo que me gustaría.

—Y definitivamente estás a la altura de tu reputación. —Se mueve hacia arriba en el edredón hasta mis almohadas. Tengo cada vez más náuseas mientras lo observo saquear a través del desorden en mi mesita de noche, donde está mi ordenador portátil. Cuando extiende la mano para mostrarme, está sosteniendo un pequeño orbe plata y negro.

»Una cámara web. —Curva sus dedos alrededor del orbe—. Tenía que verlo por mí mismo, así que hice que un amigo la pusiera. Creo que lo conoces íntimamente. ¿Podría haber querido vendarte los ojos? Y Dios, había mucho para ver.

Mastico el interior de mi mejilla para evitar vomitar.

—Estás bromeando. Eso no es una cámara web. Es un truco.

Charlie baja la mirada a su mano y comienza a contar los nombres con los dedos.

—Después de Juan, fue Jeremy Roth, dos veces. ¿O eran tres? Y ese chico Zach, pero ya sospechaba que lo estabas haciendo con él. Y terminaste con Rafe Lawrence. Me encantó ese, fue lo mejor. Todo negro y esos labios rojos. —Junta sus propios labios.

Mis ojos se mueven entre la cámara y la sonrisa en el rostro de Charlie. Soy muy consciente de que estoy atrapada aquí, atrapada en mi propia habitación. Charlie probablemente puede leer la sorpresa en todo mi rostro y tal vez también el pánico. Así que pruebo una nueva táctica. Honestidad.

—¿Qué quieres, Charlie? ¿Quieres que lo admita?

Golpea ligeramente los dedos sobre mi mesita de noche.

—Quiero que hagas lo mismo por mí, lo que le hiciste a ellos. Esos son mis términos. Si no cumples, voy a mostrar ese video a todo el mundo y a toda la escuela para que sepan exactamente lo que has estado haciendo con sus novios y escribiendo en ese pequeño libro tuyo.

—¿Pero por qué? —le digo, alzando la voz—. ¿Por qué te importa lo que haga y con quién?

—Eres la culpable de esto —responde, chasqueando la lengua contra los dientes—. Al principio, solo quería saber si era cierto. Pero, entonces, tuviste que ir y arruinar toda mi sorpresa. Ella sabe que tengo algo planeado. Dejó claro que no iba a entregarse hasta que no estuviésemos casados, así que pensé, ¿por qué no venir a ti? Obviamente, estás lista y dispuesta.

Mi rostro está en llamas, pero trato de no reaccionar externamente, a pesar de la forma en que mi corazón golpea con fuerza contra mi caja torácica. Si no está mintiendo y hay un video, definitivamente voy a tener que cambiar de escuela. Pero ésa es una perspectiva mucho mejor que traicionar a mi mejor amiga. Eso es algo que nunca haría.

Cuando no digo nada, echa la cabeza hacia atrás y se ríe. El sonido me pone los vellos de punta.

—Simplemente no entiendo —dice—. ¿Por qué alguien que echa tantos polvos querría impedirme hacer lo mismo? ¿Qué ganas con eso? —Entrecierra sus ojos—. O tal vez quisiste esto todo el tiempo. Que mi primera vez fuera contigo.

—No voy a acostarme contigo, Charlie —digo firmemente—. El chantaje no va a funcionar conmigo. —De alguna manera, mi voz sale mucho más fuerte de lo que me siento.

Frota su mandíbula con la mano y niega. Al principio, no dice nada y espero que se dé cuenta exactamente de lo ridículo que es su plan en realidad. Pero entonces, levanta la mirada y la mezquindad en sus ojos no deja ninguna duda en mi mente.

—Temía que dijeras eso —dice, y está sobre mí antes de que tenga tiempo de reaccionar. Cuando trato de zafarme de la silla, la empuja contra la pared y me atrapa allí. Su rodilla se presiona contra mi pecho y agarra mis senos rudamente con sus manos—. Sé lo que te gusta —dice—. En tus palabras, un toque firme y decidido. Excepto que me gusta tocar un poco más duro que eso. —Envuelve sus manos en mis hombros. Muevo mi mano libre y me las arreglo para arañar su rostro con mis uñas, lo suficientemente profundo como para sacar sangre—. Puta. —Pone los dedos en su mejilla y se queda mirando la sangre, como si fuera de otra persona. Uso la distracción para tratar de darle un rodillazo en la ingle, pero él solo me acerca más—. Sabes que lo quieres —dice—. Veo la forma en que me miras. Deja de luchar contra ello.

Mi corazón late con fuerza y quiero gritar, golpearlo de nuevo, huir. Mi mente se acelera. *Ve a por sus puntos débiles. Rodillas. Garganta. Nariz. Ojos.* Pero estoy paralizada, atrapada en mi propio miedo como una mosca enredada en una telaraña. Cierro los ojos con fuerza, esperándolo. Esperando lo que sea que va a hacer.

Pero me suelta y deja caer sus brazos a los lados. Abro mis ojos. *Corre. Corre. Corre, Mercedes.*

No corro. No estoy en control, justo igual a como no estuve en control hace cuatro años con Luke. Soy la misma chica de trece años que actuó como si estuviera en los veinte.

Charlie se inclina acercándose y agacho mi cabeza y me encojo. Su aliento caliente llena mi oído.

—Ni siquiera pienses en decirle a nadie —susurra—. Le dices a alguien y te destruiré. Todo el mundo verá ese video. Y tendré que decirle a Angela cómo me sedujiste también.

Mi respiración queda atrapada. No puedo respirar. No puedo funcionar. Me preparo. Pero él se aleja de mí. Cada paso se siente como un millón de kilómetros. No es hasta que está en la puerta que me doy cuenta de que se va. En el momento en que está fuera de mi habitación, mi cuerpo comienza a escuchar a mi mente y cierro la puerta y me desmorono en el suelo con las manos envueltas alrededor de mis rodillas. Postura protectora, del tipo que nos mostraron en caso de terremotos.

Lo oigo bajar las escaleras, el sonido de sus botas es un ruido sordo cuando golpea el rellano. Entonces escucho el portazo.

Mis manos comienzan a temblar incontrolablemente. El sonido de mi propio latido del corazón está en todas partes, la banda sonora de mi fracaso. Pum, pum. *Cobarde. Débil.* Pum, pum. *Víctima. Mentirosa.* Me dije que nadie me controlaría, no después de Luke. Pero aquí estoy, en un montón en el suelo otra vez. Nada ha cambiado. Yo no he cambiado.

No sé cuánto tiempo me siento allí, si se trata de unos segundos o de horas. Me siento en el suelo hasta que escucho que la puerta se abre. Mi cuerpo se tensa cuando creo que podría ser Charlie, pero el clac-clac-clac en el suelo de baldosas solo podría provenir de los tacones de aguja de Kim.

Debería levantarme y bajar y decirle todo a Kim.

¿Pero qué iba a decirle? No me creería de todos modos. Probablemente estaría del lado de Charlie. Solo puedo imaginar a Charlie flexionando sus músculos y diciéndole su lado de la historia. *Ella me sedujo. Me invitó a su habitación. ¿Qué podía decir?*

Debería llamar a Angela. Angela necesita saber.

Esta vez, me pongo de pie con piernas temblorosas. Mi teléfono está en mi escritorio y recuerdo vagamente que estaba vibrando antes, pero no hago ningún movimiento por alcanzarlo. Me dejo caer en la cama en su lugar y miro hacia el techo, como hice tantas veces antes, pero esta vez es diferente. Esta vez, veo todas las grietas, la tela de araña que se forma en una esquina. La sirvienta realmente debe deshacerse de eso.

No puedo decirle a Angela, porque si lo hago, toda la historia saldrá. Voy a tener que decirle por qué Charlie me amenazó con destruirme. Y no sé de qué lado estaría ella. No sé si me creería. Charlie es un novio perfecto, el que está dispuesto a esperar hasta el matrimonio. El saludable y cuidadoso chico que le dio el anillo de promesa. La estrella de fútbol, el atleta con un corazón de oro.

Y yo soy la chica que durmió con los novios de todas.

Nadie me va a creer.

Todo este tiempo pensé que estaba en control, manteniendo la ventaja para mí, diciendo la última palabra, jugando con mis reglas. Pero no lo he estado, en realidad no. Porque he tenido la oportunidad de defenderme y me quedé congelada. Un ciervo ante los faros, al igual que con Luke.

Mi cuerpo pasa de sentirse ligero e insustancial, como si no estuviera realmente aquí en absoluto, a sentirse como que una roca se ha asentado en la boca del estómago, sus bordes dentados extendiéndose por todas partes. Fue diferente con Luke. Yo era diferente con Luke.

¿Lo era?

Pero tal vez lo hubiera merecido, de todas formas. Dejé a catorce personas de nuestra escuela entrar a mi habitación por la misma cosa que Charlie quería de mí: una primera vez. ¿De verdad creía que no lo averiguaría, tarde o temprano?

No pasó nada. No pasó nada. Estoy a salvo.

Pero no puedo deshacerme de este lío tan fácilmente. No puedo empujarlo a algún lugar oscuro en la parte posterior de mi cabeza y olvidarme de ello. Traté de hacer eso con Luke, para cubrirlo. Enterrarlo. Y, en cambio, casi acaba de ocurrir de nuevo, como una versión enfermiza de déjà vu.

Esta vez, no puedo pretender que no pasó nada.

28

—Toc-toc, toc-toc. —La voz es acompañada por un *rap-rap-rap* en mi puerta. Los diez primeros segundos creo que es solo otro día normal, uno en el que he dormido de más. Pero entonces todo viene flotando de regreso. Charlie. Sus manos en mis hombros. Su aliento en mi oído.

Su amenaza.

—Toc-toc, Mercedes. Vas tarde.

¿Desde cuándo Kim siquiera sabe a qué hora se supone que vaya a la escuela? ¿Desde cuándo Kim sabe algo de mí?

Kim comienza a sacudir el pomo de la puerta, estoy agradecida de haberla bloqueado. Solo puedo imaginarme su impaciente mano huesuda, con todos sus brazaletes chocando contra el pomo.

—Cariño, no deberías ponerle cerrojo. Y vas a llegar tarde a la escuela.

Abro la boca para gritarle algo, probablemente hubiera sido una blasfemia, pero las náuseas vienen. Me estiro por el cesto de la basura al lado de mi cama justo a tiempo para vomitar. Espero que Kim grite a través de la puerta, probablemente que la bulimia arruina el esmalte dental. Pero afortunadamente el golpeteo y el jugueteo en la puerta cesa y escucho sus pasos alejándose.

Me paro lentamente. Me duele la cabeza. Instintivamente agarro el teléfono celular, aunque esté asustada de ver lo que me espera. Siete llamadas perdidas y nueve mensajes de texto, todos de Zach. Mierda. *Zach*. Nuestra cita de estudio, la que le estuve prometiendo por tanto tiempo. Leo los mensajes con los ojos borrosos por las lágrimas.

Oye, voy a llegar un poco tarde. ¡Espero que esté bien! Si no está bien, voy a llevar comida china así que con suerte eso te hará cambiar de opinión.

Oye, estoy en tu entrada. Tu jeep está aquí así que sé que estás en casa. Estoy tocando. ¿Quieres dejarme entrar?

Está bien, ahora me voy a comer tu rollo primavera. ¿No puedes escuchar el timbre?

Quisiste decir esta noche, ¿verdad? ¿No otra noche? Sabía que debería haber escrito estas cosas.

Bien, ahora me voy a sentar en tu porche porque me estoy preocupando un poco.

He llamado las suficientes veces para ser considerado un acosador oficialmente. Por favor llámame si recibes esto.

Esto es raro. El novio de Angela acaba de salir de tu casa. ¿Hay algo que debería saber?

Todavía estoy aquí, esperando.

Me voy ahora. Supongo que te veré por ahí.

No lo llamo de regreso, incluso aunque mis dedos se ciernen sobre el teclado de mi teléfono. He mentido sobre mucho, mantenido tanto de mi vida en secreto que no hay forma de que Zach pudiera entenderlo. Si él supiera la verdad, nunca me hablaría de nuevo. Y en realidad no podría culparlo.

Apago mi teléfono en su lugar.

Considero quedarme en casa hoy, inventar alguna enfermedad misteriosa. ¿Pero qué haría, y a dónde iría? Así que me paro lentamente y me arrastro hacia el baño y abro la llave de la ducha, incluso aunque no planeo entrar en esta. El pensamiento de pararme para lavar mi cabello y enjuagarlo es demasiado complicado, y no puedo permitirme el tiempo que se necesitaría para secarlo y peinarlo después. Así que dejo correr el agua mientras me siento en el retrete.

La única cosa peor que ir a la escuela hoy, sería no ir a la escuela hoy. Y está Angela. Angela es la razón por la que debo ir a la escuela hoy. Aprieto mi mandíbula con determinación y miro mi rostro en el espejo, permitiéndome verme más fuerte de lo que me siento. Esto no es más sobre mí. Tengo que contarle a Angela exactamente lo que Charlie hizo.

Y eso también significa decirle por qué.

En el último minuto, no salgo de mi cuarto en la mugrienta sudadera y la camiseta de gran tamaño en la planeo ir a la escuela. Escogí esa ropa porque no puedo soportar la idea de alguien mirándome de la forma en que Charlie lo hizo anoche. Pero esconderme bajo capas de ropa sin lavar y poco atractiva simplemente atraería más atención hacia mí. Charlie podría haber ganado. Y poner una sonrisa es una de las cosas más difíciles que alguna vez he hecho, pero me obligo a hacerlo. Justo como me obligué a ponerme una blusa ajustada, una con un escote lo suficientemente alto para cubrir las marcas circulares que sus dedos dejaron en mi clavícula.

Así como me obligo a pavonearme por el pasillo, a tomar mis libros del casillero y a permanecer despierta en el primer periodo, incluso cuando mi cabeza se sentía tan pesada para que mi cuerpo la sostuviera y las personas parecían pasar a mi lado en cámara lenta, como si fueran parte de una realidad alternativa. Afortunadamente no es química, porque no creo poder haber mantenido la sonrisa si Zach y Faye estuvieran cerca. Pensar en Zach me hace querer derrumbarme inexplicablemente. Tengo una ardiente urgencia por

decirle todo. Tal vez heredé más de Kim que sus ojos y pómulos. Tal vez soy una tramposa y una mentirosa, también, alguien que no mejora las relaciones sino que arruina la vida de las personas. Tal vez fui derrotada por mi propio sistema.

Tal vez recibí lo que me merecía.

No veo a Angela hasta el almuerzo, en la cafetería. Y no está sola. Charlie está al otro lado de la mesa de ella, sosteniendo su mano, mirándola comer su sándwich de mantequilla de maní. Angela siempre come un sándwich de mantequilla de maní para el almuerzo, desde hace tanto tiempo como la conozco. Solía encontrar su falta de deseo por la variedad molesto, pero hoy no. Necesita ser protegida. Pero no puedo protegerla aquí. Tengo que conseguirla sola primero, y eso significa hacer sentir a Charlie como si no hubiera razón para que le fuera a contar todo. La única forma de hacer eso es pretender como si nada hubiera pasado. Tomo una profunda bocanada de aire. Incluso aunque la cafetería está iluminada y llena de charlas despreocupadas, Charlie hace que quiera soltar mi bandeja del almuerzo a la basura y correr.

Pero no puedo correr. No puedo darle la espalda a Angela. No ahora, no cuando más me necesita. Así que avanzo, un pequeño paso a la vez.

Paso al lado de otras personas y mesas, manteniendo mis ojos fijos en el sándwich de Angela. La bandeja de mi almuerzo tiembla en mi mano y la mesa parece a millones de kilómetros de distancia, pero llego allí, con las piernas sintiéndose más inestables con cada paso. Angela y Charlie no han alzado la mirada para verme, lo que es probablemente lo único que evita que me vaya. No creo que pueda lidiar con la sonrisa socarrona de Charlie, la expresión de victoria que probablemente está llevando. Obligo a mis labios a sonreír mientras me acerco a la mesa. *Pretende que nada ha sucedido.*

—Dios, tuve el peor examen en la clase de inglés. El señor Bell tiene la mente tan estrecha. No pudo entender mi teoría sobre Ofelia. —Me dejo caer al lado de Angela.

—No digas eso —dice Angela, sacudiendo la cabeza.

—Lo siento, pero el señor Bell tiene una mente extremadamente estrecha.

—No, no digas Dios así. —Me da su mejor mirada de “reprimenda”, la cual no es muy reprimedora en absoluto. Angela no es del tipo disciplinado, lo cual es una de las razones por las que la amo tanto. Es demasiado honesta para ser otra cosa más que ella misma. Su boca se retuerce en una risa. Me concentro en esa sonrisa.

—¿Cuál era tu teoría sobre Ofelia? —dice Charlie.

Su voz hace que el vello en la parte de atrás de mi cuello se erice, y puedo sentir escalofríos por todos mis brazos. Angela está felizmente comiendo su sándwich, inocente al siniestro tono de su voz que yo no puedo evitar notar. Me obligo a mirarlo y me obligo a hacer más profundas las marcas rojas en su mejilla y mirarlas sangrar. Me pregunto cómo le explicó eso a Angela.

—Mi teoría sobre Ofelia era que no estaba loca en absoluto. Algunas personas simplemente son mejores mintiendo que otras. —Muerdo mi manzana y me obligo a tragar, incluso aunque el movimiento se siente como tragar vidrio.

—Como sea —dice Charlie. Levanta la mano de Angela de la mesa y la besa—. Tengo que irme a la biblioteca a estudiar —dice—. Pero tengo el presentimiento de que voy a ganar este examen. Por alguna razón, dormí genial. —Salta de su silla y sopla un beso en dirección a Angela. Ella no se da cuenta cuando se da vuelta una segunda vez, pero yo sí. Esa mirada estaba reservada para mí, una mirada que dice *Te estoy vigilando, así que no te pases de la raya*.

—¿Qué le pasó a la cara de Charlie? —pregunto cuándo se ha ido.

—Oh. Tuvo una pelea con su gato, y el gato ganó.

Asiento. Que excusa más patética. Aparentemente soy el gato ahora. Excepto que no me siento como si hubiera ganado.

—Escucha, Angela, ¿podemos vernos después de la escuela? Esperaba que pudiéramos hacer algo. —Supongo que “hacer algo” suena más legítimo que “tenemos que hablar”, lo que solo la asustaría.

Ella arranca pedacitos de la corteza y los deja sobre el plástico de envolver.

—Me encantaría, pero tengo una cosa de una cena con Charlie.

Araño la piel de mi cutícula bajo la mesa. Es un hábito nervioso, uno al que siempre regreso cuando estoy en un área de mi vida fuera de control. Angela lo sabe, así que no dejo que me vea haciéndolo.

—¿Mañana, entonces? Puedes venir a mi casa y haremos enojar a Kim ordenando cosas grasosas para comer y mirando películas en su pantalla gigante.

Angela se encoge de hombros.

—Suena divertido. Pero mañana tampoco puedo. Charlie quiere que vaya al juego de fútbol de su hermano pequeño con él.

Charlie de verdad ha cubierto todas las bases. Él sabe que no voy a hacer una escena en la cafetería, porque no hay nada que Angela odie más que una escena en público que atraiga la atención hacia ella. Así que se aseguró de tomar todo su tiempo libre, solo en caso de que se me ocurriera algo.

Excepto que no sé cómo puedo pasar dos días sin decirle a Angela. Tengo que verla antes de que cualquier cosa que Charlie haya planeado suceda. Lo que más me preocupa es que Charlie mueva la cita, decidiendo que no puede arriesgarse a esperar hasta el fin de semana. Tengo que esforzarme más.

Arranco una uña rota bajo la mesa. Un punzante dolor, seguido de un calor extendiéndose, confirma que mi dedo está sangrando.

—¿Qué tal si desayunamos antes de la escuela? —digo—. Podría ser divertido.

Angela me mira como si estuviera loca.

—¿Desde cuándo despertarse temprano es divertido? Además, tenemos grupo de oración en la mañana.

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Supongo que solo quería intentar algo nuevo.

Angela levanta la mirada de su sándwich de mantequilla de maní sin corteza. Sus ojos están amplios y preocupados.

—¿Qué pasa, Mercy? Estas escondiendo algo.

Suspiro. Se suponía que solo fuera eso, un suspiro, algo sin importancia. Solo que se queda atorado en mi garganta y se convierte en una respiración temblorosa que amenaza con sacar lágrimas.

Angela estira su mano a lo largo de la mesa.

—Sé que te estás arañando los dedos ahí abajo. Algo pasa. Sabes que puedes hablar conmigo sobre cualquier cosa.

No puedo obligarme a mirarla a los ojos porque sé que si lo hago, lloraré. Y la cosa más embarazosa que puedas hacer en Milton High, cien veces peor que emborracharse en el baile escolar, es llorar en la cafetería.

—Bien, desayunemos mañana —dice—. ¿Me recoges a la siete?

Sacudo mi cabeza.

—Estaré ahí a las seis y media.

Cuando separamos nuestros caminos, yo para ir a clase de francés a conjugar verbos, Angela a inglés para lidiar con el pensamiento cerrado de señor Bell, hago un desvío hacia el baño, donde me encierro en un cubículo y vomito. Lo que sale es de un color amarillo como la bilis, la textura con la que casi me ahogo. Trato de tragar después de tirar de la cadena, pero mi boca se siente llena de una mezcla de bolas de algodón y cuchillas. Después me siento en el suelo del baño. Me siento mareada y enferma, casi como con resaca, excepto que mucho peor.

—Sabes, la bulimia no te queda bien. —Escucho decir. Reconozco los zapatos bajo el cubículo a mi lado. Son zapatos de punta, con pequeños tachas alrededor de los talones.

Pertenecen a Faye.

—¿Me vas a decir por qué me estás evitando? ¿O me vas a hacer adivinar? —La escucho bajarse los pantalones y comenzar a orinar.

—Estoy enferma —digo llanamente. Una excusa que es corroborada por el hecho de que estoy vomitando en el baño.

—¿Muy enferma para saludar a tu amiga? Y dejaste plantado a Zach anoche. Está muy molesto. —Se pone de pie, y tira de la cadena.

—Lo siento. —Me ahogo—. Me siento terrible. Me fui a dormir muy temprano.

—¿Sola?

Mi estómago se revuelve de nuevo, pero esta vez evito que el vómito vuelva a subir.

—¿Qué se supone que significa eso?

Su voz cae.

—Mira. Zach me dijo que vio a Charlie salir de tu casa. No te voy a juzgar, si es por eso que estás preocupada. Solo dime que está sucediendo. Soy tu amiga. Y las amigas se preocupan.

Solo puedo imaginármela en el otro cubículo, inclinándose contra el dispensador de toallas de papel, tal vez revisando sus mensajes de texto o mirando su manicura. No puedo verla ahora mismo porque estoy aterrada de lo que verá en mi rostro. Va a ver a una mentirosa, alguien que no quiere que nadie sepa lo que sucedió anoche. No quiero ser así de mentirosa.

Así que hago lo único que sé hacer. La espanto.

—No puedo con tu interrogatorio ahora mismo. Estoy enferma. Solo quiero estar sola. —Incluso yo estoy sorprendida por el significado en mi voz. No tenía intención de la que las palabras salieran de esa forma, pero no quiero hablar con Faye de lo que pasó. No ahora, en cubículos de baño separados, ni nunca.

Pero si está ofendida, no lo demuestra.

—Bien, como quieras. Pero estaré cerca. Ya sabes, por si *no* quieres estar por tu cuenta. —Sus tacones repican en el suelo mientras se va.

Cuando estoy sola, limpio las comisuras de mi boca con toallas de papel y tiro de la cadena del retrete de nuevo para asegurarme antes de salir. Cuando estoy en el lavamanos, las puertas del baño se abren, y comienzo a meterme al cubículo. Debe ser Faye regresando. Quiere respuestas. Pero no va a obtener las que está buscando. Verá todo en mi rostro, la culpa y las mentiras.

—Mercedes.

No es Faye. Es alguien a quien quiero ver menos. Jillian Landry.

—Hola, Jillian —digo débilmente. Mi estómago hace un fuerte ruido de gruñido, como si hubiera un animal salvaje ahí metido, tratando de salir.

—Los exámenes salieron bien —dice Jillian—. Tengo un presentimiento sobre esto. En especial en la sección...

Ella sigue hablando, pero no estoy escuchándola. Está tratando de hacer contacto visual, y no puedo hacer eso. Imagino las manos de Charlie en mis hombros, como sus dedos pudieron haberme hecho algo. Ahogarme. Arrancarme la ropa. Pienso en cómo podría haber respirado, la forma en que mi cuerpo me decepcionó al no pelear con más fuerza. No puedo preocuparme del examen de Jillian ahora. Lo bueno que hice por ella no significa nada.

—Eso es genial —digo—. Verdaderamente genial. —Agarro el lavamanos, esperando no vomitar dentro, y espero que ella se meta en el cubículo antes de que salir corriendo del baño. No tengo que mirarla para saber que su rostro es de preocupación. Preocupación por mí. No me lo merezco.

Antes de que esté incluso en el pasillo decido que no puedo con el resto de mis clases de hoy. Soy atrapada por el miedo de aventurarme en el pasillo, con miedo de chocarme con alguna de las personas con las que me he acostado. No quiero ser vista por nadie que tenga ninguna clase de conocimiento íntimo de mí. Me siento frágil, como si alguien me mirara de forma incorrecta, pudiera romperme en millones de pedazos y nunca juntarme de nuevo.

Espero a que suene la campana, señalando el final de la hora de almuerzo, cuando sé que tengo el camino libre. Ni siquiera me molesto en parar en mi casillero para tomar mi abrigo y mis libros. Mi visión está borrosa por las lágrimas, y lo único que quiero hacer es llegar a la puerta doble sin llorar o ver a alguien que conozca.

Pero lo veo de todos modos, saliendo de la biblioteca. *No te des vuelta, digo. Por favor no te des vuelta.*

Zach se da vuelta hacia a mí. Eso es suficiente para hacer que las dos primeras lágrimas caigan. No hay malicia en su rostro, ni rabia. No está molesto. Desearía que lo estuviera. Puedo saber cómo manejar la rabia.

Ni siquiera está triste, tampoco.

Se da vuelta como si no me hubiera visto en absoluto.

Quiero ir detrás de él y arreglarlo, pero es demasiado tarde. Gira en una esquina y se va, ni siquiera sé para qué estaba estudiando en la biblioteca porque eso es algo que un amigo sabría y no soy una buena amiga.

Salgo corriendo al estacionamiento y cierro mi puerta con seguro cuando entro en el jeep, incluso cuando sé que no hay nadie alrededor. Ni siquiera me molesto en ponerme el cinturón de seguridad antes de acelerar a casa. No recuerdo llegar allí, los autos se nublaron en un arcoíris de color, el sudor perlaba mi cabello y mis pensamientos corrían a millones de kilómetros por hora. Tal vez así es como Kim se sintió la noche que consiguió su multa por conducir bajo influencia. Asustada, frustrada y fuera de control.

Cuando estoy en mi cuarto, pongo seguro firmemente detrás de mí. No sé qué planeo hacer aquí hasta que me golpea, y mi estómago se revuelve precipitadamente. Lo que Charlie dijo ayer. *Si no obedeces, le voy a mostrar ese video a todo el mundo, y toda la escuela sabrá exactamente lo que has estado haciendo con sus novios y escribiendo en ese pequeño libro tuyo.* Cuando lo dijo, solo me concentré en la amenaza, el sucio tono en su voz me hizo saber lo que quería decir. Pero ahora lo único que escucho es la segunda parte. *Escribiendo en ese pequeño libro tuyo.* Charlie debe de tener el libro, en el que escribí todos los nombres. Y esa es la peor cosa de todas. Hay tanto de mí en esas páginas como de los chicos. Pienso de regreso en las notas que comencé a escribir, las entradas complementarias. Mis pensamientos. Mis inseguridades. Las calificaciones que di. Todo.

Destrozo mi cuarto buscando el libro, rebuscando en los cajones y debajo de las pilas de ropa. Charlie lo tomó. Charlie lo tiene. Sé que lo tiene, pero sigo buscando, agarrando otros libros de mi estantería y mirándolos rebotar contra la alfombra. Charlie lo tomó, pero eso no me detiene de esperar ver esa perlada cubierta blanca asomándose por ahí. Si puedo encontrar el libro, puedo destruirlo. Si puedo encontrar el libro, puedo convencerme de que todo estará bien.

Sigo buscando hasta que el sol se pone afuera de mi ventana, hasta que pequeños ríos de sudor y lágrimas caen por mi cara. No saldré de este cuarto hasta que encuentre el libro. Incluso si eso significa que tengo que quedarme aquí para siempre.

El timbre de la puerta suena y me hundo en una pila en la alfombra. Con suerte, quien sea que este abajo solo se irá.

Pero estoy empezando a pensar que nada nunca se va, sin importar que tan hondo intentes enterrarlo.

29

No voy a ir a la puerta. *No voy a ir a la puerta.* Nunca he tenido miedo antes de ir a mi puerta. Pero soy muy consciente de que estoy sola en la casa. Sola y vulnerable. Y el que está en la puerta, no dejará de tocar el timbre. Hace eco a través del vestíbulo, fuerte y exigente, caminando a mi habitación. Charlie se supone que esté con Angela esta noche. Pero ¿qué si plantó eso como un ardid para alejarme de Angela? ¿Y si él quiere volver?

Niego con la cabeza.

—No —le digo a nadie en absoluto. Charlie no haría planes falsos. Pero después de ayer, realmente no conozco a Charlie en absoluto.

Me acerco lentamente por las escaleras, mis manos en puños con tanta fuerza que mis uñas se clavan en mis palmas. Mi corazón late con fuerza mientras camino dentro del vestíbulo y hasta la puerta. Solo hazlo. Hace que quien quiera que sea desaparezca. Si Charlie está sonando el timbre, la puerta está bloqueada. Si la puerta está cerrada, yo soy la única persona que puede dejarlo entrar.

Tomo una respiración profunda y miro rápidamente desde detrás de las cortinas. En definitivo espero ver a Charlie allí, con esa sonrisa que estuvo embadurnada en su rostro en el almuerzo, tengo que parpadear para registrar los dos cuerpos que están realmente allí.

Kim y mi padre. El mismo padre al que no he visto o escuchado en más de tres años se ha materializado en esta misma puerta. Y me doy cuenta de que no tocaron el timbre a propósito. Lo tocaron por accidente, debido a que la espalda de Kim se presionaba contra el timbre cuando mi padre se aprieta contra ella. Mis padres, liándose en la puerta. Ahora, todo tiene sentido. Esta es la razón por la que Kim lo mencionó en la cena y el por qué finalmente me dijo la razón de que se fuera. Van a volver, o ella quiere volver.

Me alejo de puntitas de la puerta, a pesar de que no pueden oírme y de que están demasiado absortos para ver a través de la cortina. No puedo manejar esto ahora mismo. No puedo manejar la incertidumbre. No puedo correr el riesgo de que mi padre pueda verme. Él no puede verme de esta manera, a su hija desesperada y rota. No voy a permitir que eso ocurra. Así que me escabullo por la puerta trasera. No estoy siquiera segura de a dónde voy en un primer momento hasta que de repente tiene mucho sentido.



No puedo esperar hasta el desayuno para decirle a Angela. No puedo quedarme aquí a preocuparme de que Charlie haga un movimiento, que piense que soy demasiado impulsiva y temeraria para mantener su repugnante secreto.

Y ya que Kim o mi papá definitivamente no pueden saber que estoy en casa, me voy a pie, en chanclas y pantalones de chándal, la ropa desastrosa con la que no me permití ir a la escuela. La casa de Angela está a solo cinco cuerdas. Ensayo lo que voy a decir en mi cabeza. *Tu novio es un desgraciado. Tu novio no es quien pretende ser.*

No puedo caerme a pedazos. Angela es vulnerable, y no podemos estar vulnerables las dos a la vez, así que tengo que ser valiente.

Angela. Tengo algo que decirte.

Pero cuando llamo a su puerta, toda mi perorata ensayada sale de mi cabeza. Las palabras se detienen en mi boca debido a quien abre la puerta. Charlie. Algo parecido al pánico pasa por su rostro y siento una breve oleada de poder que no dura. Se da cuenta y sabe que el poder está de vuelta con él. Su pánico se convierte en una sonrisa de suficiencia, me encojo y tengo que convencerme de estar de pie aunque todo lo que quiero hacer es correr tan lejos de él como pueda.

—¿Y bien? —dice, envolviendo su mano en el pomo de la puerta—. Si estás aquí para decirle a Angela nuestro pequeño secreto, es demasiado tarde. Ya está hecho.

—¿Qué? —Trato de empujar más allá de él, sin saber lo que le diría a Angela si fuera cierto o qué le diría si no lo fuera. Pero Charlie me bloquea con su cuerpo, pone sus manos en mis hombros para empujarme hacia la puerta. Cuando extendiendo la mano para hacer palanca y liberarme de su control, aprieta con más fuerza, provocándome una mueca de dolor.

—¿No te parece que has hecho suficiente daño? —susurra—. No lo hagas peor.

Estoy a punto de darle un rodillazo en la ingle cuando la madre de Angela viene detrás de él. Me he encontrado con la mamá de Angela varias veces durante el curso de nuestra amistad, y mi impresión de ella es que es todo lo contrario de Kim. Es decir, ella es una mamá típica, del tipo que hace las cenas familiares saludables y lleva faldas que no se detienen a medio muslo y no se emborrachan durante el día. Básicamente, ella es Angela, treinta años a partir de ahora.

—Mercedes —dice ella—. ¡Qué agradable verte! Acabamos de empezar a comer, si deseas unirse a nosotros.

—Sí, únete a nosotros —dice Charlie, su voz endulzada—. Estaba a punto de hacer un gran anuncio.

Inclino mi cabeza hacia un lado confundida y trato de protestar, tanto como necesito decirle a Angela, no necesito decirle delante de su madre y su familia entera, pero la madre de Angela ya está escoltándome al interior.

—Hemos extrañado tenerte por aquí —dice ella.

Me siento aún más pequeña de lo que lo hice cuando llamé a la puerta. Ella está en lo correcto. La noche en la que me quedé para hacer galletas fue la única vez en los últimos dos meses que he estado aquí en absoluto. Hice a los vírgenes mi prioridad, le di a un montón de gente que apenas conozco más atención que a mi mejor amiga.

No sé cómo dejé que esto sucediera.

Angela está sentada en la mesa, retorciendo los espaguetis en el tenedor. Me da una gran sonrisa cuando me ve.

Charlie mintió. Ella no lo sabe.

—¡Mercy! Nadie me dijo que vendrías. —Ve a Charlie—. ¿Fue tu idea?

Charlie me mira y guiña, lo que hace que mi estómago se sacuda.

—Por supuesto —dice—. Quería a todos los que amas alrededor cuando diga lo que quiero decir. —Saca la silla de la mamá de Angela para ella y va a hacer lo mismo para mí, pero retrocedo contra la pared.

—Me quedaré de pie —le digo.

—Como quieras. Sin embargo, es posible que desees estar sentada para esto. —Él va a su lugar en la cabecera de la mesa, al otro lado del padre de Angela, que es básicamente Angela en forma masculina, hasta el escaso cabello rubio y la nariz de botón.

Charlie recoge su vaso, lo que parece está lleno de vino, pero es más probable jugo de manzana.

—Como todos saben, Angela y yo nos graduamos de la escuela secundaria este año. Ya tengo dieciocho años, y nuestro segundo aniversario es este fin de semana. Angela y yo hemos estado juntos el tiempo suficiente para saber que estamos hechos el uno para el otro, y queremos que esto dure para siempre.

Él hurga en su bolsillo trasero. Puse las manos contra la pared para no perder el equilibrio. El bastardo se va a proponer. Efectivamente, saca una pequeña caja negra.

—Angela, no es mucho, pero podemos mejorarlo cuando consiga un trabajo y pueda proveer para ti. Lo que tengo la intención de hacer. —Se arrodilla al lado de su silla y pone una mano en su muñeca—. Angela, ¿te casarías conmigo?

30

Angela deja caer su tenedor en su plato. El traqueteo hace que sea el único sonido en la habitación. Pongo una mano en mi boca para detenerme de vomitar y pongo la otra mano en la pared para asegurarme de no caerme. Miro a la mamá de Angela, esperando que proteste, esperando que diga algo sobre el hecho de que los estudiantes de secundaria no se comprometen, incluso después de dos años juntos, incluso si son adictos al grupo de oración.

Pero ella no protesta. Ella aplaude y hace un ruido un poco excitado que suena entre un chillido y una risita. El padre de Angela incluso se levanta y le da una palmada en la espalda a Charlie mientras le da la mano. La misma mano que apretó mi clavícula hace unos minutos.

Me deslizo por la pared, mi cabeza dándome vueltas. Desde el suelo, puedo ver las manos de Angela entrelazadas sobre su regazo. Todavía no ha dicho nada. Tal vez ella va a decir no. Angela siempre ha sido práctica. Ella sabe que es joven y sin experiencia.

Pero Charlie habla por ella.

—Por supuesto, va hacer un largo compromiso —dice al padre de Angela—. No tenemos prisa. Los dos estamos comprometidos con nuestros planes de educación superior. Pero quiero a Angela, y los dos saben que voy en serio con ella.

Observo a Charlie tomar la mano de Angela de su regazo. La mamá de Angela se pone las manos en la boca. El aspecto borroso en sus ojos me dice que Charlie debe estar deslizando el anillo en el dedo de Angela.

Y justo así, mi mejor amiga está comprometida a los diecisiete años, con el chico que intentó tener sexo conmigo anoche. Esto tiene que ser uno de esos extraños sueños donde estás viendo una escena completamente de locos y solo tú sabes lo que en realidad está pasando. Soy una intrusa en lo que debería ser una memorable escena familiar, algo que todos los de esta habitación querrán recordar para los años venideros. Lo sería, si el chico en cuestión no fuera un demente psicópata disfrazado como un extremista de la biblia.

No ha pasado mucho desde el anuncio, así que me levanto y camino hacia la puerta. Puedo con muchas cosas falsas, pero no puedo fingir una falsa felicidad por Angela, y estar con todas estas personas engañadas debido a las mentiras de Charlie. El ganó. Es por ello que él me quería aquí, para probármelo. Sin saberlo hice de su noche exactamente lo que él buscaba.

—Mercy, ¿qué te sucede? —Angela dice desde el porche cuando estoy a medio camino de la entrada. Halo mi capucha a mi cabeza, estaba esperanzada que con toda su excitación no se diera cuenta que me iba. No hubo suerte. Angela es una buena amiga. Tan buena amiga como para quedarse conmigo durante años sin llegar a saber nada de mí.

Una gran parte de mi desearía no tener que decirle nada. Desearía poder dejarla disfrutar su momento. Desearía que Charlie no fuera el tipo de chico que intenta chantajear a la mejor amiga de una chica. Pero Angela es una buena amiga, y por una vez, también voy a ser una buena amiga.

Ella me alcanza cuando llego a la calzada. Su rostro lleno de preocupación. Ella lo lleva todo encima de las cejas donde siempre aparecen dos hoyuelos. Es el mismo rostro que hace cuando no puede encontrar una fórmula en química y el mismo que hace cuando alguien (usualmente yo) toma el nombre de Dios en vano. Excepto que este es un gran problema, y estoy segura que sus hoyuelos se van a convertir en cráteres.

—Estás llorando —dice, y supongo que es cierto, aunque no había pensado mucho en ello—. Nunca lloras. Y nunca usas pants en público. Sea lo que sea, me lo puedes decir.

Me limpio los ojos con la manga de mi sudadera.

—Angela, esto es algo que realmente no quieres oír, sobre todo, no esta noche.

—No importa. Dímelo de todos modos. Eso es lo que hacen las mejores amigas. — Su labio inferior tiembla, como si también quisiera llorar.

Esto realmente apesta porque la amo más que nunca en estos momentos. Nunca hemos dicho realmente entre nosotras que somos las mejores amigas. Es una de esas cosas que nunca ha sido formalmente reconocida, porque simplemente lo somos. Algunas personas no necesitan ponerle etiqueta a sus relaciones. Como mejores amigas, Angela y yo éramos de esas personas. Hasta esta noche.

—Se trata de Charlie —digo, mirando fijamente al suelo.

—¿Qué pasa con Charlie? —dice ella—. ¿Sabías sobre esto?

Niego y envuelvo mis brazos alrededor mío.

—No, no sabía nada de esto. Se trata de anoche y Charlie.

—¿Qué pasó anoche? —Angela se mueve de un lado a otro, pone un pie y luego el otro.

Le doy un rápido vistazo a la puerta principal que Angela dejó un poco abierta. Casi esperaba ver el rostro de Charlie mirándome furtivamente, con esa expresión malvada que está permanentemente grabada en mi cabeza. La siniestra mirada que me dio cuando me empujó contra la pared. Pero a través de la ventana puedo ver que está ocupado con los padres de Angela. Una pequeña escena feliz alrededor de la mesa del comedor, como

una tarjeta de Hallmark⁵. Excepto que no creo que Hallmark haga tarjetas de felicitación de compromiso para gente como Charlie.

—Charlie vino a mi casa anoche.

—Oh. ¿Por qué?

Me obligo a mirarla a los ojos.

—Bueno, ¿sabes de esa sorpresa que yo te había dicho antes? ¿Por la que él me pidió ayuda?

Ella asiente repetidas veces, hasta el punto que ella comienza a parecer un muñeco cabezón.

—Sí, definitivamente fue una sorpresa —dice ella con una pequeña sonrisa.

Odias las sorpresas, deseo decir.

—Nunca dijo nada de esto —digo—. Era algo más. Para su aniversario. —Presiono las manos cubiertas por las mangas—. Dios. Eso no es importante.

—No digas Dios —dice Angela.

Comienzo a reír, a pesar de las lágrimas que todavía se deslizan de mis ojos.

—Dios, Angela, voy a tratar de no hacerlo, pero en realidad no hay una forma fácil de decir que Charlie intentó hacerme tener sexo con él.

No esperaba que todo saliera así, como vómito después de una noche de borrachera que hay que expulsarlo de tu cuerpo. Nada se mueve, ni siquiera la cabeza de Angela asintiendo.

Abro la boca para hablar pero ella me gana.

—¿Disculpa? ¿De qué mierda estás hablando?

Angela nunca dice *mierda*, no en todo el tiempo que la he conocido y probablemente no antes de esto. Esto es malo.

—Charlie vino a mi casa anoche —digo, el pánico creciendo en mi garganta—. Él quería que yo tuviera sexo con él. Estábamos solos en mi habitación, y me amenazó.

Esta es la primera vez que digo lo que pasó en voz alta, y la gravedad de la declaración hace que me sea difícil respirar. Y si yo estoy teniendo dificultades para respirar, Angela también. Ella pone las manos en sus rodillas y mete la cabeza ahí, como se nos enseñó hacer en la clase de Economía si alguna vez sentíamos que estábamos a punto de desmayarnos.

Doy una mirada a la ventana, donde Charlie está ahora mirándome. Él sabe lo que

⁵ **Hallmark:** Cadena especializada en tarjetas de felicitación, papel de regalo, adornos y regalos para todas las ocasiones.

está pasando, y eso significa que tengo menos de un minuto para decirle a Angela todo.

—Mira, quería decírtelo todo hoy. Quería decírtelo después de que ocurrió, pero estaba conmocionada. No sé qué hacer, pero él quería tener sexo contigo en su aniversario y no podía dejar que eso ocurra porque lo que necesitas saber es que, él realmente es un saco de mierda.

Las palabras salen como un torrente hasta llegar al clímax, comenzando y terminando rápidamente en voz alta y enojada. No tenía la intención de enojarme, pero sucedió. Mis manos apretadas en puños, puños que desesperadamente quieren golpear a Charlie.

Angela parpadea repetidamente.

—Pero, ¿por qué haría eso? —Su voz está temblando.

Tomo una respiración profunda. Ahora mi garganta se cierra, me estoy quedando sin tiempo porque Charlie está corriendo por camino de entrada.

—¿Qué le has hecho? —dice él, envolviendo su brazo alrededor del cuerpo encorvado de Angela. Se ve indignado. Doy un paso atrás a pesar de que yo quiero mantenerme firme.

—No es lo que le hice a ella. Es lo que tú querías hacer conmigo. Ahora ella lo sabe todo. —Me limpio la mejilla con la manga y trato de parecer más desafiante de lo que me siento.

Espero a que Charlie juegue a hacerse el tonto, ya que no me puede golpear en el rostro con Angela aquí. Pero él me sorprende.

—Mercedes, yo no iba a decir nada. No quería arruinar tu amistad con Angela.

—¿De qué mierda estás hablando? Ella lo sabe todo, Charlie. Se acabó.

Charlie susurra algo al oído de Angela, algo que no puedo oír. Angela se cubre el rostro con las manos y llora. Luego hace algo que realmente no pensé que le vería hacer. Ella llora en su hombro.

—Pienso que ambos estamos de acuerdo en que Angela merece saber la verdad —dice él—. Quería decírselo antes, pero como te dije, no quería arruinar su opinión sobre ti. Ella siempre ha pensado lo mejor de ti.

Levanto mis manos al aire.

—Deja de joder. Renuncia. Eres un cerdo repugnante, Charlie.

Besa la parte superior de la cabeza de Angela y me da una presumida y enfermiza media sonrisa que ella no puede ver.

—Ahora que no me has dado ninguna opción, tengo que decirle. —Poco a poco quita sus brazos de Angela y se inclina a su altura para estar al nivel de sus ojos. Incluso le limpia las lágrimas.

—Tu mejor amiga Mercedes aquí, no es exactamente quien dice ella que es.

Angela no dice nada. Sus ojos se mueven de Charlie a mí, y de nuevo a Charlie, hasta que él ahueca su rostro en sus manos y la obliga centrarse en él.

—Te mereces algo mejor que ella, Angie. No creo que tú sepas mucho acerca de Mercedes en absoluto.

Angela todavía está mirando a Charlie pero ella me habla a mí.

—¿De qué está hablando, Mercy?

Charlie responde.

—Estoy hablando sobre lo que sucede en el dormitorio de Mercy.

Aprieto los dientes.

—No me llames así.

—¿Cómo? ¿Mercy? —dice—. Así es como me pediste que te llamara anoche. Me rogabas que dijera tu nombre. Me pediste que fingiera que eras Angela.

No puede pensar que ella va a dudar de mí. Ella no le puede creer, ahora que la verdad salió. Ella no puede mirarlo a los ojos y creerle. *¿O puede?*

Tomo una respiración profunda.

—¿Antes o después de que vinieras por mí? Porque yo no tuve tiempo de decir nada.

Angela está llorando en silencio. Quiero extender la mano y abrazarla, pero Charlie me bloquea con su cuerpo.

—Dulce Angie, parece que Mercy te ha estado guardando un secreto. Mercy ha engatusado a toda la población estudiantil, y anoche trato de seducirme. Incluso llevaba un traje de puta para la ocasión. Por supuesto, no la dejé tenerme. Me estoy reservando para ti.

No puedo ver el rostro de Angela detrás de su cabello y el brazo de Charlie, pero solo puedo imaginar la profundidad de esos hoyuelos en su frente. Empiezo a marearme, como si en cualquier segundo pudiera caer de golpe sobre el hormigón y perder la conciencia. Pero no puedo hacer eso. Recuerdo porqué vine aquí. Angela. Por supuesto Charlie va a dar pelea, pero él no ganará. Él no puede ganar.

—No es cierto —tartamudeo—. Él vino para asustarme. Chantajearme para que durmiera con él. ¿Realmente crees que un gato le hizo eso a su rostro? —Enseño mi cuello para revelar las marcas rojas en mi clavícula—. Aquí. Mira lo que él hizo.

Angela empuja a Charlie. Mi corazón salta. *Llegué a ella.* Me cree. Pero Charlie vuelve a hablar antes de que ella diga una palabra.

—Eso al menos es verdad. Mi gato no me arañó el rostro. Ella lo hizo, cuando la rechacé. Ella se volvió loca sobre mí.

Él cubre el rostro de Angela con su pecho.

—Y todas esas marcas de las que ella está hablando, se las hizo ella misma. A la chica le gusta violento, al menos según ella.

—Eres un jodido enfermo —digo—. En realidad tú eres un jodido loco. Eres un mentiroso patológico. Angela, no lo escuches.

Ella dice algo en el pecho de Charlie, pero no es lo suficientemente fuerte para que escuche. Hasta que su cabeza fisgonea, su rostro es de color rojo brillante y está retorcido por las lágrimas y la rabia.

—No sé a quién creerle —dice ella—. No creo que Mercy durmiera con alguien de nuestra escuela. Ella nunca parece interesada en nadie. No tiene sentido.

Podría simplemente mentir, actuar como en cualquier otro momento que haya tenido. El péndulo parece oscilar a mi lado, pero no estoy tomando esa ruta. Si se supone que Angela sepa la verdad, ella tiene que saberla toda.

Pero Charlie lo hace primero, y él tiene la prueba, en la forma de una pequeña libreta que saca de su bolsillo trasero. Mi libreta, la que Angela me dio. Lo único que faltaba en mi habitación. Me dan ganas de vomitar, sabiendo que él ha estado literalmente sentado en ella probablemente, todo el día. Quiero sacudirlo, agarrarlo y correr tan lejos como puedo, pero estoy congelada. Al igual que anoche, no me puedo mover para salvar mi propia vida.

—Veamos. 12 de Septiembre. Tommy Hudson. Alguien comenzó el año escolar a lo grande. 30 de Septiembre, William Malcolm. El mordedor. Ouch —dice él, sacudiendo su cabeza—. 11 de Octubre, Patrick Myles, el risas nerviosas. 23 de Octubre, Connor Reid, el gritón. —Él voltea las páginas—. Alguien ha sido una chica muy ocupada.

Los labios de Angela están temblando.

—¿De qué está hablando, Mercy? Tommy Hudson está en mi salón de clases. Y él ha estado con Jillian desde la escuela primaria.

Giro mi cabeza. Sabía lo que Charlie era capaz de hacer, pero de alguna manera no pensé que fuera también capaz de esto. O tal vez, no sabía cómo las cosas que he hecho suenan en voz alta. No suenan como buenas acciones en absoluto.

—Ella durmió con estos chicos, Angie. Ella los sedujo. Ella los atrae a su habitación. Ella toma su virginidad. Ella arruina sus vidas.

Angela se aleja de ambos. Extiende su mano.

—Dame la libreta —dice con una voz que no reconozco.

—Angela, lo que hay en esa libreta...

Ella me interrumpe. No sé lo que hubiera dicho de todas maneras.

—Gus Teller. Chase Redgrave. Bobby Lewis.

Ella pasa las páginas. Puedo ver como su rostro se vuelve cada vez más rojo.

—Evan Brown. —Ella me mira—. ¿Evan Brown? Lo conozco. Él vino al grupo de oración. Habló sobre lo mucho que amaba a su novia y como estaban esperando hasta el matrimonio.

Miro mis pies. Si, recuerdo que Evan dijo eso, pero supongo que cambió de opinión.

—¿Tienes algo que decir en tu defensa? ¿O realmente has estado llevando una doble vida todo este tiempo? Creí que estabas entregada a Dios.

—No soy religiosa, Angela —digo, rasgando la acera con mi sandalia, obligando a mi voz a no quebrarse—. No soy religiosa, y he dormido con esos chicos. Tan duro como es, puedo admitir que mentí al respecto. Pero lo de Charlie es verdad.

—No es cierto —dice Charlie—. ¿Por qué piensas que Mercy hizo un gran trabajo de hablar contigo sobre mí? ¿De verdad crees que estaba siendo una amiga? Ella está celosa. No quiere que me tengas porque ella me quiere para sí.

La parte más exasperante sobre escucharlo hablar en voz alta es que esa voz no cambia para nada, no se frustra, no se enoja. Su voz tiene consistencia de seda, mientras que la mía se mantiene con fisuras.

—Ella usa el sexo para separar parejas. Y quiere hacer lo mismo con nosotros.

Angela mira a Charlie y luego hacia mí y viceversa. De alguna manera sé que este es un momento decisivo, su tiempo para averiguar dónde ponerse en pie. Finalmente, lanza mi pequeña libreta al suelo y levanta la mirada. A mí. Solo que no es una simple mirada, sino más bien una mirada llena de odio, sus facciones arrugadas por la ira.

—Debes irte —dice ella—. Y probablemente no debes venir al grupo de oración más. —Ella se da la vuelta y corre hacia su casa. Puedo ver a sus padres en la ventana, observando su acción con sus expresiones preocupadas. Cualquier cosa que ellos crean que está pasando aquí, estoy segura de que nunca lo comprenderán.

Me agacho para recoger la libreta, pero Charlie me gana.

—Voy a conservar esto —dice él.

—Jódete —digo con los dientes apretados. Nunca antes había sentido tantas ganas de matar a alguien.

—Si lo hubieras hecho, nada de esto habría ocurrido —dice él con un guiño molesto. Me tiro a intentar agarrar la libreta, pero él se hace a un lado.

—Debiste haber sabido que nunca dejaría que se pusiera de tu lado. Angela lo es todo para mí. Y yo siempre voy a ser todo para ella.

—¿Si Angela es todo para ti, porque querías tener sexo conmigo?

El encoge los hombros casualmente, como si le hubiera preguntado si quería pizza o comida china para la cena y no podía decidirse.

—Porque te metiste en mi camino. Fuiste a mis espaldas. Pensé que me la debías por arruinar las cosas. Pero ahora, me alegro de haber perdido mi primera vez contigo. Tengo otros planes para eso.

Aprieto mi mandíbula.

—No va a funcionar —le escupo—. Angela lo va a descubrir todo. Ella no te va a creer.

Él levanta una ceja.

—¿Qué parte te perdiste? Ella ya lo hace.

Extiendo mi mano. No estoy segura de qué planeo hacer con ella. Tal vez golpearlo o arañarle la otra mejilla. Pero él me agarra en el aire y me hala cerca de su rostro. Luego baja su voz hasta ser un susurro.

—Dicen que la primera vez nunca se olvida. No voy a olvidar la mía con Angela el próximo fin de semana. Sus padres van a salir. Seremos solo nosotros dos. —Él aprieta mi muñeca con tanta fuerza que duele, luego abruptamente la deja ir.

—¿Piensas que estás arruinada ahora, Mercy? Espera hasta ver lo que hago a continuación. Todo lo que tenías que hacer era mantener la boca cerrada. Pero supongo que debía haber sabido que no eres muy buena en ello.

—No te vas a salir con la tuya —digo en voz baja. No sé si me oyó, o si yo quería decírselo. Pero se pone aún más cerca, lo suficientemente cerca de mí, para sentir su aliento caliente en mi oído.

—Oh, ¿y Mercy? Cuando este montando a Angela, voy a estar pensando en ti.

Muevo el brazo, y le doy un puñetazo tan fuerte como puedo en el rostro. Nunca he golpeado a alguien antes, pero a juzgar por la sangre en su labio y mis nudillos palpitantes, probablemente lo hice bien.

—Gatita mala —dice él, lamiendo la sangre de su labio y guiñándome un ojo antes de correr a la casa.

Estoy al final del camino por un largo tiempo, hasta que la madre de Angela me mira con el ceño fruncido y cierra las persianas. Pienso en lo que se dice en el interior de la casa. Considero lo que el padre y la madre de Angela piensan de su problemática amiga, la que la hizo llorar en la noche de su compromiso. Pero sobre todo pienso en lo que Charlie le está diciendo, cuánto veneno le está susurrando en su oído. Y lo que podría estar sucediendo en su habitación ahora mismo.

Gatita mala. Eso es lo que Charlie dijo. Me muerdo el labio con la fuerza suficiente para extraer sangre y saborear el sabor metálico en mi boca.

Si Charlie piensa que solo soy otro coño, está equivocado. Porque soy la única gata que tiene más de nueve vidas.

31

No quiero ir a casa. No puedo ir a casa, sin saber si Kim y mi padre van a estar en la casa. Ninguno de ellos me conoce para nada, pero si me aparezco en la casa con el rostro lloroso, ellos van a pretender que me conocen y querrán saber el motivo de mis lágrimas.

No hay lugar donde pueda ir, así que camino por horas por el vecindario, hasta que los pies me duelen y las piernas me duelen, el aire comienza a lastimar mis pulmones con cada inhalación que tomo. Me convenzo mil veces de no ir a la casa de Zach. Julia probablemente me daría uno de sus suaves abrazos y me preguntaría que ocurre, y me haría chocolate caliente. Pero tendría que decirle a Zach lo que hice, y no creo que me perdone. No quiero seguir mintiéndole a Zach.

De todas maneras lo voy a perder, y no lo puedo perder esta noche.

Así que voy a otro lado, un lugar que he evitado a propósito desde el verano anterior al noveno grado. Es un parque de juegos, pequeño, viejo y llenos de niños y padres gritando durante el día pero completamente silencioso de noche. Siento que se me traba el aliento en la garganta cuando veo el gran tobogán rojo. Pedazos y piezas de recuerdos se aparecen en mi mente. Luke presionándome contra ese tobogán, su aliento antes de besarme, una mezcla de chicle de menta, cerveza y hierba. Intenté tanto borrar cada detalle de Luke, de enterrarlo debajo de cada detalle de todos los demás que estuvieron después de él. Creí que con el tiempo los recuerdos se desvanecerían, pero el estar de pie aquí es como tener trece otra vez, desesperada por que el chico al que amo me ame.

Me siento en el columpio metiendo los dedos en la arena. Mi estómago gruñe y hace eco en el silencio. Debería tener hambre o sed o estar cansada, pero sé que no podría comer ni dormir.

¿Crees que estas arruinada ahora, Mercy? Espera a ver lo que haré después.

La voz de Charlie viene de todas las direcciones, aunque sé que solo está en mi cabeza. Él no sabe dónde estoy. Pero aun así la puedo escuchar, al igual que casi puedo sentir sus manos empujándome contra la pared, sus dedos encajándose en mis hombros.

Salto del columpio y arrastro mis pies por la arena.

Le dices a alguien, y te destruiré.

Salgo corriendo. Esto es lo que la novias hacen. Sigo corriendo cuando llego a la orilla del parque. No debí haber venido aquí, no esta noche, tal vez jamás. Corro a casa sintiéndome como si Charlie estuviera detrás de mí, tan cerca que puedo escuchar su respiración en mi oído.

Cuando llego a casa, subo corriendo las escaleras hasta mi habitación y me encierro con llave dentro del baño. Mi baño es un lugar seguro. No he dormido con nadie aquí. Aquí nadie puede tocarme. Hago una cama con las toallas en la bañera y ahí me despierto. Pero aunque pueda dejar a las personas afuera si me encierro, no puedo evitar que se metan en mi cabeza. Charlie. Luke. Los vírgenes. Todos a los que les he dado una parte de mí.

Realmente he considerado quedarme aquí todo el día. Charlie estará en la escuela, mirándome con esa sonrisa. Ya ganó. No hay nada más que pueda hacer para cambiar eso. Faye estará ahí, con sus grandes ojos llenos de preocupación. Zach me ignorará. Angela no me hablará o siquiera volteará a verme.

Pero yo sí podré verla, y eso es mejor que no verla, no saber qué es lo que está pasando.

Me mantengo lejos del grupo de oración, lo cual no es difícil considerando que están metidos en una esquina de la biblioteca y me dirijo a mi casillero. Pero este no es la usual caminata. Estoy muy consciente de las miradas. Casi todas las personas con las que me topo me dan una mirada. Esto no es natural, no para las ocho de la mañana cuando la mayoría de nosotros apenas se ha despertado.

Y cuando algo no es natural, eso significa que no es bueno

Entro en el baño, donde me encuentro con una nube de perfume y chicas riendo que lo dejan vacío tan pronto como yo entro. Me examino en el espejo y doy la vuelta en círculo, mi falta no está metida en mi ropa interior. No tengo papel higiénico colgado en la parte posterior de la pierna. No me he puesto sombra de ojos como rubor, no tengo lápiz de labios en los dientes. Mis pechos no se están saliendo. A pesar de las medias lunas púrpuras debajo de mis ojos, luzco normal. Lo que significa que lo que pasa es interno, lo que es aún peor.

Me escondo en el baño, uno que nadie usa: el de los discapacitados. Esconderse en este es lo ideal para escuchar chismes. Me enteré por accidente en el último año. Y hoy en día se ha revelado como realmente es.

—Ella va a tener que cambiar de escuela —dice una voz. No reconozco el cuerpo al que está conectada. Y cuando los rumores se extienden a las personas que ni siquiera reconoces, es cuando sabes que alguien ha estado trabajando duro.

Todavía no puedo creer que lo hizo con el novio de Isabella —dice otra voz—. No lo habría creído si no lo veo yo misma. Y seguro que sí.

—Tengo que decir, eso fue mucho de Rafe Lawrence antes del desayuno —dijo una tercera voz chillona—. Más de Rafe Lawrence de lo que quisiera saber.

—No lo sé —dice la primera voz—. Opino que Caroline tiene suerte. No tenía idea de lo que le esperaba con Rafe. Supongo que es cierto lo que dicen de los chicos con manos grandes.

—Al igual que tú notaste sus manos —dice la segunda chica—. De todas maneras, no creo que Caroline quiera nada ahora que sabe lo que Rafe estaba haciendo a sus espaldas.

—Hablando de espaldas —dice la tercera chica—. ¿Cómo puedes creer que Mercedes les hizo esto a ellas?

—Desearía poder ocultarme así —dijo la primera chica—. No puedo creer que la consideráramos una nerd del grupo de oración.

De repente me alegro de estar sentada en el inodoro, porque me siento a punto de vomitar.

La cámara web que Charlie puso en mi habitación. El video que amenaza con revelar, si le decía a alguien. Debe de haberlo mostrado. Lo que significa que trabaja rápido, y probablemente toda la escuela ha visto cada parte de mí.

No puedo creer que Jeremy Roth se lo chupara. Anna siempre dijo que nunca se lo ha hecho. Que le daba asco. Pero parece que no con Mercedes.

La primera chica baja la voz.

—Nunca imaginé nada de esto de Mercedes. Es siempre tan callada... hablé con ella una vez.

Eso es una mentira. Estoy casi segura que nunca he hablado con esta chica en mi vida.

—¿Que te dijo? —pregunta la segunda chica. Su voz es tan silenciosa y seria que casi me dan ganas de reír. Reír o vomitar.

—“Obtén una vida, tú, tonto coño”.

Una nueva voz se incorpora. La reconocería en cualquier parte.

Faye.

Las chicas desaparecen en una nube de voces bajas y perfume.

Faye escoge el baño de al lado. Cuando cometo el error de medio sorber, medio llorar en mi mano.

—Sé que estás ahí, Mercedes —dice Faye—. Puedo ver tus sucios Converse. Realmente debes comprarte un nuevo par.

—¿Lo viste? —grazno—. Si lo viste, es probable que hayas visto mucho más de mí. Es mejor que no te vean hablando conmigo. Y yo probablemente deba cambiarme de escuela.

—Esa es la cosa —dice Faye, deteniéndose en la puerta del baño y golpeando el metal con el puño.

—¿Cuál es la cosa? —digo empujando el zapato contra el dispensador de papel higiénico, sin hacer algún movimiento para dejarla entrar.

—Nunca fui buena haciendo lo que la gente me dice.

Y así, su cabeza aparece bajo la puerta seguida por su cuerpo. Ella se mete y se limpia las manos en sus jeans.

Levanto las cejas.

—¿Sabes lo sucio que está este piso? —digo—. El servicio de limpieza de esta escuela deja mucho que desear.

Faye ladea la cabeza y pone las manos en las caderas. Se ve como imagino que se vería un papá severo, que no lo sé por experiencia. Me pregunto si aprendió esa postura de Lydia.

—Primero que nada, tú no me dejaste entrar, así que no tuve opción.

Encojo los hombros.

—Y ¿segundo?

—¿Segundo? —Coloca una mano bajo mi barbilla y levanta mi rostro meneando la cabeza—. No quería decirte esto porque no deseaba que cambiara tu opinión de mí. Pero en realidad ya he estado ahí.

Alejo la mirada de su rostro.

—¿Has estado ahí? —digo—. ¿Has estado en la misma situación? Vamos... —Mi voz se apaga—. ¿Alguien te envió a espiarme? —pregunto en un susurro derrotado.

Ella se pone las manos en la cintura.

—¿Lo dices en serio? Tú y Zach son las únicas personas que me agradan en esta escuela. Y creo que ahora necesitas una amiga.

Sonríe con esa sonrisa rompecorazones que mostró en Economía ese primer día.

Se agacha y coloca las manos en mis rodillas.

—Mira. Vi el video. Todos han visto el video. Yo ya sabía que estabas mintiendo sobre Zach. ¿Y eso qué? Tuviste sexo con algunos chicos. ¿Quién no?

Meneo la cabeza.

—No solo tuve sexo con algunos chicos. Tuve sexo con algunos chicos que tenían novias. —Trago con dificultad por un bulto duro en mi garganta

—Mira, Mercy. Yo he sido la otra mujer. Me metí en un lío. Escapé de mis problemas, y tú, seguro como el infierno, no vas a huir de los tuyos. Eso solo lo empeora. Así que no te vas a esconder aquí el resto de tu último año. Vas a venir conmigo, y vamos a caminar por este pasillo como si ninguna mierda hubiera pasado. ¿Me entendiste?

Quiero abrazarla, enterrar mi rostro en ese hermoso cabello y llorar, preguntarle por qué está cometiendo suicidio social al ser mi amiga cuando sería tan fácil ser mi enemiga. Pero si me permite ser débil, puede que nunca salga de este baño.

—Como puedo verlos a los ojos —grito—. Nunca quise que nadie saliera lastimado. No se suponía que lo llegarán a saber. Creí que estaba ayudando. —Repentinamente, al decirlo en voz alta, me doy cuenta de lo patético que suena, lo completamente ridículo que es. No estaba ayudando a nadie, y a mí, menos que a nadie—. ¿Cómo ves a las personas a los ojos después de eso? —susurro.

Faye sonrío. Luego se ríe con esa maldita risa de foca. En este momento suena como música. Extiende la mano para levantarme.

—¿Quién dijo que tenías que verlos a los ojos? Escoge un punto en la pared y mira eso.

Deslizo mi mochila sobre mi hombro.

—¿Dónde aprendiste eso?

—Te dije, yo también cometo errores —dice—. Realmente no nos mudamos aquí porque Lydia consiguió un mejor trabajo. Solo digamos que estoy bastante acostumbrada a ser la chica más odiada.

Toma mi mano y la aprieta.

Y así es como llegamos a la clase de química. Sigo el concejo de Faye, fijando la mirada más allá de las risas y de los rostros que me miran con odio, los rostros de todos los que me han visto desnuda. Acallo las burlas, las charlas animadas, las expresiones que me juzgan. Ignoro los gritos de “¡ZORRA!” de las personas que ponen el teléfono casi en la cara. Agarro la mano de Faye con tanta fuerza que probablemente casi le rompo los huesos. Y cuando la clase termina, ella está ahí para sostener mi mano y llevar mis libros, como un antiguo novio de los cincuenta. Y nunca me he sentido tan agradecida por tener a alguien en toda mi vida.

Pero ni aún Faye puede salvarme de la chica que sale de la nada y me golpea en la cara.

Su rostro es una retorcida máscara de furia. No la reconozco, pero ella a mí sí. Y me odia.

—¡Tú, perra! —grita.

Me arde la cara en donde me golpeó, y me tambaleo hasta dar con lo que creo son casilleros pero que en realidad es otra chica, quien me hala el cabello con tanta fuerza que una parte debió haber sido arrancada de mi cabeza. Faye suelta mi mano y empuja a la segunda chica hacia atrás con una sorprendente fuerza para alguien que no debe de pesar más de noventa libras. La segunda chica se cae y Faye la sujeta al suelo. La primera se me abalanza de nuevo, hasta que un par de manos la levantan pateando y gritando del piso.

Reconozco el olor antes de ver su rostro. Es Zach. No me está ignorando. No lo he perdido

—Todas necesitan putamente calmarse! —grita.

Nunca he escuchado a Zach con tanta autoridad. Recuerdo cuando lo conocí por primera vez, y le dije que debía dejar de ser tan tímido. Supongo que finalmente me hizo caso, en el mejor momento posible

Pero nadie más parece muy intimidado. Una manada de otras chicas, algunas que me son algo conocidas, vienen sobre mí, todas llevando la misma expresión de enojo, algunas ondeando páginas de papel blanco en sus manos y apuntando a lo que reconozco como mi letra. Cuando se acercan, sus rostros me son visibles. Reconozco a Laura, mi alguna vez amiga de primaria, y Britney de la clase de francés, cuya boca esta retorcida en una mueca. Son como una manada de lobos, avanzando hacia su presa. Nunca he visto una pelea en los pasillos de la secundaria Milton en todos mis años aquí, y ahora me encuentro en el centro de una.

Una que yo causé.

Miro alrededor de la manada y veo a Jillian Landry con la boca abierta por la sorpresa. No parece enojada. Tampoco está llorando. Solo parece que le han roto el corazón, lo cual es peor. Yo le hice eso. Tal vez merezco que me echen a los lobos.

—Atrás, antes de que llame al Director Goldfarb —dice Zach extendiendo los brazos para mantener a la manada a raya—. No crean que no lo haré. ¿Quieren estar castigadas antes del baile de graduación?

Una de las chicas comienza a llorar.

—¡Se suponía que mi novio Connor me llevaría al baile! —Se hecha a llorar—. ¡Hasta que esa zorra lo alejó de mí!

Sus amigas colocan sus brazos alrededor de ella y se escuchan murmullos. Sé que están haciéndome un agujero en la cabeza con sus miradas.

Zach nos mira a mí y a Faye.

—Corran —dice—. Encuéntrenme en donde nos vimos el miércoles.

Faye toma mi mano. Huimos con la manada dando gritos detrás. Escucho un montón de apodos coloridos. ZORRA. ROMPE HOGARES. PUTA. LADRONA DE NOVIOS. FÁCIL. Una vez en mi Jeep, Faye sabiamente no me deja conducir cuando nota

el temblor en mis manos. Salirnos rápido del parqueo y vamos a mi casa. Solo cuando nos encontramos en mi habitación con la puerta cerrada me permito realmente respirar.

Me tiro de espaldas a la cama, sintiendo como si me hubieran drenado toda la energía. Me siento mareada y con ganas de vomitar, pero hay algo que debo decir, algo que Faye tiene que saber.

—Nunca dormí con Charlie. Nunca intenté seducirlo, como probablemente le está diciendo a todos. Él lo planeo todo. Quería arruinar mi vida.

Faye se sienta en la cama y me toma la mano.

—Lo sé —dice.

Ella me cree. Tal vez Zach también me crea. Recuerdo sus mensajes esa noche. Te veré por ahí. Y la forma en la que me ignora en el pasillo como si no fuera nada para él.

—Ya entenderá —dice Faye quitándose el cabello del rostro—. Solo necesita tiempo.

No sé cómo, alguien que me conoce hace poco, puede leerme la mente.

Zach llama a la puerta cinco minutos después.

—Apenas salí vivo —dice parado con los brazos cruzados frente a nosotras—. Es una puta locura lo que dejé allá —se aclara la garganta—. Y creo que me debes una explicación del por qué mi trasero desnudo está por todo el internet.

Me odia. Lo sabía. Me siento demasiado rápido y todo comienza a da vueltas. Zach coloca su mano en mi hombro y mi corazón da un salto. Si puede tocarme tal vez pueda llegar a perdonarme. Su olor, ese toque que reconocería en cualquier lugar. El chico que solo quería ser mi novio. Tal vez debí dejarlo entrar. Y nada de esto hubiera pasado.

—¿Dónde debería empezar? —susurro.

—Por el comienzo —dice Zach—, donde sea que comience.

Tomo su mano, la que se encuentra sobre mi hombro. Espero a que sus dedos aprieten los míos, pero no lo hacen.

Respiro hondo y recuerdo el consejo de Kim. El que siempre tuvo peso. Siempre levanta la cabeza en alto cuando algo vaya mal. Puede que sepas que has hecho algo malo, pero nadie más tiene que saberlo.

Con mi cabeza en alto, les cuento todo

32

Les cuento acerca de los vírgenes y no escatimo en detalles. Les doy las cifras. Les hablo de mi cuaderno blanco. Les digo lo que ha estado pasando de verdad en mi habitación todo este tiempo. Y al final, les cuento lo de Charlie. No puedo hablar de esa parte con la cabeza alta. Cuando llego a la parte de Charlie, rompo a llorar, aunque es ridículo. No pasó nada. Sé que no pasó nada, pero eso no cambia lo que podría haber pasado.

Zach cierra los puños y forma una línea fina con los labios, tan apretados que se le ponen blancos.

—Lo sabía —dice—. Sabía que algo pasaba por la forma en que te miraba.

Faye, que está sentada con las piernas cruzadas a mi lado, se tapa el rostro con las manos.

—Cree que puede salirse con la suya, que puede arruinar las relaciones de toda esa gente. Tienen que saber la verdad.

—¿Qué verdad? —digo—. Soy yo la que he arruinado esas relaciones. Él solo lo ha sacado a la luz. Me dijo que me hundiría si lo contaba y lo ha hecho. Angela no volverá a dirigirme la palabra.

—Alguien tiene que ponerlo en su sitio —dice Zach, rechinando los dientes. Por un momento, creo que va a pegar un puñetazo en la pared, pero se tranquiliza—. No puedo creerlo.

—Por favor, prométeme que no harás nada —le suplico, poniéndome de pie y tomando las manos de Zach—. Yo me encargo de esto. Buscaré la manera de hacerlo.

Zach aparta las manos y se mira los nudillos.

—Podríamos contar la verdad —dice Faye—. Que intentó forzarte. La gente tendrá que creerlo.

Me mira y luego a Zach, que aparta la vista. Mi corazón se hunde. Hay un silencio incómodo.

—¿Siquiera me crees?

Al principio, no dice nada y creo que voy a morirme si no me cree. Voy a desaparecer, a dejar de existir. Pero sé lo que soy. Soy una mala amiga, una zorra, una



mentirosa. Le mentí sobre las clases particulares. Le mentí cuando le dije que estaba enferma. Zach no tiene ningún motivo para creerme ahora.

—Debí pegarle un puñetazo en el rostro cuando lo vi salir de tu casa —comenta Zach—. El chico estaba tan feliz. Pero, ¿sabes lo que sentí cuando lo vi?

Niego.

—Envidia. Me puse enfermo de eso. ¿Sabes qué hizo cuando me vio de pie como un idiota en la puerta de tu casa? Me guiñó un ojo. Quise golpearlo. Pero no lo hice porque me acordé de lo que me habías dicho. Que estaba celoso de él. Y lo estaba.

Faye se levanta rápidamente y pone la excusa de bajar a la cocina a preparar algo de comer. Se escabulle de la habitación antes de que pueda detenerla, agarrarme a ella como un ancla en todo este desastre.

Ahora solo estamos Zach y yo. Quiero que me toque. Quiero que me abrace, porque sé que en sus brazos me sentiría a salvo. Pero esto no va solo sobre mí. Va sobre él, sobre el único chico al que le gusté por lo que soy. El único que ha salido herido de todo esto.

—Lo siento —digo, pero suena vacío y sé que no significa nada.

—Todo este tiempo he sabido que me escondías algo. Siempre mantenías cierta distancia. Ahora todo tiene sentido, pero ojalá no fuera así. Pensaba que tú y yo teníamos alguna posibilidad. Que si no te dejaba en paz, al final no querías que te dejara. —Zach fija la vista en la pared, en la alfombra, en la cama. En todas partes menos en mí.

Está intentando no llorar y yo también quiero llorar.

—No quería hacerte daño —murmuro. En voz alta suena ridículo, como si fuera la cosa más estúpida que pudiera decirle.

—Me habrías hecho mucho menos daño si sencillamente me hubieses contado que te estabas acostando con otros chicos —dice, pasándose la mano por el cabello como si quisiera arrancárselo—. Habría tenido todo más lógica. Claro, tenías que verme los miércoles porque el resto de los días estaban ocupados.

Me lo merezco. Me merezco que me diga esto, pero es como si me dieran un bofetón en pleno rostro. Me arden las mejillas, me escuecen los ojos y me empiezan a castañetear los dientes.

—Perdona —dice, apretándose la frente con los dedos—. No quería decir eso. Claro que creo lo de Charlie y, si pudiera, le rompería la nariz ahora mismo. Pero no sé si puedo estar cerca de ti. —Mi respiración se atasca en la garganta, El aire se queda atrapado en mis pulmones. Estoy a punto de perder a Zach. Se está alejando. Ya lo he perdido—. Tengo que irme —dice. Cuando aparta la mano de su rostro, tiene los ojos rojos—. Necesito tiempo para pensar.

Camina hacia la puerta.

—Espera —digo con voz ahogada—. Zach, espera.

Se detiene, pero no se da la vuelta.

—Necesito saber que todavía eres mi amigo. Somos amigos, ¿verdad?

Gira la cabeza ligeramente.

Vuelve, suplico en silencio, *vuelve, no te haré daño de nuevo*.

—Creía que no querías que fuésemos amigos —dice. Y, acto seguido, se va.

Me derrumbo sobre la alfombra. Zach ha estado en todos los rincones de esta habitación. Ha estado aquí más veces que nadie aparte de mí. He tenido tantas oportunidades de hacer que se sintiera deseado aquí... Podría haberme acercado a él muchas veces y ponerle el brazo por encima, o dejar que me abrazara como sé que quería. Pero yo tenía el control. Era yo quien marcaba el ritmo. Yo le decía cuándo podía venir y cuándo debía irse. Yo ponía los límites. *No me beses así. Es demasiado íntimo. No intentes tomarme de la mano. No necesito un masaje en la espalda, vamos al grano.*

Creía que así era más fácil. Pero ahora no me parece tan fácil.

Cuando Faye vuelve a subir, trae dos tazas de algo que huele al té depurativo de Kim.

—Eres consciente de que no tienes comida en casa, ¿verdad? —comenta mientras se sienta en la alfombra a mi lado y me pasa una de las tazas. El olor me da una arcada y me muerdo el interior de las mejillas para no vomitarle encima a Faye.

—Zach me odia —digo.

Faye me rodea con el brazo y huelo su aroma. Me acuna la cabeza como si fuera una niña pequeña. La dejo hacer. Sé que soy patética, pero no me importa.

—No te odia —me consuela—. Solo está molesto. Necesita un poco de tiempo para aceptarlo.

—¿Te ha dicho eso?

—No ha hecho falta —dice Faye, pasándome los dedos por el cabello—. Su mundo se ha revolucionado un poco, eso es todo. Dale tiempo. Volverá.

Quiero creerla, pero no lo hago.

No sé por qué pero de pronto me acuerdo del dicho: *A lo hecho, pecho*. Empiezo a reírme bajito hasta que se me saltan las lágrimas. Faye me pasa el dedo pulgar por ambas mejillas.

—Tuviste que pasar tanto miedo —murmura—. Sola, con Charlie. No quiero ni imaginarlo.

Lucho contra el poderoso impulso de contárselo todo. Por qué estoy así aunque no pasara nada. Aunque no se saliera con la suya. Quizá lo entienda.

Pero quizá no, y no puedo correr ese riesgo.

—Deberías volver a clase —digo, incorporándome—. No me vendrá mal estar sola. No te saltes la clase de matemáticas. Ya sabes que tienes un examen. —Esto es cierto. Faye estaba agobiada con su examen de álgebra la semana pasada y fue diciéndole a todo el mundo que “nunca usaría esa mierda para nada en la vida real”.

—Me da igual —dice levantando el mentón con aire desafiante—. Eres más importante.

Niego.

—No. Debería estar sola. He de solucionar algunas cosas.

Asiente y aparta el brazo de mi cuerpo.

—Lo que quieras —accede, apretándome la mano—. Te llamo después de clase. Si necesitas cualquier cosa, dímelo. Estaré aquí en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando se va, pienso en sus palabras. Las reproduzco una y otra vez en mi cabeza y no siento nada. *Estaré aquí en un latido*. Creía que oír esas palabras de boca de Faye significaría algo más para mí. Creí que refugiarme en ella, estar entre sus brazos, significaría más para mí. Pero no es suficiente. No es suficiente para sentirme a salvo y no es suficiente para sentirme entera de nuevo.

Solo hay una persona que podría hacerme sentir así, y no me habla.

Me siento en el escritorio y abro el cuaderno de química. Me pierdo en la lógica, como siempre.

Fórmulas, números y ecuaciones que tienen que cuadrar.

Pero esta vez no funciona. Cada número me hace pensar en algo que he hecho mal, en alguien a quien he jodido. Todos los vírgenes eran números para mí. El número uno. El número cinco. El número diez. Las notas que les puse, todas significaban algo. Ocho coma cinco. Siete. Cero. Era mi sistema. Y ahora estoy sola dentro del sistema, la única pieza que queda en el engranaje.

Me sobresalto al oír el ruido de una llave girando en la cerradura de la puerta. La sangre se me hiela en las venas y aprieto el bolígrafo con todas mis fuerzas. *Es Charlie. Debe ser Charlie*. Me levanto de un salto, cierro la puerta del dormitorio con llave y me deslizo hasta el suelo apoyada en la pared.

—Cariño, ¿qué haces en casa? —La voz de Kim se mueve escaleras arriba. Por un momento, me planteo hacerme la tonta, pero ya ha visto el Jeep en la entrada. Sabe que estoy en casa.

—Estoy haciendo un trabajo de clase —le grito, creyendo que con eso me voy a librar de ella.

—No nací ayer, Mercedes —contesta, y llama a la puerta—. Venga, déjame entrar. Tengo una cosa para ti.

Abro la puerta despacio.

—Está bien —accedo.

Me observa. Por la forma en que arquea las cejas ligeramente, sé que está sorprendida. Sé lo que debe de estar pensando, que tengo resaca y que quería saltarme las clases. Debo de dar pena. Sé que mi rostro está hinchado y mis ojos rojos, y que tengo el cabello sucio y hecho un desastre.

—Ha llegado esto para ti —dice mientras me da un sobre de papel marrón. El estómago me da un vuelco y me tapo la boca por miedo a vomitar.

Kim confunde el gesto con uno de sorpresa.

—Es del MIT —explica—. ¿No vas a abrirlo?

Es un sobre grande, grande y pesado. No necesito abrirlo para saber que es una carta de admisión, la que llevo tanto tiempo esperando, una carta acompañada de una guía académica, información sobre el alojamiento y folletos con fotos de estudiantes sonrientes. Hace tan solo un día me habría emocionado mucho al abrir esto. Hace un día me habría llenado de orgullo. Habría llamado a Angela y ella habría dado saltos de alegría al otro lado del teléfono. Pero Charlie también me ha arrebatado todo eso. Sé que tengo los ojos empañados y vidriosos; deseo que Kim se vaya, pero está ahí, de pie, esperándome. Tomo el sobre y camino hasta la cama.

—Ay, cariño —dice—. Ojalá tuviera la cámara de fotos. Es un momento muy importante.

No siento los dedos mientras abro el sobre. Me quedo sin respiración al leer la primera frase, aunque sabía que pondría esto. Pero verlo impreso en el papel lo hace más real.

Estimada Mercedes:

En nombre del comité de admisiones, es un placer anunciarle que ha sido admitida en la promoción del MIT de 2016.

—¡Has entrado! —exclama mientras se sienta a mi lado—. Has entrado. Has conseguido lo que querías.

Lo dice en el buen sentido. Está orgullosa de mí. Lo sé porque le tiembla un poco la mano y tiene las mejillas sonrosadas. Pero se equivoca. No he conseguido nada de lo que quería. Quizá lo que me merezco y lo que quiero son cosas muy distintas.

—Tenemos que celebrarlo —dice—. Una cena elegante, algunas bebidas. Algo especial. No podremos hacer estas cosas cuando estés en otra ciudad.

—Massachusetts —digo con brusquedad, sorprendida ante el veneno en mi voz—. Se llama Massachusetts y es un estado. Y no quiero celebrar nada. Tengo que estudiar.

—Lo entiendo —dice Kim—. Tienes que estudiar. Ahora el instituto es lo primero.

Resisto el impulso de poner los ojos en blanco. No puedo creer que Kim elija justo este momento para tomarse en serio el instituto.

—Deberías ir mañana a clase —dice mientras se pone de pie y se dirige hacia la puerta.

—Iré —contesto, esbozando lo que espero que sea una sonrisa convincente antes de ver el bolso de cuero negro en su hombro—. ¿Qué haces con mi bolso, Kim?

—Lo he encontrado abajo, tirado junto a la puerta —dice, balanceándolo delante de mí—. Es un bolso de Prada. Cuídalo mejor.

Le arranco el bolso de las manos y le cierro la puerta en las narices. Sé que está esperando afuera, debatiéndose entre obligarme o no a hacer alguno de sus estúpidos planes. Pero no pienso ceder. Lo que queda de aquella niña que lloraba hasta quedarse dormida cuando oía pelearse a sus padres me tira de la falda y me dice que abra la puerta, me derrumbe en brazos de Kim y se lo cuente todo. Pero esa niña se marchó hace mucho tiempo y no pienso escucharla justo ahora que necesito regirme por la lógica más que nunca.

Noto que mi bolso vibra sin parar, así que busco el teléfono. Soy tan tonta que espero que sea un mensaje de Faye preguntándome cómo estoy. En lugar de eso, veo veintisiete mensajes nuevos, todos de números desconocidos y todas variaciones de lo mismo:

TE ODIO

Espero que cojas un herpes

Pagarás por esto

No vuelvas al instituto puta zorra

Puedes correr pero no puedes esconderte. Los vídeos estarán ahí siempre

OJALÁ TE MUERAS

Vamos a hacer que tu vida sea un infierno

Me hago un ovillo en la cama y dejo el teléfono en la mesita de noche, donde aterriza haciendo ruido y continúa vibrando cada cierto tiempo. Quiero apagarlo, pero no soy capaz. La verdad es que me merezco todas esas palabras. Mi plan es llorar y dormirme sobre la almohada mojada por mis propias lágrimas, pero el sueño no llega. En cambio, vienen otras cosas. Recuerdo algo que me dijo Angela cuando nos conocimos. Ella todavía no tenía móvil y la acompañé para ayudarla a elegir uno. Al final, se compró uno idéntico al mío, posiblemente porque yo sabía usarlo y así podría ayudarla.

—Se me dan fatal las tecnologías —me dijo—. Extraño cuando la gente escribía cartas. Siento que el mundo va demasiado deprisa y no consigo seguirle el ritmo.

Es una posibilidad remota, pero no puedo dejar pasar ninguna oportunidad. Así que le escribo una carta a Angela, a mano, contándoselo todo. Le cuento cosas que no le he dicho a nadie, cosas de antes de que nos conociéramos, cosas que ni siquiera me había reconocido a mí misma. Le cuento todo lo que pasó con Luke, aunque tampoco lo entiendo del todo ni al verlo escrito en el papel. No sé cómo terminar la carta. *Tu amiga, Mercy* suena presuntuoso, porque creo que ya no somos amigas. *Atentamente* es demasiado formal. *Con cariño* es demasiado efusivo.

Así que la termino con honestidad: “No espero que me perdones, pero espero que algún día puedas entenderme”.

33

Faye me llama cuando estoy hecha un ovillo en el suelo intentando dormir. He intentado dormir en la cama, pero no puedo dejar de imaginarme a chicos a mi lado y me quedo sin aire.

—Tengo que contarte una cosa —dice Faye—. He entrado en la web.

El aire se me atasca en la garganta y siento que me ahogo. Me retuerzo y agarro las esquinas del edredón. Faye lo ha visto todo. ¿Cómo puede estar de mi lado después de algo así?

—Ha publicado las páginas de tu diario. Todas. He pensado que deberías saberlo.

Todas. Todas esas palabras. Las imagino alineadas como una hilera de francotiradores, listas para disparar a los nombres que hay escritos en las páginas. Los motes, las notas. Las peores cosas que he pensado sobre mí misma. No puedo ir a clase el lunes, no puedo volver a ir a clase nunca. No puedo enfrentarme a toda esa gente. Saber que mi diario está a la vista de todos es mucho peor que estar desnuda. No solo me han visto por fuera, también me han visto por dentro.

Faye está en silencio al otro lado del teléfono. Está enfadada, pensando mal de mí. A lo mejor nunca ha pensado bien de mí. Recuerdo lo que escribí sobre Faye, la página en la que garabateé al llegar de su casa, las palabras que usé para ocultar lo que fuese que sentía por ella. Tiene algo, un qué sé yo.

—¿Me odias? —pregunto. Mi voz suena coagulada y retorcida, y me doy cuenta de que estoy llorando.

—Dios, Mercy. Claro que no. Jamás podría odiarte.

—Debes de pensar que soy un monstruo —digo, apoyando la cara en la alfombra y dejando que las lágrimas caigan de mis ojos.

—No eres un monstruo —dice ella—. Creías que estabas ayudando a esos chicos. Lo entiendo.

—No puedo volver a la escuela —sollozo—. No puedo enfrentarme a ellos.

—Sí puedes, y lo vas a hacer —replica—. Yo estaré allí. Y también Zach.

Durante un rato nadie dice nada. La oigo respirar al otro lado, y eso me basta, solo saber que está ahí.

—Nos vemos en el estacionamiento el lunes —dice Faye—. No tendrás que enfrentarte a nadie tú sola.

—Eres demasiado buena conmigo —digo—. No lo merezco.

—Bueno —dice con voz suave—. Tú también tienes algo, un qué sé yo.

Puedo oír la sonrisa en su voz. Me ayuda a pasar la noche, a pesar de las terribles pesadillas que me hacen despertarme bañada en sudor.

Faye está esperándome el lunes por la mañana, tal y como dijo, antes incluso de que me baje del coche.

Insiste en entrar conmigo en el instituto, como si pudiera protegerme. Pero no puede protegerme de la pintada garabateada con rotulador permanente que me espera en mi casillero.

ZORRA.

Ni siquiera intento borrarla. La dejo ahí. A lo mejor puedo cambiarme de casillero. O a lo mejor da igual. Todo el mundo sabe ya lo que soy, no va a cambiar nada. Así por lo menos la gente sabrá la verdad. Es honesto.

Faye me obliga a comer en la cafetería aunque lo único que quiero es encerrarme en uno de los cubículos del baño. Es raro estar las dos solas sin Zach. Me pregunto qué estará haciendo ahora mismo, si estará en algún punto de este mar de rostros. Echo un vistazo rápido alrededor con mucho cuidado de no mirar a nadie a los ojos. Al otro lado del océano de mesas veo a Rafe Lawrence de pie en una silla, gesticulando exageradamente. La gente a su alrededor no para de reírse y mirar hacia nosotras.

—Ignórales —dice Faye, y le da un bocado a su hamburguesa con queso—. Es un imbécil.

Empujo la comida por mi plato. No podría comer ni aunque lo intentara.

Algo me golpea en la cabeza y, cuando muevo la mano para tocar lo que me han tirado, noto que tengo el pelo mojado y pegajoso. Faye se ha puesto de pie y le enseña el dedo corazón a alguien. Sé que hay cientos de ojos mirándome, esperando a que lllore porque me acaban de tirar un vasito de pudín a la cabeza. Sé lo que están pensando. “*Llora, zorra. Llora. Déjanos verte.*”

—En cinco años, nada de esto tendrá importancia —dice Faye mientras me limpia el pelo con una servilleta—. Nadie recordará esto.

“*Sí que lo harán. En cinco años la gente seguirá recordando quién les arruinó la vida.*”

Cuando vuelvo a mi casillero después del almuerzo, una figura familiar está recargada junto a la puerta mordidiéndose el labio. Zach. Está frotando las letras escritas con rotulador permanente, o al menos lo intenta.

—Hola —susurro.

Él sigue frotando con furia, haciendo con la mano un movimiento circular frenético.

—No se va —dice con un suspiro—. Lo siento. He hecho lo que he podido.

Empieza a tachar las letras con rotulador, y al final cubre el insulto por completo. Lo observo y entiendo que por eso no estaba en la cafetería, que se ha pasado la hora del almuerzo intentando borrar todo lo que hice. Quiero decirle que no importa, que lo que hay debajo seguirá ahí por mucho que intente borrarlo.

—No tienes por qué hacer eso —le digo mientras le pongo la mano en el hombro. La gente nos mira.

Sé lo que piensan. *“Ahora le limpia la taquilla. Me pregunto qué le dará ella a cambio.”* No quiero que la gente piense eso de Zach.

Se encoge cuando le toco.

—Sí —murmura—. Esto es lo que hacen los amigos.

El alivio es tan inmenso que casi no me tengo en pie. *“Esto es lo que hacen los amigos.”* Esto es lo que Zach cree que hacen los amigos. Y todo este tiempo yo no he querido ser su amiga. Todo este tiempo he estado apartando de mí a alguien de quien no quería separarme.

Alguien que quiere protegerme.

Pero Zach no puede protegerme todo el tiempo. No puede salvarme de la chica que me empuja la cabeza contra la fuente mientras bebo y me machaca los labios contra la porcelana. No puede salvarme en clase de francés, cuando Laura y Britney le dicen a la señora Palmateer que no pueden estar conmigo en el grupo debido a “diferencias personales”. No puede salvarme de la mirada de odio de Gus Teller, que noto incluso después de que se aleje. El Gritón. ¿En qué estaba pensando cuando escribí todo aquello?

Y lo peor de todo es que no puede salvarme del miedo a que Charlie me aceche tras cada esquina, deleitándose con el infierno que ha desatado.

—Sé que ahora no te lo parece, pero todo esto pasará —me dice Faye mientras nos dirigimos hacia mi coche después de clase. Pero sé que lo que intenta es convencerse a sí misma.

Toby Easton me escribe un mensaje para decirme que no puede venir a nuestra clase particular. Dice que le ha surgido un “asunto familiar”. Sé que no es así. No quiere tomar clase con alguien a quien todo el mundo ha visto desnuda. Es buen chico, demasiado amable como para mandarme a la mierda como el resto del cuerpo estudiantil. De alguna forma, perder el respeto de Toby me duele más que casi todo lo demás.

Mi único consuelo es la carta de admisión del MIT. La llevo a todas partes en el bolso y, cuando estoy sola, la saco y la leo. La leo hasta que la tengo grabada en la cabeza,

hasta que puedo utilizarla para borrar todos los insultos, todas las horribles miradas de odio y los vasitos de pudín que me han tirado. La utilizo para recordarme que tengo la oportunidad de empezar de cero. En el MIT nadie sabrá quién soy.

Nadie sabrá lo que he hecho. No verán el video ni leerán las páginas de mi cuaderno. Seré una cara más en la multitud. Un número, como le dije a Faye.

Ha destacado como uno de los estudiantes más prometedores y con más talento entre el conjunto de aspirantes más competitivo de la historia del Instituto.

Casi me hace gracia. Alguien del MIT cree que soy prometedora y que tengo talento. Que se lo digan a cualquier alumno de este instituto ahora mismo, donde la única palabra que se usa para describirme es la que estaba en mi taquilla. Supongo que he subestimado el poder de las palabras, al menos hasta ahora.

Las palabras de mi libreta, las que nunca pensé que nadie más vería, las que han hecho un daño que jamás creí posible. Las palabras que escribí en la carta para Angela, si es que alguna vez llega a leerlas.

No veo a Angela hasta el miércoles, cuando la veo bajarse del coche de su madre delante del instituto.

Angela es la única adolescente de diecisiete años que conozco que no se ha sacado el carné ni tiene ningún interés en aprender a conducir. Me digo que debería entrar, dar media vuelta y alejarme, pero en lugar de eso la veo volver a entrar en el coche y abrazar a su madre. Después de mirar a ambos lados de la calle por si vienen coches, levanta la vista y me ve. Preferiría que me mirase con odio que con la expresión que me dirige, algo a medio camino entre la lástima y la confusión. Lo siente por mí, por la chica que cree que mintió para sentirse mejor por haberse acostado con los novios de otras chicas. Abro la boca cuando pasa por mi lado, pero ella mira al suelo y deja una brisa fría a su paso.

—En serio. Esto será agua pasada antes de lo que crees —dice Faye, pasándome el brazo por los hombros después de la clase de química, que me he pasado entera mirándole la nuca a Angela, rogando que se diera la vuelta.

—No se va a pasar —digo, pero no estoy pensando en los abucheos, ni en los insultos, ni en los vasitos de pudín. Estoy pensando en lo que Charlie pudo haber hecho. En lo que puede hacerle a Angela con las manos.

Faye y Zach hablan durante el almuerzo. Están a mi lado, en la misma mesa redonda de la cafetería, pero no los oigo. Mi diálogo interno está demasiado alto. *“Angela me odia. No va a leer la carta... La romperá. Charlie le ha lavado el cerebro. Si se acuesta con Charlie, nunca se lo perdonará. No le dará la primera vez que se merece.”* Le doy vueltas a la ensalada de pasta en el plato. El color amarillento y la textura de masilla bastan para que me den arcadas.

—Tienes que comer algo —dice Faye, haciendo crujir sus dedos—. Mercy, tienes que comer algo. ¿Cuándo fue la última vez que comiste algo en condiciones?

Me encojo de hombros. Solo hacer ese movimiento me agota.

—Tienes que comer. Todo esto va a pasar. En serio. Puede que antes de lo que crees. —Se muerde el labio inferior.

—¿No se preguntan por qué lo hice? —pregunto, sorprendida por la acidez de mi voz—. Hay que tener agallas para ser amigo mío después de lo que he hecho.

Faye pone los codos en la mesa y mira al techo.

—Yo sí me pregunté por qué —admite—. Pero luego lo entendí. Es lo que hablamos cuando viniste a la tienda. Los chicos no tienen ni idea. Necesitan que los orienten. Eso es lo que querías hacer tú.

Zach mira hacia abajo. Sé que quiere decir algo, pero se queda callado.

—Supongo que ahora es obvio por qué no quería ser tu novia —digo con una risa nerviosa—. Te mereces algo mejor. “*Te mereces a Faye.*”

Sé que ella me dijo que no había nada entre ellos, pero no he olvidado lo que vi cuando entré en el laboratorio de química.

Nadie dice nada. Zach no está de acuerdo conmigo, pero tampoco dice que no lo esté. Sé que debe pensar eso de Faye. Ahora que sabe lo que hice, puede pasar página. Puede pasar página y empezar con alguien que nunca le haya hecho daño, no como yo.

Cuando llego a mi casillero, hay alguien esperándome. Alguien que no esperaba ver. Jillian Landry, con un pie contra la puerta, los libros en los brazos y la espalda ligeramente encorvada. Antes siempre le llevaba los libros Tommy, pero supongo que ya no le deja hacerlo.

—Hola —digo con voz estrangulada.

—¿Por qué? —dice con suavidad—. ¿Qué te he hecho yo para merecer eso? Y tuviste el valor de fingir ayudarme. Creía que de verdad querías que me fuera bien.

No está llorando, pero su voz suena espesa, llena de lágrimas sin derramar. La gente se para a escucharnos, pero Jillian no les hace ningún caso.

Intento pensar en algo que decir para justificarme por lo que hice. Recuerdo lo que le dije a Tommy cuando me hizo la misma pregunta, aquella noche, cuando se alejaba por el camino de entrada de mi casa.

—¿Por qué yo? ¿Por qué Jillian?

Le respondí:

—Solo he visto que tenía la ocasión de ser útil.

Ahora esas palabras están vacías, llenas de aire caliente y promesas vanas.

—Sí que quería que te fuese bien. Y quiero.

—Y una mierda. Eso no es una respuesta. ¿Por qué? —repite.

Abro la boca para decir algo, aunque no sé qué decir, pero algo distinto se abre dentro de mí y me echo a llorar, derramando lagrimones que casi duelen al salir de los ojos.

Jillian abre los ojos de par en par y da un paso hacia mí. A lo mejor me perdona. A lo mejor puede llegar a aceptarlo aunque no lo entienda. Pero cuando está frente a mí sus ojos se endurecen.

—No tienes derecho a llorar por esto —dice—. Me has arruinado la vida. Estaba dispuesta a dejarlo todo por Tommy. Iba a cruzar el país por él para ir a la universidad. Ahora no tengo ni idea de con quién he pasado los últimos seis años de mi vida.

Gira sobre sus talones y se aleja, con el pelo ondeándole a la espalda. Jillian tendrá que aprender a volver a confiar en la gente y es culpa mía. Le he arrebatado eso. Y ahora también he perdido lo único bueno que tenía. Jillian no quiere que le dé clases particulares. Toby, tampoco. Probablemente su novia se ha vuelto loca buscando el nombre de Toby en mi diario en la web. Ya no sirvo para enseñarle nada a nadie.

Casi decido no ir a clase de Economía. Sería mucho más fácil irme a casa y encerrarme en mi cuarto. Angela está en economía, y Trevor y Chase. No puedo pasarme la clase entera mirándoles la espalda ni aguantando que se giren para mirarme. Pero Zach me pilló en el pasillo.

—No vas a saltarte la clase —me dice—. Estamos juntos en esto.

El asiento de Angela está vacío, pero Trevor y Chase se dan la vuelta cuando entro. Trevor me dedica una mirada de odio y Chase me guiña un ojo. Trevor debe de estar cabreado porque he ignorado sus mensajes de Facebook, los seis que se acumulan en mi bandeja de entrada: *Dijiste que nadie se enteraría. ¿Ahora qué voy a hacer? Todo esto es culpa tuya.*

La señora Hill levanta la vista de su mesa cuando me ve sentarme junto a Faye, arruga los labios y vuelve a mirar el montón de papeles que tiene delante.

—Qué horror —le susurro a Faye—. Creo que la señora Hill sabe lo del vídeo. Me ha mirado de forma muy rara.

Faye hace una mueca.

—Viene hacia aquí. No levantes la vista.

La señora Hill se inclina sobre mi pupitre adoptando una postura muy desafortunada, ya que me sitúa muy cerca de su camiseta holgada.

—Mercedes, he encontrado esto en el suelo. Pone tu nombre arriba. No lo he leído, pero he pensado que lo querrías recuperar.

Me acerca una hoja de papel blanco. Primero pienso que es un ejercicio de clase, hasta que veo el encabezado de la página.

LISTA DE TAREAS PENDIENTES DE MERCEDES AYRES

Están todos ahí, todos los nombres y los motes, todos los pensamientos mezquinos, fríos y vulnerables.

Las mismas páginas que Charlie ha subido a Internet revolotean ahora por todo el instituto, se las pasan de estudiante a estudiante.

El color abandona mi cara y empiezo a notar calor y humedad al mismo tiempo. Intento arrugar el papel y esconderlo en mi mochila, pero Faye me lo quita de las manos y se dirige al fondo del aula. No puedo mirar lo que sea que vaya a hacer.

Lo sostiene sobre el lavabo que hay en la pared, saca un mechero del bolsillo de sus vaqueros y prende fuego al papel. Por alguna razón, mi primer pensamiento es *“pero si Faye ni siquiera fuma”*. Un murmullo recorre el aula. Zach, que está al fondo de la clase, se levanta y se vuelve a sentar enseguida ante la mirada fulminante de Faye. Sostiene el papel por un lado y observa cómo se consume mientras da golpes con el pie y sonrío con dulzura. Hasta la señora Hill parece haberse quedado sin palabras. Emite unos sonidos agudos que podrían ser sartas de improperios, hasta que por fin se dirige al fondo del aula.

Faye deja caer el papel en llamas en el lavabo y abre el grifo.

—Estás castigada —grita la señora Hill—. Al despacho del director ahora mismo.

Faye coge su bolso y me guiña un ojo. Pienso que ojalá me castigaran con ella. Sería mejor que tener que enfrentarme sola a todo el instituto.

Se para al llegar a la puerta.

—Sepan que tengo para todos. Ella no es la única que la ha cagado, así que bájense de sus malditos pedestales.

Seguramente castiguen a Faye una semana, puede que incluso más. Alcanzo a oír a la señora Hill soltando un rollo sobre las hormonas y el ciclo menstrual femenino con voz cansada. Aunque Faye ya no está a mi lado, su fuerza me corre por las venas como un segundo latido. *“Superaré esto. Superaremos esto.”*

Ojalá pudiera creerla. Ojalá hubiera alguna fórmula química para esto, alguna solución científicamente probada. Pero la cura no está en ningún manual, no hay nada que equilibre el hecho de acostarse con los novios de otras con el perdón.

Y nunca lo habrá.

34

—**V**alió la pena —dice Faye después de clase mientras caminamos hacia mi coche—. No es justo que tú cargues con toda la mierda y los chicos solo anden como si nada. Tienen tanta culpa como tú.

—Fui yo quien lo empezó todo —digo, dándole una patada a una corcholata de botella y enviándola hasta el otro lado del aparcamiento—. Si yo no lo hubiese empezado, no habría pasado nada.

—No puedes dejar que se vayan como si nada —me reclama Faye—. Ellos acudieron a ti. Para follar hacen falta dos. Así que no los defiendas.

Asiento, pero no lo creo. Sigo diciéndome que creía que les estaba ayudando, que lo hacía por ellos.

Por sus novias. Pero ahora sé que eso no es cierto.

—Todo va a salir bien —dice Faye. Me tiende la mano, pero luego la aparta y se la mete en el bolsillo—. Todo volverá a la normalidad.

Esta vez niego. Ya ni siquiera sé qué es la normalidad.

Un coche entra en el aparcamiento y se pone a nuestra altura. No veo quién conduce, pero dos chicas que van en el asiento del copiloto nos tiran envoltorios de comida. Una lata de Coca-Cola medio llena me golpea en la sien, no lo bastante fuerte como para hacerme daño, aunque dudo que esa fuera la intención.

—¡No te saldrás con la tuya! —grita Laura Adams, sacando el tronco delgado por la ventanilla. Faye levanta el dedo medio, recoge la lata y se dispone a lanzársela de vuelta, aunque el coche ya ha acelerado y se aleja.

—No —digo, poniéndole la mano a Faye en el hombro—. Me lo merezco.

—No te lo mereces —dice Faye sin ninguna inflexión en la voz—. No te mereces nada de esto. Y muy pronto la gente lo olvidará todo.

Inclino la cabeza.

—No estoy tan segura —digo—. ¿Cómo es el dicho ese? ¿Una imagen vale más que mil palabras? ¿Cuántas palabras vale un vídeo?



—Mm. —Faye expresa una leve sonrisa—. Puede que tengas razón. —Me agarra de la muñeca y mira mi reloj—. Mierda. Tengo que irme pitando o me alargarán el castigo. —Me tira un beso y vuelve corriendo al instituto. El viento le revuelve el pelo y se lo sujeta por detrás con una mano, mientras con la otra agarra el bolso. El corazón se me hincha de algo que solo puedo describir como gratitud; gratitud por algo y hacia alguien que no estoy segura de merecer.

En lugar de montarme en el Jeep, decido ir andando a casa. No sé cuánto tiempo se tarda, pero imagino a Zach recorriendo el mismo camino, un día tras otro, y yo sin saberlo. ¿Cuántas veces lo habré adelantado con el coche, demasiado rápido como para darme cuenta?

Al llegar a casa noto que tengo hambre, pero estoy demasiado cansada para prepararme algo de comer, así que me hago una bola en la cama. Debo haberme quedado dormida porque me despiertan unos molestos golpes en la puerta, acompañados de una voz igual de molesta.

—Mercy, cariño, despierta. Ha venido un chico a verte.

Me levanto como accionada por un resorte cuando la puerta se abre. Tiene que ser una broma. Ningún chico puede querer verme. A menos que sea Charlie y venga a jactarse de su victoria y a restregármela por la cara.

—No —protesto, tapándome la cara con el edredón—. Estoy enferma.

—Bueno, sería de mala educación decirle que se fuera. Lleva un rato esperándote. Y te ha traído sopa.

Me asomo despacio, solo para asegurarme de que no es una trampa. Pero solo hay un chico que puede traerme sopa.

—Hola —dice Zach mientras se sienta en la silla giratoria y deja un contenedor encima del escritorio.

—Hola —susurro. Tengo ganas de llorar. ¿Desde cuándo me pone tan sensible la sopa?

Kim está de pie en la puerta. Le lanzo lo que pretendo que sea una mirada amenazadora.

—Adiós. —Kim me guiña un ojo de la forma más descarada del mundo—. Nos vemos, Zach —dice—. A ver si me dejas ganarte la próxima vez.

Cuando cierra la puerta tras ella, me apoyo sobre los codos y me giro hacia Zach.

—¿Ganarte a qué? —pregunto—. No apuestes con Kim. En serio. Tomará tu dinero y saldrá corriendo.

Zach se ríe.

—Estabas como un tronco, así que le enseñé a jugar al mentiroso —dice—. No sabía ni lo que era. Ya le dije que debe de vivir en otro planeta.

Debería de resultarme raro pensar en Zach jugando a las cartas con Kim. Debería avergonzarme, porque seguro que le ha enseñado más escote del que debiera y habrá conseguido que Zach le diga lo joven que parece. Por algo mantengo oculta a Kim. Pero con Zach todo está extrañamente en orden. Si ha pasado un rato a solas con ella y todavía no ha salido corriendo, es incluso mejor persona de lo que creía.

Aparto el edredón y doy una palmada en el colchón a mi lado. Zach duda, pero se mete en la cama con la ropa puesta. Estamos así un minuto, y de pronto soy consciente de todo el espacio que ocupa, de lo largos que tiene los brazos y las piernas. Luego me inclino y hago algo que no había hecho nunca antes.

Le pongo el brazo sobre el pecho, cierro los ojos y me acurruco en su cuello. Me sorprende lo bien que me siento, lo bien que encaja mi barbilla en él. *Lo bien que encajo.*

Me sorprende que, con todas las cosas que hemos hecho Zach y yo en esta cama, nunca hayamos estado aquí tumbados sin más. Me pasa el brazo por encima y me da un beso en la cabeza.

¿Esto es a lo que renuncié por los vírgenes?

Pero, cuando empiezo a dibujarle círculos en el pecho con el dedo, se aparta y endurece la expresión.

—Al principio no podía creerlo —balbucea—. No podía creer que me hubieses mentido todo ese tiempo cuando lo único que quería era que fueses mi novia. Me sentí un imbécil. —Aprieta la mandíbula—. He visto el vídeo cien veces y sigo sin poder creérmelo. Todos esos tipos, y yo sin tener ni idea.

Intento tocarlo, pero me aparta la mano.

—No escribiste nada sobre mí en ese diario —dice sin mirarme—. Escribiste sobre todos los demás. Siento que no soy nada para ti.

Cierro los ojos con todas mis fuerzas. Parece como si Zach estuviera a punto de llorar. Oír su voz así es la peor sensación del mundo.

—Lo siento, Zach —digo—. De verdad. Es que tú no eras nada.

—Lo sé —dice, y la voz se le rompe ligeramente—. Pero una parte de mí, esta parte que ahora está tan cabreada, quería pasar de ti. Todo este tiempo he creído que tenía alguna posibilidad contigo, que al final vendrías por mí. Ahora sé que eso no pasará nunca.

Me incorporo, dejo colgar la cabeza entre las rodillas y agarro las sábanas con fuerza. Mi cuerpo está hecho de aire y sé que voy a salir volando si no consigo aferrarme a algo. Flotaré lejos sin Zach.

—Eh —dice, rozándome el brazo con el dedo—. Eso era solo una parte muy pequeña de mí. No pasé de ti.

El pecho me tiembla al respirar. Me duele todo. Me lo merezco por haberle hecho daño.

—Haría cualquier cosa por ti —dice, apretándome el hombro con suavidad—. Cualquier cosa. Solo déjame ser tu amigo, ¿vale? Puedes contarme las cosas. Todo lo que te pase por la cabeza.

—Lo que se me pasa por la cabeza ahora es que tengo lo que me merezco —digo en voz baja—. Me merezco todo lo que me ha pasado.

—No digas eso —replica—. No digas eso nunca más. ¿Me oyes? —Me rodea la cara con las manos.

—¿Por qué te gusto? —pregunto—. Soy una egoísta y una mentirosa, y lo único que hago es alejar a la gente de mí. Ni siquiera yo querría ser mi amiga.

A Zach se le ensombrecen los ojos.

—También eres auténtica. Dices las cosas como son. No me dejas que me salga nunca con la mía. Y me encanta eso de ti.

—No entiendo cómo puedo gustarte después de todo esto —digo—. No te habría guardado rencor si hubieses decidido que soy una zorra de mierda y te hubieses sumado a la horda furiosa en el pasillo. Probablemente tengas más derecho que nadie.

Cierra la boca formando una línea recta.

—¿Te acuerdas de todas las veces que me has dicho que no? ¿Todas las veces que me has rechazado cuando te he pedido que fueras mi novia? Siempre he seguido a tu lado después de eso. Y voy a seguir a tu lado ahora. No podrás librarte de mí tan fácilmente.

Dejo que mis labios rocen los suyos, tan levemente que nuestras bocas apenas se tocan. Cuando me aparto, Zach sigue con los ojos cerrados. Observo su cara, la boca que he besado mil veces. Por alguna razón, la carta de admisión del MIT se cuele en mis pensamientos de nuevo, pero esta vez me llena de temor. En Massachusetts *seré*, en efecto, un número más. No seré importante para nadie. No tendré cerca a gente como Zach, que está a mi lado pase lo que pase. Gente de la que no puedo librarme. Gente de la que no quiero librarme. Nunca.

Zach abre los ojos despacio y limpia una lágrima bajo mi ojo.

—¿Qué piensas? —dice—. Yo te he dicho lo que pensaba.

—Me han aceptado en el MIT —digo abruptamente—. No se lo he contado a nadie todavía.

No pensaba decirlo. Las palabras de la carta de admisión se abren paso a toda velocidad en mi cabeza.

Su compromiso con la excelencia a nivel personal y con los objetivos ejemplares nos hace estar seguros de que contribuirá a enriquecer la diversidad de nuestra comunidad y sabrá beneficiarse del entorno académico.

Esas palabras significan mucho menos que todas las que Zach acaba de decir.

Me aprieta la mano y esboza una sonrisa algo torcida.

—Ni siquiera sabía que hubieras enviado la petición —dice—. Felicidades. Te mereces tener todo lo que desees, y sé lo mucho que te esfuerzas en los estudios.

Sé que está orgulloso de mí, pero también sé que está dolido. Se aleja de mí otra vez. Los amigos se cuentan en qué universidades solicitan plaza. Los amigos se animan entre ellos. Sé que Zach me habría animado si le hubiese dado la oportunidad.

Nos quedamos callados hasta que Zach se levanta y dice que tiene que irse a un sitio. No le pregunto a dónde porque no es asunto mío pero, por alguna razón, me pica la curiosidad. No tengo derecho a que me pique la curiosidad, pero no puedo evitarlo.

—Deberías calentar esa sopa. —Me aconseja—. Mi madre dice que lo cura todo.

Sonrío sin fuerzas. Ojalá curase todo lo malo que hay en mí.

Antes de irse, abre la mochila y saca un vaso de precipitado. Rebusca dentro y saca lo que parece una redacción, y la deja en la cama a mi lado.

—Esto es para ti —dice—. Te he hecho el trabajo de Economía del otro día. Va sobre la evolución del papel de la mujer en el mundo laboral. Y te ha quedado bastante bien, ¿eh?

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Por qué haces esto por mí?

Se encoge de hombros.

—Supongo que te debo una. Por todos los deberes de química que has hecho por mí.

Y se va, tras despedirse con la mano y esbozar una sonrisa que no le había visto nunca.

Me quedo allí sintiéndome como alguien a quien ni siquiera conozco.

El viernes, antes de clase, hago lo que llevo varios días evitando.

Veo el vídeo.

No es difícil de encontrar. Está incrustado en una web en la que no parece haberse invertido mucho esfuerzo. No parece obra de Charlie, y estoy segura de que esa era exactamente su intención al hacerla.

La calidad de la imagen no es muy buena, pero se ve perfectamente que soy yo. Charlie ha editado el vídeo con maestría: ha cortado todas las conversaciones de antes y después de cada acto sexual y el resultado es, básicamente, pornografía pura. Se me revuelve el estómago cuando pienso cuántas veces habrá visto el vídeo y cuántas veces se habrá hecho la paja con él. Todo Milton High ha visto cada centímetro de mi cuerpo. Me han visto boca arriba, boca abajo, a cuatro patas, de lado e incluso con el topo, el imbécil de Juan Marco Antonio, de pie.

Verme hacerlo con tanta gente distinta me pone físicamente enferma; siento que voy a vomitar en cualquier momento. Los dejé entrar en mi habitación, los dejé entrar en mí. Así, sin más. Es como si estuviese viendo a otra persona en la pantalla, a alguien que no se valora en absoluto. Creía que tenía el control, pero no es cierto. Siempre lo tuvieron ellos: primero Luke y luego cada uno de los chicos que dejé entrar en mi cama para superar lo que pasó con él.

Recuerdo que una vez hablé con Angela sobre el poder de permanencia de los vídeos y los mensajes de texto. “Una vez que está ahí fuera, ya no puedes recuperarlo”, me susurró con los ojos como platos cuando una chica de nuestra clase en décimo curso envió una foto suya desnuda a un tío con el que salía, que a su vez se la mandó a todos sus amigos. Angela no podía creer que nadie fuera tan estúpido. “En serio. Esa foto la perseguirá a todas partes. A la universidad. A las entrevistas de trabajo. Probablemente la vea hasta su futuro marido.” Me entraron ganas de decirle que se quitara el cinturón de castidad y dejara de juzgar a la gente, pero tenía razón.

Si la foto de aquella chica la vieron, digamos, veinte personas, mi vídeo lo han visto 1.610, si el asqueroso “contador de visitas” que Charlie ha instalado en la parte inferior de la página es de fiar. Me pregunto cuántos de ellos son perfectos desconocidos o incluso perversos en busca de material nuevo con el que masturbarse. Es un pensamiento realmente repugnante.

Pero es incluso peor ver colgadas en la web las páginas de mi diario y revivir lo que sentía cuando las escribí. Es físicamente doloroso, como si me clavaran agujas por dentro. Pienso en los chicos sobre los que escribí aquello y me pregunto si para ellos también será así. Deben de sentirse humillados, cabreados, arrepentidos. Yo por lo menos tenía la opción de no haber escrito nada; le habría ahorrado un montón de sufrimiento a mucha gente.

Leo todos los comentarios que ha dejado la gente, aunque no quiero. Se me clavan en la piel, se hunden en cada parte de mi cuerpo que nunca quise que viese la gente.

Pobre puta. ¿Así que no quería acostarse con él? Pues no lo parece.

ESTA TÍA ES UNA ZORRA DESALMADA.

¿Cree que sería buen novio? Se merecen el uno al otro.

Querido diario: Soy una golfa de mierda que se merece todo lo que le pase.

Mi teléfono empieza a vibrar en la mesa junto a mí. Me sobresalto y pienso que será otro mensaje insultándome, pero afortunadamente es Faye.

—¿Lista para que terminen tus quince minutos de fama? —pregunta con una voz demasiado jovial para ser las siete de la mañana.

—Di más bien quince años —digo—. No creo que eso vaya a pasar pronto.

Se me cierra la garganta. Faye ha leído esos comentarios. Zach también. Angela también.

—No estés tan segura —dice Faye—. Solo tienes que ir a la asamblea de hoy.

—No, gracias —replico—. Tenía pensado ahorrármela. Meterme en el gimnasio con un montón de gente que me odia no me parece lo que se dice una gran idea.

—Tú ve —dice Faye—. Confía en mí. —Confío en ella, pero no me da la oportunidad de decírselo. Sigue hablando—. Hay una cosa que tienes que saber. Va a haber daños colaterales después de esto, y parecerá que lo he echado todo por la borda. Pero a mí no me importan las mismas cosas que le importan a la mayoría de la gente. No quiero ir a la universidad como tú. Yo lo que quiero es ir a una academia de belleza.

Me pongo rígida.

—¿Por qué me estás diciendo todo esto? ¿Qué estás planeando exactamente? ¿Debería preocuparme?

No contesta a ninguna de las preguntas.

—Tú ve a la asamblea de hoy. Ya verás.

Supongo que no tengo elección. Todo el mundo asiste a las asambleas. Incluso los que faltan a clase habitualmente, los vagos que fuman porros y se saltan las clases para ir al parque con los patinetes y los vagos sin más, que quién sabe a dónde van, están obligados a ir. El director Goldfarb hace que los profesores revisen todo el instituto. Más de una vez han pillado a alguno que ya estaba en el aparcamiento. Los arrastran de vuelta adentro con cara de resignación y una amonestación. Aunque casi prefiero eso a otra ración de ridículo en público, no voy a dejar tirada a Faye.

Diviso a Angela y a Charlie en las gradas. Me quedo sin respiración. Él no me ha visto, pero estar en el mismo espacio que él hace que un terror enorme me palpita en el pecho. Estoy a punto de irme a pesar de las posibles represalias del director Goldfarb, pero entonces veo la mano de Charlie en el regazo de Angela, cómo le roza la piel con los dedos. Es un gesto inocente para cualquiera, pero no para mí. Cree que es suya. Ella se baja la falda para que no se le vea la franja de piel que va desde los calcetines por la rodilla hasta el bajo de la falda. Un gesto típico de Angela, algo que antes seguramente me habría hecho poner los ojos en blanco pero que hoy me da ganas de abrazarla y de estar a solas con ella y contárselo todo. Llevo en la mochila la carta que le escribí, pero no sé si alguna vez tendré la oportunidad de dársela sin que haga con ella lo mismo que hizo Faye con el papel en clase de la señora Hill.

Faye y Zach no están, lo que me obliga a sentarme sola hasta que quedan treinta segundos para que empiece la asamblea, cuando ambos entran con sigilo y se sientan a mi lado en dos asientos que están comprensiblemente libres.

—Perdón —susurra Faye—. Problemas técnicos.

Me agarra de la mano.

Zach mira al frente con la mandíbula apretada. Conozco bien esa cara. Es la cara que pone durante los exámenes de química, cuando se queda en blanco. Está nervioso. Pero ¿por qué está nervioso?

—Ejem —dice el director Goldfarb desde la tarima. Le da unos golpecitos al micrófono con el dedo índice y un terrible acople inunda la sala. La mayoría de la gente se tapa los oídos. Yo agradezco el pitido, porque es la primera vez desde que salió a la luz el vídeo que oigo algo en el instituto que no sean cuchicheos sobre mi persona.

—Lo siento. Tenemos muchos asuntos que tratar, así que empezaremos enseguida. Uno de los temas que vamos a abordar hoy es el acoso sexual.

Un murmullo generalizado inunda el gimnasio. Puedo imaginar lo que están diciendo. Me resisto al impulso de esconder la cabeza entre las rodillas y hacerme una pelota.

—Les ruego que por favor se guarden sus opiniones. Si tienen preguntas, nuestro invitado de hoy estará encantado de contestarlas.

El invitado, un hombre bajo y rechoncho al que seguramente le sudan las manos más que a mí, empieza a hablar de las conductas apropiadas, de la importancia del respeto entre las personas y de cómo tener claro el espacio personal en nuestro entorno ayuda a que todo sea más fácil para todo el mundo. Lo que viene a ser el sentido común.

—Ahora me gustaría que vieran este video. Solo dura unos minutos, pero creo que resume a la perfección el tema.

Se aparta con torpeza del proyector. Disimulo un bostezo. Si hay algo peor que la gente que viene a dar charlas a las asambleas del instituto es la gente que viene a dar charlas y además se empeña en poner videos antiguos, de los años ochenta por lo menos, protagonizados por actores con peinados horribles y vestidos aún peor diciendo un montón de chorradas que ya sabemos.

Durante unos segundos, en la enorme pantalla no se ve ninguna imagen. Está en blanco.

—¡De puta madre el vídeo! —grita alguien aprovechando que estamos a oscuras.

Un par de personas empiezan a hablar, animadas por quienquiera que haya tenido las agallas de gritar en una de las asambleas del director Goldfarb. Hasta que aparece una imagen en la pantalla que hace que todo el mundo se calle.

Faye le tira un beso a la cámara y saluda con la mano, igual que me hizo a mí ayer después de clase.

Pero ahí acaba cualquier parecido posible. Porque, cuando la cámara se aleja, se ve que no lleva nada puesto aparte de unas bragas de encaje. El pelo, por delante de los hombros, le tapa los pechos.

—¿Estás seguro de que nadie va a ver esto? No quiero hundir mi reputación, ¿eh? Soy nueva en el instituto. Quiero caerle bien a la gente.

—Esta es la mejor forma de caerle bien a la gente. —Oigo la voz de Zach antes de verlo aparecer detrás de Faye en la pantalla. Le pone las manos en las caderas y le aparta el pelo hacia un lado.

Dejo de respirar y le clavo las uñas en la mano a Faye.

—Todavía soy virgen e inocente —dice ella—. Ten cuidado.

Apoya los codos sobre la mesa, probablemente la misma mesa donde está la cámara. La sonrisa da paso a una expresión de sorpresa y la imagen se mueve un poco. Zach la empuja por detrás, haciendo que casi choque contra la cámara.

La sala estalla en gritos y vítores. La gente zapatea sobre el suelo del gimnasio. Puedo imaginarme al director Goldfarb y al resto de profesores corriendo a tientas en la oscuridad, tratando de encontrar la puerta de la sala de audiovisuales para apagar el equipo. Alguien grita entre la multitud.

—¿Pero qué hacen? —pregunto, soltando la mano de Faye—. Esto no puede ser verdad. No estáis juntos. Me dijiste que no había nada entre vosotros.

Confíe en ella, la creí cuando me dijo eso.

Faye levanta mi mano y se la pone en el regazo. Me obliga a dejar de mover los dedos y los presiona contra los suyos.

—Créeme: no estamos juntos —me susurra al oído—. Pero durante ese rato estuvimos más unidos que nunca.

Sé que tengo la boca abierta de par en par, pero no me importa. No debería estar enfadada, no tengo derecho a enfadarme, pero quiero que paren. No quiero ver esto. No después de cómo me abrazó Zach anoche en mi cama. Sé que lo han hecho por mí, para desviar la atención... para montar un escándalo aún mayor. Pienso en lo que le dije a Faye ayer. “¿Cuántas palabras vale un vídeo?” Supongo que se lo tomó al pie de la letra.

Pero al ver a Faye y a Zach en la pantalla fingiendo de forma tan convincente que se gustan, deseo que no lo hubiesen hecho. Me deberían haber dejado en las garras de los lobos.

Respiro hondo para tranquilizarme. Me pregunto si la novia de Jeremy Roth se sintió así cuando me vio debajo de su novio. Imagino su reacción. Probablemente abrió el correo esa mañana sin esperar ningún mensaje que le destrozara la vida, pero allí estaba el enlace a la web. A lo mejor hizo clic por pura curiosidad. A lo mejor hasta tenía planes con Jeremy aquella noche. Planes que yo eché por tierra.

En la pantalla, Faye tiene las piernas alrededor del tronco de Zach. Él le pone las manos en la espalda para atraerla hacia él. Quiero desviar la vista, pero sigo mirando, paralizada. Tiene que ser una broma.

Esto no puede estar pasando. Intento cerrar los ojos, pero permanecen abiertos, como le pasa a todo el mundo cuando ve algo horrible.

—¡Estás tapando la raja, hombre! —grita un chico entre el público, secundado por un coro de abucheos.

Y, de pronto, la imagen desaparece. Alguien enciende la luz. Y a la luz le acompaña un silencio absoluto.

—Dios mío —murmuro por lo bajo, con miedo a decirlo muy alto por si así lo hago más real.

Han grabado un vídeo porno.

Faye me aprieta la mano.

—Sé que es drástico —dice—, pero tenía que ser así. Tus quince minutos de fama han terminado.

36

Espero por Faye y Zach después de la escuela, pero después de una hora y media de pasearme de un lado a otro en el pasillo enfrente la oficina del Director Goldfarb, es obvio que puede que jamás salgan. Las preguntas corren por mi mente como una cinta de teletipo. ¿Qué estaban pensando? ¿Y si terminan suspendidos, o peor, expulsados? ¿Y si arruinan sus vidas, todo por querer hacerme un favor? Y, más egoístamente, ¿y si eso significa que se acostaron?

Eventualmente me subo al jeep y conduzco hacia casa sola, después de dejarles a ambos cerca de diez mensajes, los que puede que lleguen a leer o no, dependiendo de qué exquisitas formas de tortura ha deparado para ellos el Director Goldfarb s. Planeo ir a casa sin desviarme, pero me encuentro conduciendo hacia la casa de Angela en cambio. Tal vez estoy embravecida por la muestra pública de valentía de Faye y Zach. Tal vez acabo de perder a mi mejor amiga. Tal vez a ambos. Todavía no puedo dejar de pensar en ella, sobre como Charlie planea pasar este fin de semana con ella. El tiempo se está acabando.

No consigo el coraje para tocar su puerta, pero sí dejo el sobre en su buzón. Está dirigida de manera sencilla: Angela Hirsch. En letras mayúsculas. No se ve como mi letra, lo cual era todo el punto. No quiero que Charlie la encuentre y la rompa, o peor, la lea él mismo. No quiero que Charlie vea jamás el interior de ese sobre. Nunca quiero que nadie con excepción de Angela lea lo que escribí.

Después de que dejo la carta en el buzón, estaciono abajo en el camino y espero. No sé qué estoy esperando. Parte de mí solo quiere ver a Angela, saber que está bien. Cada minuto que pasa significa que el fin de semana está mucho más cerca, un pensamiento que me llena de temor.

Por impulso, saco mi teléfono y marco su teléfono antes de acobardarme. El teléfono timbra y timbra y eventualmente llega al correo de voz, pero no puedo pensar en un mensaje para dejarlo así que no digo nada y cuelgo.

Estoy a punto de encender el jeep y alejarme cuando un carro se estaciona en la entrada. Charlie sale de la puerta del conductor y estira los brazos sobre su cabeza, un gesto que me hace inmediatamente cerrar mis brazos sobre mi pecho. Odio cómo la visión de él hace que todo mi cuerpo tiemble.

No quiero mirar, pero sí. Él camina hacia el lado de Angela y abre la puerta para ella. No puedo ver su cara, pero conozco la expresión en ella. Esa sonrisa, la sonrisa que dice Consigo todo lo que quiero, eventualmente.

Pero Angela no se baja del auto y lo besa. Cierra la puerta de un golpe, dejándolo afuera. Están peleando. Me inclino sobre el volante, esperando ver mejor. Están peleando, el día antes del fin de semana de su aniversario. Tal vez no van a celebrar después de todo.

Charlie le hace gestos para que baje la ventana, luego rodea el asiento del conductor. No puedo ver que está sucediendo en el carro sin acercarme para ver mejor, y no voy a hacer eso. Si Angela me ve ahora, eso podría impulsarla a hacer algo que no quiere hacer solo porque está enojada conmigo, porque cree que la he traicionado.

Y si Charlie me ve ahora, no quiero ni siquiera saber que podría hacer.

Mi teléfono vibra en el tablero. Salto en mi asiento y lo presiono contra mi oreja. Deben ser Faye o Zach, finalmente liberados de la oficina del Director Goldfarb.

—¿Qué pasó? —Medio susurro en el teléfono, olvidando que Angela y Charlie están ahora lo suficientemente cerca como para escucharme.

—¿Qué pasó? Has estado evitándome toda la semana, y ahora estás colmándome la paciencia. La cena es en media hora, y será mejor que estés en casa. —La voz de Kim fluye hasta mi oído, y es su voz de enfado, la que reserva para personas que en serio la molestan. No ha usado este tono conmigo en mucho tiempo. Incluso cuando intenso conseguir una reacción de ella, todavía no se pone enojada. Pero esta vez, cuando no quiero su rabia, no sé qué hice para merecerla.

—No recuerdo tener planes para cenar —digo fríamente, manteniendo mis ojos en el auto de Charlie.

—Eso es porque has estado convenientemente absorta toda esta semana —dice Kim—. Pudiste haber revisado los mensajes que te dejé, o la nota en la cocina.

—¿Cuál es el maldito problema? Lamento si no vi esta estúpida nota pegada. Ha sido una semana ocupada. —Mi voz está marcada por rabia, pero lo peor son las lágrimas detrás de ella. Quiero gritarle a Kim. Quiero culparla por dejar que Charlie sea nuestro jardinero y por dejarlo que se metiera en nuestras vidas. Mi vida.

—Vas a venir a cenar —dice Kim. Ahora suena preocupada, como si estuviera haciéndose las uñas y hablando conmigo a la misma vez.

—¿Desde cuándo hacemos planes para la cena? Por lo general como sola. —Pienso en Faye y en su espagueti y la forma en que sus ojos se iluminan cuando lo como todo.

—Vamos a tener un invitado especial esta noche —suspira Kim—. Tu padre.

Agarro el teléfono, queriendo gritar, pero estoy demasiado cansada para molestarme en discutir con Kim. Sabía que esto sucedería tarde que temprano. Hace una semana estaban manoseándose en el porche y ahora mi papá viene a cenar.

Kim toma mi silencio como un consentimiento tácito.

—Ven a casa, Mercedes.

Lanzo mi teléfono en mi bolso y enciendo el jeep. Angela y Charlie todavía están dentro del auto oscuro. Lo que sea que estén haciendo allá dentro, no puedo esperar para enterarme.

Cuando atravieso la puerta, Kim está en un frenesí de actividad. Está usando cerca de ocho kilos de diamantes alrededor de su cuello y un vestido negro de coctel con tacones a juego. Parece como alguien lista para ir a una cita elegante con alguien que quiere que gaste mucho dinero en ella.

—¿Me veo bien? —pregunta mientras está de pie frente al refrigerador y remueve su cabello. Definitivamente este no es el comportamiento normal de Kim. Nunca pregunta si se ve bien. Está nerviosa. Me trago el comentario que estaba por hacer sobre verla con mi papá en el porche la otra noche—. Será mejor que subas y te cambies —dice echándome un vistazo que termina en un ceño.

—¿Qué hay de malo con lo que tengo puesto? —digo, cruzándome de brazos. Sé que estoy dándole un momento difícil, pero no debería tener que vestirme para impresionar a alguien que no ha estado alrededor para merecérselo.

—Solo colócate un vestido, Mercedes. Vístete presentable.

Me voy arriba y me quito los pantalones que estoy usando. Me pongo en cambio una sudadera y me rio maliciosamente en el espejo. Esto le enseñará a Kim. Luego me quito la sudadera y me pongo una falda y un top y me cepillo el cabello. Maldición. No quiero que mi papá piense que soy una cerda. Me aplico un toque de labial y me echo un poco de perfume. Tal vez la energía angustiada de Kim se me pegó, una mezcla de nervios y emoción. Mi papá nos dejó hace muchos años. ¿Siquiera reconoceré a la persona que entre por la puerta?

Cuando el timbre suena, dejo mi habitación y miro desde el rellano mientras mi papá entra y le da un beso en la mejilla a Kim. No hacen contacto visual, lo que debe significar que están acostándose de nuevo y no quieren que lo sepa. No hacer contacto visual es la señal más obvia de todas.

Desde mi punto de observación, puedo ver la cima de la cabeza de papá. Tiene un punto calvo en la parte trasera que no estaba ahí la última vez que lo vi, y su cabello es considerablemente más gris. Aparte de eso, es exactamente como lo recuerdo, justo bajo el traje que es un poco demasiado preciso alrededor del inicio de su barriga.

Kim se aclara la garganta, lo cual es su señal para mi papá de que estoy en el cuarto o su señal para mí de que debo bajar las escaleras. Bajo las escaleras con las piernas temblándome y agarro la barandilla para apoyarme. Mi papá está mirándome, casi como si estuviera viéndome por primera vez. Por alguna razón comienzo a pensar que estoy en

una película y está es mi graduación, y mis perfectos y amorosos padres están al final de la escalera, esperando por verme. Mi garganta está seca y mis palmas están sudando sobre la barandilla. Espero que papá no quiera estrechar mi mano, porque sabrá lo sudorosa que está. Pero si no estrechara mi mano, me abrazaría. Excepto que me está mirando como si no supiera quién soy, lo que supongo es verdad. Me ha sucedido tanto de lo que él no tiene ni idea. Mi papá siempre fue bueno al saber cuándo algo me estaba molestando. Un centavo por tus pensamientos, niña, solía decirme cuando tenía siete años y me estresaba por algún estúpido problema de una persona de siete años. Me pregunto si aún puede leerme. Ahora le costaría mucho más que un centavo saber que hay en mi cabeza.

Cuando llego al final de las escaleras, nos paramos una frente al otro. Me limpio la mano en la falda, solo en caso de que decida estrechármela. Pero solo me da una sonrisa graciosa en lugar de acercarse un poco, como si estuviera pidiendo permiso para tocarme. Me gusta que simplemente no espere que quiera ser abrazada. Respeta los límites. Doy un paso al frente y envuelvo mis brazos flojos alrededor de sus hombros.

No sé qué esperar del abrazo. Supongo que estoy esperando que se acerque y trate de disculparse por perderse una gran parte de mi vida. Pero solo me da un pequeño apretón y unas palmaditas en mi espalda. Puedo sentir el calor de su mano a través de mi camisa. También está nervioso.

Cuando se aparta, me sostiene de los brazos y sacude su cabeza.

—Te pareces mucho a tu madre —dice. Me muerdo la lengua. Quiero decirle que nuestra apariencia es donde las similitudes terminan, pero no quiero arruinar el momento cuando apenas y ha comenzado.

Kim contrató a un servicio de catering para la cena. Cuando los tres nos sentamos en la mesa del comedor, se vuelve abiertamente claro lo incómodo que mi papá se siente en la casa en que solía vivir. Hace pequeños comentarios sobre la renovación que Kim ha hecho, las de la casa, no en su cuerpo, aunque estoy segura de que ha notado esas también.

—Bonito color —dice, apuntando a las ventanas abiertas a nuestro lado—. Hiciste algo con ese mugroso jardín. Esas son rosas muy hermosas.

Trago y me muerdo las mejillas. Mi mano se aprieta alrededor de mi tenedor como un arma.

—Gracias —dice Kim, obviamente amando su atención—. Contraté un jardinero. Va a la escuela con Mercedes.

Mi papá asiente apreciativamente. Miro a mi plato. La pechuga de pollo sentada en una piscina de salsa se ve gris, burbujeante e imposible de comer.

—¿Y cómo está la escuela, Mercedes? —pregunta mi papá. Empujo el pollo alrededor de mi plato y recojo guisantes de a uno con mi tenedor. Tengo un repentino recuerdo de hacer esta misma cosa con los guisantes cuando era pequeña.

—La escuela está bien —digo—. De hecho, acabo de entrar al MIT , así que estaré mudándome pronto. —Le doy una pequeña sonrisa con los labios tensos. No es como si pueda decirle la verdad. Perdí a mis amigos la semana pasada porque me acosté con una buena tanda de ellos en el último año. Mis únicos dos amigos acaban de acostarse. Ahora en lo único en que puedo pensar es en qué podría haber hecho diferente para cambiarlo. No puedo retroceder, pero al menos puedo empezar desde cero.

—Vaya —dice—. Muy impresionante. —Se detiene, un silencio incómodo prosigue. El cual rompe con una pregunta igual de incómoda—. ¿Algún hombre especial en tu vida?

Sacudo mi cabeza. No, los que solía traer a la casa no eran para nada especiales.

—¿Qué hay del chico que te trajo sopa? —dice Kim—. Parecía prometedor.

—Zach —espeto—. Su nombre es Zach. Y no es mi novio, Kim.

Mi papá levanta ambas cejas. Parece que quiere decir algo, pero no está seguro de qué palabras usar, así que comemos en silencio. Hasta que le pido a Kim que por favor me pase las papas.

—¿Por qué llamas así a tu madre? —pregunta.

—¿Llamarla Kim? Porque es su nombre. —Pincho una papa y la corto a la mitad mucho más violentamente de que lo pretendía. Ni siquiera quería comerla. Solo quería cortarla.

—Bien —dice mi padre—. Pero no me llames Roy. Quiero decir, puedes si es lo que quieres... —Su voz se apaga. Está intentando ser el papá genial, al que no le importa como lo llame su hija, siempre y cuando quiera llamarlo de alguna forma.

Me encojo de hombros.

—No, estoy bien llamándote papá —digo. Tal vez esto es más que nada para lastimar a Kim. Mi papá es quien se fue, pero Kim es el verdadero padre ausente. Al menos mi papá se fue en cuerpo y mente. Kim pretende estar aquí, probablemente se dice a sí misma que está haciendo un buen trabajo como madre. Es el fraude más grande de todos.

Kim masajea las sienes con los dedos. Mi papá le lanza una mirada de simpatía. Yo pongo los ojos en blanco. Kim es demasiado buena jugando a la víctima. Puede que haya heredado sus pómulos y sus ojos verdes, pero estoy feliz de no haber heredado esa cualidad.

Somos interrumpidos por el timbre de la puerta. Sé que deben ser Faye o Zach. Dejó mi teléfono arriba y estoy segura de que ambos han intentado llamarme. Salto de mi asiento y corro por el pasillo antes de que Kim pueda detenerme para sermonear mis malos modales.

Es Faye, inclinándose contra la puerta mucho más indiferentemente de lo que yo lo estaría en su posición. Incluso aunque no esperaba oír de ella, no estoy segura de cómo

manejar verla tan de cerca ahora. Quiero abrazarla tanto como quiero empujarla. Estoy enojada con ella, enojada con ella y Zach y sus cuerpos presionados juntos.

—¿Qué pasó? —siseo, deslizándome en el porche y cerrando la puerta detrás de mí. Lo que sea que ella diga, lo que sea que yo diga, no quiero que Kim o mi papá lo escuchen.

—Llamaron a Lydia, y a la mamá de Zach, también. Lydia está trabajando, así que no recibirá el mensaje hasta que llegue a casa, y estoy segura de que tendré que dar unas explicaciones. La mamá de Zach no estaba muy feliz. Recibió dos semanas de castigo. A mí me suspendieron. Indefinidamente. —Dice todo esto con una sonrisa.

Agarro mis manos juntas.

—¿Pero por qué a él lo castigaron y a ti te suspendieron?

—Porque le dije a Goldfarb que fue mi idea. Lo que es completamente cierto. Le dije que hice todo, que Zach no tenía ni idea. Dije que Zach pensó que nadie más vería ese video. Dios amo a ese niño, pero es un terrible mentiroso. No sé si Goldfarb se lo creyó, pero Zach tiene tan buenos antecedentes, que no tuvo más opción. —Sonríe—. Puedo ser muy persuasiva.

—No puedo creer que hicieras eso por mí —digo, presionando mis palmas juntas con fuerza para evitar que tiemblen, sacudida por la ira, el miedo o ambos—. No veo cómo puedes estar bien con esto. Te metiste en una gran mierda.

Faye se inclina más cerca hasta que nuestras narices casi están tocándose.

—¿Qué te dije antes de que todo esto pasara? Dije que habría efectos secundarios. Y estoy bien con eso.

—Yo no —digo, y mi voz es aguda y estridente—. No estoy bien con que seas suspendida, y no estoy bien contigo y con Zach teniendo sexo. —Me cruzo de brazos, queriendo apartarla de un empujón y acercarla, pero sin hacer nada.

Se mueve incluso más cerca así que casi está hablando contra mi boca.

—No lo hicimos —dice—. Pero parece como si lo hicimos. Todo el mundo cree que sí.

La parte de atrás de mis piernas y brazos comienzan a temblar ligeramente. Me doy cuenta de que tiemblan de alivio. Inmenso alivio, como si aun con todas las cosas malas que han sucedido, todo pudiera salir bien de nuevo. Faye no se acostó con Zach. La verdad no hay nada sucediendo. Me sonrío como si pudiera leerme la mente, y yo me muevo incómodamente.

La puerta se abre a mis espaldas. Al principio no registro el sonido de esta, pero Faye retrocede y sus ojos abandonan mi cara.

—¿Mercedes, qué está pasando? —dice Kim—. Oh. Hola —dice, notando a Faye.

—Soy Faye —dice, extendiendo la mano, la cual Kim acepta—. Lamento interrumpir. Deben haber estado cenando.

—¿Te gustaría unirtenos? —digo antes de que Kim pueda detenerme—. Es una cena familia. Mi papá está aquí también. Tenemos mucha comida.

Los ojos de Faye se abren ligeramente. Ella sabe que mi papá esté aquí es algo importante. Y sabe que es importante que la quiera aquí para esto.

—La cena suena genial —dice—. De hecho estoy muriéndome de hambre.

No tengo oportunidad de agradecerle a Faye, pero no importa. La cena se pone cien veces menos incómoda cuando se sienta. Tiene a mi papá riéndose, e incluso Kim rompe en una sonrisa. Nunca habrías adivinado que esta chica, la cual se estaba sirviendo doble ración de pollo y patatas y contándole a mi padre como asar apropiadamente un filete, es la misma chica que voluntariamente le mostró todo su cuerpo desnudo a la escuela en una pantalla gigante y fue suspendida como resultado.

—Espero que te veamos más seguido —dice Kim cuando me levanto para acompañar a Faye a su auto.

—Así será —dice Faye—. Gracias por la cena. —Se gira hacia mi papá—. Y fue un placer conocerlo, señor Ayres. Si está en la ciudad de nuevo, tendremos que probar ese restaurante de carnes del que le comenté. El mejor filete mignon que alguna vez probaré.

—Por favor, llámame Roy —dice—. Y el gusto fue mío. Cualquier amigo de Mercy que sabe sobre filetes es amigo mío.

Llevo a Faye a la entrada, esperando no ir más lejos que a su auto. Pero en lugar de abrir la puerta y entrar, camina alrededor y abre la puerta del conductor en cambio.

—Demos un paseo —dice—. Hay un lugar al que necesitamos ir.



37

Conducimos en silencio, lo cual Faye y yo no hemos tenido mucho desde que nos conocimos. Me parece como si siempre estuviera hablando, riendo o cantando o haciendo algo para asegurarse de que el silencio no pase. La tomé por el tipo de persona que tiene que conducir acompañada de la radio del auto, pero no hace ningún movimiento para encenderlo, así que yo no lo hago tampoco.

Tengo cero control.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunto finalmente.

—Ya verás. —Es todo lo que dice. Otra respuesta misteriosa.

Terminamos en un estacionamiento vacío cerca de la playa, pero Faye no hace ningún movimiento para salir. En su lugar, aprieta un botón y la cima de su convertible se pliega. Se reclina en su asiento y me mira expectante hasta que hago lo mismo.

—Ahora mira hacia arriba —dice Faye, inclinando su cara hacia el cielo. Cuando miro hacia arriba, todo lo que veo son estrellas. Supongo que nunca me di cuenta de cuánto las bloqueaban las luces de la ciudad.

—Lucen diferentes horizontalmente —digo. Todo el cielo luce más panorámico, como si en verdad se extendiera por siempre.

—Muchas cosas se ven diferentes horizontalmente —dice Faye—. Ese es el por qué el sexo es tan honesto.

—Es divertido como no soy del todo honesta —digo con una pequeña risa—. No con la gente que importa.

—Hablando de honestidad —dice Faye, presionando su mejilla contra el asiento y enfrentándome—. Tienes que saber que lo que Zach y yo hicimos, fue por ti y también por mí. Porque es la verdadera razón de por qué dejé mi escuela.

—¿Qué sucedió? —digo lentamente—. Si es que quieres contármelo.

—Eres la única persona a la que quiero contárselo. —Se saca el cabello de la frente—. Estaba saliendo con un chico al principio de este año. En verdad me gustaba. Pensé que en verdad le gustaba. Pero una noche los dos nos emborrachamos en una fiesta y nos enganchamos en uno de los baños. Recuerdo no querer hacerlo allí, pero él en verdad quería, así que cedí. —Su voz es ligera y las palabras salen rápidamente, casi como si

hubiese tragado helio. Puedo decir que soy la primera persona a la que le cuenta la historia en una largo tiempo. Tal vez desde siempre.

—De todos modos, su amigo estaba en el baño con nosotros. Yo estaba de algún modo fuera de eso, pero su amigo nos grabó. La única cosa que definitivamente recuerdo es decirle a su amigo que se fuera. Y mi novio dijo que no. Él quería un video, dijo que éramos las únicas personas que alguna vez lo verían. Resulta, que mi novio tenía otra novia, y supongo que intentaba darle celos. Para el lunes, toda la escuela había visto la grabación.

—Lo siento —digo, queriendo tomar su mano pero sin moverme.

—Lo lamenté, también —digo—. Estaba muy enojada. El chico que pensé era mi novio me dejó como si no valiera nada. Y su novia hizo su misión hacer mi vida un infierno. Ir a la escuela era una tortura. Lydia vio por lo que estaba pasando, y de todos modos ella no era feliz en Nevada.

—Debiste haber tenido un tiempo difícil confiando otra vez en las personas —digo, encontrando su hombro y apretándolo con la punta de mis dedos.

—Pensé que lo tendría —dice, volteándose para enfrentarme—. Pero confié en ti de todas formas. —No sé qué decir. No puedo pensar en nada que pueda decir para igualarlo—. Solo quería que supieras —dice apoyándose en su codo—. Quería contártelo donde nadie más pudiera oírlo. —Sonríe y se muerde el labio—. No te traje a un estacionamiento vacío para hacerlo contigo.

Mis ojos se ensanchan.

—No sabía eso —baluceo, sin embargo eso es exactamente lo que cruzó mi mente cuando giramos aquí.

—¿Por qué? ¿No quieres hacerlo conmigo? —dice, poniendo su mano en mi pierna y rodando sobre su estómago.

Miro su mano y luego su pecho, el que se mueve arriba y abajo rítmicamente con cada respiración que toma. Pienso sobre la noche del baile, cuando casi nos besamos en el baño. Pienso en todos los pequeños toques, la forma en que su cabello olía cuando me abrazó. Pienso en su cuerpo desnudo en la visualización de la pantalla.

Pienso en cómo sería besarla. Sería fácil, presionar mis labios contra los suyos y averiguar si estaba inventando esos sentimientos en mi cabeza. Si realmente me atrae Faye, o si solo me gusta porque no es un chico. Nadie nunca podría saberlo. Ninguna de las personas de la escuela que quieren verme hacer el ridículo. No Charlie, quien piensa que arruinó mi vida. No Angela. No Zach.

Pero ahí es donde me golpea. No quiero besar a Faye. Quiero *ser* Faye. Quiero ser audaz como ella, rubia como ella. Quiero averiguar una forma de ser yo misma sin

complejos, justo como ella lo hace. Besar a Faye no hará nada mejor. En todo caso, sé que me haría sentir culpable.

—Eres perfecta —susurro—. Pero no puedo hacerlo contigo.

Espero que esté decepcionada, pero en vez de eso su cara rompe en una sonrisa.

—Eso creí —dice, incorporándose y poniendo su cinturón de seguridad.

—¿Estás enojada? —digo, envolviendo mis brazos sobre mi pecho.

—Por supuesto que no, boba —dice, encendiendo el auto—. Sé exactamente en dónde tienes que estar ahora mismo, y te voy a llevar allí.

Mi corazón se hunde cuando terminamos en mi calle. Por un espeluznante segundo creo que me está llevando de regreso a mi casa. Tal vez piensa que tengo que discutir esto con Kim, encontrar un modo de perdonarla y conciliar mi jodida vida familiar. Y no quiero decepcionarla, pero no hay curitas lo suficiente grandes como para ponerlas sobre ese desastre.

Pero pasamos mi casa y seguimos conduciendo. Conducimos hasta que Faye entra al garaje de Zach y para el auto.

—¿Por qué estamos aquí? —digo, consciente de que mi corazón está golpeando erráticamente.

Faye se inclina sobre mí y levanta sus cejas.

—Eres una chica lista —dice, estirándose y desbloqueando mi cinturón de seguridad—. Lo averiguarás.

No hace ningún movimiento para salir del auto. Cuando es obvio que no va a salir lo hago yo. Cierro la puerta del auto lentamente y la miro alejarse. Cuando el auto sale de la vista, aliso el frente de mi falda y camino lentamente al pórtico de Zach.

Toco el timbre con dedos temblorosos. Sudor nervioso se forma bajo mis axilas, y casi me siento como si me fuese a desmayar. Mi mente vuelve a Evan Brown, cuan obvio era su terror por estar en la habitación con una chica. Eso era tan extraño para mí, el concepto de que las personas pudieran estar tan aterrorizadas del sexo.

Pero aquí estoy, igual de nerviosa por pararme en la puerta de un chico.

Parte de mí no quiere que Zach esté en casa. Cuando no responde al primer toque del timbre, casi me doy la vuelta y me alejo. Pero después pienso en Faye, en cómo quiero ser más como ella. Faye no huiría de esto. Faye lo abrazaría.

Zach abre la puerta en unos pijamas de franela, el mismo que vestía cuando me cuidó después del baile. Ellos lucen suaves e inofensivos, y todo lo que quiero hacer es envolverme en él.



Sus ojos se agrandan y sonrío. Es su sonrisa sorprendida, me recuerda a un niño histérico en la mañana de navidad, o significa que no tenía idea de que estaba viniendo. Supongo que Faye ha mantenido algunos secretos de él después todo.

Se estira para tocar mi cara.

—Hola.

Sé lo que quiero decir, pero las palabras quedan atrapadas en mi garganta y repentinamente me siento más desnuda y expuesta que cuando Charlie filtró el video para toda la escuela. Como si hubiera sido denudada por dentro también. Ni siquiera puedo *pensarlo*. Si tuviera mi cuaderno de notas, me llamaría por tantos nombre. *Cobarde. Idiota*. Me podría un cero.

—Hola —digo, y ya que no puedo conseguir que otras palabras salgan, envuelvo mis brazos alrededor de su cuello y presiono mis labios contra los suyos. Sus manos viajan a la parte baja de mi espalda bajo mi blusa. Abre la boca ligeramente, y corro mi lengua sobre su labio inferior y curvo mi cuerpo firmemente en él. Tengo el mismo pensamiento que tuve la otra noche, cuando nos recostamos en mi cama con nuestras ropas puestas. *Encajo bien aquí*.

Probablemente he besado a Zach mil veces, en incontables posiciones diferentes. En mi cama. Presionada contra la pared. En el asiento trasero del Jeep. En la cocina prístina de Kim. Besar siempre ha sido un escape al sexo. Siempre imaginé, que si vas a besar a un chico, bien podrías tener sexo con él. No sé lo que es besar sin estar dirigirlo a nada más. Tengo que saber qué es lo siguiente e ir allí.

Este beso se siente de algún modo diferente, más suave, desintegrador y más peligroso. Y no sé cómo manejarlo.

Así que muelo mis caderas contra él y muevo una de mis manos por su pecho, a la pretina de sus pantalones. Tiro del cordón y empiezo a llegar al interior, pero coge mi mano y entrelaza sus dedos con los míos.

Estamos tomados de la mano, y nunca antes me he tomado de la mano con otro chico. En todas las posiciones en las que he estado en la cama, tan expuesta como estaba entonces, es nada comparado a esto. Ahora sabe que mis dedos están sudorosos, sabe que estoy aterrorizada.

Tiro de su pretina con mi otra mano, pero me detiene otra vez. Muerdo su labio inferior y meto mi lengua hasta su garganta e intento convertir el beso en algo familiar, algo que pensé le gustaría a Zach.

Esta vez me aleja.

—Mercy —dice—. Para. No podemos hacer esto.

Mis mejillas queman con humillación. Me está rechazando. Me muevo fuera de su agarre y suelto sus manos. Limpio la mía en mi falda y él me ve hacerlo y la forma en que su cara cae me hace odiarme incluso más de lo que ya hago.

—Pero te deseo —digo, aun cuando mi voz es plana y monótona y no suena para nada como yo. No es la voz que uso en mi dormitorio, cuando intento ser traviesa y provocadora. No es como eso. No puedo reunirlos ahora mismo. ¿Qué está mal conmigo?

—Mira, no pasó nada con Faye. Fue todo por el show. No podría estar con nadie así. No cuando... —Su voz se arrastra, y sacude su cabeza.

¿No cuando qué? Pienso.

Quiero que diga lo que dijo en la cocina de Kim, cuando lo di por sentado y me encogí de hombros. Quiero que lo diga otra vez. Lo quiero oírlo ahora. Quiero escucharlo ahora porque si he cambiado del todo, podría sentirme diferente al oírlo.

Pero no dice nada y no está sonriendo y sus cejas están fruncidas juntas. Esa es su cara de herido, y me estoy volviendo muy familiarizada con ella.

Lo sigo mientras arrastra los pies a la cocina y abre el refrigerador.

—¿Tienes hambre? —dice—. Mi mamá está en sus clases esta noche e hizo todo este espagueti. Sé que te gustó el espagueti que hizo Faye. ¿Comerás algunos?

Me acerco detrás de él y envuelvo mis brazos alrededor de su cintura. Empiezo besando su cuello. Esto le hará perder el interés en la comida. No creo que Zach y yo en verdad siquiera comiéramos el almuerzo alguna vez durante cualquiera de nuestras citas del almuerzo. Esto hará las cosas normales otra vez.

—Mercy —dice, girándose para enfrentarme—. En verdad no puedo. Limitémonos a pasar el rato, ¿bien? Déjame calentar esta comida, y veremos televisión o algo.

Retuerzo mis manos en frustración.

—¿Por qué no? ¿Por qué no podemos hacer lo que sabes que se siente bien? No tengo hambre. No quiero comer espagueti. Solo te quiero a ti.

Mira al suelo.

—No me quieres —dice—. Esta es solo tu forma de sentirte normal de nuevo. Lo entiendo. Pero no puedo ser ese chico nunca más. Es jodidamente demasiado difícil.

Cada sílaba es una puñalada, una daga. Jodidamente. Demasiado. Difícil.

Me muerdo el labio. Sé que voy a llorar, y no quiero hacerlo aquí. No quiero que Zach me vea con los ojos rojos e hinchados y mejillas húmedas con mocos saliendo de mi nariz. Lo he hecho pasar por suficiente sin ser alguna estúpida chica llorando en su hombro.

Así que me doy la vuelta lejos de él y corro, por la sala y fuera de la puerta, antes de cambiar de opinión.

No me sigue. Probablemente no podría mantenerme el paso de todas formas. Soy mejor huyendo de lo que él nunca podría ser.

No paro de huir hasta que estoy frente a mi casa y completamente sola otra vez.

—Te quiero —grito a la oscuridad entre sollozos.

Pienso en lo que debí haberle dicho a Zach, las palabras que no pude hacerme decir en voz alta. *Quiero sentirme normal con solo pasar el rato. Quiero averiguar cómo, pero no tengo idea. Porque estabas bien—el sexo es mi normalidad. El sexo es mi control. Pero ahora estoy descendiendo por un acantilado, y no tengo idea de dónde encontrar los frenos.*

Tomo un aliento profundo. Hierde mis pulmones, hace a mi interior arder.

Tal vez la confianza es el freno que busco. A Faye le sucedió algo malo y sigue encontrando una forma de confiar en la gente otra vez, poner su fe en ellos para no herirla.

Así que, ¿por qué no puedo hacer lo mismo?

38

Zach tiene la decencia de dejar pasar por completo lo de la otra noche, cuando llego a clase el lunes. Me está esperando en el estacionamiento con un café, listo para acompañarme a clase. Así que también pretendo que no pasó nada, que no le rompí el corazón y pisoteé los trozos.

—Míranos —dice, abriéndome la puerta mientras la gente nos observa y nos señala con el dedo—. La gente desnuda más popular de Milton High. Eso tiene que ser un gran logro.

Uno mi brazo con el suyo.

—No te des tanto crédito —digo—. Te olvidas de Faye. Probablemente sea más popular que nosotros dos juntos.

Es raro que Faye no esté. Sigo esperando que aparezca por detrás de nosotros y nos pase un brazo a cada uno por los hombros, se ría con su risa de foca que he aprendido a adorar. Ahora más que nunca me doy cuenta de que Faye ha sido la fuerza igualadora, el pegamento que lo ha unido todo. Ahora Zach y yo tendremos que ser nuestro propio pegamento.

—Volvemos a ser dos —dice Zach, tarareando la parte de la canción de *El Rey León* que canta Timón mientras nos dirigimos a clase de química.

—Espero no ser el jabalí —exclamo.

—Así me gusta, con sentido del humor —comenta—. Se le echa de menos. A Faye, no al jabalí. No tenía por qué llevarse la peor parte. Acordamos hacerlo juntos.

Nos detenemos en mi casillero. No es difícil de ubicar, ya que alguien se ha tomado la molestia de dibujar un pene anatómicamente incorrecto con rotulador, además de la palabra **ZORRA** en letras mayúsculas gigantes, junto al cuadrado con el que Zach cubrió **PUTA** la semana pasada.

—También la echo de menos —digo con un suspiro.

—Oye, ¿crees que puedes ir sola a Economía hoy? Tengo que irme a la biblioteca a estudiar sí o sí. Pero, si me necesitas, estaré allí.

Sacudo la cabeza.

—Por supuesto. Estaré bien.



Zach abre mucho los ojos.

—Eh... Mercy...

Me doy la vuelta para ver a quién mira. Por un momento, creo que me voy a encontrar con Faye, aunque la han expulsado. Pero es alguien a quien esperaba aún menos.

Angela. Junta las manos delante del cuerpo, casi como si estuviera rezando.

—Angela. Hola —digo.

—Angela. Adiós —se despide Zach, y sale corriendo.

Se mira las manos. Tiene los ojos rojos; parece que o bien ha estado llorando o fumando marihuana, y pongo la mano en el fuego porque no es lo segundo.

—¿Podemos hablar? —Levanta la vista y esboza una media sonrisa que es más bien una mueca, una que no le había visto antes—. Aquí no. Después de clase.

—Claro —digo—. ¿Quieres que vaya a tu casa?

—No —responde rápidamente—. Voy yo a la tuya.

Rebusca en su mochila y saca una bolsa de plástico que me pone en las manos. Da media vuelta y se va corriendo antes que pueda decir nada.

Miro dentro de la bolsa. Hay una tela negra. Al principio, no tengo ni idea de qué es, pero de pronto me doy cuenta de que se trata de mi picardías negro, el que pensé que debía de haber cogido Kim. Pero fue Angela, la única persona que no creía que fuese capaz de robar nada. Las manos me tiemblan un poco al meter la bolsa en mi casillero y cerrar la puerta. Me dispongo a irme, pero en lugar de eso, doy media vuelta de nuevo y vuelvo a abrir el casillero. Saco la bolsa y miro dentro. Puede que Angela se haya puesto esto para Charlie. ¿Por eso me lo devuelve, porque es un recuerdo de lo que ha hecho?

Hago una bola con la bolsa y la tiro en la papelera más cercana. Ahí es donde debe estar.

Tenemos Química y Economía juntas, pero Angela ni siquiera me mira en Química y no viene a Economía. Como estoy sentada dos filas detrás de ella en Química, veo que hace un auténtico desastre con el experimento de hoy, que consiste en demostrar la alta densidad del hexafluoruro de azufre en relación con el aire. Le tiemblan las manos y, a mitad de la clase, tira un matraz que se rompe en pedazos contra el suelo.

—¿Qué mierda pasó? —le grita su compañero de laboratorio.

Me pregunto lo mismo. Me pregunto qué ha pasado, qué le ha hecho Charlie.

Para enrarecer aún más el día, si cabe, el tema de hoy en Economía es el embarazo. Debería estar tomando apuntes para poder pasárselos a Faye y a Angela, pero la información que nos da la señora Hill es absolutamente inútil. No tiene nada que ver con lo que significa de verdad estar embarazada.

—Este es el aspecto de un bebé a las cuatro semanas —dice, señalando un punto diminuto en una diapositiva con el puntero—. Es apenas una manchita. Pero esta manchita se convertirá en esto. —Pasa a la diapositiva siguiente, donde la manchita ha crecido hasta tener el tamaño de un cacahuete—. Esto es a los dos meses. Es lo que crece dentro de ti a los dos meses. Y, muy pronto, se convertirá en esto.

En la siguiente diapositiva ya parece un bebé, y es ahí donde dejo de mirar. Noto las lágrimas calientes detrás de los párpados. No puedo estar aquí sentada mirando esto, así que tomo la mochila y salgo disparada hacia la puerta, ignorando las protestas de la señora Hill y las miradas y murmuraciones por lo bajo de mis compañeros de clase. Estoy segura de que Chase Redgrave y Trevor Johnston se han quedado con una preocupación mucho mayor que las tareas.

No voy directa a casa como tenía planeado. Tomo un desvío con el Jeep, uno que no pensaba tomar. Vuelvo al parque donde Luke y yo pasamos aquellas noches de verano, adonde intenté volver la otra noche pero me asusté demasiado. Ahora tiene un aspecto distinto, con el sol de media tarde cayendo sobre los columpios, proyectando sombras. Hay unos cuantos niños corriendo mientras sus madres los vigilan desde los bancos pintados de rojo. Me quedo en el coche aferrando el volante. Aquí dentro estoy a salvo. Una de las madres sube a su niño hasta la parte de arriba del tobogán y lo sujeta por el abrigo acolchado mientras se desliza hasta abajo. Tiene el rostro surcado de lágrimas. *Sé cómo te sientes, pequeño, quiero decirle. Ese tobogán también me hizo daño.*

Nunca vine a este parque de niña, probablemente porque Kim nunca se molestó en traerme. Pero sí vine de adolescente. Aquí es donde Luke y yo nos refugiábamos de Kim, mi madre y su empleadora. Aquí me enseñó a fumar porros, sentados frente a frente en el columpio. Hablábamos durante horas de todo lo que pensábamos que era una mierda en la vida. Me quejaba de Kim. Él me hablaba de su padre, de cómo le pegaba cuando se tomaba unas copas de más. Me dijo que yo era la única persona a la que se lo había contado y no tenía ninguna razón para no creerle.

Una noche, cuando me pidió ser su novia, me sentí la reina del mundo. Entonces fue cuando me dijo lo que las novias hacen por sus novios, se sacó la polla de los pantalones. Nunca había visto una antes y no sabía qué tenía que hacer con eso. Tenía trece años. Pero estaba a punto de averiguar qué era lo que se hacía con eso. Me empujó la cabeza hacia abajo. Quería hacer feliz a Luke y, si aquello era lo que tenía que hacer para ser su novia, lo haría.

Ese se convirtió en nuestro ritual nocturno. Íbamos al parque cuando oscurecía y se la chupaba.

Y, una noche, apoyados en el tobogán, me dijo que no podía parar.

—Eres mi novia —dijo—. Esto es lo que hacen las novias. —Todavía recuerdo cómo le olía el aliento a la cerveza que se había tomado de camino. Me dieron ganas de vomitar,

pero lo último que quería era decirle que no a Luke. Lo último que quería era que pensara que era una niña, una chiquilla estúpida de secundaria que no hacía las cosas que hacen las chicas de preparatoria.

—No he estado con nadie más que contigo —dijo mientras me besaba el cuello. Quería empujarle, pero pesaba mucho y estaba atrapada entre el plástico duro del tobogán y el peso muerto de su cuerpo.

Ya me había levantado la falda y me estaba bajando las bragas.

No dije que sí, pero tampoco dije que no. Y cuando noté el dolor ardiente entre mis piernas, como si me estuvieran desgarrando, me mordí el labio tan fuerte que me hice sangre, pero no le dije que parara.

Cuando acabamos, se subió los pantalones y apenas hablamos durante el camino de vuelta a casa.

Después de aquello dejó de llamarme y dejó de venir a trabajar a casa. Una semana después, me enteré por una amiga en común de que llevaba todo el año anterior saliendo con una chica de su clase.

Nunca le conté a nadie lo de Luke, ni mucho menos a Kim. Ella fue quien contrató a Luke para que fuera nuestro jardinero aquel verano y creía que se le daban muy bien las rosas, que nunca habían florecido en nuestro jardín antes de que se ocupara Luke. Tenía miedo de lo que Kim pudiera decir, me daba miedo que me echase la culpa por incitarlo. Me daba terror que pudiera poner los ojos en blanco y decirme que creciera de una vez y lo superara. Y, sobre todo, estaba avergonzada. Creía que había hecho algo malo. A lo mejor se me daba mal el sexo y por eso ya no quería verme. Me prometí que mejoraría.

Expulsé todo aquello de mi cabeza, algo a lo que me acostumbré muy rápido después de lo de Luke. Supuse que tenía que tomármelo como una experiencia de vida, algo que me daría ventaja cuando empezara el instituto. Ya había hecho algo que la mayoría de las chicas de trece años no habían hecho, ya que se pasaban los veranos gastándose la paga en vaqueros de diseño y maquillaje. Querían parecer mayores, pero yo era mayor. Me convencí de que lo que había ocurrido con Luke era lo mejor que me podía haber pasado.

Hasta que no me vino el periodo. Me pasé días negándolo, sin saber si hablar con Kim, aunque tampoco habría sabido qué decirle. Kim me habló de sexo muy pronto. La norma estricta que incidió fue “usa preservativo”. Hasta eso lo había hecho mal. Pensé que se me habría retrasado el periodo. Solo lo tenía desde el año anterior. Había leído que era normal que las chicas de mi edad fuesen irregulares. No podía estar embarazada después de mi primera vez.

Me convencí de aquello durante casi una semana, hasta que los demás síntomas eran demasiado obvios para ignorarlos. Los busqué en Internet. Náuseas al despertarme. Cansancio. Dolor de espalda. Lo tenía todo. Compré un test de embarazo en el centro

comercial, el que estaba más cerca y donde se podía ir a pie. Solo tenía trece años, no tenía licencia y no le iba a pedir a Kim que me llevara en auto.

No podía pensar con claridad cuando vi las dos rayas. Pensé que debía de haberlo hecho mal, así que me alegré de haber comprado dos pruebas. En la segunda también aparecieron las dos rayas. Recuerdo que no era capaz de respirar. Mi vida se había acabado. No podía ser madre. Pero, ¿cómo iba a abortar sin que Kim se enterase?

Tardé dos días en hacer acopio del valor necesario para llamar a Luke. Marqué su número en el teléfono rosa de mi habitación, con las manos temblorosas y el corazón latiendo desbocado. Apenas podía oír mi propia voz por encima de la sangre que me subía hasta la cabeza.

—Tengo que decirte una cosa —empecé.

—¿Quién eres? —preguntó él. Solo dos palabras. *¿Quién eres?* Si me hubiese pegado un puñetazo en el abdomen me habría dolido menos.

Debería haberme callado en ese momento y haberme dado cuenta de que no quería tener nada que ver conmigo. Pero quería hacer las cosas bien. Y lo necesitaba. Necesitaba contarle a alguien lo que me estaba pasando, que estaba secuestrada dentro de mi propio cuerpo.

—Soy Mercedes —dije—. ¿Puedes venir?

—Estoy ocupado —contestó—. Lo siento.

—Es importante —le dije, sin obtener respuesta por su parte. Al final, lo solté—. Estoy embarazada.

Una pausa larga. Y entonces dijo algo que nunca olvidaré.

—¿Cómo sabes que es mío?

Sus palabras se quedaron suspendidas en el aire como partículas de agua fruto de la humedad. Podía haberle dicho tantas cosas. *Es tuyo porque eres la única persona con la que me he acostado. Y me obligaste. Ni siquiera quería.* Pero no dije nada. Tampoco lloré. No emití sonido alguno.

—No es mío —dijo—. Mira, Mercy. Lo pasamos bien. Pero ahora estás intentando que siga contigo y no va a funcionar. He pasado de página. También deberías.

Colgó sin decir adiós. Nunca me dijo adiós.

Busqué clínicas de aborto en Internet. Pedí cita en una la semana siguiente. No sabía qué le iba a decir a Kim. Podía ocultarle muchas cosas pero no algo tan importante. Cada día que pasaba y se acercaba la cita le rezaba a un Dios en el que no creía. Rezaba para que el bebé desapareciera. Suplicaba a Dios, con las manos apuntando al techo y las lágrimas surcándome el rostro, que me diera una segunda oportunidad. Prometí que

nunca volvería a joderme así la vida. Le dije a Dios que no volvería a pedirle nada nunca si me devolvía mi vida de siempre.

Y resultó que alguien allí arriba debió de escucharme, porque me desperté en mitad de la noche con los peores dolores de mi vida y supe que estaba perdiendo al bebé del tamaño de una manchita que llevaba dentro. Me senté en la taza del inodoro, me mordí el interior de las mejillas y esperé a que desapareciera. Cuando todo terminó, tiré de la cadena sin ni siquiera mirar. Solo era una mancha, no era una persona real. Mis oraciones fueron escuchadas. Era todo lo que había pedido.

Debería haberme sentido feliz, pero estaba enojada. Pensé que Dios se había llevado algo más de mi interior, porque me sentía vacía.

Pensé que un bebé era lo peor que podía pasarme. Pensé que estar embarazada lo arruinaría todo.

Pero resulta que yo sola lo arruiné todo.

39

Le dije a Angela todo lo de Luke en la carta, también lo del bebé. Le dije que lo que había hecho ahora no era culpa de Luke, que lo que me hizo no me daba derecho a acostarme con los novios de otras chicas.

Le dije que ni siquiera sé si disfruto del sexo o si simplemente me gusta sentir que tengo el control mientras lo hago. Le dije que quería enseñarles a hacerlo bien para que la primera vez de sus novias fuese mejor que la mía. Para mí eso era algo muy importante, por muy mal que suene al decirlo en alto o ponerlo por escrito. Pero, aun así, espero un huracán de preguntas por su parte, si es que me da la oportunidad de contestarlas.

La espero en el porche durante una hora por lo menos, pendiente de cada cabeza rubia que pasa por la acera. Al ver que no llega, abro la puerta para entrar en casa. No va a venir. Se lo ha pensado dos veces y no quiere tener nada que ver conmigo.

Pero Angela está al otro lado de la puerta y parece tan sorprendida como yo.

—Me ha abierto tu madre —dice—. Parecía contenta de verme. Aunque no se acuerda de mi nombre. Supongo que no le has contado nada de... ya sabes.

Teniendo en cuenta que esto es todo lo que Angela me ha dicho en más de una semana, me siento mucho más optimista que cuando estaba sola en el porche.

—Dios, no. Kim no sabe nada de mi vida. —Angela frunce el ceño—. Lo siento. No volveré a decir Dios. Tengo la mala costumbre.

Subimos a mi cuarto. Normalmente nos sentamos en la cama, pero de repente me parece inapropiado.

Me cruzo de piernas en el suelo y Angela hace lo mismo.

Abro la boca para hablar, pero se adelanta y me deja con la palabra en la boca.

—Siento haberte robado el camisón —dice—. No sé por qué lo hice. Nunca en mi vida había robado nada, ni siquiera un chocolate. Robar es pecado. Y solo estaba buscando una camiseta, lo juro. Pero entonces vi el camisón y pensé que era bonito, y Charlie no paraba de lanzarme indirectas sobre el tema del sexo y todos mis pijamas son viejos, andrajosos y uno además es un mameluco de esos con pies y no me lo puedo poner delante de él, así que...



—En serio, no te preocupes por eso. Te lo habría regalado —la interrumpo, obligándola a parar antes que forme la frase más larga del mundo. Se está poniendo roja y habla con voz muy aguda.

—No lo quiero. Nunca me lo llegué a poner. Por eso te lo devolví.

—Bueno —digo—. Pero eso no es importante.

De repente, me paro a pensar en lo que ha dicho y me callo. *Nunca me lo he puesto.* Esas palabras me hacen sentirme como si pesara cinco kilos menos, como si un elefante acabase de levantarse de encima de mi pecho y pudiera volver a respirar con normalidad.

Ella respira hondo.

—Mi madre encontró tu carta en el buzón y me la dio. Al principio, me dio asco. Estaba enojada. Luego simplemente me puso muy triste.

Se mira los dedos, donde se está quitando padrastrós de manera metódica. Debe de habersele pegado esa costumbre de mí. Afortunadamente, es la única costumbre que se le ha pegado de mí.

—Ya. Demasiada información. Son cosas que nunca le había contado a nadie y probablemente nunca más lo haga.

—No, Mercy. Me alegro de haber leído la carta, porque Charlie es un poco como Luke. Lo que te dijo para obligarte a hacer esas cosas... —Su voz se convierte en un susurro y mira a la puerta, como si tuviese miedo de que alguien estuviera escuchando detrás.

—No, Ange —digo—. Por favor, dime que no te ha obligado a nada.

—No —susurra—. Pero lo ha intentado. Me dijo que ya era como si estuviésemos casados, que estar prometidos es lo mismo. Seguía diciéndole que quería esperar. Y quiero esperar.

Tengo ganas de abrazarla, pero su lenguaje corporal indica que seguramente no quiere que la abracen.

Así que escucho la historia entera.

—Reservó una habitación en un hotel el fin de semana pasado que mis padres se fueron de viaje, e intentó que bebiera vino con él. Pero estaba nerviosa y no quería tomar nada que me nublara la cabeza más de lo que ya la tenía. Así que le dije que no y él empezó a comportarse de manera rara. De manera mezquina, más bien. Le dije que podíamos dormir juntos y que podíamos besarnos y esas cosas, pero que no estaba preparada para... *ya sabes.*

—Sexo.

—Eso es. Y él lo sabía. —Me mira y suspira—. Entonces empezó a decirme cosas como que si aún no estaba preparada no sabía cuándo iba a estarlo, que ya estábamos prometidos, que cuándo íbamos a hacer las cosas que hacen las parejas normales.

—No puedo creer que dijera eso —mascullo con los dientes apretados, aunque no estoy sorprendida en absoluto.

—En fin. Esto me da mucha vergüenza, pero cuando me metí en la cama me puse mirando para el otro lado y solo quería dormir. Pero no me dejaba. Estaba desnudo y quería que le tocara... ya sabes... *eso*. Me agarró por la muñeca y me obligó. Entonces me fui corriendo al baño, cerré con seguro y le dije que me sentía mal.

—Lo siento mucho, Ange. No quería que te pasara nada malo. —Quisiera añadir que me encantaría arrancarle a Charlie el ofensivo *eso*, pero me contengo.

—Bueno, no me pasó nada. Me quedé toda la noche en el baño, aunque él empezó a dar golpes en la puerta sin parar. Me dijo un montón de cosas como que tenía suerte de que siguiera conmigo, que él podía estar con cualquiera. Por fin se quedó dormido y me escabullí antes de que se despertara. Lleva llamándome sin parar desde entonces. Dice que lo siente, que fue por el vino.

Se echa a llorar. Esta vez sí la abrazo. Lloro con el rostro enterrado en mi cabello, estremeciéndose cada vez que solloza. Ojalá pudiera ir a buscar a Charlie y golpearlo. O hacerle algo peor.

—El caso es que estaba enojada contigo —dice, con la voz amortiguada por mi cabello—. Estaba enfadada contigo porque Charlie no paraba de decir que tú sí estabas preparada y dispuesta a hacer lo que quisiera. Estaba enojada contigo porque no sabía con quién más estarlo. Pero ahora no quiero volver a verlo.

Se seca la nariz con la manga. Tomo una caja de pañuelos de mi mesilla, pero me hace un gesto con la mano de que no los quiere.

—Tenías derecho a estar confundida —comento—. No te culpo. Y menos después de todo lo que he hecho. O más bien toda la gente a la que se lo he hecho —digo con una pequeña sonrisa. Angela se ríe muy bajito, pero llevo tanto tiempo sin oírla reír que me parece un sonido precioso.

—El caso es que había empezado a sentirme presionada por Charlie antes de enterarme de lo tuyo. No paraba de hablar del tema. Antes hablábamos de otras cosas, pero últimamente solo quería hablar de sexo. Cuando cambiaba de tema, se quedaba callado y se ponía de mal humor. Me dijo que no me pusiera falda para ir al instituto porque los demás chicos me miraban las piernas. Me controlaba en todo. Y yo lo permitía.

—Confía en mí, sé de lo que hablas —digo y, de pronto, me doy cuenta de a quién me parezco. A Faye. *Confía en mí...* sus consignas vitales. Y si consigo ser la mitad de buena amiga que ha sido Faye conmigo, me mereceré esa confianza.

—Pero tu historia, lo de que te amenazó... No sabía a quién creer. Él seguía diciendo que habías intentado seducirlo. Y tenía el cuaderno con todos los nombres para confirmar su versión. Me dijiste que se había abalanzado sobre ti, pero supongo que necesitaba pruebas. —Ahora es mi turno de quitarme los padrastros—. Hay otra cosa que no entiendo —continúa—. No tienes que explicármelo, claro. Pero no entiendo por qué no le contaste a la policía lo que pasó con Luke. ¿Por qué no lo denunciaste? ¡Tenías trece años! ¡Y estabas embarazada!

Sabía que Angela me preguntaría esto si volvía a hablarme alguna vez. Y no la culpo. Es algo que me he preguntado un millón de veces. Algo que probablemente no deje de preguntarme nunca. He leído en el periódico sobre chicos como Luke, que tienen la oportunidad de volver a hacerlo porque una víctima tímida no se ha atrevido a denunciarlos. Y ahora tengo que decirle a mi mejor amiga por qué.

—Ange, el problema es que era mi palabra contra la suya. Ninguno de los amigos de Luke sabía de mi existencia. Nadie sabía nada de nuestra relación secreta. Me pidió que no se lo contara a nadie, que era más especial así, si solo lo sabíamos los dos.

Angela saca un pañuelo de papel de la caja y lo rompe en un montón de trocitos como si fuera confeti, que luego lo mueve de un lado a otro por del suelo, empujándolo con los dedos. Durante un rato no dice nada y yo tampoco. Le doy tiempo para que lo asimile. Teniendo en cuenta que no ha habido un solo día que no haya pensado en Luke y me haya preguntado si debía haber hecho las cosas de otra forma, no puedo esperar que Angela procese la información en un momento.

Cuando por fin dice algo, no es lo que esperaba.

—Espero que puedas perdonarme —dice en voz baja—. Te creo y me da asco saber que Charlie casi consiguió ponerme en tu contra.

Abrazo muy fuerte a Angela, absolutamente aliviada. He recuperado a mi mejor amiga. Y eso es algo que nunca volveré a dar por sentado.

—Tengo una pregunta más —dice cuando nos separamos.

—Pregunta —le digo—. No pienso volver a ocultarte nada nunca más.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te acostaste con todos esos chicos? —Mira hacia la alfombra.

—Creo que en parte fue una cuestión de control —digo con voz temblorosa—. Cuando tenía el control, aunque fuera solo durante unos minutos, me sentía poderosa. Y cuantos más chicos me follaba, más control necesitaba. —Con cada palabra que digo me doy más cuenta de lo horrible que suena en voz alta. Codiciaba aquella sensación. Se convirtió en una obsesión. No quería ayudar a los vírgenes. Quería ayudarme a mí. Angela me coge de la mano. Nunca lo entenderá, pero me quiere—. Me preguntaste si estaba enamorada de Luke —digo—. La respuesta es no. Luke me utilizó y yo era demasiado

joven e inocente para darme cuenta. Puedo tener un montón de experiencia, pero creo que nunca he estado enamorada.

—Bueno, tampoco es que yo sea ninguna autoridad en lo referente a relaciones —dice Angela—. Creía que amaba a Charlie. Bueno, creía que quería casarme con él. Pero quizá solo estaba bajo su hechizo. No creo que sepa lo que es el amor.

Sonrío.

—Algún chico muy afortunado estará feliz de ser tu novio —comento—. Y te respetará y nunca te presionará, porque eso es el amor. Querrá estar siempre cerca de ti. Y nada de lo que hagas será un motivo para que se marche, por muchas veces que lo apartes de ti. Y nunca tendrás que tenerle miedo.

Angela entorna los ojos y no estoy segura de si está a punto de echarse a reír o va a regañarme.

—¿Qué? —pregunto—. Perdón, eso ha sido muy cursi. Pero es verdad.

Me sujeta la mano entre las suyas, sus pequeñas y delicadas manos con unas uñas bajo las que nunca habrá sangre.

—En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor expulsa el temor.

Inclino la cabeza.

—¿Qué?

Angela pone los ojos en blanco.

—1 Juan, 4:18. Si hubieras prestado atención en el grupo de oración, lo sabrías.

—Siento haber mentido sobre el grupo de oración, Ange. Te prometo que nunca volveré a mentirte.

—Eso está muy bien, pero, ¿y lo de mentirte a ti misma?

Me encojo de hombros.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —empieza lentamente, alargando cada sílaba—, que parece que tienes más experiencia en el amor de lo que crees.

Doy vueltas a sus palabras en la cabeza. *El amor perfecto expulsa el temor.*

Y, después, a mis propias palabras. *Nada de lo que hagas será un motivo para que se marche, por muchas veces que lo alejes de ti.*

Me pongo de pie tan rápido que se me sube la sangre a la cabeza.

—Angela —exclamo—, tengo que ir a un sitio urgentemente.

40

El Jeep no puede ir más deprisa. Cada segundo que pasa es tiempo desperdiciado, granos de arena que se me escurren entre los dedos. Después de aparcar en mi sitio de siempre haciendo chirriar las ruedas del coche y correr hasta la puerta, me doy cuenta de que no sé ni lo que voy a decir.

Pero no dejo que eso me detenga.

No está en la biblioteca, donde dijo que estaría. Recorro los pasillos a toda velocidad y miro en cada cubículo esperando verle la coronilla. Alguna gente levanta la cabeza a mi paso, pero ni rastro de Zach.

Salgo al pasillo corriendo y paso por delante de mi casillero. A Zorra y Puta ahora se le ha sumado Golfá, pero no permito que ninguna de esas palabras me haga aminorar el ritmo.

Casi paso de largo el laboratorio de química. Está a oscuras y la puerta está cerrada. Pero algo me obliga a detenerme. El instinto o una fuerza aún mayor. Cuando miro por el cristal de la puerta, lo veo en nuestra antigua mesa, con la cabeza entre las manos.

No titubeo. No me doy la oportunidad de acobardarme ni de cambiar de opinión y huir. Abro la puerta y voy directa a la pizarra. Me aclaro la garganta y cojo un rotulador, igual que hice aquel día que no sabía que Jillian estaba mirándome.

—Hoy hablaremos de los enlaces iónicos y de los covalentes —digo, sorprendida del tono firme de mi voz, de lo segura que parezco.

Zach se inclina hacia delante en la silla.

—Mercy, ¿qué haces aquí?

Sigo hablando.

—Probablemente te estés preguntando cuál es la diferencia. Bien: en un enlace iónico, los átomos están unidos por la atracción entre los iones de cargas opuestas. —Con el rotulador dibujo dos monigotes, que es a lo más que llega mi habilidad artística—. Los compuestos iónicos tienen puntos de fusión y de ebullición altos. —Añado unas flechas junto a uno de los monigotes. Arriba, abajo, arriba, abajo—. Se necesita mucha energía para fusionar los compuestos iónicos o para llevarlos a ebullición. —Zach da golpecitos con el bolígrafo en su cuaderno y mira la pizarra entornando los ojos—. Los compuestos iónicos son duros y frágiles. —Dibujo un recuadro alrededor del monigote—. Duros

porque los iones positivos y negativos experimentan una atracción fuerte entre ellos y son difíciles de separar. —Borro el primer monigote y lo vuelvo a dibujar más cerca del que está metido en el recuadro—. Pero la repulsión electrostática puede ser suficiente para romper el cristal, por eso los sólidos iónicos también son frágiles. —Borro el recuadro con el dedo y me doy la vuelta para mirarlo—. ¿Te suena de algo?

Zach arrastra la silla hacia atrás y levanta la mano, algo que nunca hace en clase porque nunca sabe la respuesta.

—Los polos opuestos se atraen —dice—. Dos cosas se unen y forman algo más fuerte. Como la sal de mesa. Sodio y cloruro.

Las comisuras de mi boca empiezan a contraerse en una sonrisa.

—Estás aprendiendo —digo.

Zach sonríe.

—Te dije que no era un caso perdido —dice. Acto seguido, se levanta y viene hacia mí. Se detiene justo delante de la mesa del señor Sellers—. Nunca creí que llegaría el día en el que por fin me dieras una clase particular.

—Supongo que tengo que recuperar el tiempo perdido —digo.

Zach se inclina hacia mí y sé que va a besarme, pero me echo hacia atrás.

—Espera —digo levantando la mano—. Tengo que decirte algo.

Trago saliva y empiezo a hablar antes de que pueda arrepentirme.

—No es cierto que no escribiera sobre ti en el diario porque no eras nada, Zach. Esa no es la razón.

Él inclina la cabeza con mirada inquisitoria.

—Entonces ¿por qué?

Aprieto los puños tan fuerte que las uñas se me clavan en las palmas de las manos.

—Porque lo eras todo. Tú no eras una noche, un número que tuviera que anotar para probar que había pasado. Eras mucho más que eso. No escribí sobre ti porque daba por sentado que siempre te tendría.

Me muerdo el interior de la boca e intento no llorar, pero no funciona y sé que se me está corriendo el rímel, pero esta vez no me importa.

Zach se acerca a mí y me seca la mejilla con el pulgar.

—¿Qué dices?

Sonrío con labios temblorosos.

—Digo que quiero comer espaguetis contigo.

Zach me coge de la mano y entrelaza sus dedos con los míos, y esta vez no lo detengo. Estoy entrelazando mi mano con la de un chico y es mucho mejor de lo que jamás habría imaginado.

—Sabes lo que significa esto —dice muy despacio—. Ya no podremos ser amigos solo los miércoles. Seguramente habrá que verse más días de la semana.

Sacudo la cabeza.

—No quiero que seamos amigos solo los miércoles.

—Bien —dice. Rodea la mesa y me abraza—. Porque ese día me viene mal. Me he cambiado a Economía para estar más cerca de una chica que me vuelve completamente loco y ahora tengo un montón de deberes extra porque es una vaga.

Aprieto la cara contra su pecho. Quiero decir muchas cosas, contarle un montón de cosas sobre mí que no sabe. Pero habrá tiempo para eso. No hay prisa.

—No sé ser novia —digo—. Nunca lo he sido.

Zach me da un beso en la cabeza.

—No pasa nada —dice—. Podemos averiguar juntos cómo se hace. —Da un paso atrás y me pone las manos en los hombros—. Bueno, examiga de los miércoles, ¿ahora puedes ayudarme con los enlaces covalentes? Porque sigo sin entenderlos. ¿Qué tal si me haces uno de tus esquemas?

Sonrío mucho más de lo que he sonreído en mi vida, y de pronto sus labios están sobre los míos; si esta no es la mejor química, no sé qué es.

41

Es curioso como renunciando al control puede realmente terminar de colocar las cosas en su sitio. Pero esto es lo que estoy aprendiendo, que demasiadas cosas terminan por dar pasó a la reacción inversa. Es una lógica que me había costado mucho tiempo averiguar y muy poco tiempo arreglar. Y en dos semanas, mi vida ha pasado de un completo desastre a algo pareciéndose a lo normal.

La mejor parte, además de Angela y yo siendo amigas otra vez, es que Faye tiene permitido volver otra vez a clases. No sé exactamente como ha pasado y Angela no me lo va decir en detalle, pero fue a la oficina principal de Goldfarb temprano una mañana y no salió aproximadamente en dos horas. Debe haber tenido una gran munición pesada.

—¿Qué le has dicho a Goldfarb? —pregunto cuando ella finalmente sale, con una sonrisa serena en sus rostro—. Si hay algo que sé sobre Goldfarb es que nunca cambia de parecer.

Angela solo se encoge de hombros.

—Quizás te lo cuente o quizás no. Pero vamos. Estamos retrasando al grupo de oraciones.

Aun no estoy segura si encajo en un grupo de oraciones pero estoy empezando definitivamente a ver la importancia de tener fe en algo o en alguien. Y este alguien es tu mejor amiga. Hoy el tema del grupo llega al fondo del alma. Es sobre perdón.

—Todos abran las Biblias en Efesios 4:31 —dice Angela con una amplia sonrisa. Aclara su garganta y lee con confianza.

—Dejen toda la amargura, furia y enfado, dejen de gritar y maldecir, aléjense de cualquier forma de malicia. Sean buenos y comprensivos con el otro, perdónense uno al otro, al igual que Cristo los ha perdonado.

—Todos —sin incluir a Charlie, quien no había aparecido por el grupo de rezar desde que Angela le devolvió el anillo. El grupo de oraciones es un lugar en el que nunca veré a Charlie otra vez, Deseo poder decir esto sobre todos los sitios, pero no puedo. No hay ninguna fórmula mágica para hacer que Charlie desaparezca, pero existe una pequeña cosa llamada verdad. Y ahora que el anterior virgen sabe que Charlie fue el responsable del video, ya no creo que sea la persona más odiada de Milton High.



Un montón de personas aún me odian, y no hay mucho que pueda hacer para cambiar esto. Pero ahora tengo a Angela de vuelta. Ella no me sostiene físicamente la mano cuando alguien me grita zorra o puta, pero no tiene que hacerlo. Igual es mi fuerza. Charlie no llegó a ser su primero. Esto se volverá mi mantra.

Angela aún se pone su anillo de prometida. Cuando le pregunté, me dio un buen motivo.

—Guardaré esto —dijo, girándolo alrededor de su dedo—. Yo lo escogí. Pero ya no es una promesa hacia Charlie, es una promesa para mí de que siempre confiaré en mis instintos.

La mejor parte es que me dio uno igual y me obligó a hacer mi propia promesa. La cual hice, pero no le conté lo que era.

Le debo a Faye más de lo que podría contarle. Ella de alguna manera consiguió que la pagina online de Charlie fuera borrada de internet. Podía haberlo dejado arruinar mi vida, pero lo he dejado morir rápidamente en las manos de Faye. Ella es otra mejor amiga ahora, alguien a quien confío mi vida. Pero ya no quiero ser ella más. Sigo esforzándome para ser yo misma.

Faye tenía razón y se equivocaba. Ya no soy nueva noticia. La gente sigue susurrando cuando me acerco a ellos y hay varias chicas a las que no les importaría verme atropellada por un coche. Todavía tengo que lidiar con miradas asesinas en el pasillo de entrada y probablemente siempre lo haré, al menos hasta que el curso termine. He dejado un montón de novias enfadadas en mi despertar y nunca seré capaz de explicarles porqué hice lo que hice. He considerado intentar, pero tal vez ellas intentan seguir adelante tanto como yo. Y ninguna razón va justificar alguna vez lo que les hice.

Supongo que la única cosa que puedo hacer es dejar el pasado en el pasado. La mayoría de las parejas han roto para siempre. Laura Adams dejó a Trevor Johnston en un ataque ordinario por mensaje de texto. Isabella le tiro el zapato en la cara a Juan Marco Antonio durante el entrenamiento de fútbol y le dijo que no puede esperar el día que vuelva a su país de origen. Rafe Lawrence se encontró perjudicado por la furia de Caroline, y corría el rumor de que la quería de vuelta ahora y ella no quería nada con él. Bien por ella.

Jillian Landry decidió darle otra oportunidad a Tommy Hudson. Aún los encuentro en el pasillo y siguen sosteniéndose las manos. Ya no soy tutora de ella más, pero a veces juro que Jillian me da la vaga impresión de una sonrisa, como si supiera más de lo que le han contado. Como si me perdonara por lo que ha pasado. Espero que Tommy y Jillian lo logren.

No me lo esperaba cuando Toby Easton me encontró en mi taquilla, moviendo su libreta de calificaciones trimestrales en mi rostro. Tenía un A en polímeros. Si él había notado las palabras que cubrían la puerta de la taquilla, en negrita ZORRA, RAMERA y

PUTA, no lo demostró. Se extendió adelante como si quisiera abrazarme pero se paró en seco. Probablemente había visto la página web, leído las páginas del cuaderno. Probablemente estaba diciendo gracias, pero no gracias. No lo culpaba.

Esperé que me dijera adiós, pero no lo hizo. Dijo otra cosa.

—Mismo sitio, misma hora, ¿hoy?

Asentí. Algo creció en mi pecho. Tengo que seguir dándole clases a Toby. Significaba todo para mí.

—De verdad salvaste mi vida —dijo mientras se alejaba.

Nadie más me dirás eso. Y si Toby es la última persona de la cual alguna vez escuché esto, estoy bien con esto.

Algunas personas piensan que soy una puta, otras que me merezco morir y algunas piensan que soy una engreída prostituta. He oído toda la clase de rumores sobre mí, la mayoría de las cuales no tienen ninguna raíz. No van a desaparecer simplemente, yo sé que no lo harán. Se entretienen, pero ya no echan insultos en la cafetería. Son más como susurros, haciendo eco en los muros.

—He oído que se ha acostado con bastantes chicos de secundaria y cambió a universitarios —escuché a alguien cuando me estaba sentando en el baño.

—Yo he oído que tiene herpes —dijo otra chica.

—No, ella no se contagió de herpes. Se quedó embarazada —se metió una tercera voz.

—No, están equivocadas. Tiene un novio ahora. Los he visto entrelazando las manos ayer —dijo una cuarta chica hacia el corro de risas incrédulas.

Por suerte solo el último de estos rumores es verdad.

Y esta noche es una noche especial. Esta noche, Zach y yo tenemos nuestra primera cita real. Mi primera verdadera cita.

—Ya era tiempo —dijo Faye con un guiño. Ella y Angela están en mi casa, ayudándome a prepararme. Angela estaba pasando con el pulgar las viejas copias de la revista *Us Weekly* y Faye está intentando convencerme de estar quieta mientras me maquilla.

—Lo voy a decir —dice Angela—. Primera cita. Es gran cosa.

Pongo los ojos en blanco.

—No me pongas más nerviosa de lo que ya estoy —digo—. Se supone que vas a estar ayudándome sentirme bien.

—Por favor —dice Faye, pasando máscara por mis pestañas con un ademán de su mano—. Has nacido preparada. —Me mira fijo y frunce el ceño—. Ahora cierra tus ojos. Tengo que hacerte el contorno de los ojos.

Hago lo que dice. Nunca pensé que iba ser capaz de hacer esto, dejar a otra persona el control aunque para algo tan simple como el maquillaje. Pero estoy aprendiendo a dar pasitos de bebé.

—Así que, ¿cuál es el plan? —dice Angela—. Conociéndote hay un gran plan elaborado. Me muero por saber y tú no has dicho nada.

Sonrió, a pesar de las instrucciones de Faye de no mover mi rostro.

—No —digo—. No hay plan.

—Debe haber al menos la ropa —dice Angela—. Tienes tantos vestidos bonitos para elegir.

Tiene razón, tengo un armario lleno de vestidos bonitos que nunca me pongo, vestidos que Kim me traía de los eventos de caridad y cenas festivas y otras ocasiones que encontré mil excusas para no usar. Tengo un armario lleno de vestidos y cajones llenos de lencería, algunos de los cuales me había puesto para Zach en múltiples ocasiones. Lencería que se estaba suponiendo que iba decir algo.

Soy juguetona. Divertida. Soy sexy. Soy una bomba.

Así que estoy vistiendo un sujetador de algodón y bragas que no me he puesto en años. Los días en que dejo que la lencería hable por mí se han ido.

—Sin vestido —digo—. Voy a quedarme exactamente con lo que tengo puesto.

Aquella declaración promueve un silencio. Abro un poco los ojos y veo decepción en sus rostros.

—¿Qué? ¿No les gustan mis vaqueros?

—Es solo que los usas todos los días —dice Angela—. Pensaba que ibas a ponerte algo más femenino.

—No —digo secando mis labios contra un trozo de pañuelo de papel que Faye presiona contra ellos—. He pasado suficiente tiempo pretendiendo que soy la fantasía de alguien más. Esta noche, solo voy a ser yo misma. Creo que Zach va estar de acuerdo.

Faye entrecierra sus ojos. Puedo ver una sonrisa en la esquina de su boca.

—No se trata de lo que llevas encima. Se trata de lo que llevas debajo. Déjame adivinar. Piel y encaje.

Angela pretende cubrir sus ojos y esconder su cabeza, pero puedo decir que está riéndose. Agarro mi camiseta exponiendo un sujetador simple sin adornos y veo el rostro de Faye cayendo otra vez.

—Este es el sujetador más soso del mundo —dice—. Si esta es una cita real, él probablemente quiera ver tus pechos.

Me inclino para buscar bajo mi cama por mis Converse.

—De verdad, Faye —digo—. Es una primera cita. No soy tan fácil.

Angela aplaude.

—Creo que es una excelente idea —dice—. Encontraste a alguien que realmente te gusta.

Faye se desploma en mi cama.

—Bueno, quiero detalles más tarde —dice—. Estaré esperando una llamada tardía en la noche con todos los detalles.

El timbre suena. Las siete, puntual.

Agarro mi bolso del respaldo de mi silla y me dirijo hacia la puerta.

—No lo creo —digo con una sonrisa—. Creo que la escuela entera ha oído bastante sobre mi vida amorosa. De ahora en adelante, el resto va estar en su lugar detrás de puertas cerradas y bloqueadas.

42

Estoy nerviosa por ver a Zach. Nerviosa porque nunca antes he tenido una cita de verdad y porque espero estar a gusto. No soy virgen, ni muchísimo menos, pero supongo que hay cosas que aún son territorio virgen para mí.

Pero Zach me lo hace fácil. Kim ya ha abierto la puerta cuando bajo, y Zach está de pie en la entrada vestido con una camisa y con un ramo de flores en la mano. Margaritas, no rosas. Son las flores más bonitas que he visto en mi vida.

—Para ti —dice mientras me extiende el ramo.

Esta vez no las dejo tiradas al pie de la escalera. Dejo que Kim las coloque en un jarrón. Luego las subiré a mi habitación y las dejaré en la mesita. Flores de mi novio.

—¿Lista? —pregunta Zach, poniéndome la mano en la espalda y guiándome hasta la puerta.

—Lista —digo.

—La traeré pronto a casa, señora Ayres —dice mientras me abre la puerta.

Kim se queda de pie en el vestíbulo. Espero a que haga un comentario vergonzoso pero, por una vez, no lo hace.

—Pásenlo bien, chicos —dice.

Giro la cabeza para mirarla y, por primera vez, no frunzo el ceño y pongo los ojos en blanco. La miro a los ojos y sonrío. Porque Kim puede ser una madre terrible, pero es la única que tengo. Quizá se esté esforzando a su manera equivocada. Y supongo que nadie entiende eso mejor que yo.

Miro hacia lo alto de las escaleras una vez más y veo a Faye y a Angela en el descanso, despidiéndose con la mano. Nunca me he sentido tan normal como en este preciso momento, como una chica común que tiene una cita con el chico que le gusta.

Tampoco me he sentido nunca tan afortunada.

Zach me guía por el camino de entrada hasta un sedán blanco entre mi Jeep y el descapotable de Kim.

—Le he pedido prestado el coche a mi madre —dice—. Es una chatarra y no tiene muchas velocidades, pero creo que hará su trabajo y llegaremos enteros.

Sonrío.

—Es perfecto —digo.

Abre la puerta del coche de mi lado y cierra con suavidad una vez que subo. Me deja elegir la música en la radio y me coge de la mano mientras nos alejamos de mi casa.

—¿Adónde vamos? —pregunta—. ¿Qué aventura tienes planeada?

Zach me deja planear la cita a mí, no porque sea indeciso sino porque sabe que me gusta tener un plan. Pero creo que voy a sorprenderle.

—En realidad —empiezo— sí que tengo una idea. Sigue recto. Vamos a la playa.

Zach levanta una ceja.

—¿Quieres verme sin ropa? —pregunta—. Si querías verme desnudo, me han dicho que hay un video...

Le pego un puñetazo en el brazo.

—No, tonto. Ya verás.

Cuando por fin le digo que se detenga, me mira perplejo.

—Aquí no parece que haya ningún restaurante elegante —dice—. Ni un teatro, ni la bolera. ¿Adónde vamos exactamente?

—Bueno —contesto—, quería un batido.

Así es nuestra primera cita. Nada ostentoso ni aventurado, ni siquiera lo que la mayoría de la gente definiría como romántico. Pero, para mí, es perfecto. Ya he tenido suficiente drama. Pedimos dos batidos y una ración de patatas fritas y como delante de Zach sin ninguna vergüenza. Me hace reír y encuentra la manera de tocarme siempre que puede, en sitios donde no creía que me pudiera gustar que me tocaran. La muñeca, la rodilla, la punta de la nariz.

Incluso nos sentamos en el mismo lado de la mesa.

—¿Sabes qué? He estado pensando —dice mientras paseamos por la playa más tarde—. California va a estar muy solitaria sin ti el año que viene.

—Siempre nos quedará el sexo telefónico —bromeo, dejándome caer contra su hombro. Respiro profundo antes de decir lo siguiente—. También podrías venir conmigo. A un sitio donde nieva en invierno.

Zach no me suelta la mano, pero ahora la aprieta con suavidad.

—Mercedes Ayres, ¿es posible que al fin estemos yendo a la misma velocidad por una vez?

Mis labios esbozan una sonrisa.

—Bueno, ya sabes. Estoy intentando ir un poco más despacio. Como un Mini en vez de un Mercedes.

Zach se para, me atrae hacia sí y recorre la forma de mi cara con el dedo. Hace un mes no le habría dejado hacer esto. Me habría resultado demasiado íntimo, demasiado importante. Pero hoy no me aparto.

—No puedes ser un Mini —dice—. Me encanta que seas un Mercedes. Y voy a hacer todo lo posible para seguirte el ritmo.

—Ya lo haces —digo.

A continuación, rozo sus labios con los míos y dejo que me levante de la arena.

Esa es la cuestión. No puedo revertir el límite de velocidad, así como no puedo retroceder el tiempo. No puedo cambiar nada de lo que me ha pasado y, por supuesto, no puedo cambiar nada de lo que ha pasado por mi culpa. Puedo irme lejos en unos meses, tal y como tenía planeado, y empezar de cero. O puedo quedarme aquí y querer a la gente a mi alrededor y la vida que tengo con ellos. Quizá Zach y yo estemos juntos para siempre y algún día les contemos a nuestros hijos que fuimos novios desde el instituto, una versión diluida de lo que ocurrió realmente. Quizá seamos almas gemelas. Quizá hayamos conseguido hacernos más fuertes el uno al otro, como el sodio y el cloruro. O quizá dentro de unos años estemos cada uno en una costa y decidamos que es mejor que seamos amigos. Pero todos esos quizás no son importantes, porque no puedo controlarlos.

Puedo controlar lo que ocurre en el laboratorio de química. Hay una fórmula, una ecuación, y sé exactamente cuál será la reacción al mezclar una cosa con la otra. En la vida no se puede saber demasiado. En el amor es imposible saberlo. Da igual los elementos que combines, no puedes saber qué va a pasar.

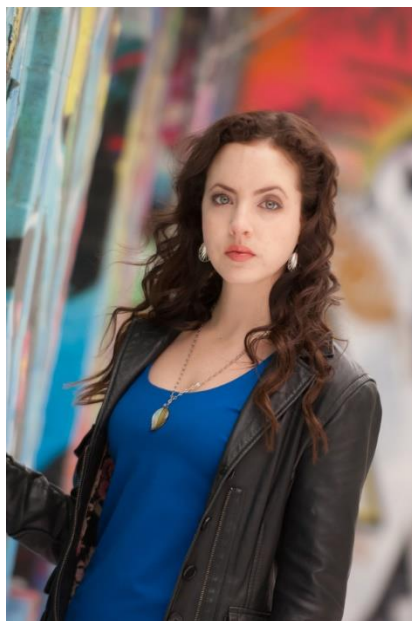
Da miedo no saber qué va a pasar.

Pero puede que esa incertidumbre sea lo mejor de todo.



FIN

Sobre la autora



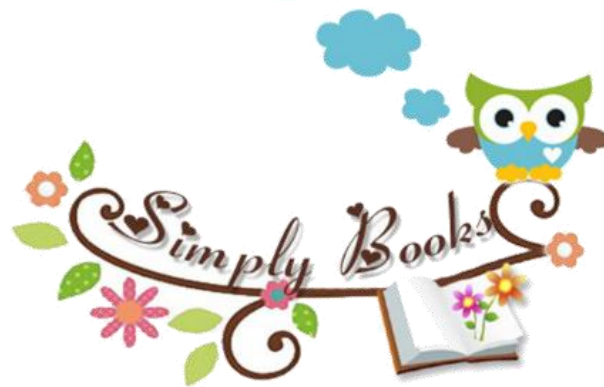
Laurie Elizabeth Flynn escribe ficción contemporánea para adultos jóvenes. Su debut, *FIRSTS*, fue publicado por Thomas Dunne Books, San Martín Press el 5 de enero de 2016.

Laurie fue a la escuela de periodismo, donde lo más importante que aprendió fue que prefiere escribir historias inventadas que informar. También trabajó como modelo, un trabajo que la llevó a Tokio, Atenas y París.

Laurie ahora vive en Londres, Ontario, con su marido Steve, que es muy comprensivo cuando ella prefiere pasar el tiempo con sus personajes. La encuentras la mayor parte del tiempo escribiendo feliz en su escritorio con el Chihuahua más consentido del mundo en su regazo. Laurie bebe demasiado café, resopla cuando se ríe y le gusta hacer crucigramas.

FIRSTS

Simply Books te invita a apoyar
la lectura y comprar los
libros de tus autores favoritos



Simply Books
239

LAURIE ELIZABETH FLYNN